

OBRAS CLÁSICAS DE SIEMPRE

Historia de los grandes
viajes y de los grandes
viajeros

Parte 2

Julio Verne

(1828-1905)

ÍNDICE

DESCUBRIMIENTO DE LA TIERRA. LOS CONQUISTADORES DE AMÉRICA CENTRAL..... 3

—*Ojeda. —Américo Vespucio. —Da su nombre al Nuevo Mundo. —Juan de la Cosa. —V. Yáñez Pinzón. —Bastidas. —Diego de León. —Díaz de Solís. —Ponce de León y la Florida. —Balboa descubre el Océano Pacífico. —Grijalba recorre las costas de Méjico. 3*

—*Hernán Cortés. —Su nombramiento. —Preparativos de la expedición y tentativas de Velázquez para detenerla. —Desembarco en Veracruz. —Méjico y el emperador Moctezuma. —La república de Tascalá. —Marcha sobre Méjico. —El emperador prisionero. —Traición de Narváez. —La Noche Triste. —Batalla de Otumba. —Segundo sitio y toma de Méjico. —Expedición a Honduras. —Viaje a España. —Expedición al Océano Pacífico. —Segundo viaje de Cortés a España. —Su muerte. 28*

—*La triple alianza. —Francisco Pizarro y sus hermanos. —Don Diego de Almagro. — Primeras tentativas. —El Perú, su extensión, su población y sus reyes. —Prisión de Atahualpa, su rescate y su muerte. —Pedro de Alvarado. —Almagro en Chile. —Lucha entre los conquistadores. —Proceso y ejecución de Almagro. —Expediciones de Gonzalo Pizarro y de Orellana. —Asesinato de Francisco Pizarro. —Sublevación y ejecución de su hermano Gonzalo. 69*

PRIMER VIAJE ALREDEDOR DEL MUNDO. 108

—*Magallanes, sus principios, sus disgustos, su cambio de nacionalidad. —Preparativos de la expedición. —Río de Janeiro. —La bahía de San Julián. —Sublevación de una parte de la escuadra. —Castigo terrible de los culpables. —El Estrecho de Magallanes —Los patagones. —El Pacífico. —Las islas de los Ladrones. —Cebú y las Filipinas. —Muerte de Magallanes. —Borneo. —Las Molucas y sus productos. —Separación de*



<i>la Trinidad y de la Victoria. —Vuelta a Europa por el cabo de Buena Esperanza. —Últimas desventuras.....</i>	108
LAS EXPEDICIONES POLARES Y LAS INVESTIGACIONES.....	149
EN BUSCA DEL PASO DEL NOROESTE	149
—Los «hombres del Norte». —Erico el Rojo. —Los Zenos. —Juan Cabot. — Cortereal. —Sebastián Cabot. —Willughby. —Chancellor.....	149
I.—Juan Verrazzano. —Jacobo Cartier y sus tres viajes al Canadá. —La ciudad de Hochalaga. —El tabaco. —El escorbuto. —Viaje de Roverbal. —Martin Frobisher y sus viajes. —Juan Davis. —Barentz y Heemskelke. —El Spitzberg. —Invernada en la Nueva Zembla. —Regreso a Europa. —Reliquias de la expedición.....	187
LOS VIAJES DE AVENTURAS Y LA GUERRA DE CORSO.....	227
—Drake. —Cavendish. —DeNoort. —Walter Raleigh.....	227
MISIONEROS Y COLONOS. COMERCIANTES Y TURISTAS	254
—Carácter francamente resuelto del siglo XVII. —Exploración más completa de las regiones ya descubiertas. —A la sed de oro sucede el celo apostólico. —Los misioneros italianos en el Congo. —Los misioneros portugueses en Abisinia. —Brue en el Senegal y Flacourt en Madagascar. —Los apóstoles de la India, de la Indochina y del Japón.	254
II. —Los holandeses en las islas de las Especias. —Lemaire y Schouten. —Tasman. —Mendaña. —Quirós y Torres. —Pyrard de Laval, Pedro del Valle. —Tavernier. —Thevenot. —Bernier. —Roberto Knox. —Chardin. —De Bruyn. —Kaempfer.....	262
VI. LOS FILIBUSTEROS.....	292
<i>Guillermo Dampier o un rey del mar en el siglo XVII.</i>	292
VII. EL POLO Y LA AMÉRICA.....	300
—Hudson y Baffin. —Champlain y La Sale. —Los ingleses en la costa del Atlántico. —Los españoles en la América del Sur. —Resumen de los conocimientos adquiridos a fines del siglo XVII. —La medida de los grados terrestres. —Progresos de la cartografía. —Inauguración de la geografía matemática.....	300



**Historia de los grandes viajes y
de los grandes viajeros.**

Julio Verne

Segunda Parte

**Descubrimiento de la Tierra. Los conquistadores de
América Central**

**– Ojeda. – Américo Vespucio. – Da su nombre al Nuevo
Mundo. – Juan de la Cosa. – V. Yáñez Pinzón. –
Bastidas. – Diego de León. – Díaz de Solís. – Ponce de
León y la Florida. – Balboa descubre el Océano Pacífico.
– Grijalba recorre las costas de Méjico.**

Las cartas y relatos de Colón y sus compañeros, que se extendían con cierta complacencia sobre la abundancia de oro y perlas encontradas en los países recientemente descubiertos, inflamó la imaginación de cierto número de comerciantes ávidos y de una multitud de hidalgos, desesosos de aventuras.

El 10 de abril de 1495, el gobierno español publicó una concesión general para ir a descubrir nuevas tierras; mas el abuso que se produjo al poco tiempo y las quejas formuladas por Colón, sobre los privilegios que de esta manera le usurpaban,



ocasionaron el retiro de esta cédula el 2 de junio de 1497. Cuatro años más tarde, fue preciso renovar la prohibición e imponer como castigo a los transgresores las penas más severas.

Entonces se produjo una especie de arrastramiento general favorecido por el obispo de Badajoz, Fonseca, del que Colón hubo de quejarse, y por aquellos que dirigían los asuntos de las Indias.

Apenas el almirante hubo salido de San Lúcar para realizar su tercer viaje, cuando cuatro expediciones de descubrimientos se organizaron casi simultáneamente a expensas de los ricos armadores, entre los cuales figuraban en primer lugar los Pinzones y Américo Vespucio.

De estas expediciones, la primera, que estaba compuesta de cuatro navíos, partió del puerto de Santa María el 20 de mayo, de 1499, bajo el mando de Alonso de Ojeda, que llevó con él a Juan de la Cosa, como piloto, y Américo Vespucio, cuyas funciones no están determinadas, pero parece haber sido el astrónomo de la flota.

Antes de resumir muy brevemente la historia de este viaje, daremos algunos detalles acerca de estos tres personajes, sobre todo del tercero, que desempeña un papel muy importante en la historia del descubrimiento del Nuevo Mundo, pues éste ha recibido su nombre.

Ojeda, nacido en Cuenca hacia 1465, y criado en casa de los duques de Medinaceli, hizo sus primeras armas en las guerras contra los moros. Alistado entre los aventureros que Colón



reclutaba para su segundo viaje, repetidas veces se hizo notar por su fría resolución al mismo tiempo que por los recursos de su espíritu ingenioso.

¿Qué causas ocasionaron entre Colón y Ojeda una ruptura completa, después de los eminentes servicios que este último había prestado especialmente en 1495, cuando decidió la batalla de la Vega en que la confederación caribe fue aniquilada? No se sabe. Cuando llegó a España encontró cerca de Fonseca apoyo y protección. El ministro de las Indias le enseñó, según dice, el diario del último viaje del almirante y el mapa de los países que había descubierto.

El primer piloto de Ojeda era Juan de la Cosa, nacido probablemente en Santoña. Había navegado mucho por la costa del África antes de acompañar a Colón en su primer viaje, y en la segunda expedición, en donde desempeñaba las funciones de hidrógrafo (*maestro de hacer cartas*).

Como testimonio de la habilidad cartográfica de la Cosa, poseemos dos mapas muy curiosos: uno registra los datos adquiridos sobre el África en 1500; el otro, en vitela y enriquecido con colores como el precedente, expone los descubrimientos de Colón y sus sucesores.

El segundo piloto era Bartolomé Roldán, que había hecho igualmente con Colón el viaje de Paria.

En cuanto a Américo Vespucio, sus funciones están, como ya hemos dicho, bastante mal definidas; iba para ayudar a



descubrir (*per ajutare a discoprire*, dice el texto italiano de su carta a Soderini).

Nació en Florencia el 9 de marzo de 1451, y pertenecía a una familia respetable y muy acomodada. Estudió con fruto las matemáticas, la física y la astrología, como se llamaba entonces. Sus conocimientos en historia y literatura, si se juzgan por sus cartas, eran bastante vagos y mal definidos. Salió de Florencia hacia el 1492, sin objeto determinado, y se vino a España, en donde se ocupó primeramente en transacciones comerciales, y desempeñaba en Sevilla el cargo de factor de la poderosa casa de comercio de su compatriota Juanoto Berardi. Como esta casa había hecho a Colón los anticipos para su segundo viaje, hay motivo para suponer que Américo Vespucio conoció al almirante durante esta época. A la muerte de Juanoto en 1495, Vespucio fue puesto por los herederos de aquél a la cabeza de la contabilidad de la casa.

Sea porque estuviese cansado de una situación que no creía a la altura de su capacidad, o bien porque fue víctima a su vez de la fiebre de descubrimientos, o que pensara hacer rápidamente fortuna en los países nuevos que decían ser ricos, Vespucio se unió a la expedición de Ojeda en 1499, como consta en la declaración de este último en el pleito formulado por el fiscal a los herederos de Colón.

La flotilla, compuesta de cuatro navíos, se hizo a la vela en Santa María el 20 de mayo y dirigióse hacia el Sudoeste, empleando nada más que 27 días para descubrir el continente americano en un paraje que fue designado con el nombre de Venezuela,



porque las habitaciones construidas sobre pilotes, recordaban las de Venecia. Ojeda, después de algunas tentativas inútiles para conferenciar con los indígenas, a los que tuvo muchas veces que combatir, visitó la isla de Margarita; y al cabo de un viaje de 80 leguas al Este del Orinoco, llegó al golfo de Paria, en una bahía que se llamó bahía de *las Perlas*, porque los indígenas se dedicaban a la pesca de ostras perlíferas.

Guiado por los mapas de Colón, Ojeda pasó por la *Boca del Dragón*, que separa la Trinidad del continente, y fue hacia el Oeste, hasta el cabo de *la Vela*. Después de haber tocado las islas caribes, en donde hizo gran número de prisioneros, que contaba vender en España, hubo de detenerse en Yaquimo, en la isla Española, el 5 de septiembre de 1499.

Conociendo el almirante el atrevimiento y el espíritu inquieto de Ojeda, creyó ver un nuevo elemento de turbación en la colonia, y despachó a Francisco de Roldán con dos carabelas a fin de que averiguara los motivos de su venida, y de oponerse, en caso necesario, a que desembarcara. El almirante estuvo bien inspirado, pues apenas desembarcado con cierto número de descontentos, Ojeda excitó una sublevación en Jaragua, resuelto a expulsar a Colón. Después de varias escaramuzas que no le reportaron ninguna ventaja, fue necesario que en una entrevista, Roldán, Diego de Escobar y Juan de la Cosa se interpusieran para decidir a Ojeda a partir de la Española. Llevóse consigo un prodigioso cargamento de esclavos, que vendió en el mercado de Cádiz por sumas enormes. En febrero de 1500, entró en España,



siendo precedido por Américo Vespucio y B. Roldan, que había regresado el 18 de octubre de 1499.

La latitud más meridional que Ojeda alcanzó en su viaje es el 4º Norte, y la expedición de descubrimientos no duró más que tres meses y medio.

Nos hemos extendido un poco acerca de este viaje, porque fue el primero que realizó Vespucio. Ciertos autores, sobre todo Varnhagen, y últimamente M. H. Major en su historia del príncipe Enrique el Navegante, admite que el primer viaje de Vespucio fue en 1497, y que habría visto, por lo tanto, el continente americano antes que Cristóbal Colón; pero nosotros hemos tenido a bien establecer la fecha de 1499, apoyándonos en la autoridad de Humboldt, que ha consagrado tantos años al examen de la historia del descubrimiento de América, y teniendo presente lo que dicen Edmundo Charton y Julio Codina, que trató esta cuestión en el Boletín de la sociedad de Geografía de 1873 a propósito de la obra de Major. «Aun cuando fuese verdad, dice Voltaire, que Vespucio hizo el descubrimiento de la parte continental, la gloria no sería suya, pues pertenece incontestablemente al que tuvo genio y valor para emprender el primer viaje, a Colón. La gloria, como dice Newton en su disputa con Leibnitz, no es sino del inventor. Pero, ¿cómo admitir en 1497, diremos con Codina, una expedición que habría descubierto 850 leguas de costas de tierra firme sin que quedara el menor vestigio ni en los grandes historiadores contemporáneos ni en las deposiciones jurídicas, donde a propósito de las reclamaciones del heredero de Colón, contra el



gobierno español, expuso en juicio contradictorio, cada jefe de expedición la prioridad de sus descubrimientos en cada parte de la costa recorrida?

En fin, los documentos auténticos, sacados de los archivos de la *Casa de Contratación*, afirman que Vespucio fue el encargado del armamento de los navíos destinados a la tercera expedición de Colón en Sevilla y en San Lúcar, desde el mes de agosto de 1497 hasta la partida de Colón, el 20 de mayo de 1498.

Los relatos que se poseen de los viajes de Vespucio, son extremadamente difusos, faltándoles precisión y orden; no da acerca de los lugares que ha recorrido más que algunos informes muy vagos, que se pueden aplicar a tal punto de la costa como a otro; no hace de los sitios en que estuvo, así como de sus compañeros de viaje, ninguna indicación que pueda ilustrar al historiador. Ni un solo nombre de personaje conocido, y hechos que se contradicen; he aquí lo que se encuentra en las cartas famosas por el número de comentarios a que dieron lugar. «Hay, dice A. de Humboldt, como una especie de juego en los documentos más auténticos, para embrollar todo lo que se refiere al navegante florentino.»

Acabamos de referir el primer viaje de Ojeda, con el cual coincide el primero de Vespucio, según Humboldt, que ha comparado y puesto en claro los principales incidentes de los dos relatos. Ahora bien, Varnhagen dice, que habiendo partido el 10 de mayo de 1497 Vespucio penetró en el golfo de Honduras en 10 de junio, siguió las costas del Yucatán y de Méjico, remontó el Mississipi, y dobló, a fines de febrero del año siguiente, la



punta de la Florida. Después de un descanso de treinta y siete días en la desembocadura del San Lorenzo, entró en Cádiz en Octubre del año 1498.

Si Vespucio efectuó realmente esta maravillosa expedición, deja muy atrás a los navegantes contemporáneos suyos, y con toda justicia habríase impuesto su nombre al continente americano, ya que él había explorado una larga línea del litoral. Pero nada de esto está probado, y la opinión de Humboldt ha parecido hasta aquí a los escritores más autorizados que reúne la mayor suma de probabilidades.

Américo Vespucio hizo tres viajes más. Humboldt identifica el primero con el de Vicente Yáñez Pinzón, y Avezac con el de Diego de Lepe (1499-1500). A fines de este último año, Giuliano Bartolomeo de Giocondo fue intérprete del rey Manuel ante Vespucio y le arrastró a pasar al servicio de Portugal. Vespucio hizo dos viajes más al servicio de esta potencia. En el primero no era él jefe de la expedición, y no representaba a bordo de la flota más que el papel de un hombre que por sus conocimientos náuticos podía ser útil en circunstancias dadas. La extensión de las riberas americanas recorridas en su tercera expedición estaba comprendida entre el cabo de San Agustín y el grado 52 latitud austral.

La cuarta expedición de Vespucio. se señaló con el naufragio del buque almirante cerca de la isla de Fernando de Noronha, circunstancia que impidió a las demás naves proseguir su rumbo y hacer vela al otro lado del cabo Buena Esperanza, hacia Malaca, obligándoles a entrar en la bahía de Todos los Santos,



en el Brasil. Este cuarto viaje lo realizó Vespucio con Gonzalo Coelho. En cuanto al tercero, se ignora por completo quién era el jefe.

Estas diferentes expediciones no habían enriquecido a Vespucio; siendo tal su situación en la corte de Portugal, que determinó volver al servicio de España.

El 22 de marzo de 1608 fue nombrado *piloto mayor*. Como los emolumentos del nuevo cargo fuesen para él bastante importantes, acabó sus días, si no rico, a lo menos al abrigo de sus necesidades, y murió en Sevilla el 22 de febrero de 1512, en la convicción de que, como Colón, había llegado a las riberas del Asia.

Américo Vespucio, es sobre todo célebre porque el Nuevo Mundo recibió su nombre, aunque con justicia debería llamarse Colombia. Pero no fue culpa suya, ni le alcanza responsabilidad. Durante largo tiempo, y sin razón se le acusó de impudencia, de superchería y de embuste, pretendiendo que había querido obscurecer la gloria de Cristóbal Colón y atribuirse el honor de un descubrimiento que no le pertenecía. No hay nada de eso. Vespucio era amado y estimado por Colón y sus contemporáneos, y nada en sus escritos apoya esa imputación calumniosa. Existen siete documentos impresos atribuidos a Vespucio, que son la narración abreviada de los cuatro viajes de Vespucio, dos relatos más del tercero y cuarto viaje en forma de cartas dirigidas a Lorenzo Pedro Francisco de Médicis, y por fin una carta dirigida al mismo personaje relativa a los descubrimientos de los portugueses en las Indias. Estos



documentos, impresos en forma de folleto o de libritos, fueron pronto traducidos en muchas lenguas y se propagaron por toda Europa.

En 1507 un tal Hylacolymus, cuyo nombre verdadero era Martín Waldtze-muller, en un libro impreso en Saint-Dié, y titulado *Cosmografiae introductio*, fue el primero en proponer que se diese al Nuevo Mundo el nombre de América.

En 1509 apareció en Estrasburgo un pequeño tratado de geografía que siguió la recomendación de Hylacolymus; en 1520 fue impresa en Basilea una edición de Pomponio Mela, que contenía un mapa del Nuevo Mundo con el nombre de América. El número de obras que, después de esta época emplearon a Waldtze-muller, fue cada día mayor. Algunos años más tarde, mejor enterado de quién era el verdadero descubridor, y sobre todo el valor de los viajes de Vespucio, Waldtze-muller quiso hacer desaparecer de su obra todo lo referente a este último, substituyendo en todo el nombre de Vespucio por el de Colón. ¡Pero ya era tarde! El error estaba ya consagrado.

En cuanto a Vespucio, es muy probable que no tuviese conocimiento de los rumores propalados en Europa y lo que pasó en Saint-Dié. Testimonios unánimes alaban su honradez, y deben definitivamente limpiarle de una acusación inmerecida que durante largo tiempo pesó sobre su memoria.

Al mismo tiempo que Ojeda, partieron de España dos expediciones más, compuesta la primera de una sola nave, que salió de la barra de Saltés el mes de junio de 1499. El comandante era Pedro Alonso Niño, que había servido a las



órdenes del almirante en sus dos últimos viajes, y llevaba de segundo un comerciante de Sevilla, Cristóbal Guerra, que sin duda había hecho los gastos de la expedición. Este viaje a la costa de Paria parece que tuvo por objeto un comercio lucrativo más que el interés científico. No se realizó ningún nuevo descubrimiento, pero los dos viajeros regresaron a España con una cantidad de perlas bastante considerable para excitar la codicia de sus compatriotas y el deseo de tentar aventuras semejantes.

El segundo viaje fue dirigido por Vicente Yáñez Pinzón, hermano menor de Alonso, el comandante de *la Pinta*, que se mostro tan envidioso de Colón y que adoptó esta falsa divisa:

A Castilla y a León

Nuevos mundos dio Pinzón

Yáñez Pinzón, cuyo afecto hacia el almirante era tan grande, como la envidia de su hermano, le había adelantado la octava parte de los gastos de la empresa, y había mandado *la Niña* en la expedición de 1492. Partió en diciembre de 1499 con cuatro naves, de las cuales sólo dos volvieron a entrar en Palos a fines de septiembre de 1500. Abordó el continente un poco más abajo de los parajes visitados algunos meses antes por Ojeda, exploró la costa en una longitud de 700 a 800 leguas, y descubrió el cabo de San Agustín, situado en los 8° 20' de latitud austral; siguió la costa al Noroeste hasta el Río Grande, al que dio el nombre de *Santa María de la Mar Dulce*, y siguiendo la misma dirección llegó al cabo de San Vicente.



Por fin, de enero a junio del año 1500, Diego de Lepe, con dos carabelas exploró los mismos parajes; pero en este viaje no tenemos que registrar más que la observación muy importante hecha en la dirección de las costas del continente a partir del cabo de San Agustín.

Apenas Lepe acababa de llegar a España, Rodrigo de Bastidas, hombre honorable y rico, salía para ir al descubrimiento de nuevas tierras, pero sobre todo con el objeto de obtener el oro y las perlas que cambiaban entonces por cuentas de vidrio y otros objetos de poco valor.

Juan de la Cosa, cuya habilidad era proverbial (y que conocía todos aquellos parajes por haberlos explorado), era en realidad el jefe de la expedición. Los navegantes ganaron tierra firme, vieron el río Sinú, el golfo de Urabá, y llegaron al *Puerto del retrete o de los Escribanos*, en el istmo de Panamá. Este puerto, que no fue reconocido por Colón hasta el 26 de noviembre de 1502, está situado a diecisiete millas de la ciudad que bien pronto fue célebre pero que hoy está destruida, llamada *Nombre de Dios*.

En breve, esta expedición, organizada por un negociante, llegó a ser, gracias a Juan de la Cosa, uno de los viajes más fecundos en descubrimientos. Por desgracia, debía acabar tristemente. Las naves se perdieron en el golfo de Jaragua, lo que obligó a Bastidas y la Cosa a tomar tierra en Santo Domingo. Aquí Bobadilla, aquel hombre incorruptible, aquel gobernador modelo del cual hemos relatado la infame conducta observada con Colón, hizo arrestar a los dos exploradores, con el pretexto de que habían comprado oro a los indígenas de Jaragua, y los



envió a España, donde no llegaron sino después de haber sufrido una horrible tempestad, en la que pereció una parte de la flota.

Después de esta expedición fecunda en resultados, los viajes de descubrimientos son menos frecuentes, durante muchos años, que fueron consagrados por los españoles a asentar su dominación en las comarcas donde habían fundado establecimientos.

En 1493, la colonización de la Española había sido empezada y construían la ciudad de la Isabela. Cristóbal Colón recorrió personalmente dos años más tarde el país, sometió a los pobres salvajes, con la ayuda de perros terribles, adiestrados en la caza de indios, y obligándoles al trabajo excesivo de las minas, ellos que estaban habituados a no hacer nada. Bobadilla, y después Ovando, trataban a los indios como a una manada de bestias, y los habían repartido entre los colonos. Las crueldades hacia esta desgraciada raza, hacíanse cada día más espantosas. En una innoble emboscada, Ovando se apoderó de la reina de Jaragua y de trescientos de los principales del país. A una señal dada, todos ellos fueron pasados a cuchillo, sin que les pudieran reprochar nada.

Durante muchos años, dice Robertson, el oro que entró en las cajas reales de España se elevó a 460.000 pesos (cerca de 2.400.000 libras tornesas), lo que parece una suma prodigiosa, si se atiende al gran aumento del valor que el dinero había adquirido a principios del siglo XVI.



En 1511, Diego Velázquez hizo la conquista de Cuba con trescientos hombres, en la cual se renovaron las escenas de asesinato y de pillaje que han hecho tan tristemente famosos a los conquistadores españoles. Cortaban las manos a los indios, les sacaban los ojos, vertían aceite hirviendo en sus heridas, cuando no les quemaban a fuego lento para arrancarles el secreto de los tesoros, de los cuales les creían poseedores. Así la población disminuía rápidamente, y el día no estaba lejano en que sería completamente exterminada. Hay que leer en Las Casas, el infatigable defensor de esta raza tan odiosamente perseguida, el conmovedor relato de las torturas que en todas partes sufrían los indios.

En Cuba, el cacique Hattuey, hecho prisionero, fue condenado a morir en la hoguera. Atado a un poste, un franciscano se esforzaba en convertirle y le prometía que gozaría en seguida de todas las delicias del paraíso, si quería abrazar la fe cristiana.

—¿Hay españoles —dijo Hattuey— en ese lugar de delicias de que me hablas?

—Sí —respondió el monje—; pero solamente aquellos que han sido justos y buenos.

—¡El mejor de ellos —replicó el cacique indignado— no puede tener ni justicia ni bondad! No quiero ir a un lugar donde puedo encontrar un solo hombre de esa raza maldita.

¿No basta este solo hecho para pintar el grado de desesperación a que habían llegado aquellas desgraciadas poblaciones? ¡Y estos horrores se reproducían allí donde ponían los pies los españoles!



Pero echemos un velo sobre estas atrocidades cometidas por hombres que se creían civilizados y pretendían convertir al cristianismo, religión de perdón y de caridad, a pueblos menos salvajes que ellos mismos.

Durante los años 1504 y 1505, cuatro naves exploraron el golfo de Urabá. Este es el primer viaje en el que Juan de la Cosa tuvo el mando supremo, y en esta misma época debe colocarse el tercer viaje de Ojeda a la tierra de Coquibacoa, viaje cierto, según la expresión de Humboldt, pero muy obscuro.

En 1507, Juan Díaz de Solís, de acuerdo con Vicente Yáñez Pinzón, descubrió una vasta provincia conocida después con el nombre de Yucatán. Aunque esta expedición no fue notable por ningún suceso extraordinario, dice Robertson, es digna de mención porque conduce a descubrimientos de grande importancia. Por la misma razón recordaremos el viaje de Diego de Ocampo que, encargado de dar la vuelta a Cuba, fue el primero en reconocer con certeza que aquel país, considerado en otro tiempo por Colón como una parte del continente, no era más que una gran isla.

Dos años más tarde, Juan Díaz de Solís y Vicente Pinzón, navegando al Sur de la línea equinoccial, avanzaron hasta el grado 40 de latitud meridional, y comprobaron con no poca sorpresa que el continente se extendía a su derecha en aquella inmensa longitud. Desembarcaron varias veces, tomaron solemnemente posesión del país, pero no fundaron establecimientos a causa de la escasez de sus medios. El



resultado más positivo del viaje fue una apreciación más exacta de la extensión de esta parte del globo.

El primero que tuvo la idea de fundar una colonia en el continente fue Alonso de Ojeda, del cual hemos contado más arriba sus correrías aventureras. Sin fortuna, pero conocido por su audacia y espíritu emprendedor, encontró fácilmente asociados, que le suministraron los fondos necesarios para la empresa.

Al mismo tiempo, Diego de Nicuesa, rico colono de la Española, organizó una expedición con el mismo objeto (1509). El rey Fernando, siempre pródigo en buenas y poco costosas empresas, concedióles a los dos muchas patentes y títulos honoríficos, pero no les dio ni un maravedí. Erigió en el continente dos gobiernos, de los cuales uno se extendía desde el cabo de la Vela hasta el golfo de Darién, y el otro, desde este golfo hasta el cabo *Gracias a Dios*. El primero fue dado a Ojeda, el segundo a Nicuesa. Estos dos «conquistadores» tuvieron esta vez que luchar más con aquellos pueblos que eran menos benignos que los de las Antillas. Decididos a oponerse a la invasión de su país, disponían de medios de resistencia nuevos para los españoles; así es que la lucha fue encarnizada. En un solo combate, sesenta de los compañeros de Ojeda perecieron a causa de las flechas de los salvajes, armas terribles, empozoñadas con el «curare», veneno tan activo que la menor herida era seguida de muerte. Nicuesa, por su parte, había tenido que fortificarse para defenderse, de suerte que a pesar de los dos refuerzos considerables recibidos de Cuba, la mayor parte de los que se habían alistado para estas expediciones perecieron en el



mismo año, uno tras otro, de las heridas, de las fatigas, de enfermedades o de las privaciones. Los supervivientes fundaron la pequeña colonia de Santa María la Antigua, en el Darién, bajo el mando de Balboa.

Pero antes de contar la maravillosa expedición de este último, debemos registrar el descubrimiento de una comarca que forma la extremidad septentrional de ese arco profundamente ahuecado en el continente, que lleva el nombre de Golfo de Méjico.

En 1502, Juan Ponce de León, perteneciente a una de las más antiguas familias de España, había llegado con Ovando a la Española, contribuyendo a la sumisión de esta isla, y conquistando, en 1508, la de San Juan de Puerto Rico. Habiendo oído decir a los indios que existía en la isla de Bimini una fuente milagrosa cuyas aguas rejuvenecían al que las bebiera, Ponce de León resolvió ir en su busca. Fuerza es creer que sentía la necesidad de experimentar aquella agua, aunque no tenía más que cincuenta años. Ponce de León equipó a su costa tres bajeles y partió del puerto de San Germán de Puerto Rico el 1º de marzo de 1512. Dirigióse hacia las Lucayas, que visitó concienzudamente, así como el archipiélago de Bahama. Si no encontró la fuente de la Juventud, que buscaba inocentemente, encontró por lo menos una tierra que le pareció fértil y a la cual dio el nombre de Florida, sea porque desembarcó en ella el día de Pascua Florida o bien a causa de su aspecto encantador. Tal descubrimiento habría satisfecho a un investigador menos obstinado; pero Ponce de León fue de isla en isla probando todas



las fuentes que encontró, sin notar, no obstante, que sus cabellos blancos se volvieran negros, ni que sus arrugas desaparecieran. Cansado por fin de ejercer el papel de ingenuo, después de seis meses de infructuosas excursiones, abandonó la partida, dejando a Pérez de Ortubia y al piloto Antonio de Alaminos que continuaran la investigación, y entró en Puerto Rico el 5 de octubre. Tuvo que sufrir muchas burlas de los que le habían visto regresar más enfermo y más viejo de lo que había partido. Se podría colocar esta expedición, ridícula en sus motivos, pero fértil en sus resultados, en el número de los viajes imaginarios, si no estuviera garantizada por historiadores tan serios como Pedro Martyr, Oviedo, Herrera y Garcilaso de la Vega.

Vasco Núñez de Balboa, que era quince años más joven que Ponce de León, había llegado a América con Bastidas y se había establecido en la Española; pero allí, lo mismo que le sucedía a gran número de sus compatriotas, a pesar del *repartimiento* de indios que le había sido concedido, estaba tan cargado de deudas que no deseaba otra cosa que substraerse a las persecuciones de sus numerosos acreedores. Por desgracia suya, existía una orden prohibiendo la carga para tierra firme de todo buque que recibiera a su bordo a los deudores insolventes. Gracias a su espíritu ingenioso, Balboa supo eludir esta dificultad, y metido en un tonel vacío llegó hasta el buque que llevaba a Encisco al Darién. Quieras que no, el jefe de la expedición tuvo que aceptar el concurso tan singularmente impuesto de aquel bravo aventurero, que no huía sino delante de los alguaciles, como lo probó tan pronto como desembarcó.



Habitados los españoles a encontrar tan poca resistencia en las Antillas, no pudieron someter los pueblos feroces de tierra firme. A causa de sus disensiones intestinas, hubieron de refugiarse en Santa María la Antigua, que Balboa, elegido comandante en lugar de Encisco, fundó en el Darién.

Si Balboa supo hacerse temer de los indios por su bravura personal, por la ferocidad de su lebrél *Leoncico*, más temible que veinte hombres armados y que recibía regularmente la paga de un soldado, Balboa se hizo igualmente simpático a los indios por su justicia y su moderación relativa, ya que no admitía las crueldades inútiles. Durante muchos años, Balboa recogió preciosos informes sobre *El Dorado*, país del oro adonde no había de llegar nunca, pero que debía facilitar el acceso a sus sucesores.

De esta manera fue como supo la existencia a seis soles (seis días de viaje) de otro mar, del Océano Pacífico, que bañaba el Perú, país donde se encontraba el oro en gran cantidad. Balboa, cuyo carácter era tan bien templado como el de Cortés y de Pizarro, pero no tuvo como ellos el tiempo para probar las cualidades extraordinarias de que la naturaleza le había dotado, no se engañó acerca del valor de aquellas noticias, y comprendió toda la gloria que tal descubrimiento haría recaer sobre su nombre.

Reunió ciento noventa voluntarios, todos soldados intrépidos, habituados, como él a los azares de la guerra, aclimatados a los efluvios malsanos de una comarca pantanosa, donde las fiebres, la disentería y las enfermedades del hígado existen en estado endémico.



El istmo del Darién no tenía más que sesenta millas de anchura y estaba cortado por una cadena de altas montañas, al pie de las cuales, terrenos de aluvión, extremadamente fértiles, mantenían una vegetación frondosa de la cual los europeos no pueden hacerse idea. Es una confusión inextricable de bejucos, de arbustos y de árboles gigantescos que ocultan por completo el sol, verdadero bosque virgen cortado a veces por lagunas de agua cenagosa y que habitan una multitud de pájaros, de insectos y de animales jamás turbados por alma viviente. Un calor húmedo agota las fuerzas y abate en poco tiempo la energía del hombre más robusto.

A estos obstáculos que la naturaleza parecía haber sembrado con mano pródiga en el camino que Balboa debía recorrer, iban a unirse otros, no menos formidables, que los feroces habitantes de aquel país inhospitalario debían oponerle. Sin temor a los riesgos que podía hacer correr a su expedición, a la fidelidad problemática de sus guías y de los auxiliares indígenas, Balboa partió, escoltado por un millar de indios portadores y por una trailla de terribles lebreles que habían tomado el gusto a la carne humana en la Española.

De las tribus que encontró en su camino, unas se refugiaron en las montañas con sus provisiones; las otras, aprovechándose de las ondulaciones del terreno, probaron de luchar.

Marchando entre los suyos, sufriendo privaciones sin que economizara ninguna para sí, Balboa supo levantarles el ánimo, más de una vez desfallecido, e inspirarles tal entusiasmo, que después de veinticinco días de marchas y combates, pudo por fin



descubrir desde lo alto de una montaña aquel inmenso Océano, del cual, cuatro días después, con la espada desnuda en una mano y la bandera de Castilla en la otra tomó posesión en nombre del rey de España.

La parte del Pacífico a que acababa de llegar está situada al este de Panamá y lleva aún hoy día el nombre de golfo de San Miguel, que Balboa le dio. Las noticias obtenidas de los caciques vecinos, a los que sometió por las armas, y entre los que hizo un cuantioso botín, concordaban perfectamente con las que había recogido a su partida.

Existía en el Sur un vasto imperio «tan rico en oro, que lo más despreciables objetos estaban hechos de este metal», y donde los animales domésticos, las llamas, cuya figura, dibujada por los indígenas, recordaba la del camello, habían sido amaestradas y llevaban pesados fardos. Estos detalles y la gran cantidad de perlas que le fueron ofrecidas, confirmaron a Balboa en la idea de que había llegado a las comarcas asiáticas descritas por Marco Polo y que no estaba lejos de aquel imperio de Cipango, del cual el viajero veneciano había descrito las maravillosas riquezas que brillaban sin cesar ante los ojos de aquellos ávidos aventureros. Repetidas veces atravesó Balboa el istmo de Darién, y siempre en direcciones diferentes. Por eso, A. de Humboldt ha podido decir con razón que este país era mejor conocido a principios del siglo XVI que en su tiempo. Además, Balboa había lanzado en el Océano que acababa de descubrir dos buques construidos por orden suya, y preparaba un formidable armamento con el cual contaba conquistar el Perú, cuando fue odiosa y jurídicamente muerto por orden del gobernador del



Darién, Pedrarias Dávila, celoso de la reputación que ya había conquistado y de la gloria que iba sin duda a reportarle su audacia con la expedición que proyectaba. La conquista del Perú se retardó veinticinco años a causa de la envidia criminal de un hombre cuyo nombre ha llegado a ser, por el asesinato de Balboa, casi tan célebre como el de Eróstrato.

Sí, gracias a Balboa, se habían recogido los primeros documentos un poco precisos sobre el Perú, y otro explorador debía proporcionarlos no menos importantes acerca de aquel vasto imperio de Méjico, que había impuesto su dominación a casi toda la América central.

Juan de Grijalba había recibido en 1518, el mando de una flotilla de cuatro buques, armados por Diego Velázquez, el conquistador de Cuba, para recoger noticias acerca del Yucatán, visitado el año precedente por Hernán de Córdoba. Acompañado Grijalba del piloto Alaminos, que había hecho con Ponce de León el viaje de la Florida, llevaba a sus órdenes doscientos cuarenta voluntarios, entre los cuales se encontraba Bernal Díaz del Castillo, el sincero autor de una interesante historia de la conquista de Méjico, a la que nos hemos de referir con frecuencia.

Después de trece días de navegación, Grijalba tomó tierra en la costa de Yucatán y la isla de Cozumel, dobló el cabo de Cotoche, y se internó en la bahía de Campeche. Desembarcó el 10 de mayo en Potonchan, cuyos habitantes, a pesar de la sorpresa que les causaron los navíos, a los que tomaban por monstruos marinos, y aquellos hombres de rostro pálido que lanzaban



rayos, defendieron tan vigorosamente la aguada y la ciudad, que cuarenta y siete españoles fueron muertos y hubo gran número de heridos. Tan calurosa recepción no animó a Grijalba a hacer una larga estada en aquella nación belicosa, y se hizo a la mar, después de cuatro días de detención, continuando su viaje a lo largo de la costa de Méjico, hacia el Oeste, entró el 17 de mayo en un río llamado Tabasco, por los indígenas, y pronto se vio rodeado de una flotilla de cincuenta piraguas, cargadas de guerreros apercebidos para el combate. Gracias a la prudencia de Grijalba y a las demostraciones amigables que les hizo, la paz no fue turbada.

Les hicimos decir — escribe Bernal Díaz — que estábamos sujetos a un gran emperador que se llamaba Carlos, que ellos también debían aceptarlo por señor, y que lo pasarían bien. Nos respondieron que tenían ya un soberano, y que no comprendían que apenas llegados, les ofreciéramos otro antes de conocerles. Es preciso reconocer que esta respuesta no tiene nada de salvaje.

En cambio, de algunas chucherías europeas sin valor, los españoles recibieron pan de yuca, goma de copal, pedazos de oro labrado en forma de peces o pájaros, así como vestidos de algodón, fabricados en el país. Como los indígenas embarcados en el cabo de Cotuche no entendían bien la lengua de los habitantes de Tabasco, la detención en este sitio fue breve, y haciéndose a la mar los navegantes pasaron delante del río Guatzacoalco, vieron la sierra nevadas de San Martín y echaron el áncora en la embocadura de un río que fue llamado Río de las Banderas, a causa de las numerosas banderas blancas que en



señal de paz los indígenas desplegaron a la vista de los extranjeros. Cuando desembarcó Grijalba fue recibido con los honores que sólo se rinden a los dioses. Le incensaron con el copal y depositaron a sus pies 1500 piastras, en pequeñas joyas de oro, perlas verdes y hachas de cobre. Después de haber tomado posesión del país, los españoles llegaron a una isla que fue llamada de los *Sacrificios*, porque encontraron en una especie de altar puesto en lo alto de una ancha escalera, cinco indios sacrificados desde la víspera, con el pecho abierto, el corazón arrancado y los brazos y las piernas cortados. Después se detuvo delante de otra pequeña isla que recibió el nombre de San Juan, que era el santo del día, y al cual añadieron la palabra Culua, que oían repetir a los indios, en aquel país. Ahora bien, Culua era el nombre antiguo de Méjico y aquella isla San Juan de Culua, es hoy San Juan de Ulloa.

Después de haber cargado en un navío que mandó a Cuba el oro que había recogido, Grijalba continuó siguiendo la costa, descubrió las sierras de Tusta y de Tuspa, recogió numerosas y útiles noticias acerca de esta comarca populosa y llegó a Río Panuco, donde se vio asaltado por una flotilla de embarcaciones contra las cuales pasó todas las penas del mundo para defenderse. La expedición tocaba a su fin, los buques estaban en muy mal estado y los víveres escaseaban; los voluntarios, heridos o enfermos, eran muy poco número para poder dejarlos siquiera al abrigo de las fortificaciones, en medio de aquellos pueblos guerreros. Los jefes mismos no estaban de acuerdo sobre lo que habían de hacer. Después de haber carenado el mayor de los buques en el río Tonala, donde Bernal Díaz se alaba de haber



sembrado las primeras pepitas de naranjo que hubo en Méjico, los españoles emprendieron en breve el rumbo hacia Santiago de Cuba, donde llegaron el 15 de noviembre, después de un crucero de siete meses y no cuarenta y cinco días, como dice Fernando Denis en la biografía de Didot, y como ha repetido en los *Viajeros antiguos y modernos* Edmundo Charton.

Considerables fueron los resultados obtenidos en aquel viaje. Por primera vez la inmensa línea de costas que forman la cercana isla de Yucatán, la bahía de Campeche y el fondo del golfo de Méjico habían sido explorados sin interrupción de cabo a cabo. No solamente se sabía ya que el Yucatán no era una isla, como hasta entonces se había creído, sino que se habían recogido numerosos y precisos informes acerca de la existencia del rico y poderoso imperio de Méjico. Teníanse, sobre todo, muestras de una civilización más avanzada que la de las Antillas, de la superioridad en arquitectura, del hábil cultivo del suelo, de la delicadeza del tejido de los vestidos de algodón y de la figura de los adornos de oro que llevaban los indígenas, cosas todas que debían avivar entre los españoles de Cuba la sed de riquezas y decidirles a lanzarse, como modernos argonautas, a la conquista de aquel nuevo vellocino de oro.

Pero Grijalba no había de recoger los frutos de aquella peligrosa e inteligente navegación que arrojaba una luz tan nueva sobre lo que se sabía de la civilización india. El *sic vos, non vobis* del poeta debía tener una vez más aplicación en aquellas circunstancias.



– Hernán Cortés. – Su nombramiento. – Preparativos de la expedición y tentativas de Velázquez para detenerla. – Desembarco en Veracruz. – Méjico y el emperador Moctezuma. – La república de Tascala. – Marcha sobre Méjico. – El emperador prisionero. – Traición de Narváez. – La Noche Triste. – Batalla de Otumba. – Segundo sitio y toma de Méjico. – Expedición a Honduras. – Viaje a España. – Expedición al Océano Pacífico. – Segundo viaje de Cortés a España. – Su muerte.

No había esperado Velázquez la vuelta de Grijalba para enviar a España los ricos productos de los países descubiertos por éste, solicitando del consejo de Indias, así como del obispo de Burgos un aumento a la autoridad que le permitiese intentar la conquista. Al mismo tiempo preparó un nuevo armamento proporcionado a los peligros y la importancia de la empresa que meditaba; pero si le fue relativamente fácil reunir el material y el personal necesarios, no pudo así mismo Velázquez, a quien un escritor nos presenta como poco generoso, crédulo y receloso, encontrar un jefe. Este debía reunir cualidades casi siempre incompatibles: un gran talento y un valor intrépido, sin los cuales no se podía esperar buen resultado, y al mismo tiempo bastante docilidad y sumisión para no hacer nada sin sus órdenes, y dejarle a él, que no corría ningún riesgo, la gloria de la empresa y de su éxito. Unos, valientes y emprendedores, no querían verse reducidos al papel de instrumento; otros, más



dóciles o más disimulados, no tenían las cualidades que se requerían para llevar a cabo una empresa tan vasta; éstos, los que acababan de hacer la campaña con Grijalba, querían que se diese a su jefe el mando supremo; aquéllos, preferían a Agustín Bermúdez o a Bernardino Velázquez. Mientras esto pasaba, dos favoritos del gobernador, Andrés Duero, su secretario, y Amador de Lares, contador en Cuba, aliéronse con un hidalgo llamado Hernán Cortés, con la condición de partir con éste los beneficios.

Expresáronse en términos tan buenos y melosos – dice Bernal Díaz – haciendo grandes elogios de Cortés, asegurando que era el hombre que más convenía para el empleo, que sería un jefe intrépido seguramente fiel a Velázquez, de quien era ahijado, que le convencieron y fue nombrado Cortés capitán general. Y como Andrés Duero era secretario del gobernador, se encargó de formular por escrito los poderes con buena tinta, muy amplios y a gusto de Cortés; y se les entregó debidamente firmados.

Ciertamente que no era el hombre a quien Velázquez hubiera escogido si hubiera podido leer en el porvenir.

Había nacido Cortés en 1485, en Medellín, y era hijo de familia antigua, pero de escasa fortuna. Después de haber estudiado algún tiempo en Salamanca, volvió a su pueblo natal en el cual la residencia tranquila y apacible que en él disfrutaba, no podía convenir por mucho tiempo a su bullicioso carácter y a su genio caprichoso, así es que partió en breve para América, contando con la protección de su pariente Ovando, gobernador de la Española.



En efecto, Cortés ocupó al llegar muchos empleos honrosos y lucrativos, sin contar con que también tomó parte en algunas expediciones dirigidas contra los indígenas. Desgraciadamente a la vez que se iniciaba en la táctica india, se familiarizó también con los actos de crueldad que a menudo han manchado el nombre castellano. En 1511, acompañó a Diego Velázquez en su expedición a Cuba, y de tal modo se distinguió, que, a pesar de ciertos disentimientos con su jefe, disentimientos completamente aclarados por los autores modernos, obtuvo en recompensa de sus servicios una gran concesión de tierras y de indios. Gracias a su actividad e industria, había juntado Cortés en pocos años tres mil castellanos, suma considerable para su posición.

Aún cuando hasta entonces no había obtenido ningún mando en jefe, su actividad infatigable, que había sucedido a la fogosidad de la juventud, su prudencia muy conocida, su hombría de bien, como se decía entonces, su gran rapidez y decisión, y por último su talento, que se le reconocía en alto grado, para saber atraer los corazones con la cordialidad de su carácter, fueron cualidades que supieron hacer valer sus dos protectores para con Velázquez. Añadíase a esto, que tenía una hermosa presencia, una habilidad prodigiosa en todos los ejercicios corporales y una resistencia asombrosa aun entre aquellos aventureros acostumbrados a toda clase de sufrimientos.

Una vez recibida su comisión con pruebas del más respetuoso agradecimiento, enarboló Cortés, a la puerta de su casa, una bandera de terciopelo negro bordado de oro, que tenía en el centro una cruz roja rodeada de llamas azules y blancas y por debajo esta leyenda en latín: «Amigos, sigamos la cruz, y si



tenemos fe, por este signo venceremos». Desde aquel momento reconcentró todos los recursos de su carácter ingenioso en los medios propios para realizar su empresa.

Llevado por un entusiasmo de que no le hubieran creído capaz jamás aun aquellos que le conocían a fondo, no sólo consagró todo el dinero que poseía al armamento de su flota, sino que empeñó sus propiedades, y pidió prestados a sus amigos sumas considerables, que le sirvieron para comprar buques, víveres, municiones de guerra y caballos. En pocos días se alistaron trescientos voluntarios atraídos por la fama del general y estimulados por los riesgos y probables provechos de la expedición.

Pero Velázquez, siempre receloso y tal vez inducido por algunos envidiosos, quiso detener la expedición a su salida. Advertido por sus dos protectores de que el gobernador quería quitarle el mando en jefe, tomó Cortés su resolución, y aun cuando la tripulación estaba incompleta y el armamento era insuficiente, reunió sus hombres y levó anclas durante la noche. Burlado Velázquez de este modo, disimuló su cólera, pero puso en juego todos los medios de que podía disponer para detener a aquel que con tanta desenvoltura acababa de substraerse a su autoridad.

Acabó Cortés de abastecerse en Macaca y vio alistarse bajo sus banderas a un gran número de los compañeros de Grijalba: Pedro de Alvarado y sus hermanos Cristóbal de Olid, Alonso de Águila, Hernández de Portocarrero, Gonzalo de Sandoval y Bernal Díaz del Castillo, que debía escribir una preciosa crónica de los sucesos *quorum pars magna fuit*. Dirigióse después a la



Trinidad, puerto situado en la costa meridional de Cuba, donde tomó nuevas provisiones. Durante este tiempo, el gobernador Verdugo recibió cartas de Velázquez encargándole que detuviese a Cortés, por habersele quitado el mando de la escuadra; pero esto habría sido un acto peligroso para la seguridad de la ciudad, y Verdugo se abstuvo de hacerlo.

A fin de reunir nuevos soldados, fue Cortés a la Habana, mientras que su lugarteniente Alvarado iba por tierra al puerto en que se habían hecho los últimos preparativos. A pesar del mal éxito de su primera tentativa, aún expidió órdenes Velázquez de detener a Cortés; pero el gobernador, Pedro Barba, se hizo cargo en seguida de la imposibilidad de ejecutar la orden en medio de soldados que, según la expresión de Bernal Díaz, habrían dado con gusto su vida por Cortés.

Por último, después de haber enganchado más voluntarios, y embarcado todo lo que le pareció necesario, se hizo a la vela el 18 de febrero de 1591, con once buques, de los cuales el mayor tenía cien toneladas, ciento diez marineros, quinientos cincuenta y tres soldados, de ellos, trece arcabuceros, doscientos indios de la isla y algunas mujeres para los trabajos domésticos. Lo que constituía la principal fuerza de la expedición, eran diez cañones, cuatro falconetes provistos de abundantes municiones y dieciséis caballos reunidos todos a gran costo. Con estos medios casi miserables, y que, sin embargo, tanto trabajo le había costado reunir, era con los que Cortés iba a entablar la lucha con un soberano cuyos dominios eran más extensos que todos los de la corona de España, empresa cuyas dificultades le habrían hecho retroceder si hubiera podido entrever siquiera la mitad;



pero hace mucho tiempo que dijo un poeta que la fortuna ayuda a los audaces.

Después de una violenta tempestad tocó la expedición en la isla de Cozumel, cuyos habitantes, ya fuera por temor á los españoles, ya por estar convencidos de la importancia de sus dioses, abrazaron el cristianismo. En el momento en que la escuadra iba a dejar la isla, tuvo la suerte de recoger a un español llamado Jerónimo de Aguilar, que hacía ocho años era prisionero de los indios. Aquel hombre, que había aprendido perfectamente la lengua maya, y que poseía tanta habilidad como prudencia, prestó en breve grandes servicios como intérprete. Después de haber doblado el cabo Cotoche, bajó Cortés a la bahía de Campeche, rebasó el Potonchán y subió el río Tabasco, con la esperanza de ser tan bien recibido como lo había sido Grijalba, y de recolectar tan gran cantidad de oro; pero se habían cambiado enteramente las disposiciones de los indígenas y hubo que emplear la violencia. Los indios derrotados en muchas acciones, a pesar de su número y su bravura, merced al terror que les inspiraron las detonaciones de las armas de fuego y el aspecto de los hombres montados a caballo, a los que tomaron por seres sobrenaturales. En estos combates perdieron mucha gente los indios, y los españoles tuvieron dos muertos, catorce hombres y muchos caballos heridos, curándose éstos últimos con la grasa de los indios, recogida de los muertos. Por último, se hizo la paz, y recibió Cortés víveres, trajes de algodón, un poco de oro y veinte mujeres esclavas, entre las cuales estaba aquella Marina, tan



celebrada por todos los historiadores de la conquista, que debía prestar a los españoles tan señalados servicios como intérprete.

Buscando sitio a propósito para desembarcar, continuó Cortés su rumbo hacia el Oeste, pero no le encontró hasta San Juan de Ulloa. Apenas habían echado el ancla cuando se acercó una canoa, sin demostrar temor al buque almirante. Gracias a Marina, que era de origen azteca, supo Cortés que los pueblos de aquel país eran súbditos de un gran imperio que les había conquistado recientemente.

Su monarca, llamado Moctezuma, habitaba en Tenochtitlán o Méjico, a setenta leguas hacia el interior. Participó Cortés a los indios sus pacíficas intenciones, les ofreció algunos regalos y desembarcó en la playa tórrida y malsana de Vera Cruz.

En breve afluyeron las provisiones, y al día siguiente del desembarco, Teutilo, el gobernador de la provincia, que había sido enviado por Moctezuma, vióse muy apurado para contestar a Cortés, que le pedía le condujese inmediatamente a presencia de su señor. Sabía el gobernador cuántas eran las inquietudes y cuántos los temores que asaltaban al emperador desde la llegada de los españoles, pero, sin embargo, hizo poner a los pies del general telas de algodón, mantas de pluma y objetos de oro, cuya riqueza no hizo sino excitar la codicia de los europeos. Cortés, para dar a aquellos pobres indios una idea de su poder, hizo maniobrar entonces a sus soldados y disparar algunas piezas de artillería, cuyas descargas les helaron de espanto.



Durante todo el tiempo de la entrevista, algunos pintores habían reproducido en telas de algodón blanco los buques, las tropas y todo lo que había llamado su atención. Aquellos dibujos, ejecutados con mucha habilidad, debían ser enviados a Moctezuma.

Antes de comenzar el relato de las luchas heroicas que iban a sucederse, nos parece conveniente dar algunos detalles acerca de aquel imperio de Méjico, tan poderoso, al parecer, pero que encerraba tan numerosos gérmenes de decadencia y disolución, que permitieron a aquel puñado de aventureros realizar la conquista.

La parte de la América sometida a Moctezuma llevaba el nombre de Anahuac; se extendía entre los 14 y los 20 grados de latitud Norte. Como a la mitad de esta región, se presentaba el clima muy variado, a causa de las diferencias de altura, un poco más cerca del Pacífico que del Atlántico; en una circunferencia de setenta leguas, y a siete mil quinientos pies sobre el nivel del mar, se desarrollaba una vasta hondonada en cuyo fondo había multitud de lagos que se conocen con el nombre de Valle de Méjico, tomado del nombre de la capital del imperio.

Como puede suponerse, poseemos muy pocos detalles auténticos acerca de un pueblo cuyos anales escritos fueron quemados por conquistadores ignorantes o cuando menos fanáticos, que suprimieron con encarnizamiento todo lo que podía recordar las tradiciones religiosas y políticas de la raza conquistada.



Los toltecas habían venido del Norte en el siglo VII y se habían establecido en las llanuras de Anahuac. Era una raza inteligente aficionada a la agricultura y a las artes mecánicas, que sabía trabajar los metales y que construyó la mayor parte de los suntuosos y gigantescos edificios de que se encuentran ruinas en muchas partes de la Nueva España.

Después de cuatro siglos de dominación desaparecieron los toltecas del país, con tanto misterio como habían penetrado en él, y fueron reemplazados un siglo más tarde por una tribu salvaje procedente del Noroeste, a la que en breve siguieron otros pueblos más adelantados, que parece debieron hablar la lengua tolteca. Las tribus más célebres de todas éstas son los aztecas y los acolues o tezcucanas que con facilidad se asimilaron el tinte de civilización que dejaron en el país los últimos toltecas. En cuanto a los aztecas, después de una serie de emigraciones y de guerras, fijaron su residencia en el valle de Méjico, en 1326, y allí levantaron su capital, Tenochtitlán. Durante un siglo, merced a un tratado de alianza ofensiva y defensiva entre los estados de Méjico, Tezcuco y Tlacopan, rigurosamente observado, la civilización azteca, encerrada al principio en los límites del valle, se desbordó y no tuvo en breve más límite que el Pacífico y el Atlántico.

En poco tiempo llegaron aquéllos a un grado de civilización superior al de todas las tribus del Nuevo Mundo. Se reconocía en Méjico el derecho de propiedad, florecía el comercio, y tres clases de moneda facilitaban las operaciones del cambio. Se hacía perfectamente la policía, y un sistema de postas que funcionaba a la perfección, permitía transmitir rápidamente las órdenes del



soberano de un extremo a otro del imperio. El número y la belleza de las poblaciones y la vastedad de los palacios, de los templos y de las fortalezas, denotan una civilización muy avanzada, que representa un singular contraste con las costumbres feroces de los aztecas.

Nada más bárbaro ni más sanguinario que su religión politeísta; los sacerdotes formaban una corporación muy numerosa y gozaban de gran influencia aun en los asuntos exclusivamente políticos. Al lado de ritos parecidos a los de los cristianos, tales como el bautismo y la confesión, su religión era un tejido de absurdas y horribles supersticiones. Así es que, adoptados los sacrificios humanos al principio del siglo XIV, pues anteriormente habían sido muy raros, se hicieron en breve tan frecuentes, que se calculan en veinte mil por término medio al año, el número de víctimas inmoladas, de las cuales proveían la mayor parte de las veces las naciones vencidas. Este número se elevó aún mucho más en algunas circunstancias, como por ejemplo en 1486, cuando se inauguró el templo de Huitzilopchit, que murieron en un día 70.000 cautivos.

El gobierno de Méjico era monárquico, pero el poder de los emperadores, al principio muy restringido, se fue acrecentando con las conquistas hasta llegar a ser despótico. El soberano era elegido entre los individuos de su familia, y su advenimiento al trono se señalaba con numerosos sacrificios humanos.

El emperador Moctezuma pertenecía a la raza sacerdotal, y su poder se había aumentado singularmente. A consecuencia de muchas guerras había ensanchado sus fronteras y subyugado



naciones que acogieron con placer a los españoles, cuya dominación les parecía que debía ser menos pesada y menos cruel que la de los aztecas.

Es evidente que, si Moctezuma hubiera caído con las fuerzas considerables de que disponía sobre los españoles, cuando éstos ocupaban la calurosa y malsana playa de Vera Cruz, no habrían podido resistir semejante choque, a pesar de la superioridad de sus armas y de su disciplina; habrían perecido todos, o habrían tenido que reembarcarse. El destino del Nuevo Mundo hubiera cambiado completamente. Pero Moctezuma carecía por completo de decisión, rasgo tan sobresaliente del carácter de Cortés, y no supo en ninguna ocasión tomar resueltamente un partido.

Entretanto, habían marchado al campamento español nuevos enviados del emperador, llevando la orden a Cortés de abandonar el país y participándole que, en el caso de rehusar de hacerlo cesarían inmediatamente toda clase de relaciones entre los indígenas y los invasores. La situación se iba haciendo tirante, y comprendiéndolo así Cortés, después de haber vencido algunas vacilaciones que se manifestaron entre sus tropas, hizo echar los cimientos de Vera Cruz, fortaleza que debía servirle de base de operaciones y de sostén en caso de tener que reembarcarse. Inmediatamente organizó una especie de gobierno civil o Junta, como se diría hoy, a la que entregó su nombramiento revocado por Velázquez, y se hizo dar, en nombre del rey, provisiones y los más amplios poderes. Luego recibió a los enviados de la ciudad de Zempoalla, que habían venido a



solicitar alianza contra Moctezuma cuyo yugo les era insoportable.

Verdaderamente era tener mucha suerte encontrar tales aliados a los primeros días del desembarco; así fue, que, no queriendo Cortés desperdiciar aquella ocasión, acogió con favor a los totonacas, fue a su capital, y después de haber hecho construir una fortaleza en Quiabislán, a las orillas del mar, les decidió a que rehusasen pagar el impuesto. Aprovechó su estancia en Zempoalla para exhortar a aquellos pueblos a convertirse al cristianismo, y derribó sus ídolos, como había hecho en Cozumel, para probarles la impotencia de sus dioses.

Durante este tiempo se descubrió un complot en su campo, y persuadido de que mientras le quedara medio de volver a Cuba tendría que luchar con el cansancio y el descontento de sus soldados, Cortés hizo destruir todos sus buques en la costa, so pretexto de que estaban en muy mal estado para servir por más tiempo. Fue un acto de audacia verdaderamente inaudito, y con el que obligó a sus compañeros a vencer o morir.

No teniendo ya nada que temer de la indisciplina de sus tropas, salió Cortés el 16 de agosto de Zempoalla con quinientos soldados, quince caballos y seis cañones de campaña, además de doscientos indios porteadores destinados a los trabajos serviles.

En breve llegó a las fronteras de la pequeña república de Tlascal, cuyos pueblos, feroces enemigos de toda servidumbre, hacía mucho tiempo que estaban en lucha con Moctezuma.



Cortés se alababa de que su intención, tantas veces proclamada de librar a los indios al yugo mejicano, pondría a los tlascaltecas en su poder haciéndoles sus aliados. Pidióles, pues, pasaje por su territorio para ir a Méjico; pero sus embajadores fueron detenidos y cuando se adelantó por el interior del país tuvo que sostener durante catorce días consecutivos los ataques incesantes de treinta mil tlascaltecas armados que desplegaron un valor y una terquedad de que no habían visto nunca otro ejemplo los españoles en el Nuevo Mundo.

Pero las armas de aquellos valientes eran muy primitivas. ¿Qué podrían hacer con flechas y lanzas armadas de obsidiana o de huesos de pescados con estacas puntiagudas endurecidas al fuego, con espadas de madera y sobre todo con una táctica insuficiente?

Cuando advirtieron que en todos los combates que habían costado la vida a tan gran número de sus más valientes guerreros no había muerto ni un sólo español, reputaron aquellos extranjeros seres superiores, no sabiendo qué concepto formar de aquellos hombres que devolvían a los espías sorprendidos en su campamento con las manos cortadas, y después de cada victoria no sólo no devoraban a los prisioneros como habían hecho los aztecas, sino que los ponían en libertad cargados de presentes y pidiéndoles la paz. Los tlascaltecas se declararon, pues, vasallos de España y juraron secundar a Cortés en todas las expediciones; por su parte, éste debía protegerles contra sus enemigos. Por lo demás, ya era tiempo de que se hiciese la paz; muchos españoles estaban heridos o enfermos y todos se hallaban extenuados de fatiga. Su entrada triunfal en



Tlascala, donde fueron acogidos como seres sobrenaturales, no tardó en hacerles olvidar sus padecimientos.

Después de descansar veinte días en esta ciudad, emprendió Cortés la marcha hacia Méjico, con un ejército auxiliar de seis mil tlascaltecas. Dirigióse primero hacia Cholula, considerada por los indios como una ciudad santa, santuario y residencia querida de sus dioses, donde Moctezuma estaba seguro de atraer a los españoles, ya porque contara con que los dioses vengarían por sí mismos la violación de sus templos, ya porque pensara que sería fácil organizar una sedición y una matanza en aquella ciudad populosa y fanática.

Pero, aunque Cortés fue advertido por los tlascaltecas, que le dijeron que debía desconfiar de las protestas de amistad y de afecto de los cholulanes, tomó alojamiento en el interior de la ciudad, porque quería aumentar su prestigio aparentando no temer nada. Avisado por los tlascaltecas que las mujeres y los niños habían abandonado la ciudad, y por Marina que se hallaba concentrado un cuerpo de tropas considerables a las puertas de la ciudad y de que habían abierto trampas y zanjas que estaban ocultas en la calle, mientras en los terrados se amontonaban piedras y flechas, hizo Cortés, adelantándose a sus enemigos, prender a los principales de la ciudad y organizar la matanza de sus habitantes, sorprendidos y privados de sus jefes. Durante dos días enteros los desgraciados cholulanes estuvieron expuestos a todos los horrores que pudieron inventar la rabia de los españoles y la venganza de los tlascaltecas, sus aliados. Seis mil habitantes degollados, los templos quemados y



la ciudad medio destruida eran un ejemplo bastante terrible para aterrorizar a Moctezuma y sus súbditos.

Así fue que, en todas partes, en las veinte leguas que le separaban de la capital, fue recibido como un libertador y no había ni un cacique que no tuviera que quejarse del despotismo imperial, lo cual confirmó a Cortés en la esperanza de que fácilmente podría adueñarse de un imperio tan dividido.

A medida que bajaban las montañas de Chalco, el valle de Méjico, su lago inmenso profundamente cortado y rodeado de grandes ciudades, aquella capital levantada sobre pilotes, los campos tan bien cultivados, todo se desarrollaba ante la vista de los asombrados españoles.

Sin molestarse por las perpetuas dudas de Moctezuma, que hasta el último momento no supo recibir a los españoles como amigos o enemigos, se adelantó Cortés por la calzada que conducía a Méjico a través del lago.

No estaba ya más que a una milla de la ciudad, cuando algunos indios, que a juzgar por sus magníficos trajes debían ser altos personajes, llegaron a saludarle y anunciarle la venida del emperador.

En breve apareció Moctezuma llevado en hombros de sus favoritos, en una especie de litera adornada de oro y plumas, y provista de un magnífico dosel, que le protegía contra los ardores del sol.



A medida que adelantaba el emperador, los indios se prosternaban ante él y ocultaban la cabeza como si fuesen indignos de contemplarle.

La primera entrevista fue cordial, y Moctezuma condujo por sí mismo a sus huéspedes al cuartel que les había preparado. Era un vasto palacio rodeado de murallas de piedra y defendido por torres elevadas. En seguida tomó Cortés sus medidas e hizo apuntar sus cañones hacia las calles que conducían a él.

En la segunda entrevista fueron ofrecidos al general y a sus soldados magníficos presentes. Moctezuma le contó que, según una antigua tradición, los antepasados de los aztecas habían venido a aquel país guiados por un hombre blanco y barbudo, como los españoles. Después de haber fundado su poder, se había embarcado en el Océano prometiéndoles que sus descendientes vendrían un día a visitarles y a reformar sus leyes. Así, él los recibía, no como extranjeros, sino como padres, porque estaba persuadido de ver en ellos a los descendientes de su antiguo jefe, y les rogaba que se considerasen como señores de sus Estados.

Los días siguientes los emplearon los españoles en visitar la ciudad, que les pareció más grande, más populosa y más bonita que ninguna de las que hasta entonces habían visto en América. Y lo que la hacía aún más singular eran sus calzadas, que la ponían en comunicación con la tierra firme, las cuales estaban cortadas de trecho en trecho para dar paso a las embarcaciones que pululaban en el lago. Sobre aquellas aberturas había puentes que fácilmente podrían ser destruidos, y por el lago del Este no



había camino y era preciso comunicarse con la tierra firme por medio de canoas.

Aquella disposición de Méjico no dejó de inquietar a Cortés, pues en un momento podía quedar bloqueado en la capital, sin que de ninguna manera pudiera salir. Resolvió, pues, para prevenir toda tentativa sediciosa, asegurarse tomando al emperador como rehén. Las noticias que acababa de recibir le proporcionaban, por lo demás, un excelente pretexto: Qualpopoca, general mejicano, había atacado las provincias sometidas a los españoles, herido de muerte a Escalante y a siete de sus soldados, y por último, había paseado de ciudad en ciudad la cabeza de un prisionero decapitado, para demostrar que los invasores podían ser vencidos y no eran sino simples mortales.

Aprovechó Cortés estos sucesos para acusar al emperador de perfidia, diciendo que si les ponía buena cara a él y a sus soldados, era sólo con el fin de buscar la ocasión favorable para hacerles sufrir la misma suerte que a Escalante, procedimiento indigno de un soberano y muy diferente de la confianza que Cortés había tenido en él. Además, si las sospechas de todos los españoles eran infundadas, el emperador tenía un medio muy sencillo de justificarse haciendo castigar a Qualpopoca. Por último, para evitar que se repitieran agresiones que no podían conducir a una buena armonía, a fin de probar a los mejicanos que Moctezuma no alimentaba contra los españoles ningún mal designio, no tenía otro partido que tomar que venir a residir con ellos.



No se decidió muy fácilmente el emperador, y se comprende; pero tuvo que ceder a la violencia y a las amenazas.

Al anunciar a sus súbditos su nueva resolución, tuvo que asegurarles muchas veces que libremente y con todo su gusto se ponía en las manos de los españoles, y hubo de calmarles con palabras, porque amenazaban echarse sobre los extranjeros.

Aquel golpe audaz de Cortés superó sus esperanzas. Qualpopoca, su hijo y cinco de los principales autores de la sublevación fueron presos por los mejicanos y entregados a un tribunal español, juez y parte a la vez, que les condenó a ser quemados vivos. No contento Cortés con haber castigado a aquellos hombres que no habían hecho más que ejecutar las órdenes de su emperador y oponerse a mano armada a la invasión de su país, impuso una nueva humillación a Moctezuma, poniéndole grillos en los pies, so pretexto de que los culpables le habían acusado en los últimos momentos.

Durante seis meses ejerció el conquistador la autoridad suprema en nombre del emperador reducido al papel de rey perezoso, cambiando los gobernadores que le desagradaban, haciendo entregar los impuestos, presidiendo todos los actos de la administración, enviando a las diferentes provincias del imperio españoles encargados de reconocer sus productos y examinar con muy especial cuidado los distritos mineros y los procedimientos en uso común para recoger el oro.

Por último, Cortés se aprovechó de la curiosidad que Moctezuma mostraba de ver los buques europeos, para traer de Veracruz aparejos y toda clase de materiales para construir dos



bergantines destinados a asegurar sus comunicaciones por el lago con tierra firme.

Alentado con tantas pruebas de sumisión y humildad, aún fue más lejos Cortés, y exigió a Moctezuma que se declarase vasallo y tributario de España. Como se puede adivinar fácilmente, aquel acto de fe y homenaje fue acompañado de ricos y numerosos presentes, así como de una gran contribución que se cobró sin dificultad. Se aprovechó para reunir todo el oro y la plata que había arrebatado a los indios, y fundirlo, excepto algunas piezas que se conservaron a causa de la belleza del trabajo. Pero como todo no llegó más que a seiscientos mil pesos, aun cuando los españoles hubiesen usado de todo su poder, y Moctezuma hubiese agotado todos sus tesoros para satisfacerlos, el producto no ascendía sino a una suma irrisoria y muy poco en relación con la idea que los conquistadores se habían formado de las riquezas del país.

Así fue que cuando se puso aparte el *quinto* para el rey, el *quinto* para Cortés y las sumas que era necesario reembolsar para satisfacer los gastos ocasionados por el armamento, la parte que correspondió a cada soldado no llegó a cien pesos. ¡Haber sufrido tantas fatigas, haber corrido tan grandes peligros y haber padecido tantas privaciones por cien pesos!

¡valía más haberse quedado en la Española! Si a tan mezquino resultado venían a parar las magníficas promesas de Cortés, y si las particiones se habían hecho con justicia, lo cual no era cierto, hubiera sido necedad permanecer por más tiempo en un país tan miserable en aquella época en que a las órdenes de un jefe



menos pródigo de promesas, pero más generoso, se podían conquistar países ricos en oro y pedrería, que serían justa compensación a los trabajos y penalidades de los valientes guerreros. De este modo murmuraban aquellos ávidos aventureros: unos aceptaban refunfuñando lo que les correspondía, otros lo rehusaron desdeñosamente. Pero si Cortés había conseguido convencer a Moctezuma en la parte que se refería a la política, no pudo hacer lo mismo en lo que se refería a la religión. Jamás pudo decidirle a convertirse, y cuando quiso derribar los ídolos, como había hecho en Zempoalla, ocurrió una sedición que hubiera podido llegar a ser muy seria si inmediatamente no hubiera abandonado sus proyectos. Desde entonces los mejicanos, que habían sufrido casi sin resistencia el aprisionamiento y sumisión de su monarca, resolvieron vengar sus dioses ultrajados, y prepararon una sublevación general contra los invasores.

Precisamente en el momento en que las cosas parecían tomar en el interior un aspecto menos favorable, recibió Cortés de Veracruz la noticia de que cruzaban muchos buques por delante del puerto. Al principio creyó que era una escuadra que Carlos V enviaba en su socorro en contestación, a la carta que él le había dirigido en 16 de julio de 1519 por Portocarreño y Montejo; pero en breve se desengañó, y supo que aquella escuadra, organizada por Diego Velázquez, que había sabido con cuánta facilidad su teniente había roto todos los lazos de dependencia que a él le unían, tenía por objeto desposeerle, hacerle prisionero y enviarle a Cuba, donde inmediatamente se le instruiría un proceso.



Componíase aquella escuadra, que iba mandada por Pánfilo de Narváez, de dieciocho buques que llevaban ochenta jinetes, cien infantes, de los cuales ochenta eran mosqueteros, ciento veinte ballesteros y doce cañones.

Narváez desembarcó sin oposición junto al fuerte de San Juan de Ulloa; pero habiendo requerido a Sandoval, gobernador de Veracruz, que le entregase la ciudad, éste se apoderó de los que iban encargados de aquella insolente comisión y les envió a Méjico. Cortés los puso en seguida en libertad y obtuvo de ellos minuciosos informes acerca de los proyectos y las fuerzas de Narváez. El peligro que personalmente corría era grande; las tropas enviadas por Velázquez eran más numerosas y estaban mejor provista de armas y municiones que las suyas; además, le inquietaba, no la perspectiva de ser condenado y aun muerto, sino el temor de haber perdido el fruto de todos sus esfuerzos y el perjuicio que aquellas disensiones iban a producir a su patria. La situación era muy crítica, y después de haber reflexionado maduramente y pesado el pro y el contra de la determinación que iba a tomar, se decidió Cortés a combatir, a pesar de todas sus desventajas, antes que sacrificar sus conquistas y los intereses de España.

Pero antes de llegar a este extremo, envió Cortés a Narváez su capellán Olmedo, el cual fue muy mal recibido y vio rechazar todas las proposiciones de avenencia. Más éxito tuvo Olmedo con los soldados de Narváez, que le conocían la mayor parte, y a los que distribuyó gran número de cadenas, anillos de oro y dijes muy a propósito para darles una gran idea del conquistador. Pero habiéndolo sabido Narváez y no queriendo



dejar por más tiempo expuestas sus tropas a la seducción, puso precio a la cabeza de Cortés y la de sus principales capitanes y se adelantó a su encuentro. Pero Cortés era demasiado listo para dar la batalla en condiciones desfavorables; contemporalizando, dejó a Narváez y sus tropas que entrasen en Zempoalla, y tomó tan bien sus medidas, que compensado la inferioridad de sus fuerzas con la sorpresa y el terror de un ataque nocturno, hizo prisionero a su adversario y a todas sus tropas, sin perder por su parte más que dos soldados.

El vencedor trató bien a los vencidos, dejándoles la elección entre retirarse a Cuba o participar de su suerte. Esta última perspectiva, apoyada por regalos y promesas, pareció tan seductora a los recién desembarcados, que Cortés se vio a la cabeza de mil soldados al día siguiente de aquel en que estuvo a punto de caer en manos de Narváez.

Aquel brusco cambio de fortuna fue poderosamente secundado por la habilidad diplomática de Cortés, que se apresuró a tomar de nuevo el camino de Méjico. Las tropas que había dejado al mando de Alvarado para custodiar sus tesoros y al emperador prisionero, hallábanse reducidas a los últimos extremos, por los indígenas que habían matado o herido a gran número de soldados y tenían al resto estrechamente amenazados de un asalto general. Hay que confesar que la conducta imprudente y criminal de los españoles, y sobre todo la matanza, durante una fiesta de los ciudadanos más distinguidos del imperio, habían producido la sublevación que temían y que habían querido prevenir.



Después de haberse reunido a Cortés dos mil tlascaltecas, se dirigió a marchas forzadas sobre la capital, adonde llegó afortunadamente antes de que los indios hubiesen roto los puentes de las calzadas y los diques que unían a Méjico con la tierra firme. A pesar de este esfuerzo, la situación no mejoró; cada día era preciso librar nuevos combates y hacer salidas para despejar las avenidas de los palacios ocupados por los españoles.

Comprendió entonces Cortés la falta que había cometido encerrándose en una ciudad en que podía ser asediado a cada instante y de la que era tan difícil salir. Tuvo entonces que recurrir a Moctezuma, que podía, por su autoridad y por el prestigio de que aún estaba rodeado, apaciguar la sublevación, o por lo menos dar un poco de respeto a los españoles y preparar su retirada; pero cuando el desgraciado emperador, que había llegado a ser el juguete de Cortés, se presentó en las murallas revestido de sus ornamentos reales, e invitó a sus súbditos a cesar en las hostilidades, se levantaron grandes murmullos de descontento acompañados de terribles amenazas; las hostilidades volvieron a empezar, y antes de que los soldados pudieran protegerle con sus escudos, el emperador fue acribillado a flechazos y alcanzado en la cabeza con una piedra que lo derribó.

Al ver esto, espantados los indios del crimen que acababan de cometer, suspendieron por un instante el combate y huyeron en todas las direcciones. En cuanto a Moctezuma, comprendiendo, aunque demasiado tarde, lo abyecto del papel que Cortés le hacía representar, se arrancó los apósitos con que le habían vendado



sus heridas, y rehusando tomar toda clase de alimentos, expiró maldiciendo a los españoles.

Después de tan funesto acontecimiento, no se podía pensar ya entrar en arreglos con los mejicanos, y a toda costa y rápidamente era preciso salir de una ciudad en que iban a ser bloqueados y sitiados por hambre. Comprendiéndolo así Cortés, se preparó en secreto; cada día veíanse estrechadas más de cerca sus tropas, y hasta él mismo tuvo que combatir muchas veces con la espada en la mano como un simple soldado.

Cuenta Solís, no se sabe según qué autoridad, que en uno de los asaltos que dieron los indios a uno de los edificios que dominaban el barrio de los españoles, reconociendo dos jóvenes mejicanos a Cortés que animaba a sus soldados con la voz, resolvieron sacrificarse para matar al autor de las calamidades de su patria. Acercáronse a él con ademán suplicante como si quisieran pedirle cuartel, y agarrándole por la cintura le arrastraron hacia las almenas, por las cuales se precipitaron, esperando poder llevarle tras sí en su caída. Pero Cortés, cuya fuerza y agilidad eran excelentes, pudo desprenderse de sus brazos, y los dos valientes mejicanos murieron en su tentativa generosa e inútil para la salvación de su país.

Una vez decidida la retirada, se trató de saber si se realizaría de día o de noche. De día se podía resistir mejor al enemigo, se verían mejor las emboscadas preparadas y se podría más fácilmente tomar precauciones para restablecer los puentes rotos por los mejicanos. Por otra parte, se sabía que los indios raras veces atacaban después de la puesta de sol; pero lo que decidió



a Cortés en favor de una retirada nocturna fue que un soldado que la echaba de astrólogo había prometido a sus compañeros un éxito seguro si se operaba de noche.

Pusiéronse, pues en marcha a medianoche. Además de las tropas españolas llevaba Cortés a sus órdenes los destacamentos de Tlascala, de Zempoalla y de Cholula, que se elevaban todavía, a pesar de las pérdidas considerables que habían sufrido, a siete mil hombres.

Sandoval mandaba la vanguardia; Cortés iba en el centro con los bagajes, los cañones y los prisioneros, entre éstos un hijo y dos hijas de Moctezuma; Alvarado y Velázquez de León mandaban la retaguardia. Habíase tenido el cuidado de construir un puente portátil que debía echarse en los sitios rotos de la calzada. Apenas los españoles habían desembocado en el dique que conducía a Tacuba, que era el más corto, cuando fueron atacados por el frente, por los flancos y por la retaguardia, por inmensas masas de enemigos, mientras que una innumerable escuadrilla de canoas hacía caer sobre ellos una granizada de piedras y flechas. Estupefactos y ciegos, no saben los aliados a quién responder; húndese el puente de madera bajo el peso de la artillería y de los combatientes; amontonados en un estrecho camino, no pueden hacer uso de sus armas de fuego; privados de su caballería, que no puede maniobrar; mezclados con los indios que les atacan cuerpo a cuerpo, no teniendo ya fuerza para matar; rodeados por todas partes los españoles y sus aliados, ceden bajo el número siempre renovado de sus asaltantes; jefes y soldados, infantes y jinetes españoles y tlascaltecas están confundidos, y cada cual se defiende



personalmente sin cuidarse de la disciplina ni de la salvación común.

Todo parecía perdido, cuando Cortés, con un centenar de hombres, llega a franquear la cortadura del dique, pasando sobre el montón de cadáveres que la han llenado; alinea sus soldados a medida que van llegando, y a la cabeza de los que están menos gravemente heridos, se hunde como una cuña en la pelea y consigue salvar a gran parte de los suyos. Al amanecer, todos los que habían podido escapar a la matanza de aquella *Noche triste*, como fue llamada aquella espantosa noche, se hallaban reunidos en Taboca. Cortés, con los ojos llenos de lágrimas, pasó revista allí a sus últimos soldados, que estaban todos cubiertos de heridas, y se dio cuenta de las sensibles pérdidas que había experimentado; cuatro mil indios tlascaltecas y cholulanes y casi todos los caballos habían muerto; toda la artillería, así como las municiones y la mayor parte de los bagajes, se habían perdido; muchos capitanes distinguidos, Velázquez de León, Salcedo, Moría, Lares y otros muchos, habían perecido. Uno de los más peligrosamente heridos era Alvarado, y ni un solo hombre quedaba, ya fuese oficial o soldado, que no estuviese herido. Sin detenerse en Tabuca se dirigió hacia Tlascala, donde no sabían cómo serían recibidos. Aun tuvieron los españoles, siempre hostigados por los mejicanos, que librar una gran batalla en los campos de Otumba, contra una multitud de guerreros que algunos historiadores calculan en doscientos mil. Merced a algunos jinetes que le quedaban, pudo Cortés, derribando todo lo que se le ponía delante, llegar hasta un grupo de altos personajes que fácilmente podían reconocerse por sus



penachos dorados y sus vestidos lujosos, entre los cuales estaba el general manteniendo el estandarte. Cortés hendió el grupo con algunos caballeros y fue bastante afortunado o bastante diestro para derribar de una lanzada al general mejicano, al que un soldado llamado Juan de Salamanca mató de un sablazo. A partir del momento en que desapareció el estandarte, quedó ganada la batalla, y los mejicanos presa de inmenso pánico, huyeron a la desbandada. Nunca los españoles corrieron mayor peligro, y sin la estrella de Cortés –dice Prescott– no hubiera sobrevivido ni uno solo para transmitir a la posteridad la relación de la sangrienta batalla de Otumba. El botín fue considerable, pudo indemnizar en parte a los españoles de las pérdidas que habían sufrido a su salida de Méjico, porque aquel ejército estaba compuesto de los principales guerreros de la nación, los cuales, persuadidos de obtener un éxito infalible, se habían adornado con sus más ricos trajes. Al día siguiente entraban los españoles en territorio de Tlascalá.

Llamaré ahora la atención de los curiosos lectores –dice Bernal Díaz– hacia el hecho de que cuando volvimos de Méjico en socorro de Alvarado, formábamos un total de doce mil trescientos hombres, comprendidos en este número los jinetes, que eran noventa y siete, ochenta ballesteros, otros tantos arcabuceros, y más de dos mil tlascaltecas con mucha artillería. Y nuestra segunda entrada en Méjico se verificó el día de San Juan de 1520, y nuestra huida el 10 de julio siguiente. Dimos la famosa batalla de Otumba el 14 de aquel mismo mes de julio, y ahora quiero llamar la atención acerca del número de hombres que murieron tanto en Méjico, en el paso de calzadas y de los



puentes, como en los demás encuentros de Otumba y de los caminos. Aseguro que en el espacio de cinco días nos mataron ochocientos setenta hombres, comprendiendo entre ellos setenta soldados que nos mataron en la aldea de Ruslepeque, y cinco mujeres de Castilla; perdimos al mismo tiempo mil doscientos tlascaltecas. Y es sobre todo más de notar que murieron más hombres de la gente de Narváez que la de Cortés, al pasar los puentes, y fue esto porque se habían puesto en camino cargados de una gran cantidad de oro, cuyo peso les impidió nadar y salvar las cortaduras.

Las tropas de Cortés habían quedado, pues, reducidas a cuatrocientos cuarenta hombres, con veinte caballos, doce ballesteros y siete escopeteros, sin una carga de pólvora, todos heridos, cojos o estropeados de los brazos, es decir, que eran los mismos en número que cuando por primera vez entraron en Méjico, pero con la considerable diferencia de salir de la capital vencidos.

Al entrar en el territorio de Tlascala recomendó Cortés a su gente y particularmente a la de Narváez que no cometiesen ninguna vejación con los indígenas y que no irritasen a los aliados que les quedaban, pues en ello iba la salvación común. Afortunadamente habían sido vanos los temores que habían tenido acerca de la fidelidad de los tlascaltecas. La acogida que éstos hicieron a los españoles fue de las más cariñosas y no pensaron más que en vengar la muerte de sus hermanos asesinados por los mejicanos. En su capital, supo también Cortés la pérdida de dos destacamentos; pero por graves que fuesen estas desgracias no le desanimaron, porque aún tenía bajo sus



órdenes tropas aguerridas y aliados fieles, Veracruz se conservaba intacta y aún podía probar otra vez su fortuna.

Pero antes de emprender una nueva campaña y establecer un nuevo sitio, necesitaba socorro y hacer preparativos. No dejó de hacerlo Cortés y envió cuatro buques a la Española, para alistar voluntarios y comprar caballos, pólvora y municiones, haciendo cortar al mismo tiempo, en los montes de Tlascalala, las maderas necesarias para la construcción de doce bergantines que debían ser llevados desarmados hasta el lago de Méjico, y allí lanzados al agua en el momento oportuno.

Después de haber reprimido algunas tentativas de sublevación que se produjeron especialmente entre los soldados que habían venido con Narváez, Cortés marchó de nuevo adelante, atacando primero con ayuda de los tlascaltecas a los de Tepeaca y de otras provincias inmediatas, con lo que tuvo la ventaja de familiarizar de nuevo a sus tropas con la victoria y de aguerrir a sus aliados.

Durante estos sucesos cayeron en poder de Cortés dos bergantines cargados de municiones y refuerzos enviados por Velázquez a Narváez, cuyas desventuras ignoraba aquél, y al mismo tiempo se unieron a él un gran número de españoles enviados por Francisco de Garay, gobernador de la Jamaica. Gracias a estos recursos, y a pesar de haberse desembarazado de muchos partidarios de Narváez de los que estaba descontento, el ejército de Cortés se compuso en breve de quinientos cincuenta infantes, de los cuales ochenta eran mosqueteros y cuarenta jinetes. Con tan débil cuerpo de ejército, sostenido por mil



tlascaltecas, emprendió de nuevo el camino de Méjico el 28 de diciembre de 1520, seis meses después de haber tenido que abandonarla.

Hablaremos rápidamente de esta campaña, a pesar del interés que puede ofrecer, porque tuvo por teatro comarcas ya descritas, y además no es precisamente de la historia de la conquista de Méjico de lo que queremos tratar. Nos bastará decir que después de la muerte de Moctezuma, subió al trono su hermano Quetlabaca, que tomó para resistir todas las medidas de precaución compatibles con la ciencia estratégica de los aztecas; pero murió de viruelas, triste regalo que los españoles habían hecho al Nuevo Mundo en el momento en que sus brillantes cualidades de previsión y valor iban a serles más necesarias. Tuvo por sucesor a Guatimozín, sobrino de Moctezuma, conocido por su talento y por su valor.

En cuanto Cortés entró en el territorio mejicano, tuvo que combatir; se apoderó de Teztuco, ciudad situada a veinte millas de Méjico y bañada por el lago central, en el cual los españoles vieron maniobrar tres meses después una flota imponente. Por aquel tiempo se descubrió una conspiración que tenía por objeto asesinar a Cortés y a sus principales capitanes, y fue ejecutado el principal instigador. Todo parecía además en aquel momento sonreír a Cortés; acababa de saber la llegada de nuevos socorros a Veracruz, y la mayor parte de las poblaciones que estaban bajo el dominio de Guatimozín se sometían a sus órdenes. El verdadero sitio principió en el mes de mayo de 1521, y continuó con alternativas de éxitos y reveses hasta el día en que se botaron al agua los bergantines. No temieron los mejicanos



atacarles, y 4.000 o 5.000 canoas, cada una con dos hombres, cubrieron el lago y fueron a asaltar los buques españoles, en los cuales había embarcados cerca de trescientos hombres. Los nuevos bergantines llevaban cañones y en breve dispersaron la flota enemiga, que desde entonces les dejó el campo libre. Pero aquel éxito y otras ventajas conseguidas por Cortés no eran gran cosa, y el sitio parecía prolongarse demasiado. Así fue que el general resolvió apoderarse de la ciudad a viva fuerza.

Desgraciadamente, el oficial encargado de proteger la línea de retirada por las calzadas, mientras los españoles entraban en la ciudad, considerando aquel puesto indigno de su valor, lo abandonó para acudir al combate.

Enterado Guatimozín de la falta cometida, supo aprovecharse de ella, y atacó por todas partes a los españoles, con tal encarnizamiento que mató mucha gente, y sesenta y dos soldados cayeron en su poder. El mismo Cortés estuvo en poco que cayera prisionero y fue gravemente herido en un muslo. Durante la noche se iluminó el gran templo del dios de la guerra en señal de triunfo, y los españoles oyeron con profunda tristeza resonar el gran tambor. Desde las posiciones que ocupaban asistieron a los últimos momentos de sus infortunados compañeros prisioneros, de los cuales los aztecas abrían el pecho para arrancarles el corazón, y arrojaban después su cuerpo por las escaleras del templo, a fin de que los destrozara la multitud que se disputaban los pedazos para celebrar un horrible festín.

Aquella espantosa desgracia hizo prolongar la duración del sitio hasta el día en que las tres cuartas partes de la ciudad habían



sido tomadas o destruidas, y Guatimozín se vio obligado a ceder a instancias de sus consejeros, y abandonar a Méjico ganando la tierra firme, donde esperaba organizar la resistencia. Pero asaltada la barca que le llevaba, fue hecho prisionero, y mostró en su cautividad más fuerza de carácter y más dignidad que su tío Moctezuma.

Desde entonces cesó toda resistencia, y Cortés pudo tomar posesión de la capital medio destruida. Después de una heroica resistencia, durante la cual ciento veinte mil, según unos, y doscientos cuarenta mil mejicanos según otros, habían muerto; después de un sitio que no duró menos de setenta y cinco días, Méjico, y con esta ciudad todo el imperio, sucumbió, no tanto a los golpes que le habían asestado los españoles como a las antiguas enemistades, a la revuelta de los pueblos conquistados y a la envidia de los Estados inmediatos que en breve habrían de echar de menos el yugo del que tan deliberadamente se habían rescatado.

A la embriaguez de la victoria sucedieron casi en seguida entre los españoles el despecho y la rabia. Las inmensas riquezas con que habían contado no existían o habían sido arrojadas al lago.

En la imposibilidad de calmar a los descontentos, Cortés tuvo que poner en el tormento al emperador y a su primer ministro. Algunos historiadores, y sobre todo Gomara, dicen que mientras los españoles atizaban el fuego por debajo de la parrilla en que estaban extendidas las dos víctimas, el último volviendo la cabeza hacia su señor, pareció rogarle que hablase para poner fin sus torturas; pero Guatimozín reprimió aquel instante de



debilidad con esta sola frase: ¿Y yo estoy en algún baño de placer?, respuesta que se ha transformado poéticamente en: ¿Y yo estoy sobre rosas?

Los historiadores de la conquista se detienen la mayor parte en la toma de Méjico; pero nos queda que hablar de algunas otras expediciones realizadas por Cortés, con objetos diferentes y que vienen a arrojar una luz nueva sobre algunas partes de la América central; por último, no queremos abandonar este héroe, que ha desempeñado un papel tan importante en el desarrollo de la civilización y en la historia del Nuevo Mundo, sin dar algunos detalles sobre el fin de su vida.

Verdaderamente hablando, con la capital había caído en su poder el imperio mejicano, y aun cuando encontró algunas resistencias, sobre todo en la provincia de Oaxaca, fue aislada y bastaron algunos destacamentos para reducir a los últimos defensores, que estaban aterrorizados por los suplicios que habían sufrido los de Panuco que se habían sublevado. Al mismo tiempo, los pueblos de los países alejados del imperio enviaban embajadores para convencerse de la realidad de aquel maravilloso suceso, la toma de Méjico, para contemplar las ruinas de la aborrecida ciudad y hacer acto de sumisión.

Aseguróse Cortés de su situación, y después de incidentes demasiado largos que contar y que le hicieron decir: «Me ha sido más difícil luchar contra mis compatriotas que contra los aztecas, ya no tenía más que hacer que organizar su conquista. Comenzó por establecer la sede de sus dominios en Méjico, la cual reedificó y atrajo a ella a los españoles, haciéndoles



concesiones de terrenos y dejando a los indios, al principio, bajo la autoridad de sus jefes naturales, aun cuando en breve fueron todos reducidos, excepto los tlascaltecas, al estado de esclavitud por el antiguo sistema de *repartimientos* que se usaba en las colonias españolas. Pero no se debe reprochar a Cortés el haber hecho tabla rasa con los derechos políticos de los indios, pues hay que reconocer que manifestó la más laudable solicitud para su bienestar espiritual. A este fin hizo venir algunos frailes franciscanos que, con su celo y su caridad, se granjearon al poco tiempo la veneración de los indígenas, y en una veintena de años consiguieron la conversión completa de toda la región.

Al mismo tiempo, envió Cortés sus destacamentos al Estado de Michoacán, los cuales penetraron hasta el Océano Pacífico y visitaron a su regreso algunas ricas provincias situadas al Norte. Fundó establecimientos en todas las partes del país que le parecieron ventajosos, en Zacatula, en las orillas del Pacífico, en Coliman, en el Michoacán, en Santisteban, cerca de Tampico, en Medellín, cerca de Veracruz, etc.

Tan luego como Cortés pacificó al país, confió a Cristóbal de Olid un ejército considerable a fin de establecer una colonia en Honduras. Olid debía, al mismo tiempo explorar la costa meridional de esta provincia, y buscar un estrecho que pusiese en comunicación el Atlántico con el Pacífico; pero enloquecido Olid con el orgullo del mando, no bien llegó a su destino, se declaró independiente. Cortés envió en seguida a uno de sus parientes para prender al culpable, y él mismo marchó acompañando a Guatimozín a la cabeza de cien jinetes y



cincuenta infantes, el 12 de octubre de 1524. Después de haber atravesado las provincias de Guatzacualco, Talasco y el Yucatán, sufriendo privaciones de toda clase, operando una marcha de las más penosas, por terrenos pantanosos o movedizos a través de un océano de bosques ondulantes, llegaba el destacamento a la provincia de Aculán, cuando supo Cortés que se había tramado una conspiración por Guatimozín y los principales jefes indios, según se decía.

Aquella conspiración tenía por objeto asesinar en la primera ocasión a los jefes y a los soldados, continuar después adelantando hacia Honduras, destruir allí los establecimientos creados, y volver a Méjico, donde no sería difícil deshacerse de los invasores por medio de una revolución general. Por más que Guatimozín protestó de su inocencia, no se le creyó y fue colgado con otros muchos nobles aztecas de la rama de una ceiba que daba sombra al camino.

La ejecución de Guatimozín —dice Bernal Díaz del Castillo— fue injusta y todos estuvimos acordes en censurarla. Más que su honor, el interés de su fama habría debido conservarle como oro en paño, porque era el trofeo vivo de su victoria. Por último, llegaron los españoles a Aculán, ciudad floreciente, donde se alojaron en magníficos cuarteles, tomando después la dirección del lago Petén, cuyos habitantes se convirtieron fácilmente al cristianismo.

No nos extenderemos en los sufrimientos y miserias que tuvo que sufrir la expedición en aquellas comarcas poco pobladas, hasta San Gil de Buenavista, en el golfo Dulce, donde Cortés,



después de haber dispuesto la ejecución de Olid, y el restablecimiento de la autoridad central, se embarcó para volver a Méjico.

En la misma época confió a Alvarado el mando de trescientos infantes, ciento sesenta jinetes y cuatro cañones con un cuerpo de indios auxiliares.

Alvarado se adelantó por el sur de Méjico a la conquista de Guatemala. Redujo las provincias de Zacatulan, Tahuantepec, Soconusco, Utlatan, fundó la ciudad de Guatemala Vieja, y fue nombrado por Carlos V, después de un viaje que algún tiempo después hizo a España, gobernador de los países que había conquistado.

En menos de tres años después de la conquista, había sido sometido a la corona de Castilla, un territorio de más de cuatrocientas leguas de largo en la costa del Atlántico, y de quinientas en el Pacífico, y gozaba, con muy pocas excepciones, de una completa tranquilidad.

A su vuelta a Méjico, después de la inútil expedición de Honduras, que le había costado casi tanto tiempo y causado tantos padecimientos a los españoles como la conquista de Méjico, recibió Cortés, pocos días después de haber llegado, la noticia de su destitución provisional y la invitación de volver a España para disculparse. El conquistador no se apresuró a obedecer esta orden, esperando que sería revocada; pero sus infatigables calumniadores, sus enemigos encarnizados tanto en España cómo en Méjico, le acuciaron de tal modo que se vio



precisado a ir a presentar su defensa, a exponer sus agravios y a reclamar con altivez la aprobación de su conducta.

Partió, pues, Cortés acompañado de su amigo Sandoval de Tapia y de muchos jefes aztecas, entre los cuales estaba un hijo de Moctezuma. Desembarcó en Palos, en mayo de 1528, en el mismo sitio en que Cristóbal Colón había tomado tierra treinta y cinco años antes, y fue acogido con el mismo entusiasmo y las mismas muestras de alegría que el descubridor de América. Allí se encontró con Pizarro, que entonces estaba al principio de su carrera y que acababa de solicitar el apoyo del gobierno español. En seguida partió para Toledo, donde se encontraba la corte. El solo anuncio de su vuelta había producido un cambio completo en la opinión, y sus pretendidos proyectos de sublevación e independencia quedaban desmentidos por su inopinada llegada. Carlos V comprendió sin trabajo que se sublevaría el sentimiento público a la sola idea de castigar a un hombre que había añadido a la corona de Castilla su más hermoso florón. El viaje de Cortés fue un triunfo continuado en medio de la multitud.

Las casas y las calles de las grandes ciudades y de las aldeas — refiere Prescott — estaban llenas de espectadores impacientes por contemplar al héroe, cuyo brazo acababa por sí solo de conquistar un imperio a la España, y que para usar el lenguaje de un antiguo historiador, marchaba con la pompa y la gloria, no de un gran vasallo, sino de un monarca independiente».

Después de haberle concedido muchas audiencias, de haberle dado esas muestras particulares de favor que los cortesanos



califican de considerables, Carlos V se dignó aceptar el imperio que Cortés le había conquistado y los magníficos presentes que le llevaba, y creyó que le recompensaba suficientemente dándole el título de marqués del Valle de Oaxaca y el cargo de capitán general de la Nueva España, sin restituírle, sin embargo, el gobierno civil, poder que en otro tiempo le había sido conferido por la Junta de Veracruz.

Cortés se casó después con la nieta del duque de Béjar, descendiente de una de las primeras familias de Castilla, y acompañó hasta el puerto al emperador que se dirigía a Italia; pero en breve, cansado de aquella vida frívola, tan poco en relación con las costumbres activas de su existencia pasada, tomó el camino de Méjico en 1530, desembarcando en Villa-Rica.

Al principio tuvo algunos disgustos con la Audiencia, que en su ausencia había ejercido el poder y que había inaugurado las persecuciones contra él, y tuvo también conflictos con la nueva Junta civil, con motivo de los asuntos militares; y hastiado, al fin, se retiró a Cuernavaca, a sus inmensas propiedades, donde se ocupó en la agricultura. Se le debe la introducción de la caña de azúcar, de la morera, de la afición al cultivo del cáñamo y del lino y de la cría en grande escala de los corderos merinos.

Pero aquella vida apacible, exenta de aventuras, no podía ser duradera dado el carácter emprendedor de Cortés, y en 1532 y 1533 equipó dos escuadras, que fueron a hacer en el noroeste del Pacífico un viaje de descubrimiento. La última llegó al extremo meridional de la península californiana, sin haber obtenido el resultado que se proponía conseguir: el descubrimiento de un



estrecho que comunicase el Pacífico con el Atlántico. Él mismo tampoco consiguió su propósito en 1536 en el mar Bermejo. En fin, tres años después, una última expedición, cuyo mando había confiado a Ulloa, penetró hasta el fondo del golfo, y siguiendo la costa exterior de la península, subió hasta el 29º de latitud. Desde allí el jefe de la expedición envió a Cortés uno de sus buques mientras él se adelantaba hacia el Norte; pero no se oyó hablar más del explorador.

Tal fue el éxito desgraciado de las expediciones de Cortés, que sin producirle ningún ducado no le costaron menos de trescientos mil castellanos de oro.

Sin embargo, dieron el resultado de conocer la costa del Océano Pacífico desde la bahía del Panamá hasta el Colorado. Se dio vuelta a la península de California y pudo saberse que aquella pretendida isla formaba parte del continente. Todos los repliegues del mar Bermejo o de Cortés, como lo llamaron los españoles con justo título, fueron cuidadosamente explorados, no sin tener disgustos con el virrey don Antonio de Mendoza, a quien el emperador había enviado a Méjico con un nombramiento humillante para el Marqués del Valle. Molestado éste por los continuos enredos, indignado de que sus prerrogativas de capitán general, si no absolutamente desconocidas fueran a lo menos continuamente discutidas, Cortés volvió una vez más a España. Aquel viaje, empero, no debía parecerse en nada al primero. Ya viejo, disgustado y abandonado de la fortuna, no tenía el conquistador nada que esperar del gobierno y no debía tardar en comprenderlo. Un día,



hendiendo la multitud que rodeaba el coche del emperador, se subió al estribo de la portezuela, y Carlos V, fingiendo desconocerle, preguntó quién era aquel hombre. «Es – respondió orgullosamente Cortés– el que os ha dado más Estados que ciudades os dejaron vuestros padres.» El favor público había apartado sus miradas de Méjico, que no había dado las riquezas que se esperaban, y todos estaban fijos entonces en los maravillosos tesoros del Perú.

Acogido, sin embargo, honrosamente por el Consejo Supremo de las Indias, Cortés expuso sus quejas; pero los debates se eternizaron y no pudo obtener ninguna satisfacción.

En 1547, cuando la desastrosa expedición de Carlos V contra Argel, Cortés, cuyos consejos no habían sido escuchados y que servía como voluntario, perdió tres esmeraldas esculpidas, de un grueso extraordinario, joyas que habrían pagado el rescate de un imperio. A su regreso repitió en vano su demanda, y fue tal el disgusto por estas injusticias y por las repetidas decepciones que experimentó, que su salud se fue afectando grandemente, y murió lejos del teatro de sus exploraciones, el 10 de noviembre de 1547, en Castilleja de la Cuesta, en los momentos en que se disponía a volver a América.

«Era un caballero errante –dice Prescott–. De toda aquella gloriosa falange de aventureros que la España del siglo XVI lanzó a la carrera de los descubrimientos y de las conquistas, no hay ninguno tan profundamente poseído del espíritu de empresas novelescas como Hernán Cortés. La lucha le agradaba, y prefería abordar una empresa por su lado más difícil...»



Esta pasión por lo romántico habría podido reducir al conquistador de Méjico al papel de un aventurero vulgar; pero Cortés fue seguramente un profundo político y un gran capitán, si se ha de dar este nombre al que realiza grandes acciones con sólo su genio. No hay ejemplo en la historia de que una empresa tan grande se haya llevado a tan buen fin con tan escasos medios, y se puede decir realmente que Cortés conquistó a Méjico sólo con sus propios recursos.

Su influencia sobre sus soldados era resultado natural de su confianza en su habilidad; pero hay que atribuirlo también a sus maneras francas, que le hacían eminentemente a propósito para conducir una partida de aventureros. Cuando Cortés ascendió en categoría, si bien desplegó más pompa, sus veteranos continuaron gozando con él de la misma intimidad. Para terminar el retrato del conquistador, nos asociaremos completamente a lo que dice el honrado y verídico Bernal Díaz:

Prefería su nombre de Cortés a todos los títulos que se le podían dar, y tenía mucha razón al hacerlo, porque el nombre de Cortés es tan famoso en nuestros días como fue el de César entre los romanos, o el de Aníbal entre los cartagineses.

El antiguo cronista concluye con un párrafo que pinta perfectamente el espíritu religioso del siglo XVI:

«Quizá no debía recibir su recompensa sino en un mundo mejor, y yo estoy plenamente convencido de ello; porque era un honrado caballero, y muy sincero en sus devociones a la Virgen, al apóstol San Pedro y a todos los santos.



**– La triple alianza. – Francisco Pizarro y sus hermanos.
– Don Diego de Almagro. – Primeras tentativas. – El
Perú, su extensión, su población y sus reyes. – Prisión de
Atahualpa, su rescate y su muerte. – Pedro de Alvarado.
– Almagro en Chile. – Lucha entre los conquistadores. –
Proceso y ejecución de Almagro. – Expediciones de
Gonzalo Pizarro y de Orellana. – Asesinato de Francisco
Pizarro. – Sublevación y ejecución de su hermano
Gonzalo.**

Apenas fueron conocidas por los españoles las noticias que obtuviera Balboa acerca de las riquezas de los países situados al sur de Panamá, se organizaron muchas expediciones para intentar la conquista; pero todos fracasaron, ya fuera porque los jefes no estuvieran a la altura de su misión, ya porque los medios empleados no fuesen suficientes. Hay que reconocer también que las localidades exploradas por los primeros aventureros (zapadores, como se diría hoy), no respondía en manera alguna a lo que la codicia española esperaba.

En efecto, habíanse aventurado todos en lo que entonces se llamaba Tierra Firme, país eminentemente insalubre, montañoso, cenagoso, cubierto de bosques y cuyos raros habitantes, muy belicosos, habían presentado a los invasores un obstáculo más a los que la naturaleza había puesto con tanta prodigalidad en aquel país; de manera que se había ido enfriando poco a poco el entusiasmo. Y ya no se hablaba sino



para burlarse de ellos, de los maravillosos relatos hechos por Balboa.

Sin embargo, existía en Panamá un hombre que conoció la realidad de los rumores que habían corrido acerca de las riquezas de los países bañados por el Pacífico; este hombre era Francisco Pizarro, que había acompañado a Núñez de Balboa al mar del Sur, y que se asoció a otros dos aventureros llamados Diego de Almagro y Fernando Luque.

Antes de entrar en materia diremos algunas palabras acerca de los jefes de esta empresa.

Francisco Pizarro, que nació cerca de Trujillo entre 1471 y 1478, era hijo natural de un capitán llamado Gonzalo Pizarro, que no le había enseñado más que a guardar cerdos.

Cansado en breve de aquella existencia, y aprovechándose de que se había perdido uno de los animales confiados a su custodia, para no volver a la casa paterna, donde por el menor desliz era castigado con dureza, se hizo soldado y pasó algunos años guerreando en Italia, siguiendo después a Cristóbal Colón en 1510 a la Española. Sirvió allí con distinción, así como en Cuba, acompañó a Ojeda al Darién, descubrió, como hemos dicho más arriba, el Océano Pacífico con Balboa, y después de la ejecución de éste, ayudó a Pedrarias Dávila, del que había llegado a ser favorito, a conquistar todo el país conocido con el nombre de Castilla de Oro.

Si Pizarro era hijo natural, Diego de Almagro era un expósito recogido en 1475 en Aldea del Rey, según unos, o en Almagro,



de donde había tomado su nombre, al decir de otros. Educado entre soldados, pasó gustoso a América, donde logró reunir una pequeña fortuna. En cuanto a Fernando Luque, era un rico eclesiástico de Tabago, que ejercía las funciones de maestro de escuela en Panamá. El más joven de aquellos tres aventureros tendría por entonces más de cincuenta años, y cuenta Garcilaso de la Vega que cuando fue conocido su proyecto, se hicieron objeto de burlas generales, especialmente Fernando de Luque, a quien sólo llamaba *Hernando el loco*.

Formada la asociación entre aquellos tres hombres, dos de los cuales eran conocidos por su valor y el tercero por su honradez, Luque dio el dinero necesario para el armamento de los buques y el pago de los soldados; Almagro contribuyó con una parte igual; pero Pizarro, que no poseía más que su espada, tuvo que pagar de otro modo su parte de contribución, y fue, por consiguiente, el que tomó el mando de la primera tentativa, que vamos a referir con algunos detalles que presentan con todo su valor la perseverancia e inflexible obstinación del conquistador.

Habiendo pedido y obtenido permiso de Pedro Arias de Avila – cuenta Agustín de Zarate –, uno de los historiadores de la conquista de Perú –, equipó Francisco Pizarro con bastante trabajo un buque, en el cual se embarcó con ciento catorce hombres. A cincuenta leguas de Panamá descubrió una provincia pequeña y pobre, llamada Perú, lo cual hizo dar después sin razón el mismo nombre a todos los países que se fueron descubriendo a lo largo de esta costa, por espacio de más de mil doscientas leguas de longitud. Siguiendo adelante



descubrieron los españoles otro país que llamaron Pueblo Quemado, pero los indios les mataron tanta gente, que se vieron obligados a retirarse en desorden al país de Chinchama, que no estaba lejos del sitio de donde habían partido. Entretanto, Almagro, que había quedado en Panamá, equipó un buque en el cual se embarcó con sesenta españoles, y bajó, siguiendo la costa, hasta el río de San Juan, a cien leguas de Panamá.

No encontrando a Pizarro, subió hasta Pueblo Quemado, y habiendo reconocido por algunas señales, que los españoles habían estado allí, desembarcó su gente. Pero envalentonados los indios con la victoria que habían obtenido sobre Pizarro, resistieron valientemente, forzaron las trincheras en que Almagro se había parapetado y le obligaron a reembarcarse. Volvióse, pues, siguiendo siempre la costa hasta que llegaron a Chinchama, donde encontró a Francisco Pizarro. Dichosos con volverse a ver, reunieron sus gentes con algunos nuevos soldados que levaron, y viéndose seguidos de doscientos españoles, bajaron de nuevo por la costa.

Mas de tal modo padecieron con la falta de víveres y los ataques de los indios, que don Diego se volvió a Panamá para reclutar gente y traer provisiones. Trajo, en efecto, ochenta hombres, con los cuales, y con los que le quedaban, llegaron hasta Catamez, país medianamente poblado en el cual encontraron grande abundancia de víveres. Advirtieron que los indios de aquellas tierras, que continuamente les atacaban y les hacían la guerra, tenían el rostro todo atravesado de clavos de oro, encajado en agujeros que se hacían expresamente para llevar estos adornos. Volvió, pues, otra vez a Panamá Diego de Almagro, mientras su



compañero esperaba los refuerzos que debía llevarle a la isla de Gallo, donde sufrió mucho por la falta de todo lo preciso para la vida.

A su llegada a Panamá, Almagro no pudo conseguir de Los Ríos, sucesor de Avila, que le permitiese hacer nuevos alistamientos, porque, según decía este último, no debía consentir que pereciera inútilmente más gente en una empresa tan temeraria, y hasta envió a la isla de Gallo un buque para que se trajese a Pizarro y sus compañeros. Pero semejante decisión no podía agradar a Almagro ni a Luque; suponía la pérdida de los gastos realizados y de todas las esperanzas que les habían hecho concebir la vista de los adornos de oro y plata que llevaban los habitantes de Catamez. Enviaron, pues, un agente secreto a Pizarro, recomendándole que perseverase en su resolución y se negase a obedecer las órdenes del gobernador de Panamá. Pero, por más que Pizarro hizo muchas y seductoras promesas, el recuerdo de las pasadas fatigas estaban tan recientes que todos sus compañeros, a excepción de doce, le abandonaron.

Con aquellos hombres intrépidos, cuyos nombres han llegado hasta nosotros, estaba García de Jerez, uno de los historiadores de la expedición. Se retiró Pizarro a una isla inhabitada menos inmediata de la costa, a la cual dio el nombre de Gorgona.

Allí vivieron miserablemente los españoles, de mangles, pescados y caracoles, y esperaron durante cinco meses los socorros que Almagro y Luque debían enviarles.

Por último, vencido Los Ríos por las unánimes protestas de la colonia que se indignó al ver que se dejaba perecer tan



miserablemente como malhechores a hombres cuyo único crimen era no haber desesperado de conseguir su empresa, envió a Pizarro un pequeño buque con el encargo de hacerle regresar; y a fin de que Pizarro no cayese en la tentación de servirse de él para emprender de nuevo su expedición, se tuvo cuidado de no embarcar en él ni un solo soldado.

A la vista de los socorros que llegaban, los trece aventureros se olvidaron pronto de sus privaciones, y se ocuparon en infundir sus esperanzas a los marineros que venían a buscarles. Entonces todos juntos, en vez de tomar el rumbo de Panamá, se hicieron a la vela, a pesar de los vientos y de las corrientes del Sudeste, y llegaron, después de haber descubierto la isla de Santa Clara, al puerto de Tumbez, situado más allá del tercer grado de latitud Sur, y allí vieron un templo magnífico perteneciente a los soberanos del país, a los Incas.

El país estaba poblado y muy bien cultivado; pero lo que sobre todo sedujo a los españoles y les hizo creer que habían llegado al país maravilloso de que tanto se había hablado, fue la gran abundancia de oro y plata; de tal modo, que estos metales se empleaban no sólo en el aderezo y adorno de los habitantes, sino hasta en los vasos y utensilios comunes.

Pizarro hizo reconocer el interior del país a Pedro de Candía y Alonso de Molina, los cuales le hicieron una descripción entusiasta, y se hizo llevar también algunos vasos de oro y algunas llamas, cuadrúpedos domésticos en el Perú. Por último, tomó a bordo a dos naturales, a los que se proponía enseñar la



lengua española y utilizarles como intérpretes cuando volviese al país.

Sucesivamente fue echando el ancla en Payta, en Sogarata y en la bahía de Santa Cruz, cuyo soberano, Capillana, acogió a aquellos extranjeros con tantas demostraciones de amistad, que muchos no quisieron volver a embarcarse.

Después de haber seguido la costa hasta Puerto Santo, Pizarro hizo rumbo a Panamá, a donde llegó al cabo de tres años, que había empleado en exploraciones peligrosas y que habían arruinado completamente a Luque y Almagro.

Antes de emprender la conquista del país que había descubierto, no pudiendo conseguir que Los Ríos le permitiese alistar nuevos aventureros, resolvió Pizarro dirigirse a Carlos V.

Tomó prestada la suma necesaria para ir a dar cuenta al emperador de sus empresas y pasó a España en 1528.

Hízole al emperador una pintura tan seductora del país que iba a conquistar, que obtuvo como recompensa de sus trabajos los títulos de gobernador, capitán general y alguacil mayor del Perú a perpetuidad, para él y sus herederos, y se le concedió al propio tiempo la nobleza, con mil escudos de pensión. Su jurisdicción, independiente de la del gobernador del Panamá, debía extenderse por un espacio de doscientas leguas al sur del río Santiago, siguiendo la costa, que tomaría el nombre de Nueva Castilla, y cuyo gobierno le pertenecería; concesiones, por lo demás, que nada costaban a España, porque era cuidado de él el conquistarlas. Por su parte se comprometió Pizarro a alistar



doscientos cincuenta hombres y a proveerse de buques, armas y municiones.

Dirigióse después Pizarro a Trujillo, donde determinó a sus hermanos Fernando, Juan y Gonzalo a seguirle, así como también a su hermanastro Martín de Alcántara.

Aprovechóse de su estancia en el pueblo natal, en Cáceres y en toda Extremadura para tratar de hacer una recluta; pero, a pesar del título de los *Caballeros de la Espada dorada* que prometió a los que quisieran seguir a sus órdenes, no se presentaron muchos.

Volvió después a Panamá, donde las cosas no llevaron el giro que él se había prometido. Había conseguido que a Luque se le nombrase obispo protector de los indios; mas para Almagro, cuyos talentos y temible ambición conocía muy bien, no había pedido más que la nobleza y una gratificación de quinientos ducados con el gobierno de una fortaleza que debía construirse en Tumbez.

Poco satisfecho Almagro, que había gastado todo lo que poseía en los viajes preliminares, con la pequeña parte que se le concedía, rehusó intervenir en la nueva expedición y quiso organizar una por su cuenta. Fue preciso toda la destreza de Pizarro, además de la promesa que le hizo de cederle el cargo de adelantado, para calmarle y hacerle consentir en renovar la antigua asociación.

Eran tan limitados en aquel momento los recursos de los tres asociados, que no pudieron reunir más que tres pequeños



buques con ciento ochenta soldados, de los cuales treinta y seis eran jinetes, y que salieron en el mes de febrero de 1531 al mando de Pizarro y de sus cuatro hermanos, mientras Almagro se quedaba en Panamá organizando una expedición de socorros.

Al cabo de trece días de navegación, después de haber sido arrastrado por un huracán cien leguas más abajo del sitio a que se había propuesto llegar, tuvo que desembarcar Pizarro su gente y sus caballos en la bahía de San Mateo y seguir la costa.

Esta marcha fue muy difícil por un país erizado de montañas, poco poblado y cortado por ríos que tenían que atravesar en su desembocadura. Por último, llegaron a un sitio llamado Coaquí, donde hicieron un gran botín, lo cual obligó a Pizarro a enviar dos de sus buques a Panamá y Nicaragua llevando un valor de más de treinta mil castellanos y gran número de esmeraldas; botín riquísimo que, según Pizarro, debía determinar a muchos aventureros a venir a unirse con él. Continuó después el conquistador su marcha hacia el Sur, hasta llegar a Puerto Viejo, donde se le reunieron Sebastián Benalcázar y Juan Fernández, que llevaban doce jinetes y treinta infantes.

El efecto que la vista de los caballos y la detonación de las armas de fuego habían producido en Méjico se renovó en el Perú, y Pizarro pudo llegar sin encontrar gran resistencia hasta la isla de Puna, en el golfo de Guayaquil.

Pero más numerosos y más belicosos los insulares que sus connaturales de tierra firme, resistieron valientemente por espacio de seis meses a los ataques de los españoles, que a pesar de haber recibido de Nicaragua un socorro que les llevó



Fernando de Soto, y aun cuando hicieron decapitar al cacique Tomalla y a diez y seis de los principales jefes, no pudieron vencer su resistencia.

Vióse, pues, Pizarro obligado a volver al continente, donde las enfermedades del país molestaron de tal modo a sus compañeros, que tuvo que detenerse tres meses en Tumbes, siendo objeto de los ataques continuos de los indígenas.

Desde Tumbes se dirigió a río Puirá, descubrió el puerto de Payta, el mejor de aquella costa, y fundó la colonia de San Miguel, en la desembocadura de Chilo, a fin de que los buques que vinieran de Panamá encontraran un puerto seguro.

En aquel sitio recibió algunos embajadores de Huáscar, el cual le hacía saber que se había sublevado contra él su hermano Atahualpa y le rogaba que fuese a auxiliarle.

En el momento en que los españoles desembarcaron para conquistarle, estaba el Perú bañado por el Pacífico en una extensión de 1.500 millas, y llegaba en el interior hasta muy lejos de la imponente cadena de los Andes. En su origen, la población estaba dividida en tribus salvajes y bárbaras, que no tenían idea alguna de civilización y que vivían continuamente en guerra las unas, con las otras. Durante una larga serie de siglos habían continuado las cosas en este estado, y nada hacía presagiar que había de llegar una era mejor, cuando en las orillas del lago Titicaca se aparecieron a los indios un hombre y una mujer que pretendían ser hijos del sol.



Aquellos dos personajes, de majestuosa figura, llamados Manco-Capac y Mama-Ocillo, reunieron hacia mediados del siglo XII, según Garcilaso de la Vega, un gran número de tribus errantes, y echaron los primeros cimientos de la ciudad de Cuzco.

Manco-Capac enseñó a los hombres la agricultura y las artes mecánicas, mientras que Mama-Ocillo enseñó a las mujeres el arte de hilar y tejer.

Luego que Manco-Capac hubo satisfecho las primeras necesidades de toda sociedad, dio leyes a sus súbditos y constituyó un Estado político regular, fundándose de este modo la dominación de los Incas o señores del Perú.

Su imperio se limitó en los principios a los alrededores de Cuzco, pero no tardó en ensancharse bajo los sucesores de Manco-Capac, y extenderse desde el trópico de Capricornio hasta la isla de las Perlas, en una extensión de 30°. Su poder llegó a ser tan absoluto como el de los antiguos soberanos asiáticos.

Así es que —dice Zarate— jamás ha podido existir país en el mundo en que la obediencia y la sumisión de los súbditos haya llegado más lejos. Los Incas eran para ellos casi divinidades; no había sino poner un hilo sacado de su banda real en manos de cualquiera de ellos, para ser respetado y obedecido en todas partes; y llegaba a tal extremo el absoluto acatamiento a las órdenes del rey, que, quien era portador del hilo, podía por sí solo, sin ningún auxilio de soldados, exterminar una provincia entera, y matar en ella hombres y mujeres, porque a la sola vista de aquel hilo sacado de la banda real, todos se ofrecían a la muerte voluntariamente y sin ninguna resistencia.



Por lo demás, los antiguos cronistas están conformes en decir que aquel poder sin límites fue siempre empleado por los Incas en la felicidad y el bienestar de sus súbditos. En una serie de doce reyes que se sucedieron en el trono del Perú, no hay ni uno solo que no haya dejado el recuerdo de un príncipe justo y adorado de su pueblo. ¿No buscaríamos en vano en el resto del mundo un país cuyos anales refieran un hecho análogo? ¿No hemos de sentir, por consiguiente, que los españoles llevaron la guerra y sus horrores, las enfermedades y los vicios de otro clima y que en su orgullo llamaban civilización, a pueblos felices y ricos, cuyos descendientes empobrecidos y embrutecidos, ni aun tienen para consolarse de su irremediable decadencia, el recuerdo de su antigua prosperidad?

Los peruanos —dice Michelet en su admirable *Resumen de la historia moderna*— trasmitían los principales hechos a la posteridad por medio de nudos que hacían en cuerdas; tenían obeliscos, gnomos regulares para marcar el punto de los equinoccios y de los solsticios; su año era de trescientos sesenta y cinco días; tenían construidos prodigios de arquitectura y tallado estatuas con un arte sorprendente, y en fin, era la nación más aseada y más industriosa del Nuevo Mundo.

El Inca Huayna Capac, padre de Atahualpa, bajo cuya dominación fue destruido aquel imperio, lo había aumentado embellecido mucho. Aquel Inca que conquistó todo el país de Quito, había hecho con sus soldados y los pueblos vencidos un gran camino de quinientas leguas, desde Cuzco hasta Quito, al través de precipicios que habían sido terraplenados y de



montañas allanadas. Correos de hombres establecidos de media legua en media legua, llevaban las órdenes del monarca por todo el imperio.

Tal era la admirable conservación de aquellos caminos, que para juzgar de su magnificencia bastará decir que el rey viajaba en un trono de oro que pesaba 25.000 ducados, y que la litera de oro en la cual iba el trono era llevada por los primeros personajes del Estado.

En la época en que los españoles se presentaron por primera vez en la costa, en 1526, el duodécimo Inca acababa de casarse, despreciando las antiguas leyes del reino, con la hija del rey de Quito, a quien había vencido, y de la que tuvo un hijo llamado Atahualpa, al que dejó este reino a su muerte, en 1529. Su hijo mayor Huáscar, cuya madre era de sangre inca, heredó el resto de los Estados; pero aquella división tan contraria a las costumbres establecidas desde tiempo inmemorial, excitó en Cuzco tal descontento, que Huáscar, animado por sus súbditos, se decidió a marchar contra su hermano, que no quería reconocerle por su señor y dueño. Sin embargo, Atahualpa, que no había hecho más que gustar el poder, no quiso abandonarlo, y atrayéndose con dádivas a la mayor parte de los guerreros que habían acompañado a su padre a la conquista de Quito, salió al encuentro con su ejército y la suerte favoreció al usurpador. ¿No es una cosa curiosa de notarse, que lo mismo en el Perú que en Méjico, se viesen favorecidos los españoles por circunstancias absolutamente excepcionales? En Méjico, recientemente sometidos los pueblos a la raza azteca, hollados



sin compasión por sus vencedores, acogen a los españoles como libertadores; y en el Perú, la lucha encarnizada entre dos hermanos enemigos, impide a los indios volver todas sus fuerzas contra los invasores, a los que fácilmente hubieran podido exterminar.

Pizarro comprendió en el momento todo el partido que podía sacar de las circunstancias al recibir a los enviados de Huáscar, que venían a pedirle ayuda contra su hermano Atahualpa, a quien representaban como un rebelde y un usurpador. Tenía por seguro que, tomando la defensa de uno de los competidores, podría más fácilmente oprimir a los dos.

Inmediatamente se adelantó hacia el interior del país a la cabeza de fuerzas muy exiguas; sesenta y dos jinetes y ciento veinte infantes, de los cuales sólo unos veinte estaban armados con arcabuces y mosquetes, pues había tenido que dejar una parte de sus tropas en la custodia de San Miguel, adonde pensaba refugiarse en caso de desgracia, y donde debían desembarcar los socorros que pudieran llegar.

Dirigióse a Caxamalca, pequeña ciudad situada a unas veinte jornadas de la costa, teniendo para esto que atravesar un desierto de arenas ardientes, sin agua y sin árboles, que se extendía como unas veinte leguas de largo hasta la provincia de Motupé, y en el cual el menor ataque del enemigo, unido a los padecimientos sufridos por su pequeño ejército, habría podido de un solo golpe concluir con la expedición.



Adelantóse en seguida por las montañas y se internó por desfiladeros estrechos, en los cuales les habrían podido exterminar fuerzas poco considerables. Durante esta marcha recibió un enviado de Atahualpa que llevaba zapatos punteados y puños de oro, y Pizarro le invitó a que los tuviera puestos en su próxima entrevista con el Inca. Naturalmente, Pizarro fue pródigo en promesas de amistad y de afecto, y declaró al embajador indio que no haría sino seguir las órdenes del rey su señor, respetando la vida y los bienes de los habitantes. Tan luego como llegó a Caxamalca, alojó prudentemente sus tropas en un templo o un palacio del Inca, al abrigo de toda sorpresa, y en seguida envió a uno de sus hermanos, con Soto y una veintena de jinetes, al campamento de Atahualpa, que no distaba más de una legua, para que le hicieran saber su llegada.

Los enviados del gobernador, que fueron recibidos con magnificencia, se quedaron asombrados de la multitud de adornos y vasos de oro y plata que vieron por todas partes en el campo indio. Volvieron con la promesa de que Atahualpa vendría al día siguiente a visitar a Pizarro y a darle la bienvenida en su reino. Al mismo tiempo describieron a Pizarro las maravillosas riquezas que habían visto, lo cual le confirmó en el proyecto que había formado de apoderarse por traición del desgraciado Atahualpa y de sus tesoros.

Muchos autores españoles, y sobre todo Zárate, disfrazan los hechos que sin duda les han parecido demasiado odiosos, y hacen recaer la traición en Atahualpa, pero se poseen hoy



demasiados documentos para no reconocer, con Robertson y Prescott, toda la perfidia de Pizarro.

Era muy importante para él tener en su poder al Inca para que le sirviera como de instrumento, de la misma manera que Cortés había usado de Moctezuma.

Aprovechóse, pues, de la honradez y de la simplicidad de Atahualpa, que había creído completamente en sus promesas de amistad para tenderle un lazo en el cual este último no podía dejar de caer. Por lo demás, ni un escrúpulo pasó siquiera por el alma desleal del conquistador, que cometió con tanta sangre fría como si fuera a librar una batalla entre enemigos prevenidos, aquella infame traición que será un eterno baldón para su memoria.

Dividió Pizarro su caballería en tres escuadrones, dejó en un solo cuerpo toda su infantería; ocultó sus arcabuceros en el camino que debía recorrer el Inca, y conservó a su lado unos veinte de sus más decididos compañeros.

Queriendo Atahualpa dar a los extranjeros una alta idea de su poder, se adelantó con todo su ejército, siendo él llevado en una especie de andas adornadas de plumas y cubierta de placas de oro y plata, cuajadas de piedras preciosas. Iba rodeado de histriones y bailarinas y acompañado de sus principales señores, que, como él, eran llevados en hombros de sus servidores. La marcha de este ejército más bien parecía una procesión.

En cuanto el Inca llegó a donde estaban los españoles, asegura Robertson que el padre Vicente Valverde, capellán de la



expedición y que más tarde recibió el título de obispo en recompensa de su conducta, se adelantó con un crucifijo en una mano y el breviario en la otra, y en un interminable discurso expuso al monarca la doctrina de la creación, la caída del primer hombre; la encarnación; la pasión y la resurrección de Jesucristo; la elección que Dios había hecho de San Pedro para que fuese su vicario en la tierra; el poder de este último transmitido a los Papas y la donación hecha al rey de Castilla por el papa Alejandro de todas las regiones del Nuevo Mundo. Después de haber desarrollado toda esta doctrina, exhortó a Atahualpa abrazar la religión cristiana, a reconocer la autoridad suprema del Papa y a someterse al rey de Castilla como a su soberano legítimo. Si se sometía inmediatamente, Valverde le prometía que el rey su señor tomaría el Perú bajo su protección y le consentiría que continuara reinando; pero si rehusaba obedecer y perseveraba en su impiedad, él le declaraba la guerra y le amenazaba con una terrible venganza.

Era por lo menos una escena singular y una extraña arenga aquella que se representaba aludiendo a hechos desconocidos de los peruanos y de cuya veracidad un orador más hábil que Valverde no habría podido convencerles. Si se añade a esto que el intérprete conocía tan mal el español que se hallaba en la imposibilidad casi absoluta de traducir lo que apenas si él mismo comprendía y que debía faltar palabras a la lengua peruana para expresar ideas tan extrañas a su genio, nadie se sorprenderá al saber que del discurso del fraile español Atahualpa no entendió casi nada. Sin embargo, algunas frases en las que se atacaba su poder, le llenaron de sorpresa e



indignación, pero su respuesta fue muy moderada. Dijo que dueño de su reino por derecho de sucesión, no se le alcanzaba que nadie hubiese podido disponer de él sin su consentimiento; añadió que de ninguna manera estaba dispuesto a renegar de la religión de sus padres para adoptar otra de la cual oía hablar por la primera vez; respecto de los demás puntos del discurso no comprendió nada

y eran para él cosas tan nuevas, y dijo que le agradaría saber dónde las había aprendido Valverde.

—En este libro —respondió Valverde—, presentándole su breviario.

Atahualpa le tomó con presteza, volvió curiosamente algunas hojas y lo acercó a su oído.

—Esto que me enseña aquí no me habla ni me dice nada —dijo luego tirando el libro al suelo Aquella fue la señal del combate, o mejor dicho, de la matanza. Los cañones y los mosquetes entraron en juego, lanzáronse los jinetes, y la infantería cayó espada en mano sobre los peruanos, estupefactos. En algunos instantes el desorden llegó a su colmo, los indios huyeron en todas direcciones sin tratar de defenderse. En cuanto a Atahualpa, aun cuando sus principales oficiales se esforzaron por llevársele escudándole con sus cuerpos, Pizarro adelantó hacia él, dispersó o derribó a sus guardias, y agarrándole por su larga cabellera le derribó de la litera en que le llevaban. Sólo la noche pudo terminar la carnicería; cuatro mil indios quedaban muertos, un número mucho mayor fueron heridos y tres mil hechos prisioneros. Lo que prueba hasta la evidencia que no



hubo combate, es que de todos los españoles sólo Pizarro fue herido, y eso no por los enemigos, sino por uno de sus soldados que quiso con demasiada precipitación apoderarse del Inca.

El botín recogido en los muertos y en el campo de batalla excedió a todo lo que los españoles habían podido imaginar; así es que su entusiasmo fue proporcionado a la conquista de tantas riquezas.

Al principio soportó Atahualpa con bastante resignación su cautividad, tanto más cuanto que, a lo menos con palabras, Pizarro hacía todo lo posible para dulcificársela; pero habiéndose dado cuenta enseguida de la codicia desenfrenada de sus carceleros, propuso a Pizarro pagarle un rescate que consistiría en hacer llenar hasta la altura que él pudiese alcanzar con la mano una habitación de veintidós pies de largo por diez y seis de ancho de vasos, utensilios y adornos de oro. Pizarro aceptó contentísimo, el Inca prisionero dictó en seguida las órdenes necesarias y todas las provincias las ejecutaron prontamente y sin murmurar. Además, fueron licenciadas las tropas indias y Pizarro pudo enviar a Soto y cinco españoles a Cuzco, ciudad situada a más de doscientas leguas de Caxamalca, mientras él mismo sometía el país en cien leguas a la redonda.

Mientras esto sucedía, desembarcó Almagro con doscientos soldados. Pusiéronse aparte para él y para sus hombres (con algún disgusto, y esto es fácil de imaginar) cien mil pesos; se reservó el quinto del rey y aún quedaron 1.528.500 pesos para repartirlos entre Pizarro y sus compañeros. El producto del saqueo y la matanza fue solemnemente distribuido entre los que



a él tenían derecho, el día de Santiago, patrón de España, después de una ferviente invocación a la divinidad. Deplorable mezcla de religión y profanación, muy frecuente por desgracia en aquellos tiempos de superstición y avaricia.

Cada jinete recibió por su parte 8.000 pesos y cada infante 4.000, o sea 40.000 y 20.000 francos, respectivamente, pues había allí para satisfacer aun a los más descontentadizos, después de una campaña que no había sido larga ni pesada. Así fue que muchos de aquellos aventureros, deseosos de gozar en paz y en su patria de una fortuna inesperada, se apresuraron a pedir su licencia. Pizarro se las concedió sin dificultad, porque comprendía que la fama de su rápida fortuna no tardaría en llevarle nuevos refuerzos, y con su

hermano Fernando, que marchó a España a llevar al emperador magníficos presentes y la relación de su triunfo, marcharon sesenta españoles cargados de dinero, pero ligeros de escrúpulos.

Tan pronto como Atahualpa pagó su rescate, reclamó su libertad, pero Pizarro, que sólo le había conservado la vida con objeto de cubrirse con la autoridad y el prestigio que el emperador ejercía sobre sus súbditos y con el objeto también de amontonar todos los tesoros del Perú, se hizo el sordo a las reclamaciones del prisionero, suponiendo que éste había, desde hacía mucho tiempo, ordenado en secreto levantar tropas en las provincias alejadas del imperio. Además, habiendo advertido Atahualpa que Pizarro no era más instruido que el último de sus soldados, sentía hacia el gobernador un desprecio que desgraciadamente



no supo disimular. Tales fueron los motivos, bien fútiles, por no decir otra cosa, que determinaron a Pizarro a mandar instruir el proceso del Inca.

Nada más odioso que aquel proceso en que Pizarro y Almagro fueron a la vez jueces y partes. Los capítulos de la acusación, los unos son tan ridículos y los otros tan absurdos, que verdaderamente no se sabe qué admirar más, si la desvergüenza o la iniquidad de Pizarro, que sometía a tales humillaciones al jefe de un poderoso imperio en el cual no tenía jurisdicción. Declarado Atahualpa culpable, fue condenado a ser quemado vivo; pero, como había concluido por pedir el bautismo para librarse de las insistencias de Valverde, se contentaron con estrangularle. ¡Digno paralelo de la ejecución de Guatimozín! ¡Maldad de las más atroces y de las más odiosas cometidas por los españoles en América, donde se mancharon con todos los crímenes imaginables!

Sin embargo, aún había entre aquella turba de aventureros algunos hombres que habían conservado el sentimiento del honor y de su propia dignidad, y protestaron altamente en nombre de la justicia indignamente pisoteada y vendida, pero sus voces generosas quedaron ahogadas por las declaraciones interesadas de Pizarro y de sus dignos acólitos. En seguida el gobernador invistió con la dignidad real a uno de los hijos de Atahualpa, con el nombre de Pablo Inca; pero la guerra entre los hermanos y los acontecimientos ocurridos desde la llegada de los españoles, habían debilitado considerablemente los lazos que unían a los peruanos con los reyes, y aquel joven que en



breve debía morir vergonzosamente, no tuvo ni aún la autoridad que Manco Capac, hijo de Huáscar, que fue reconocido por los pueblos de Cuzco. En breve también trataron algunos jefes del país de dividir en reinos el imperio del Perú, y uno de ellos fue Ruminagui, comandante de Quito, que hizo asesinar a los hermanos y a los hijos de Atahualpa y se declaró independiente.

Reinaba la discordia en el campo peruano, y los españoles resolvieron aprovecharse de ella. Adelantóse Pizarro rápidamente sobre Cuzco, lo cual no pudo hacer antes por carecer de fuerzas. A la sazón una multitud de aventureros atraídos por los tesoros llevados a Panamá, corrían hacia el Perú y pudo reunir quinientos hombres después de haber dejado una importante guarnición en San Miguel al mando de Benalcázar. Pizarro no tenía ya razón para esperar. Por el camino libró algunos combates con grandes cuerpos de ejército, pero el resultado fue siempre que los indígenas tuvieron enormes pérdidas, siendo insignificantes las de los españoles. Cuando entraron en Cuzco y tomaron posesión de la ciudad, se extrañaron mucho del poco oro y piedras preciosas que encontraron en ella, por más que excedía con mucho al rescate pagado por Atahualpa. ¿Obedecería acaso su extrañeza a que se habían familiarizado con las riquezas del país, o a que estaban muchos más en el reparto?

Durante aquel tiempo, cansado Benalcázar de su inacción, aprovechó la llegada de un refuerzo que venía de Nicaragua y de Panamá para dirigirse hacia Quito, donde, al decir de los peruanos, Atahualpa había dejado la mayor parte de sus tesoros.



Púsose a la cabeza de ochenta jinetes y de ciento veinte infantes; batió en muchas ocasiones a Ruminahui, que le cerraba el paso, y merced a su prudencia y a su habilidad pudo entrar victorioso en Quito; pero no encontró allí lo que buscaba: los tesoros de Atahualpa.

En la misma época Pedro de Alvarado, que se había distinguido mucho a las órdenes de Cortés y que había sido nombrado gobernador de Guatemala en recompensa de sus servicios, fingió ignorar que la provincia de Quito se hallaba bajo el mando de Pizarro y organizó una expedición de quinientos hombres, de los cuales doscientos eran jinetes, y, desembarcando en Puerto Viejo, quiso llegar a Quito sin guía, subiendo a Guayaquil y atravesando los Andes. Aquel camino fue uno de los más malos y más penosos que podía haber escogido. Antes de llegar a las llanuras de Quito habían perecido la quinta parte de los aventureros y la mitad de los caballos después de haber sufrido horriblemente por la sed y el hambre, sin contar con los efectos de las cenizas ardiendo del Chimborazo, volcán inmediato a Quito, y de las nieves que les molestaron; los demás aventureros estaban completamente desanimados y absolutamente imposibilitados de combatir; y con la mayor sorpresa y al mismo tiempo que con cierto sentimiento de inquietud, se vieron de pronto los compañeros de Alvarado en presencia, no de un ejército indio como esperaban, sino de un ejército de españoles a las órdenes de Almagro. Disponíanse estos últimos a acometerles cuando algunos capitanes más moderados propusieron una avenencia, en virtud de la cual Alvarado se



retiró a su gobierno, después de haber tomado cien mil pesos por sus gastos de armamento.

Mientras estos acontecimientos se desarrollaban en el Perú, Fernando Pizarro caminaba con rumbo a España, donde necesariamente había de proporcionarle una excelente acogida la prodigiosa cantidad de oro, plata y piedras preciosas que llevaba. Obtuvo para su hermano Francisco la confirmación en sus funciones de gobernador con poderes más amplios; para sí mismo el nombramiento de caballero de Santiago y para Almagro la confirmación de su título de Adelantado, y que se extendiera su jurisdicción doscientas leguas, sin limitarlas, empero, exactamente lo cual dejaba una puerta abierta a las disputas y a las interpretaciones arbitrarias.

Aun no había llegado Pizarro al Perú cuando Almagro, sabedor de que se le había confiado un gobierno especial, pretendió que Cuzco pertenecía a él, y tomó sus disposiciones para conquistarla; pero Juan y Gonzalo Pizarro no creyeron que debían dejarse despojar y estaban a punto de venir a las manos, cuando Francisco Pizarro, a quien con frecuencia llaman *el Marqués*, o *el Gran Marqués*, llegó a la capital.

Almagro no había podido perdonar nunca a este último la doblez de que había dado prueba en sus negociaciones con Carlos V, y el desenfado con que se había hecho conceder a costa de sus dos asociados la mayor cantidad de autoridad y el gobierno más extenso; pero como encontró una gran oposición a sus designios, y como no era el más fuerte, disimuló su descontento y aparentó alegrarse de su reconciliación.



Renovaron entonces su sociedad —dice Zarate—, con la condición de que Almagro iría a descubrir el país por el lado del Sur, y que si encontraba alguno que fuese bueno se pediría a Su Majestad el gobierno para él; pero si no se encontraba ninguno que le acomodase repartirían entre los dos el gobierno de don Francisco. Fue tomado este acuerdo de una manera solemne, y prestaron juramento sobre la Hostia consagrada, de no emprender nada en lo sucesivo el uno contra el otro. Algunos dicen que Almagro juró que no emprendería jamás nada ni contra Cuzco ni contra el país que se halla al lado allá hasta ciento treinta leguas de distancia, aun cuando Su Majestad le diese el gobierno. Se añade que, dirigiéndose al Santísimo Sacramento, pronunció estas palabras: «Señor: si violo el juramento que ahora hago, quiero que me confundas y me castigues en mi cuerpo y en mi alma.

Después de aquel solemne convenio que debía ser observado con tan poca fidelidad cómo el primero, preparó Almagro todas sus cosas para su partida. Gracias a su liberalidad muy conocida, así como a su reputación de valiente, reunió quinientos sesenta hombres, tanto de caballería como de infantería, con los cuales se adelantó por tierra hacia Chile.

El trayecto fue excesivamente penoso, y los aventureros tuvieron que sufrir particularmente los rigores del frío al pasar los Andes y que combatir a pueblos muy belicosos que no habían recibido ninguna civilización y que les acometieron con una furia de que en el Perú no habían podido tener idea. No pudo Almagro fundar ningún establecimiento, porque apenas hacía dos meses, que estaba en el país, cuando supo que los indios del Perú se



habían sublevado, que habían asesinado a la mayor parte de los españoles, y tuvo que volver en seguida atrás.

Después de suscribir un nuevo convenio acordado entre los conquistadores (1534), Pizarro volvió a las provincias inmediatas al mar, en las que, no teniendo ya que temer ninguna resistencia, pudo establecer un gobierno regular. Para ser un hombre que jamás había estudiado legislación, dictó muy sabios reglamentos sobre la administración de justicia, percepción de impuestos, repartición de indios y trabajos de las minas. Si este conquistador tiene algunos lados de su carácter que fácilmente se prestan a la crítica, es preciso reconocer que no le faltó cierta elevación de ideas y que tenía conciencia del papel que desempeñaba de fundador de un gran imperio. Por mucho tiempo dudó sobre la elección de la futura capital de las posesiones españolas. Cuzco tenía para él el atractivo de haber sido la residencia de los Incas; pero esta ciudad, situada a más de cuatrocientas millas del mar, se encontraba muy lejos de Quito, cuya importancia parecía grande a Pizarro. Pronto le agradó la belleza y la fertilidad de un gran valle regado por un río, el Rimac, y allí estableció en 1536 la sede de su poder, y en breve, merced al magnífico palacio que se hizo construir y a las suntuosas moradas de sus principales capitanes, la ciudad *de los Reyes*, o Lima, como se llama por corrupción el nombre del río que la baña, no tardó en tomar el aspecto de una gran ciudad.

Mientras estos cuidados retenían a Pizarro lejos de su capital, pequeños cuerpos de ejército enviados en diversas direcciones se internaban por las provincias más lejanas del imperio, a fin de



extinguir los últimos restos de resistencia, de tal modo que no quedó en Cuzco sino un pequeño destacamento. El Inca que vivía entre los españoles, creyó el momento oportuno para fomentar una sublevación general en la cual esperaba concluir con la dominación extranjera; y aun cuando estaba muy custodiado, supo tomar sus medidas con tal habilidad, que no despertó las sospechas de los opresores, y hasta se le permitió asistir a una gran fiesta que debía celebrarse a algunas leguas de Cuzco, y para la cual se habían reunido los personajes más principales del imperio.

Tan pronto como el Inca se presentó, levantóse el estandarte de la sublevación, desde los confines de la provincia de Quito hasta Chile, se puso el país en armas, y gran número de pequeños destacamentos españoles fueron sorprendidos y exterminados. Defendida Cuzco por los tres hermanos Pizarro con ciento setenta españoles solamente, sufrió durante ocho meses los ataques incesantes de los peruanos, que se habían ejercitado en el manejo de las armas tomadas a sus adversarios. Los conquistadores resistieron valientemente, pero sufrieron pérdidas sensibles, y sobre todo la de Juan Pizarro.

Cuando Almagro supo estas noticias, dejó precipitadamente a Chile, atravesó el desierto montuoso, pedregoso y arenoso del Atacama, en el que sufrió tanto por el calor y la sed, como había sufrido en los Andes con la nieve y el frío, penetró en el territorio peruano, derrotó a Manco Capac en una gran batalla y llegó cerca de la ciudad de Cuzco, después de haber perseguido a los indios. Entonces trató de hacerse entregar la ciudad so pretexto de que no estaba comprendida en el gobierno de Pizarro, y



violando una tregua, se apoderó de Fernando y de Gonzalo Pizarro, y se hizo reconocer por gobernador.

Durante este tiempo, un cuerpo considerable de indios cercó a Lima, interceptó toda comunicación y destruyó las pequeñas columnas de tropa que con gran trabajo envió Pizarro al socorro de Cuzco en diversas ocasiones. En esta época envió todos sus buques a Panamá para obligar a sus compañeros a hacer una resistencia desesperada; trajo de Trujillo las fuerzas a las órdenes de Alfonso de Alvarado, y confió a este último una columna de quinientos hombres que avanzó hasta algunas leguas de la capital sin sospechar siquiera que ésta se hallaba en poder de compatriotas perfectamente decididos a estorbarle el camino.

Pero Almagro deseaba más bien atraer a aquellos nuevos adversarios que destruirlos, y dispuso las cosas de modo que pudiera sorprenderlos y hacerlos prisioneros. Se le ofrecía la ocasión de terminar la guerra y hacerse de un solo golpe dueño de los dos gobiernos.

Así se lo aconsejaron algunos de los oficiales, sobre todo Orgoño, que deseaba la muerte de los dos hermanos del conquistador, diciéndole también que se adelantase a marchas forzadas con sus tropas victoriosas contra Lima, donde Pizarro, sorprendido, no podría resistirlo. Pero a los que Júpiter quiere perder, dice un poeta latino, los enloquece, y Almagro, que en tantas otras circunstancias había desechado todo escrúpulo, no quiso invadir el gobierno de Pizarro a la manera de un rebelde, y volvió tranquilamente a Cuzco.



Considerado el hecho desde el punto de vista de sus intereses, Almagro cometía una grave falta, de la que no debía tardar en arrepentirse; pero si consideramos lo que jamás debe perderse de vista, es decir, el interés de la patria, los actos de agresión que ya habla cometido y el haber provocado la guerra civil enfrente de un enemigo dispuesto a aprovecharse de ella, constituían un crimen capital, que sus adversarios no habían de tardar en hacerle presente.

Si Almagro necesitaba una decisión inmediata para hacerse dueño de la situación, Pizarro tenía que esperarlo todo del tiempo y de las circunstancias. Mientras llegaban los refuerzos que le habían prometido enviar de Darién, entabló con su adversario negociaciones que duraron muchos meses, y durante éstas, uno de sus hermanos, y Alvarado hallaron medios de escaparse con más de setenta hombres. Aun cuando Almagro había sido engañado tantas veces, consintió, sin embargo, en recibir al licenciado Espinosa, encargado de decirle que, si el emperador sabía lo que pasaba entre los dos competidores, y tenía noticias del estado a que sus desavenencias habían llevado las cosas, llamaría indudablemente a uno o a otro y le reemplazaría. Por último, después de la muerte de Espinosa, fray Francisco de Bobadilla, a quien Pizarro y Almagro habían remitido la decisión de sus diferencias, decidió que Fernando Pizarro sería incontinenti puesto en libertad; que Cuzco sería entregada al marqués y que se enviarían a España a algunos capitanes de los dos bandos, con el encargo de hacer valer los derechos recíprocos de los competidores, y remitiéndose a la decisión del emperador.



Apenas había sido puesto en libertad el último de sus hermanos, cuando Pizarro, rechazando toda idea de paz y de amistosos arreglos, declaró que sólo las armas habían de decidir si él o Almagro habían de ser los señores del Perú.

En poco tiempo reunió setecientos hombres, cuyo mando confió a sus hermanos, y siendo muy difícil atravesar las montañas para llegar a Cuzco por un camino directo, siguieron las orillas del mar hasta Nasca, y penetraron en una ramificación de los Andes que debía llevarlos a la capital.

Quizá Almagro debió defender los desfiladeros de las montañas; pero no tenía más que quinientos hombres y confiaba además en su brillante caballería que en aquel terreno quebradizo no hubiera podido desplegarse. Esperó, pues, al enemigo en las llanuras de Cuzco. El 26 de abril de 1538, se atacaron los dos bandos con igual encarnizamiento; pero la victoria se decidía en breve, merced a la compañía de mosqueteros que el emperador, al saber la sublevación de los indios, había mandado a Pizarro. Ciento cuarenta soldados murieron en aquel combate, que recibía el nombre de Las Salinas. Orgoño y muchos capitanes distinguidos fueron muertos a sangre fría después de la batalla, y ni Almagro, viejo y enfermo, pudo librarse de los Pizarros. Los indios, que, reunidos en armas en las montañas inmediatas, se proponían caer sobre el vencedor, huyeron con la mayor precipitación.

Nada —dice Robertson— prueba mejor el ascendiente que los españoles tenían sobre los americanos, como ver a éstos, testigos de la derrota y dispersión de uno de los bandos, no tener valor



para atacar al otro debilitado y cansado por la misma victoria, y no atreverse a caer sobre sus opresores, cuando la fortuna les ofrecía una ocasión tan favorable.

En aquella época una victoria no era completa si no iba seguida inmediatamente del pillaje, y, por consiguiente, la ciudad de Cuzco fue entrada a saco. Todas las riquezas que en ella encontraron los compañeros de Pizarro no bastaron a satisfacerles; todos tenían tan alta idea de sus méritos y de los servicios que habían prestado, que se hubiera necesitado, para premiar a cada uno, un cargo de gobernador. Fernando Pizarro los dispersó, enviándoles a conquistar nuevas tierras con algunos partidarios de Almagro que se habían reunido y que le importaba alejar.

Respecto a éste último, convencido Fernando Pizarro de que su nombre sería siempre un incentivo de agitación perpetua, resolvió deshacerse de él. Mandó, pues, instruir un proceso, el cual, como es de presumir, terminó con una sentencia de muerte. Al saber esta noticia, Almagro tuvo algunos momentos de turbación muy natural, durante los cuales hizo presente su mucha edad y la manera muy diferente como él se había portado con Fernando y Gonzalo Pizarro, cuando fueron sus prisioneros; pero en seguida recobró su sangre fría y esperó la muerte con el valor de un soldado. Fue estrangulado en su prisión y decapitado públicamente en 1538.

Después de algunas expediciones afortunadas, Fernando Pizarro pasó a España a dar cuenta al emperador de lo que había ocurrido, y allí encontró la opinión muy prevenida contra él y



sus hermanos. Su crueldad, sus violencias, su desprecio a los más sagrados compromisos, habían sido expuestos con toda su desnudez y sin contemplación de ninguna especie por algunos partidarios de Almagro, y Fernando Pizarro necesitó de una habilidad maravillosa para conseguir ganarse al emperador, que no podía juzgar de qué lado estaba la justicia, puesto que sólo los interesados podían ilustrarle, y sólo veía las consecuencias deplorables de la guerra civil para su gobierno. Decidióse, pues, Carlos V a enviar a aquellos sitios un comisario especial, al cual dio los poderes más amplios, y que después de haberse enterado de los sucesos, debía establecer la forma de gobierno que juzgara más conveniente.

Confióse esta delicada misión a un juez de la audiencia de Valladolid llamado Cristóbal de Vaca, que no se mostró indigno de su cargo. Y, cosa digna de notarse, se le recomendó que, respecto de Francisco Pizarro, usase de los mayores miramientos, en los momentos precisamente en que su hermano Fernando era detenido y arrojado en una prisión, en la que debía permanecer olvidado por espacio de veinte años. Mientras estos acontecimientos ocurrían en España, el marqués dividía el país conquistado, guardaba para sí y sus partidarios los distritos más fértiles o los mejor situados, y no concedía a los compañeros de Almagro, a los de Chile, como los llamaban, sino los territorios estériles y apartados.

Después confió a Pedro Valdivia, uno de sus maestros de campo, la ejecución del proyecto que Almagro no había hecho más que iniciar, la conquista de Chile. Partió Valdivia el 18 de enero de 1540 con ciento cincuenta españoles, entre los cuales debían



ilustrarse Pérez Gómez, Pedro de Miranda y Alonso de Monroy, y atravesó el desierto de Atacama, empresa que aún hoy se considera como una de las más penosas, y llegó a Copiapó, situado en el centro de un hermoso valle.

Al principio fue recibido con gran cordialidad; pero cuando se concluyó la recolección, tuvo que sostener numerosos combates con una raza de indios muy diferentes de los del Perú, con los araucanos, que eran valientes e infatigables guerreros, y sólo fundó, en 12 de febrero de 1541, la ciudad de Santiago.

Valdivia pasó en Chile ocho años dirigiendo la conquista y la organización del país. Menos codicioso que los demás conquistadores contemporáneos suyos, no buscaba las riquezas minerales sino para asegurar el desarrollo y la prosperidad de su colonia, a la que supo aficionar a la agricultura.

«La mejor mina que he descubierto es la que proporciona pan y vino, y alimento para el ganado. Quien tiene esto, tiene dinero: de las minas no vivimos ni aun de substancia, pues muchas veces tiene alguno una buena mina que no da jugo.»

Estas sabias palabras de Lescarbot en su *Historia de la Nueva Francia*, habría podido pronunciarlas Valdivia, porque expresan mejor que otras sus sentimientos. Su valor, su prudencia y su humanidad, esta última sobre todo, que resalta de una manera especial al lado de la crueldad de Pizarro, le concedieron un puesto aparte y de los más distinguidos entre los conquistadores del siglo XVI.



En la época en que Valdivia marchaba hacia Chile, Gonzalo Pizarro, a la cabeza de trescientos cuarenta españoles, de los cuales la mitad iban montados, y de cuatro mil indios, atravesaba los Andes a costa de tales fatigas, que la mayor parte de estos últimos murieron de frío; internóse después hacia el Este en el continente en busca de un país en el que decían que abundaban la canela y las especias. Recibidos los españoles en aquellas vastas sabanas cortadas por lagunas y bosques vírgenes, por lluvias torrenciales que no duraron menos de dos meses, y no habiendo encontrado sino muy escasa población, y sobre todo poco industriosa y muy hostil, tuvieron que sufrir con frecuencia los padecimientos del hambre, porque entonces no existían allí bueyes ni caballos, y los mayores cuadrúpedos eran los tapires y las llamas, y aun estos últimos no se encontraban sino muy difícilmente en aquellas vertientes de los Andes.

Mas a despecho de estas dificultades que habrían desanimado a exploradores menos enérgicos que los *descubridores* del siglo XVI persistieron en su tentativa y bajaron por el río Napo o Coca, afluente en la margen izquierda del Marañón, hasta su confluencia. Allí construyeron con gran trabajo un bergantín que fue tripulado por cincuenta soldados al mando de Francisco Orellana; pero ya sea que la violencia de la corriente le arrastrase, ya que no hallándose a la vista de su jefe quisiera a su vez ser jefe de una expedición de descubrimientos, es lo cierto que no esperó a Gonzalo Pizarro en el punto de cita, y que continuó bajando el río hasta que llegó al Océano.

Semejante navegación a través de más de dos mil leguas por regiones desconocidas, sin guía, sin brújula y sin provisiones,



con una tripulación que murmuró más de una vez contra la loca tentativa de su jefe, cruzando por poblaciones casi constantemente hostiles, semejante navegación, decimos, es verdaderamente maravillosa. Desde la embocadura del río que acababa de bajar con su barco mal construido y averiado, llegó Orellana hasta la isla de Cubagua y desde allí se hizo a la vela a España. Si el proverbio: «a gran distancia, gran mentira», no hubiera existido desde mucho tiempo antes, Orellana lo habría inventado.

En efecto, difundió las fábulas más absurdas acerca de la opulencia de los países que había atravesado; los habitantes eran tan ricos, que los techos de los templos estaban formados con placas de oro, lo cual dio ocasión a la leyenda de El Dorado. Habló también Orellana de la existencia de una república de mujeres guerreras que habían fundado un vasto imperio, lo cual fue causa de que al Marañón se le diera el nombre de río de las Amazonas. Mas si se despoja su relación de todo lo ridículo y grotesco que debía agradar a la imaginación de sus contemporáneos, queda sin embargo sentado que la expedición de Orellana es una de las más notables de aquella época tan fecunda en empresas gigantescas y que facilitó las primeras noticias acerca de la inmensa zona del país que se extiende entre los Andes y el Atlántico.

Pero volvamos a Gonzalo Pizarro. Su perplejidad y su consternación fueron grandes cuando, al llegar a la confluencia del Napo y del Marañón, no encontraron a Orellana, que debía esperarle allí. Temiendo que hubiera ocurrido alguna desgracia a su lugarteniente, siguió la corriente del río por espacio de



cincuenta leguas, hasta que se encontró a un desgraciado oficial abandonado por haber hecho algunas observaciones a Orellana acerca de su perfidia. Al saber el cobarde abandono y la miseria en que se les dejaba, se desanimaron hasta los más valientes, y Pizarro tuvo que ceder a sus instancias y volver a Quito, del que le separaban más de mil doscientas millas.

Para expresar cuál serían sus sufrimientos en aquel viaje de regreso, bastará decir que después de haber comido caballos, perros y reptiles, raíces y animales salvajes, después de haber masticado todo el cuerpo de sus equipos, los desgraciados sobrevivientes, desgarrados por las malezas, pálidos y descarnados, pudieron llegar a Quito en número de ochenta. Cuatro mil indios y doscientos españoles habían perdido la vida en aquella expedición que no había durado menos de dos años.

Mientras Gonzalo Pizarro conducía la desgraciada expedición que acabamos de referir, los antiguos partidarios de Almagro, que jamás habían podido unirse francamente a Pizarro, se agrupaban en torno del hijo de su antiguo jefe y concertaban en secreto la muerte del marqués. En vano advirtieron repetidas veces a Francisco Pizarro lo que se tramaba contra él, nunca quiso dar crédito a las advertencias, y decía: —Perded cuidado, estaré con seguridad mientras todos en el Perú sepan que puedo en un momento dado quitar la vida al que se atreviese a concebir el proyecto de atentar a la mía.

El domingo, 26 de junio de 1541, en el momento de la siesta, Juan Herrada y dieciocho conjuradores salen de la casa de Almagro espada en mano y armados de pies a cabeza corriendo hacia la



casa de Pizarro y gritando: «Muera el tirano, muera el infame.» Invaden el palacio, matan a Francisco de Chaves, que acudía al ruido, y penetran en la habitación en que estaban con Francisco de Pizarro, su hermano Francisco Martín, el doctor Juan Velázquez y una docena de servidores.

Estos saltan por las ventanas, a excepción de Martín Pizarro, de otros dos caballeros y de dos pajes que se hacen matar defendiendo la puerta del departamento del gobernador. Pizarro, que no tuvo tiempo de ponerse la coraza, agarra su espada y un escudo, y defendiéndose valientemente, mata a cuatro de sus adversarios y hiere a otros muchos. Uno de los que le acometen atrae sobre sí, desviándose, los golpes de Pizarro, y durante este tiempo los demás encuentran facilidad de entrar y cargar sobre él con tal furia, que no puede parar todos los golpes; se halla tan cansado, que apenas si puede mover su espada.

Estando de este modo —dice Zárate—, llegaron al fin hasta él y concluyeron de matarle de una estocada en el cuello. Al caer pidió en alta voz confesión, y no pudiendo ya hablar, hizo en tierra la señal de la cruz y la besó, y de este modo entregó su alma a Dios.

Algunos negros arrastraron su cuerpo hasta la iglesia, a donde Juan Barbazán, su antiguo criado fue el único que se atrevió a ir a reclamarle. Aquel fiel servidor hizo en secreto las honras fúnebres, porque los conjurados habían saqueado su casa y no habían dejado ni aun con qué pagar los cirios. Así concluyó Francisco Pizarro, asesinado en la misma capital del vasto



imperio que España debía a su valor y a su perseverancia infatigable, pero a la cual, es preciso confesarlo, él lo entregaba asolado, diezmado y sumergido en un mar de sangre.

Comparado a menudo con Cortés, tuvo tanta ambición y valor y capacidad militar como él, pero excedió hasta el último extremo las faltas del marqués del Valle, la crueldad y la avaricia, a las cuales unió la perfidia y la doblez. Si es preciso trasladarse a la época en que vivió, para explicar ciertos rasgos del carácter de Cortés, que son poco estimables, hay, por lo menos, que reconocerle la gracia, los modales distinguidos y la simpática franqueza que le hicieron ser tan querido del soldado. En Pizarro se reconoce, por el contrario, una rudeza y una aspereza de sentimientos poco simpáticos, y sus cualidades caballerescas desaparecen completamente detrás de la rapacidad y perfidia que son los rasgos más notables de su personalidad.

Si Cortés encontró en los mejicanos adversarios valientes y resueltos que le opusieron dificultades casi insuperables, a Pizarro no costó ningún trabajo vencer a los peruanos afeminados y miedosos que jamás opusieron resistencia formal a sus ejércitos. De las conquistas del Perú y de Méjico, la menos difícil fue la que proporcionó a España las mayores ventajas metálicas, y por eso fue la más apreciada.

De nuevo iba a estallar la guerra civil después de la muerte de Pizarro cuando llegó el gobernador delegado por el gobierno de la metrópoli, el cual, en cuanto hubo reunido las tropas necesarias marchó contra Cuzco, y se apoderó sin gran trabajo del hijo de Almagro, le hizo decapitar con cuarenta de sus



partidarios, y gobernó el país con firmeza hasta la llegada del virrey Blasco Núñez Vela.

No es nuestra intención entrar en los detalles de sus desavenencias con Gonzalo Pizarro, el cual, aprovechándose del descontento general causado por los nuevos reglamentos sobre repartimientos, se sublevó contra el representante del emperador, y después de muchas peripecias, que no pueden referirse aquí, por no tener lugar en esta narración, concluyó la lucha con la derrota y ejecución de Gonzalo Pizarro, ocurrida en 1548. Su cuerpo fue llevado a Cuzco y enterrado completamente vestido. «Nadie —dice Garcilaso de la Vega— quiso darle un pobre paño.» Así concluyó el asesino jurídico de Almagro.

¿No es ocasión de repetir aquellas palabras de la Escritura: El que a hierro mata, a hierro muere?



Primer viaje alrededor del Mundo.

– Magallanes, sus principios, sus disgustos, su cambio de nacionalidad. – Preparativos de la expedición. – Río de Janeiro. – La bahía de San Julián. – Sublevación de una parte de la escuadra. – Castigo terrible de los culpables. – El Estrecho de Magallanes – Los patagones. – El Pacífico. – Las islas de los Ladrones. – Cebú y las Filipinas. – Muerte de Magallanes. – Borneo. – Las Molucas y sus productos. – Separación de la Trinidad y de la Victoria. – Vuelta a Europa por el cabo de Buena Esperanza. – Últimas desventuras.

Ignorábase aún la inmensidad del continente descubierto por Cristóbal Colón, así es que se buscaba obstinadamente en la costa de América, que se suponía formada por muchas islas, el famoso estrecho que debía llevar más rápidamente al Océano Pacífico y hasta a las islas de las Especies, cuya posesión habría hecho la riqueza de España. Mientras Cortereal y Cabot le buscaban en el Océano Atlántico, y Cortés en el fondo del golfo de California; mientras que Pizarro bajaba a la costa del Perú, y Valdivia conquistaba a Chile, la resolución de aquel problema estaba reservada a un portugués al servicio de España, llamado Hernando de Magallanes. Hijo de un noble de *cota y armas*, nació Hernando de Magallanes en Oporto, en Lisboa, en Villa de Sabrosa o en Villa de Figueiro, no se sabe con exactitud, y en una fecha que tampoco se sabe, hacia fines del siglo XV. Había sido



educado en la casa del rey don Juan II, donde recibió una educación tan completa como podía dársele en aquella época.

Después de haber estudiado de una manera muy especial las matemáticas y la navegación, porque existía en aquella época en Portugal una corriente irresistible que impulsaba al país entero hacia las expediciones y los descubrimientos marítimos, abrazó Magallanes, aún muy joven, la carrera de la marina y se embarcó en 1505 con Almeida, que pasaba a las Indias. Intervino en el saqueo de Quiloa y en todos los sucesos de aquella campaña. Al año siguiente acompañó a Vaz Pereira a Sofala; después, de vuelta por la costa de Malabar, le vemos asistir a la toma de Malaca con Albuquerque y conducirse con tanta prudencia como valor. Tomó parte en las expediciones que envió Albuquerque hacia el año 1510 a descubrir las famosas islas de las Especias al mando de Antonio de Abreu y de Francisco Serrano, y que descubrieron a Banda, Amboina, Ternate y Tidor. Durante aquel tiempo abordó Magallanes a las islas de Malasia, separadas seiscientas leguas de Malaca, y obtuvo cerca del archipiélago de las Molucas noticias circunstanciadas que le hicieron pensar en el viaje que más tarde debía realizar.

De vuelta a Portugal consiguió Magallanes, no sin dificultad, autorización para examinar los archivos de la Corona, y en breve obtuvo la certeza de que las Molucas se hallaban situadas en el hemisferio que se había concedido a España en la bula de demarcación adoptada en Tordesillas por los reyes de España y Portugal y confirmada en 1494 por el papa Alejandro VI.



En virtud de aquella demarcación que debía dar lugar a tantos debates apasionados, todos los países situados a trescientas sesenta millas al Oeste del meridiano de la islas de Cabo Verde debían pertenecer a España, y todos los que estuvieran al Este del mismo meridiano a Portugal.

Pero Magallanes era demasiado activo para estar por mucho tiempo sin hacer servicio. Marchó, pues, a guerrear al África, a Azamor, ciudad de Marruecos, donde recibió en la rodilla una herida ligera que, interesándole, sin embargo, un nervio, le dejó cojo para el resto de su vida, obligándole a volver a Portugal.

Consciente de la superioridad de sus conocimientos teóricos y prácticos y de que los servicios que había prestado le colocaban por encima de la turba de cortesanos, Magallanes debía resentirse más vivamente que ningún otro del injusto tratamiento que recibió del rey Manuel con motivo de algunas quejas formuladas por los habitantes de Azamor contra los oficiales portugueses. En breve las prevenciones del rey Manuel se cambiaron en una aversión verdadera que se tradujo en una imputación ultrajante, cual era la de que para escapar a acusaciones irrefutables, fingía Magallanes sufrir de una herida sin consecuencia de la que estaba completamente curado. Semejante aserción era grave para el honor tan susceptible y sin tacha de Magallanes; así es que se determinó a tomar entonces una resolución extrema, que por lo demás respondía a la magnitud de la ofensa recibida. Para que nadie pudiera ignorarlo, hizo constar en una acta auténtica, que renunciaba a sus derechos de ciudadano portugués, cambiaba de nacionalidad y tomaba en España cartas de naturaleza. Era esto proclamar tan



solemnemente como era posible hacerlo, que quería ser tratado como súbdito de la corona de Castilla, a la cual deseaba consagrar en lo sucesivo sus servicios y su vida entera. Grave determinación, como se ve, que nadie vituperó, y que los historiadores más rigurosos han excusado, testigos Barros y Faria y Sousa.

Al mismo tiempo que él, un hombre profundamente versado en los conocimientos cosmográficos, el licenciado Ruy Faleiro, que también había caído en la desgracia de Manuel, abandonaba a Lisboa con su hermano Francisco y un comerciante llamado Cristóbal de Haro. Celebró un contrato de asociación con Magallanes para ir a las Molucas por una vía nueva que no se determinaba y que quedaba secreta excepto para Magallanes. Tan luego como llegaron a España en 1517, sometieron los dos asociados su proyecto a Carlos V, el cual le aceptó en principio; pero faltaba lo que siempre es más dificultoso, los medios de ejecución. Por fortuna encontró Magallanes en Juan de Aranda, factor de la cámara de comercio, un partidario entusiasta de sus teorías, que le prometió poner en juego toda su influencia para que pudiera realizar su empresa. Vio, en efecto, el gran canciller, al cardenal y obispo de Burgos, Fonseca; y supo exponer con tanta habilidad el considerable beneficio que resultaría para España el descubrimiento de un nuevo camino que llevase al centro de producción de las especias, y el perjuicio inmenso que resultaría para el comercio de Portugal que se firmó un convenio el 22 de marzo de 1518, en el que el emperador se comprometió a hacer todos los gastos del armamento, con la condición de que la mayor parte de los beneficios serían para él.



Pero antes de hacerse a la mar, tuvo Magallanes muchos obstáculos aún que vencer. Fueron en primer lugar las advertencias del embajador portugués, Alvaro de la Costa, que hasta trató, viendo la inutilidad de sus tentativas, de hacer asesinar a Magallanes, según dicen Faria y Sousa. Después tropezó con la mala voluntad de los empleados de la *Casa de Contratación de Sevilla*, envidiosos de ver que se diera a un extranjero el mando de una expedición tan importante, y del último favor que acababa de concederse a Magallanes y a Ruy Faleiro, que habían sido nombrados comendadores de la orden de Santiago. Pero Carlos V había dado su consentimiento por un acta pública que parecía debía ser irrevocable. Tratóse, sin embargo, de hacerle volver sobre su decisión, organizando el 22 de octubre de 1518 un motín pagado con dinero de Portugal. El movimiento estalló con el pretexto de que Magallanes, que acababa de hacer sacar a tierra uno de sus buques para repararle y pintarle, había puesto en él las armas portuguesas. Aquella última tentativa se frustró miserablemente, y las tres ordenanzas de 30 de marzo, 6 y 30 de abril, concluyeron por fijar la composición de las tripulaciones y nombrar el estado mayor. Por último, una cédula fechada en Barcelona el 26 de julio de 1519, confirió el mando único de la expedición a Magallanes.

¿Qué había pasado con Ruy Faleiro? No podríamos decirlo exactamente, pero éste, que hasta entonces había sido tratado con las mismas consideraciones que Magallanes y que quizá había concebido el proyecto, se vio de pronto excluido del mando de la expedición, poco después de haber tenido algunas disensiones, cuya causa no se conoce. Su salud, ya quebrantada,



recibió su último golpe con esta afrenta, y el pobre Ruy Faleiro, que casi se había vuelto loco, habiendo regresado a Portugal para ver a su familia, fue preso y no pudo conseguir que le pusieran en libertad sino merced a la intercesión de Carlos V.

Por último, después de haber Magallanes en persona prestado fe y homenaje a la corona de Castilla, recibió a su vez el juramento de sus oficiales y marineros, y dejó el puerto de Sanlúcar de Barrameda en la mañana del 10 de agosto de 1519.

Pero antes de entrar en la relación de aquella memorable campaña, es preciso dar algunos detalles acerca del que nos ha conservado la relación más completa de ella, de Francisco Antonio Pigafetta o Jerónimo Pigaphette, como se le llama frecuentemente en Francia.

Pigafetta nació en Vicenza hacia el año 1491 y descendía de una familia noble. Formaba parte del séquito del embajador Francisco Chiericalco, que León X envió a Carlos V, que a la sazón se hallaba en Barcelona. Sin duda le estimularon los rumores que corrían en España acerca de los preparativos de la expedición, y obtuvo licencia para tomar parte en el viaje. Aquel voluntario fue por lo demás un excelente recurso, porque se mostró en todas las circunstancias tan fiel e inteligente observador como atrevido y valiente compañero. Fue herido en el combate de Cebú, al lado de Magallanes, lo cual le impidió asistir al banquete durante el cual un gran número de sus compañeros debían encontrar la muerte. En cuanto a sus relatos, aparte de algunas exageraciones de detalle muy del gusto de su tiempo, es exacto, y la mayor parte de las descripciones que le



debemos, han sido confirmadas por los viajeros y los hombres de ciencia modernos, sobre todo por Alcides d'Orbigny.

Tan pronto como el *lombardo*, que así se le llamaba a bordo de la Victoria, llegó a Sanlúcar el 6 de septiembre de 1522, después de haber cumplido el voto que había hecho de ir descalzo a dar las gracias a Nuestra Señora de la Victoria, presentó a Carlos V, que se hallaba en Valladolid, el diario completo del viaje.

A su vuelta a Italia, y valiéndose del original y de algunas notas complementarias, a petición del papa Clemente VII y del gran maestre de la orden de Malta, Villiers de L'Isle-Adam, escribió un relato más extenso de la expedición, del cual envió muchas copias a algunos grandes personajes, y sobre todo a Luisa de Saboya, madre de Francisco I; pero esta última, no pudiendo comprender «según cree el erudito HARRISSE, autor de la *Bibliotheca Americana Vetustissima*), la especie de jerga empleada por Pigafetta y que parecía una mezcla de italiano, de veneciano y de español, mandó a un tal Santiago Antonio Fabre que la tradujera al francés; mas en lugar de hacer una traducción fiel, Fabre hizo una especie de compendio. Suponen, sin embargo, algunos críticos, que el relato debió ser escrito en su origen en francés; y fundan su opinión en la existencia de tres manuscritos franceses del siglo XVI, que ofrecen variantes de consideración, y de los cuales dos están depositados en la Biblioteca Nacional de París.

Pigafetta murió en Vicenza hacia el año 1534, en una casa que aún se podía ver en 1800, en la calle de la Luna, y que tenía la divisa muy conocida de: «No hay rosa sin espinas. No hemos



querido, empero, atenernos sólo a la relación de Pigafetta, y la hemos comparado y completado por medio de la de Maximiliano Transilvan, secretario de Carlos V, de la cual se encuentra la traducción italiana en la magnífica recopilación de Ramusio.

Componíase la escuadra de Magallanes: de la *Trinidad*, de 120 toneladas, y en la cual se enarbolaba el pabellón del comandante de la expedición; del *San Antonio*, igualmente de 120 toneladas, mandado por su segundo Juan de Cartagena, la persona conjunta de Magallanes, como dice la cédula; de la *Concepción*, de 90, mandada por Gaspar de Quesada; de la famosa *Victoria*, de 85, al mando de Luis de Mendoza; y por último, del *Santiago*, de 75, mandada por Juan Serrão, llamado por los españoles Juan Serrano.

Cuatro de aquellos capitanes y casi todos los pilotos eran portugueses, Barbosa y Gómez, en la *Trinidad*; Luis Alonso de Goes y Vasco Gallego, en la *Victoria*; Serrão y Juan López de Carvalho, en la *Concepción*; Juan Rodríguez de Moefrapil, en el *San Antonio*; y Juan Serrão, en el *Santiago*, así como veinticinco marineros, formaban un total de treinta y tres portugueses en un conjunto de doscientos treinta y siete individuos, cuyos nombres nos han conservado, y entre los cuales figuraban bastante número de franceses.

De entre los oficiales, cuyos nombres acabamos de citar, recordaremos que Duarte Barbosa era cuñado de Magallanes, y que Esteban Gómez, que después fue enviado por Carlos V en busca del paso del Noroeste y que en 1524 siguió las costas de



América, desde la Florida hasta Rhode-Island y quizá hasta el cabo Cod, volvió a Sevilla el 6 de mayo de 1521, sin haber participado hasta el fin de aquel memorable viaje.

Nada mejor ordenado que esta expedición, para la cual se habían reunido todos los recursos que podía ofrecer el arte náutico de la época. En el momento de la partida entregó Magallanes a sus pilotos y capitanes sus últimas instrucciones, así como las señales que debían asegurar la simultaneidad de las maniobras y evitar una separación posible.

El lunes por la mañana, 10 de agosto de 1519, levó anclas la flota y bajó el Guadalquivir hasta Sanlúcar de Barrameda, que forma el puerto de Sevilla, donde concluyó de abastecerse, y el 20 de septiembre se hizo definitivamente a la mar. Seis días después arribó a Tenerife, en el archipiélago de las Canarias, y allí hizo leña y agua. Al abandonar estas islas se manifestaron los primeros síntomas de disenteria, que tan funesto había de ser a la expedición entre Magallanes y Juan de Cartagena. Pretendía este último que el comandante en jefe le enterara del rumbo que pensaba hacer, pretensión que al punto fue rechazada por Magallanes, que declaró no tener que dar cuenta de ninguna especie a su subordinado.

Después de haber pasado entre las islas de Cabo Verde y el África, divisaron la Sierra Leona, donde la calma chicha y los vientos contrarios detuvieron durante unos veinte días la marcha de la flota.

Ocurrió entonces un sensible incidente. En un consejo celebrado a bordo del buque almirante, se suscitó una viva discusión, y



Juan de Cartagena, que aparentaba tratar con desprecio al capitán general, le contestó con altivez e insolencia. Vióse Magallanes obligado a arrestarle por sí mismo y hacerle poner el cepo, instrumento compuesto de dos pedazos de madera superpuestos y con agujeros de trecho en trecho, en los cuales entraban las piernas del marinero a quien se quería castigar. Contra este castigo demasiado humillante para un oficial superior, reclamaron vivamente los demás capitanes, cerca de Magallanes, y consiguieron que Cartagena quedase arrestado nada más, bajo la custodia de uno de ellos.

A las calmas sucedieron las lluvias, las borrascas y las ráfagas impetuosas, que obligaron a los buques a mantenerse a la capa. Durante aquellas tempestades, los navegantes fueron testigos muchas veces de un fenómeno eléctrico cuya causa no se conocía entonces; se creía ser un signo manifiesto de la protección del Cielo, y aún hoy se designa con el nombre de fuego de San Telmo.

Una vez pasada la línea equinoccial (paso que no parece que antes de aquella época se haya celebrado con la grotesca ceremonia del bautismo que ha estado en uso hasta nuestros días), hizo rumbo al Brasil, donde la flota echó ancla el 13 de diciembre de 1519, en el magnífico puerto de Santa Lucía, conocido hoy con el nombre de Río Janeiro. Por lo demás, aquélla no era la primera vez que los europeos visitaban la bahía, como por mucho tiempo se ha creído. Se la conocía desde 1511 con el nombre de Bahía de Cabo Frío. Cuatro años antes de la llegada de Magallanes había sido también visitada por Pero



López, y parece que desde principios del siglo XVI debió también ser frecuentada por marinos de Dieppe, que, herederos de la pasión de sus antepasados, los normandos, por las navegaciones aventureras, recorrieron el mundo y fundaron en casi todas partes establecimientos o factorías.

En aquel sitio la expedición española se procuró, a cambio de espejos, pedazos de cintas, tijeras, cascabeles o anzuelos, gran cantidad de provisiones, entre las cuales cita Pigafetta, las ananas, la caña de azúcar, patatas, gallinas y carne de anta, que se cree fuera tapir.

Las noticias que da en su relación acerca de las costumbres de los habitantes son bastantes curiosas y merecen que las copiemos.

Los brasileños –dice– no son cristianos; pero tampoco son idólatras, porque no adoran nada; el instinto natural es su única ley.

Esta es una declaración interesante y una confesión singular de parte de un italiano del siglo XVI, demasiado inclinado a la superstición, y que prueba una vez más que la idea de la divinidad no es innata, como han pretendido algunos teólogos.

Los indígenas viven muchos años y llegan a muy viejos; van completamente desnudos; duermen en redes de algodón llamadas hamacas, que cuelgan de postes por los dos extremos. En cuanto a sus barcos, llamados canoas, están hechos de un solo tronco de árbol ahuecado y pueden contener hasta cuarenta hombres. Son antropófagos, pero sólo en ocasiones, y no comen más que a los enemigos hechos prisioneros en el combate. Su



traje de ceremonia es una especie de túnica hecha de plumas de papagayo tejidas unas con otras y arregladas de modo que las grandes plumas de las alas y de la cola les forman una especie de cinturón en los riñones, lo cual les da una extraña y ridícula figura.

Ya hemos dicho que el manto de plumas estaba en uso en las costas del Pacífico entre los peruanos, y es curioso hacer notar que los brasileños también lo llevaban. Algunos ejemplares de este adorno singular se han visto en la exposición del museo etnográfico.

Por lo demás, éste no era el único adorno de los salvajes, que se pasaban por tres agujeros abiertos en el labio inferior pequeños cilindros de piedra, costumbre que aún se encuentra entre las poblaciones oceánicas, y que hace recordar nuestra moda de los pendientes en las orejas. Aquellos pueblos eran extremadamente crédulos y buenos, así es que Pigafetta dice que fácilmente se les habría podido convertir al cristianismo, porque asistieron en silencio y con recogimiento a la misa que se celebró en tierra, observación que ya había hecho Alvarez Cabral.

Después de una estada de trece días en aquel sitio, continuó la escuadra su rumbo al Sur, siguiendo la costa y llegó, a los 34° 40' de latitud austral, a un país por el que corría un gran río de agua dulce: era el río de la Plata.

Los indígenas, llamados charrúas, experimentaron tal espanto a la vista de los buques, que se refugiaron precipitadamente en el interior del país, llevándose consigo cuanto tenían más precioso,



y no fue posible apoderarse de uno. En este país fue donde, cuatro años antes, había sido asesinado Juan Díaz de Solís por una tribu de charrúas armados con ese aparato terrible que aún hoy usan los *gauchos* de la República Argentina, llamado boleadoras, y que está formado por bolas de metal unidas a los dos extremos de una larga tira de cuero llamado *lazo*.

Un poco más abajo del estero del río de la Plata, que en otro tiempo se consideró como un brazo de mar que desembocaba en el Pacífico, entró la flotilla en el puerto Deseado.

Hízose allí gran provisión de pingüinos, aves que constituyeron un manjar muy suculento para las tripulaciones de los cinco buques, y después se detuvo a 49° 30' en un magnífico puerto en que Magallanes resolvió invernar y al que puso el nombre de bahía de San Julián.

Dos meses llevaban en aquel sitio los españoles, cuando un día vieron a un hombre que les pareció de una estatura gigantesca. Al ver a los españoles comenzó a bailar y a cantar, echándose tierra en la cabeza. Era un patagón, y se dejó llevar sin resistencia a los buques. Al ver todo lo que le rodeaba manifestó la más viva extrañeza, pero nada le sorprendió tanto como un gran espejo de acero que le presentaron.

El gigante, que no tenía la menor idea de aquel mueble y que sin duda por la vez primera veía su cara, retrocedió tan asustado que derribó por tierra a cuatro de nuestros hombres que estaban detrás de él. Volvió a tierra cargado de presentes, y la excelente acogida que recibió determinó a sus compañeros, en número de dieciocho, trece mujeres y cinco hombres, a subir a



bordo. Grandes, con la cara ancha y teñida de rojo, excepto los ojos, que estaban rodeados por círculos amarillos, y con los cabellos blanqueados con cal, iban envueltos en enormes pieles y llevaban anchos zapatos de piel, lo cual hizo que se les diera el nombre de pies grandes o patagones. Su estatura, sin embargo, no era tan gigantesca como pareció a nuestro candido cronista, porque varía entre 1,92 y 1,72 metros; la cual, sin embargo, excede a la talla ordinaria de los europeos. Por armas sólo tenían un arco corto y macizo y flechas de caña cuya punta estaba formada por un guijarro cortante.

El capitán, para retener a dos de aquellos salvajes que quería llevar a Europa, usó de una superchería que en el día calificaríamos de odiosa, pero que en el siglo XVI no tenía nada de particular, pues se consideraba en todas partes a los negros y a los indios como especie de animales. Los cargó de presentes y cuando vio que no podían valerse de las manos, ofreció a cada uno de ellos unos grillos de hierro. De buena gana se lo hubieran querido llevar, porque estimaban el hierro más que todo lo que les habían regalado; y entonces se les propuso que se los atarían en las piernas, lo cual aceptaron sin desconfianza. Los marineros cerraron entonces los grillos de modo que los indígenas se encontraron encadenados, y nada puede dar idea de su furor cuando comprendieron aquella estratagema más digna de salvajes que de hombres civilizados.

Tratóse aún, pero en vano, de capturar a algunos otros, y en aquella caza fue herido uno de los españoles con una flecha envenenada que le hizo morir instantáneamente.



Intrépidos cazadores, aquellos pueblos se dedicaban sin descanso a la persecución de los guanaquis y otras cazas, porque están dotados de tal voracidad que lo que bastaría para alimentar a veinte marineros, apenas si puede satisfacer a siete u ocho.

Presintiendo Magallanes que la estada se iba a prolongar demasiado y viendo también que el país no suministraba sino muy escasos recursos, dispuso que se economizaran los víveres y que se pusiera la gente a ración, a fin de que se pudiera esperar la primavera sin muchas privaciones y llegar a una comarca donde abundara la caza.

Pero, descontentos los españoles con la esterilidad del paraje y la prolongación y el rigor del invierno, principiaron a murmurar. Aquella tierra, decían, dijérase que se hundía en el Sur hasta el polo Antártico, y no parecía que en ella hubiese ningún estrecho; ya habían muerto muchos por causa de las privaciones excesivas, y era ya tiempo de tomar otra vez el camino de España, si no quería el comandante ver perecer en aquel sitio toda su gente.

Decidido Magallanes a morir o a llevar a buen fin la empresa de que tenía el mando, respondió que el emperador le había señalado el rumbo de su viaje; que bajo ningún pretexto podía ni quería apartarse de él, y que, en su consecuencia, le seguiría directamente hasta el fin de aquella tierra hasta que encontrase algún estrecho. Respecto a la escasez de víveres podían sus gentes añadir a su ración el producto de la pesca o de la caza.



Magallanes creyó que con una declaración tan firme iba a imponer silencio a los descontentos y que ya no oiría hablar de privaciones, por las cuales sufrían él tanto como los hombres de su tripulación; pero se equivocó; algunos capitanes, y en particular Juan de Cartagena, tenían interés en que estallase una sublevación.

Comenzaron los rebeldes por recordar a los españoles su antiguo odio a los portugueses. El capitán general –decían– era de estos últimos y no se había acogido francamente al pabellón español; a fin de poder volver a entrar en su patria y hacerse perdonar sus delitos, quería cometer alguna maldad notable, y nada sería tan ventajoso a Portugal como la destrucción de aquella magnífica escuadra. En lugar de llevarles al archipiélago de las Molucas, donde tanta opulencia se les había ofrecido, quería arrastrarles a las regiones heladas, a la región de las nieves perpetuas, donde les sería fácil hacerles perecer; y luego, con ayuda de los portugueses que iban embarcados en la escuadra, volvería a su patria llevándose los buques de que se hubiera apoderado.

Tales fueron los rumores y las acusaciones que hicieron circular entre los marineros Juan de Cartagena y sus cómplices Luis de Méndez y Gaspar de Quesada, cuando el domingo de Ramos, 1º de abril de 1520 convocó Magallanes a los capitanes, oficiales y pilotos para oír la misa a bordo de su buque y almorzar en seguida con él.

Alvaro de la Mezquita, primo del capitán general, se dirigió, en vista de esta invitación, con Antonio de Coca y sus oficiales al



buque almirante; pero ni Mendoza, ni Quesada, y con mucha más razón ni Juan de Cartagena, prisionero de este último, se presentaron. A la noche siguiente subieron con treinta hombres de la *Concepción* al *San Antonio* y quisieron que se les entregara a Mezquita. El piloto Juan de Liorraga recibió cuatro puñaladas en el brazo en defensa de su capitán, mientras Quesada gritaba: «Vais a ver cómo este loco nos echa a perder el negocio.» Con gran dificultad los tres buques *Concepción*, *San Antonio* y *Santiago*, cayeron en poder de los rebeldes, que contaban con más de un cómplice entre las tripulaciones; pero, a pesar de aquel éxito, los tres capitanes no se atrevieron a atacar abiertamente al comandante en jefe, y le enviaron un comisionado con proposiciones de arreglo. Magallanes les respondió que vinieran a bordo de la *Trinidad* para entenderse con él; pero ellos rehusaron enérgicamente, y no teniendo ya más consideraciones que guardar, Magallanes hizo apresar la embarcación que le había llevado esta respuesta, y escogiendo entre su tripulación seis hombres fuertes y decididos, los mandó a bordo de la *Victoria*

bajo el mando del alguacil Espinosa. Este entregó a Mendoza una carta de Magallanes mandándoles que fuesen a bordo de la *Trinidad*, y como se sonriese con aire burlón, Espinosa le dio una puñalada en el cuello mientras un marinero le tiraba un hachazo a la cabeza.

En tanto que ocurrían estos sucesos, otra embarcación cargada con quince hombres armados se acostaba a la *Victoria* y se apoderaba de ella, sin que los marineros, sorprendidos por la rapidez de la ejecución, opusieran la menor resistencia.



A la mañana siguiente, 3 de abril, fueron apresados los otros dos buques sublevados, no sin que hubiera gran efusión de sangre. El cuerpo de Mendoza fue descuartizado, mientras un escribano leía en alta voz la sentencia que le deshonraba.

Tres días después fue decapitado Quesada, y cortado a pedazos por su propio criado, que se resignó a esta triste necesidad para salvar la vida.

En cuanto a Cartagena, el alto puesto que la real cédula le había conferido en la expedición le salvó de la muerte; pero fue abandonado en la playa con el capellán Gómez de la Reina, y allí fueron recogidos algunos meses después por Esteban Gómez.

Cuarenta marineros acusados de rebelión fueron perdonados, porque se consideraron indispensables sus servicios, y Magallanes pudo esperar que el espíritu de sedición desapareciera después de aquella represión severa. Tan pronto como la temperatura se hizo más clemente, se levaron anclas, y la escuadra volvió a hacerse a la mar el 25 de agosto, siguiendo la costa y explorando con cuidado todos los golfos para encontrar el estrecho tan obstinadamente buscado.

A la altura del cabo de Santa Cruz, uno de los buques, el *Santiago*, encalló en las rocas durante un huracán violento que sopló del Este; pero afortunadamente pudieron salvarse la tripulación y las mercancías, además del velamen y aparejos, que se repartieron entre los cuatro buques restantes.

Por último, el 21 de octubre, según Pigafetta, y el 27 de noviembre, según Maximiliano Transilvano, la flotilla penetró



por un pequeño brazo de mar en un golfo en cuyo fondo se abría un estrecho que, como en breve se vio, desembocaba en el mar del Sur. Dieron al estrecho el nombre de las *Once Mil Vírgenes*, porque aquel día les estaba consagrado. A uno y a otro lado de aquel estrecho se levantaban tierras elevadas y cubiertas de nieve, en las cuales se veían muchas hogueras, sobre todo en la de la izquierda; pero los navegantes no pudieron entrar en comunicación con los indígenas.

Los detalles que Pigafetta y Martín Transilvano nos han proporcionado acerca de la disposición topográfica y de la hidrografía del estrecho son bastante vagos, y como tendremos que volver sobre ellos cuando hablemos de la expedición de Bougainville, no nos detendremos ahora sobre el particular. Después de una navegación de veintidós días a través de aquella sucesión de canales y brazos de mar, anchos unas veces como una legua, otras como cuatro, que se extienden en una longitud de cuatrocientas cuarenta millas y que ha recibido el nombre de estrecho de Magallanes, desembocó la escuadra en un mar inmenso y profundo. La alegría fue indiscrepible cuando por fin se llegó al objeto de tantos y tan largos esfuerzos; ya, en adelante, el camino estaba abierto; las acertadas previsiones de Magallanes se habían realizado.

Nada hay más extraordinario que la navegación que hizo Magallanes por aquel Océano que se llamó Pacífico, porque durante cuatro meses no experimentó en él ninguna tempestad; las privaciones que tuvieron que soportar los tripulantes en aquel largo espacio de tiempo fueron excesivas; la galleta no era



más que una mezcla de polvo y gusanos, el agua corrompida exhalaba un olor fétido. Fue preciso, para no morir de hambre, comerse los ratones y alimentarse con serrín de madera y masticar todos los cueros que hallaron a mano. Como era fácil de prever, en tales condiciones las tripulaciones fueron diezmadas por el escorbuto; diecinueve hombres murieron y treinta se vieron atacados de violentos dolores en los brazos y en las piernas, que les hicieron padecer por mucho tiempo. Por último, después de haber recorrido más de cuatro mil leguas sin encontrar ni una sola isla en un mar en que debían descubrirse tantos archipiélagos muy poblados, llegaron a dos islas desiertas y estériles que por esta razón llamaron las *Infortunadas*, pero cuya posición se ha indicado de una manera muy contradictoria para que sea posible reconocerlas.

A los 12° de latitud septentrional y 46° de longitud, el miércoles, 6 de marzo, descubrieron los navegantes sucesivamente tres islas en las cuales hubieran querido detenerse para tomar provisiones; pero los insulares que subieron a bordo robaron tantas cosas sin que fuese imposible impedirlo, que hubo que renunciar a ello. Sin embargo, encontraron medio de apoderarse de una chalupa, y Magallanes, incomodado con la impudencia de aquellos indígenas, hizo un desembarco con cuarenta soldados, quemó gran número de viviendas y embarcaciones y mató siete hombres. Aquellos insulares no tenían ni rey, ni jefe, ni religión; cubríanse la cabeza con sombrero de palma, y llevaban una barba y unos cabellos largos que les bajaban hasta la cintura. De color aceitunado por lo general, creían embellecerse pintándose los dientes de negro y rojo; y, sin duda,



para protegerse de los ardores del sol, se untaban el cuerpo con aceite de coco. Sus canoas, construidas de una manera singular, llevaban una vela muy grande de estera que fácilmente podría hacer zozobrar la embarcación si no tuvieran la precaución de darle una posición más estable por medio de una larga pieza de madera sostenida a alguna distancia por dos perchas; es lo que se llama el *balancín*. Aquellos insulares, muy industriosos, tenían para el robo una aptitud singular, lo cual hizo que a su país se diese el nombre de *Islas de los Ladrones*.

El 16 de marzo se vio a trescientas leguas de las islas de los Ladrones una tierra elevada, que en breve se reconoció ser una isla, conocida hoy con el nombre de Sámar. En ella resolvió Magallanes dar algún descanso a sus tripulaciones extenuadas, e hizo levantar en tierra dos tiendas para los enfermos. Los indígenas les llevaron bananas, vino de palmera, cocos y pescados a cambio de espejos, peines, cascabeles y otras bagatelas análogas. El cocotero es el árbol precioso entre los demás, y facilita a los indígenas su pan, su vino, su aceite y su vinagre, sin contar con que además, y al mismo tiempo, sacan de él vestidos y las maderas necesarias para la construcción y el techado de sus cabañas.

Familiarizados en breve los indígenas con los españoles les dijeron que su archipiélago producía clavo, canela, pimienta, nuez moscada, jengibre, maíz, y que hasta se recolectaba en él el oro; y Magallanes dio a este archipiélago el nombre de islas de San Lázaro, que más tarde se cambió por el de Filipinas, tomando el nombre de Felipe de Austria, hijo de Carlos V.



Este archipiélago está formado de un gran número de islas que se extienden en la Malasia entre los 5° 32' y los 19° 38' de latitud Norte, y los 114° 65' y los 123° 43' de longitud Este del Meridiano de París. Las más importantes son: Luzón, Mindoro, Leite (la Ceylán de Pigaffetta), Samar, Panay, Negros, Cebú, Bohol, Paluán y Mindanao.

Después de haberse repuesto un poco, se hicieron de nuevo los españoles a la mar con el objeto de explorar el archipiélago. Sucesivamente visitaron las islas de Cenalo, Huinaugan, Ibuson y Abarien, así como otra isla llamada Masava, cuyo rey, Colambú, pudo hacerse comprender por medio de un esclavo natural de Sumatra, que había llevado Magallanes de la India a Europa, y que por sus conocimientos del malayo prestó en muchas circunstancias señalados servicios. El rey subió a bordo con seis u ocho de sus principales súbditos, llevando al capitán general algunos presentes, en cambio de los cuales recibió una túnica de tela roja y amarilla hecha a la turca y un gorro de escarlata fina, en tanto que a las personas de su séquito se les regalaba espejos y cuchillos. Se le enseñaron las armas y se dispararon algunos cañonazos, que les llenaron de espanto.

Luego, Magallanes –dice Pigafetta– hizo armar con todas las piezas de la armadura a uno de nosotros y mandó a tres hombres que pegasen fuertes sablazos y golpes con verdugillo para demostrar al rey que nada podía herir a un hombre armado de aquella manera, lo cual le sorprendió mucho; y volviéndose hacia el intérprete, dijo por medio de él, al capitán, que un hombre armado de aquella manera podía combatir contra ciento.



–Sí –respondió el intérprete en nombre del comandante–, y cada uno de los tres buques tiene doscientos hombres armados así. Admirado el rey de todo lo que había visto, se despidió del capitán rogándole que enviase con él a tierra dos de los suyos para enseñarles algunas particularidades de la isla.

Pigafetta fue uno de los designados, y se hace lenguas de la excelente acogida que les hicieron. El rey les dijo que se encontraban en su isla pedazos de oro tan grandes como nueces, y hasta como huevos, mezclados con la tierra, que se cribaba para encontrarlos, y que todos sus vasos y hasta algunos utensilios de su casa eran de este metal. Estaba muy bien vestido al uso del país, y era el hombre más hermoso de los que he visto entre aquellos pueblos. Sus cabellos negros le caían sobre los hombros; un velo de seda le cubría la cabeza, y en las orejas llevaba dos anillos. Desde la cintura hasta las rodillas estaba cubierto con una tela de algodón bordada de seda. En cada uno de sus dientes se veían tres manchas de oro, de manera que podía decirse que tenía los dientes ligados con este metal, y estaba perfumado con estoraque y benjuí. Tenía la piel pintada, pero el fondo era aceitunado.

El día de la Resurrección bajaron a tierra para celebrar la misa, después de haber construido en la orilla una especie de pequeña iglesia con velas y ramajes de árboles. Se había levantado un altar, y durante el tiempo que duró la ceremonia religiosa, el rey, con una gran afluencia de su pueblo, escuchó en silencio e imitó todos los movimientos de los españoles.



Colocóse después con gran aparato una cruz en una colina, y se levaron anclas para dirigirse al puerto de Cebú, que era el más propio para abastecer los buques y traficar. Llegaron a él el domingo, 7 de abril, y Magallanes hizo en seguida bajar a tierra a uno de sus oficiales con el intérprete, como embajador cerca del rey de Cebú. El enviado explicó que el jefe de la escuadra estaba a las órdenes del mayor rey de la tierra, y añadió que el objeto del viaje era las islas Molucas; pero que deseando visitarle al mismo tiempo que tomar algunas provisiones en cambio de mercancías, se había detenido en aquel país, al que venían como amigos.

—Que sean bien venidos —respondió el rey—; pero si se proponen traficar, deben pagar un derecho al que están sometidos todos los buques que entran en mi puerto, como lo ha hecho no hace cuatro días un junco de Siam, que vino a cargar oro y esclavos, y como puede atestiguar un comerciante moro que se ha quedado en el país.

Respondió el español que su señor era un rey demasiado grande para someterse a semejante exigencia, que habían venido con intenciones pacíficas, pero que si quería la guerra tendría con quien habérselas.

Advertido el rey de Cebú por el mercader moro del poder de los que se presentaban y a los que tomó por portugueses, consintió al fin en renunciar a sus pretensiones; más aún; el rey de Masaba, que había servido de piloto a los españoles, cambió tan bien las disposiciones de su colega, que obtuvieron el privilegio exclusivo del comercio de la isla, y se selló una amistad leal



entre el rey de Cebú y Magallanes, por medio del cambio de sangre que los dos se sacaron del brazo derecho.

Desde aquel momento les llevaron víveres de todas clases y se entablaron relaciones muy cordiales. El sobrino del rey fue a bordo con una numerosa comitiva a visitar a Magallanes, y éste se aprovechó de la visita para contar la maravillosa creación del mundo y la redención del hombre, y para invitarle a convertirse al cristianismo, así como su pueblo.

Los indígenas no mostraron ninguna repugnancia a hacerse bautizar, y el 14 de abril, el rey de Cebú, el de Masaba, el mercader moro, quinientos hombres y otras tantas mujeres recibieron el bautismo.

Pero aquello, que no era más que una moda, pues no se puede decir que los indígenas conociesen la religión que abrazaban y que estuviesen persuadidos de su verdad, llegó a ser un verdadero frenesí, después de una cura milagrosa que operó Magallanes. Habiendo sabido que el padre del rey estaba enfermo desde hacía dos años y a punto de morir, prometió el capitán general, si consentía en hacerse bautizar, y si los indígenas quemaban sus ídolos, que se curaría.

Añadió que estaba tan convencido de lo que decía, cuenta Pigafetta (porque es bueno citar textualmente los autores en semejantes materias), que consentía en perder la cabeza si lo que prometía no se verificaba en el momento. Hicimos entonces con toda la pompa posible una procesión, desde la casa en que estábamos a la casa del enfermo, el cual,



efectivamente, encontramos en muy lamentable estado, de modo que no podía ni hablar, ni moverse. Le bautizamos con dos de sus mujeres y diez hijas, y en seguida, después del bautismo, le preguntó el capitán cómo se encontraba, y él respondió de pronto, que, gracias a Nuestro Señor, se encontraba bien. Todos fuimos testigos de este milagro; el capitán dio gracias a Dios, entregó al príncipe una bebida refrigerante y continuó enviándosela cada día hasta que estuvo enteramente restablecido. Al quinto día, el enfermo estaba curado por completo y se levantó. Su primer cuidado fue hacer quemar en presencia del rey y de todo el pueblo un ídolo, hacia el que tenía gran veneración y que algunas viejas habían escondido sigilosamente en su casa. Hizo en seguida derribar algunos templos que había a la orilla del mar y donde se reunía el pueblo para comer las viandas consagradas a las antiguas divinidades. Todos los habitantes aplaudieron aquellas ejecuciones y se propusieron ir a destruir todos los ídolos, hasta los que servían en la casa del rey, gritando al mismo tiempo: *¡Viva Castilla!* en honor del rey de España.

Cerca de Cebú hay otra isla llamada Mactan, que tenía dos jefes; el uno había reconocido la autoridad de los españoles, pero el otro había rehusado enérgicamente, y Magallanes resolvió imponérsela.

El 26 de abril, un viernes, tres chalupas con sesenta hombres armados de corazas, cascos y mosquetes, y unos treinta *barangais*, entre los cuales iban el rey de Cebú, su yerno y gran cantidad de guerreros partieron para la isla de Mactan.



Esperaron los españoles el día y saltaron al agua en número de cuarenta y nueve, porque las chalupas no podían acercarse a tierra a causa de las rocas y de los bajos.

Más de quinientos indígenas les esperaban y se arrojaron en seguida sobre ellos, en tres batallones, atacándoles por el frente y los flancos. Los mosqueteros y los ballesteros tiraron desde lejos sobre la multitud de guerreros, sin hacerles gran daño, porque estaban protegidos con escudos. Acribillados a pedradas, a flechazos, a lanzadas, acosados por el número pusieron fuego los españoles a algunas casas, para asustar e intimidar a los naturales, pero éstos, encarnizándose más a la vista del incendio, redoblaron sus esfuerzos y acometieron por todos lados a los españoles, que a duras penas podían resistirles, cuando un incidente desgraciado vino a comprometer el éxito del combate. Los indígenas no tardaron en observar que todos los golpes que dirigían a las partes del cuerpo de sus enemigos protegidas por las armaduras no les herían, y se decidieron a lanzar sus flechas y sus dardos contra la parte inferior del cuerpo, que estaba sin defensa. Herido Magallanes en una pierna, con una flecha envenenada, dispuso la retirada, que principió en buen orden, pero en breve se cambió en una huida tal, que sólo siete u ocho españoles quedaron a su lado. Con gran trabajo retrocedían combatiendo para tomar las chalupas, y ya les llegaba el agua a las rodillas, cuando se arrojaron muchos insulares a la vez sobre Magallanes, que, herido, también en un brazo, no podía sacar su espada y le dieron en la pierna tal sablazo, que cayó en el acto en el agua, donde no les costó gran trabajo acabar con él.



Sus últimos compañeros, todos heridos, y entre ellos Pigafetta, volvieron apresuradamente a las embarcaciones. Así murió el ilustre Magallanes, el 27 de abril de 1521.

Estaba adornado de todas las virtudes –dice Pigafetta–; siempre mostró una constancia inquebrantable, aun en medio de las más grandes adversidades. En el mar se sujetaba a mayores privaciones que el resto de su tripulación. Versado más que ningún otro en el conocimiento de las cartas náuticas, poseía perfectamente el arte de la navegación, como lo probó dando la vuelta al mundo, cosa que ningún otro se había atrevido a hacer antes que él.

El elogio fúnebre de Pigafetta, puede parecer algo hiperbólico, pero es verdadero en el fondo. Magallanes necesitó una constancia y una perseverancia singulares, para internarse, despreciando el terror de sus compañeros, en regiones en que el espíritu supersticioso de la época imaginaba peligros fantásticos. Necesitó, para llegar a descubrir en la extremidad de aquella larga costa, el estrecho que tan justamente lleva su nombre, de una ciencia náutica singular; y debió estar atento y vigilante en todos los momentos para evitar en aquellos parajes desconocidos y sin instrumentos de precisión, todo suceso desgraciado. Si se perdió uno de sus buques debe imputarse al orgullo de su capitán más que a la impericia y a la falta de precaución del general. Por último, añadiremos con nuestro entusiasta cronista: La gloria de Magallanes sobrevivirá a su muerte.



Duarte Barbosa, cuñado de Magallanes, y Juan Serrano, fueron elegidos comandantes por los españoles, a los que esperaban otras catástrofes.

El esclavo que hasta entonces había servido de intérprete, había sido ligeramente herido durante el combate. Desde la muerte de su señor, se mantenía apartado, no prestando ningún servicio a los españoles y tendido en su petate. A consecuencia de algunas observaciones un poco vivas de Barbosa, haciéndole saber que no había quedado libre por la muerte de Magallanes, desapareció de pronto y fue a ver al rey recién bautizado, al cual le expuso que, si podía atraer a algún lazo a los españoles y matarlos en él, se haría dueño de todas sus provisiones y mercancías. Convocados a una solemne asamblea, para recibir los presentes que el rey de Cebú destinaba al emperador, Serrano, Barbosa y veintisiete españoles, acometidos de improviso durante un festín, fueron todos asesinados, excepto Serrano, a quien condujeron atado a la orilla del mar. Allí suplicó a sus compañeros que le rescataran, pues si no, iba a ser asesinado, pero Juan Carvalho y los demás, temiendo que la sublevación se hiciese general y que durante las negociaciones les atacase una escuadra numerosa a la cual no hubieran estado en situación de resistir, no escucharon las súplicas del desgraciado Serrano, y se hicieron a la vela, llegando a la isla poco apartada de Bohol.

Allí, considerando que su número era demasiado reducido para dirigir tres buques, quemaron la *Concepción*, después de haber transbordado a los demás lo que contenía de más valor; luego costearon la isla de Panilingán y se detuvieron en Betuán, que



forma parte de Mindanao, isla magnífica que tiene muchos puertos y ríos muy abundantes en pesca, y al noroeste de la cual está situada la isla de Luzón, la más importante del archipiélago. Tocaron también en Paloán, donde encontraron provisión de cerdos, cabras gallinas, bananas de diversas especies, cocos, caña de azúcar y arroz. Para ellos, según la expresión de Pigafetta, aquella fue una tierra de promisión.

Entre las cosas que les parecieron notables, el viajero italiano cita los gallos que los indígenas crían para la riña, pasión que después de tantos años se conserva aún en toda su fuerza en el archipiélago de las Filipinas.

De Paloán los españoles pasaron a la isla de Borneo, centro de la civilización malaya, donde ya no se encuentran poblaciones miserables, sino pueblos ricos que les reciben magníficamente. El recibimiento que les hizo el rajá, es bastante curioso, y digno, por consiguiente, de que digamos de él algunas palabras.

En el desembarcadero, encontraron dos elefantes cubiertos de seda, que les llevaron a casa del gobernador de la ciudad, mientras que doce hombres conducían los regalos que debían ofrecer al raja. Desde la casa del gobernador, donde pasaron la noche, hasta el palacio del rajá, las calles estaban custodiadas por hombres armados. Bajaron de sus elefantes y entraron en una sala llena de cortesanos a cuyo extremo había otra sala menor, cubierta de paños de oro, en que había trescientos hombres de la guardia del rajá, armados de puñales. Al través de una puerta pudieron entonces ver al soberano sentado



delante de una mesa, con un niño, mascando betel. Detrás de él no había más que mujeres.

El ceremonial exigía que la pretensión de los españoles, pasara sucesivamente por boca de tres personajes, cada uno más elevado de categoría que los otros, antes de ser transmitida por medio de una cerbatana puesta en un agujero de la pared, a otro oficial principal que debía comunicarla al rajá. Hubo después un cambio de regalos y los embajadores españoles fueron conducidos a sus buques con el mismo ceremonial que a su llegada. La capital está edificada sobre pilotes dentro de la mar misma, así es que cuando sube la marea las vendedoras de géneros atraviesan las calles en barcas.

El 29 de julio más de cien piraguas rodeaban los dos buques, mientras un gran número de juncos levaba anclas para acercarse a ellos. Temiendo los españoles ser atacados a traición, tomaron la delantera e hicieron una descarga de artillería que mató mucha gente en las piraguas, después de lo cual, el rey les dio sus disculpas, diciendo que su escuadra no se dirigía contra ellos, sino contra los gentiles, con quienes los musulmanes tenían combates diarios.

Aquella isla produce el arak, alcanfor, canela, jengibre, naranjas, limones, caña de azúcar, melones, rábanos, cebollas, etc., y sus objetos de cambio son el cobre, azogue, cinabrio, cristal, paños de lana y tela, y sobre todo el hierro y cristal de roca, sin hablar de la porcelana y de los diamantes, algunos de un tamaño y de un valor extraordinario. Sus animales son los elefantes, búfalos, caballos, cerdos, cabras y aves de corral. La moneda de que se



sirven para las transacciones es de bronce y se llama *sapeca*; es una piececita que se perfora para ensartarla con las demás.

Los viajeros, al salir de Borneo, buscaron un sitio a propósito para carenar sus buques, que seguramente lo necesitaban mucho, porque invirtieron más de cuarenta y dos días en este trabajo.

«Lo más notable que he encontrado en esta isla, dice Pigafetta, son unos árboles cuyas hojas, cuando caen, están animadas. Se parecen a las del moral, aunque, son más cortas; su pecíolo es corto y puntiagudo, y cerca del pecíolo, a uno y otro lado, tienen dos pies. Si se les toca, se escapan; pero no echan sangre cuando se las aplasta entre los dedos. He conservado una en una caja durante nueve días, y, cuando abrí la caja, la hoja se estaba paseando alrededor de ella. Creo que viven del aire.»

Estos curiosísimos animales son hoy muy conocidos y llevan el nombre vulgar de moscas-hojas; son de color gris oscuro, y esto les hace confundir con hojas secas, porque, en efecto, tienen toda la forma de tales.

En aquellos parajes la expedición española, que había conservado en vida de Magallanes su carácter científico, se fue inclinando sensiblemente a la piratería. Así es que muchas veces se apoderó de juncos, obligando a las tripulaciones a pagar fuertes rescates.

Pasó después al archipiélago de Joló, nido de bandidos malayos que en estos últimos tiempos ha sido sometido por las armas españolas. Luego volvieron a Mindanao, que habían visitado



ya, porque sabían que las Molucas, tan ardientemente buscadas, debían hallarse cerca. En fin, después de haber visitado muchas islas cuya nomenclatura no nos enseñaría gran cosa, el miércoles, 6 de noviembre, descubrieron el archipiélago, acerca del cual los portugueses habían contado tantas fábulas espantosas, y dos días después desembarcaron en Tidor. El objeto del viaje estaba conseguido.

El rey salió a recibir a los españoles y les hizo entrar en su piragua. Estaba sentado bajo un quitasol de seda que le cubría enteramente. Delante de él se hallaba uno de sus hijos, que llevaba el cetro real, dos hombres que tenían cada uno una vasija de oro llena de agua para que se lavara las manos, y otros dos con cajitas doradas llenas de betel.

Después subió a los buques, donde los españoles se mostraron muy atentos con él y le colmaron, lo mismo que a los personajes de su séquito, de regalos que les parecieron preciosísimos,

Este rey es moro, es decir, árabe —dice Pigafetta—; tiene unos cuarenta y cinco años de edad y es bien formado y de bella fisonomía. Su traje consistía en una camisa fina, con mangas bordadas en oro; una falda que le bajaba desde la cintura hasta los pies y un velo de seda (sin duda un turbante) que le cubría la cabeza y sobre el cual llevaba una guirnalda de flores. Se llama rajá sultán Manzor.

A la mañana siguiente, en una larga entrevista que tuvo con los españoles, declaró Manzor su intención de ponerse con sus islas de Tidor y de Ternate bajo la protección del rey de España.



Esta es la ocasión de dar algunos pormenores sobre el archipiélago de las Molucas tomados de la relación de Pigafetta, que seguimos paso a paso, en la versión que, acompañada de muy preciosas notas, ha dado de esta obra Edmund Charton. Este archipiélago propiamente hablando, se compone de las islas Gilolo, Ternate, Tidor, Mornay, Bachiam y Misal; pero generalmente se han comprendido bajo el nombre de Molucas, los grupos de Banda y de Amboina. Trastornado antiguamente por repetidas conmociones volcánicas, este archipiélago contiene un gran número de volcanes, casi todos apagados o dormidos desde largos años. El aire es ardiente, y sería imposible la respiración, si no viniesen a refrescar la atmósfera frecuentes lluvias. Las producciones naturales son preciosísimas: la primera de ellas es el sagutero, cuya medula, llamada sagú, reemplaza con el ñame a los cereales, en toda la Malasia. Luego que se derriba el árbol, se le extrae la medula, que se ralla, se pasa por un tamiz y se dispone en panecillos, que se secan a la sombra. Después vienen el moral textil, el árbol del clavo, la nuez moscada, el alcanfor, el árbol de la pimienta y generalmente todos los árboles de especias, lo mismo que todos los frutos de los trópicos. Sus bosques contienen maderas preciosas, como el ébano, el palo de hierro, el tek, célebre por su solidez, y que se emplea desde la más remota antigüedad en las construcciones de lujo, y el laurel calilabán, que da un aceite esencial aromático muy estimado. En aquella época los animales domésticos eran pocos en las Molucas; pero entre los salvajes más curiosos se contaba el babirusa, enorme jabalí de colmillos retorcidos; el oposum, especie de zarigüeya un poco mayor que nuestra



ardilla; el falangero, marsupial que vive en los bosques espesos y oscuros, donde se alimenta de hojas y de frutas; el tarsero, especie de jerbo, animalito muy gracioso, inofensivo, de pelo rojizo y de tamaño de un ratón, pero cuyo cuerpo ofrece cierta semejanza con la del mono. Entre las aves se notaban los periquitos y las cacatúas, las aves del paraíso, acerca de las cuales se contaban tantas fábulas y se decía que no tenían piernas; los martin-pescadores y los casuarios, grandes zancudas casi del tamaño de avestruces.

Un portugués llamado Lorosa se hallaba establecido desde largo tiempo en las Molucas. Los españoles le escribieron una carta, con la esperanza de que haría traición a su patria uniéndose a ellos, y de él obtuvieron curiosas noticias acerca de las expediciones que el rey de Portugal había enviado al cabo de Buena Esperanza, al Río de la Plata y a las Molucas; pero a causa de diversas circunstancias, las últimas expediciones no se habían verificado. Hacía dieciséis años que vivía en aquel archipiélago, y los portugueses establecidos en la India de hacía diez años guardaban sobre este hecho el más profundo silencio. Cuando vio a los españoles que hacían sus preparativos de marcha, se fue Lorosa a bordo con su mujer y sus objetos para regresar a Europa. El 12 de noviembre se desembarcaron todas las mercancías destinadas a hacer el cambio y las cuales procedían en su mayor parte de cuatro juncos que habían apresado en Borneo. Indudablemente los españoles hicieron un comercio ventajoso, y aún hubieran hecho más de no haber tenido tanta prisa por volver a España.



Las embarcaciones de Gilolo y de Cachian vinieron también a traficar con ellos, y pocos días después recibieron del rey Tidor una provisión considerable de clavo. Aquel rey les invitó a un gran banquete que, según decía, tenía costumbre de dar a los que cargaban clavo por vez primera en un buque o en un junco; pero los españoles, recordando lo que les había sucedido en Filipinas, rehusaron cortésmente. Cuando el cargamento estuvo completo se hicieron a la vela, y apenas la *Trinidad* se había hecho a la mar, se vio que tenía una vía de agua considerable, y fue preciso volver a toda prisa a Tidor; pero no habiendo podido llegar a descubrirla los hábiles buzos que puso el rey a disposición de los españoles, tuvieron que descargar en parte el buque para hacer las reparaciones necesarias. No queriendo los marineros que tripulaban la *Victoria* esperar a sus compañeros, y comprendiendo perfectamente que la *Trinidad* no se encontraría en estado de poder llegar a España, se decidió por el estado mayor que se dirigiera a Darién, donde descargaría su precioso cargamento, que sería transportado al través del istmo hasta el Atlántico, donde lo tomaría un buque que iría expresamente, pero aquel desgraciado barco, aún más desgraciado que los que lo tripulaban, no debía volver a España. Mandado por el alguacil Gonzalo Gómez de Espinosa, que llevaba como piloto a Juan de Carvalho, se hallaba en tal estado que después de haber salido de Tidor, se vio obligado a entrar en Ternate, en el puerto de Talangomi, y la tripulación, compuesta de diecisiete hombres, fue inmediatamente aprisionada por los portugueses. Reclamó Espinosa, pero se le respondió amenazándole con colgarle de una verga, y el desgraciado alguacil, después de haber sido



llevado a Cochín, fue enviado a Lisboa, donde por espacio de siete meses estuvo encerrado en la prisión de Limoeiro con otros dos españoles, únicos de la tripulación de la *Trinidad*. En cuanto a la *Victoria*, ricamente cargada, salió de Tidor al mando de Juan Sebastián Elcano, que después de haber sido simple piloto a bordo de uno de los buques de Magallanes, tomó el mando de la *Concepción*, el 27 de abril de 1521, substituyendo a Juan López de Carvalho que fue desposeído a causa de su incapacidad. Su tripulación no estaba compuesta más que de cincuenta y tres europeos y trece indios. Cincuenta y cuatro europeos se quedaron en Tidor, en el *Trinidad*.

Después de haber pasado por medio de las islas de Caioan, Laigoma, Sico, Giofi, Cafí, Laboan, Tolimán, Bachian, Mata y Batutiga dejó la *Victoria* al Oeste esta última isla, y gobernando hacia el Oeste-Sudoeste se detuvo durante la noche en la isla Sula o Xula. Diez leguas más allá los españoles echaron el ancla en Buru, la Boera de Bugainville, donde tomaron provisiones. Treinta y cinco leguas más allá se detuvieron en Banda, donde se encuentra el macis, y la nuez moscada; luego en Solor, donde se hace un gran comercio de sándalo blanco, y allí se detuvieron quince días para carenar su buque, que había sufrido mucho, completando al mismo tiempo una gran provisión de pimienta; luego llegaron a Timor, donde no pudieron avituallarse sino prendiendo a traición al jefe de una aldea que vino a bordo con su hijo. Aquella isla era frecuentada por los juncos de Luzón y por los paraos de Malaca y Java que hacían en ella un gran comercio de sándalo y pimienta. Un poco más lejos, tocaron los españoles en Java, donde se practicaban, según parece en



aquella época, los *sutties*, en uso en la India hasta los últimos tiempos.

Entre los cuentos que Pigafetta refiere sin creer completamente en ellos, hay uno muy curioso. Trata de un ave gigantesca, el *epiornis*, del cual se han encontrado, hacia 1850, huesos y huevos enormes en Madagascar. Esto prueba con cuánta prudencia se debe obrar antes de lanzar al dominio de lo maravilloso muchas leyendas que parecen fabulosas, pero cuyo origen es cierto.

Al Norte de Java la Mayor —dice Pigafetta—, en el golfo de la China, hay un gran árbol llamado campangangui, del que se cuelgan algunas aves llamadas *garula*, tan grandes y con tanta fuerza que levantan un búfalo y hasta un elefante y le llevan volando hasta cierto sitio del árbol llamado *puzathaer*. Esta leyenda corrió entre los persas y los árabes desde el siglo IX, y un ave juega en los cuentos de los últimos un papel maravilloso con el nombre de rock. No es, pues, extraño que Pigafetta recogiese entre los malayos una tradición análoga.

Después de haber salido de Java la Mayor, dobló la *Victoria* la península de Malaca, que hacía ya unos diez años que había sido sometida a Portugal, por el gran Albuquerque.

Cerca de allí están Siam y el Cambodje, y un poco más allá Chiempa, donde crece el ruibarbo. Esta substancia se encuentra de la manera siguiente: una cuadrilla de veinte o veinticinco hombres, van al bosque y allí pasan la noche en los árboles para librarse de los leones (nótese que no hay leones en aquel país), y de las demás fieras, y al mismo tiempo para mejor percibir el olor del ruibarbo que el viento lleva hasta ellos. A la mañana se

dirigen al sitio de donde viene el olor y buscan el ruibarbo hasta que lo encuentran. El ruibarbo es la madera podrida de un gran árbol que adquiere el olor de su putrefacción misma; la parte mejor del árbol es la raíz, y sin embargo el tronco que se llama *calama*, tiene la misma virtud medicinal.

Evidentemente no podremos adquirir conocimientos botánicos siguiendo a Pigafetta; nos expondríamos a engañarnos, tomando en serio los embustes que le contó el moro que le refirió estas cosas. Y sin embargo, el viejo lombardo nos da, con la mayor seriedad del mundo, detalles fantásticos acerca de la China, incurriendo en crasos errores, que supo evitar su contemporáneo Duarte Barbosa. Gracias a éste último, sabemos que el comercio de *anfian* o de opio existía ya en aquella época.

Una vez que la Victoria salió de las costas de Malaca, tuvo buen cuidado Sebastián Elcano de evitar la costa de Zanguebar, donde los portugueses estaban establecidos desde principios del siglo. Hizo rumbo en alta mar, hasta los 42° de latitud Sur, y durante nueve semanas tuvo que tener cargadas las velas a causa de los vientos del Oeste y del Noroeste, que produjeron una horrible tempestad. Para conservar este rumbo, necesitó el capitán tener una gran perseverancia y un deseo no menor de llevar a buen fin su empresa. El buque tenía muchas vías de agua, y la mayor parte de los marineros pedían que se detuviese en Mozambique, porque las carnes no saladas se habían corrompido, y la tripulación no tenía más bebida ni más alimento que agua y arroz.



Al fin, el 6 de mayo, se dobló el cabo de las Tormentas, y ya pudo esperarse que se haría un viaje favorable. Sin embargo, aún aguardaban muchos trabajos a los navegantes. En dos meses murieron de inanición veintiún hombres, entre europeos e indios, y si el 9 de junio no hubieran tomado tierra en Santiago de Cabo Verde, habrían muerto todos de hambre. Como este archipiélago pertenecía a Portugal, tuvieron buen cuidado de decir que venían de América y ocultaron cuidadosamente los países que habían descubierto, pero uno de los marineros tuvo la imprudencia de decir que la *Victoria* era el único barco de la escuadra de Magallanes, que volvía a Europa, y los portugueses se apoderaron en seguida de la tripulación de una chalupa, disponiéndose a atacar al buque español. Pero habiendo observado Elcano desde a bordo todos los movimientos de los portugueses y sospechando, por los preparativos que veía, que querían apresar la *Victoria*, se hizo a la vela, dejando en poder de los portugueses a trece hombres de su tripulación.

Maximiliano Transilvano atribuye la detención en las islas de Cabo Verde a otro motivo distinto que Pigafetta. Dice que el cansancio de los tripulantes ocasionado por las privaciones y por el incesante trabajo de las bombas, había determinado al capitán a detenerse para comprar algunos esclavos que le ayudasen a maniobrar. No teniendo dinero, pagaron los españoles en especias, lo cual abrió los ojos a los portugueses.

Para ver si nuestros diarios de navegación estaban bien —refiere Pigafetta—, hicimos preguntar en tierra qué día era de la semana. Se nos respondió que era jueves, y esto nos sorprendió,



porque, según nuestros diarios, no era sino miércoles. No podíamos persuadirnos de que nos habíamos engañado en un día; y aun a mí me extrañó más que a los otros, porque habiendo estado siempre bien para poder llevar mi diario, había marcado sin interrupción los días de la semana y los de los grupos de meses. Después supimos que no había error en nuestros cálculos, porque habiendo marchado continuamente hacia el Oeste siguiendo el curso del sol y habiendo vuelto al mismo punto, debíamos haber ganado veinticuatro horas a los que se habían quedado en el mismo sitio; y no es preciso pensar mucho para convencerse de ello.

Sebastián Elcano ganó con la mayor rapidez la costa del África, entró en 6 de septiembre en la bahía de San Lúcar de Barrameda con una tripulación de diecisiete individuos, casi todos enfermos, y dos días después echó el ancla en el muelle de Sevilla, después de haber realizado la vuelta al mundo.

Tan pronto como Sebastián Elcano llegó, dirigióse a Valladolid, donde estaba la corte, y recibió de Carlos V la acogida que merecía, por haber sufrido con valor tantos trabajos. Al valiente marino se le concedió, con una pensión de quinientos ducados el derecho de tomar como armas un globo terráqueo con esta divisa: *Primus me circumdedisti*. El rico cargamento de la Victoria decidió al emperador a enviar una segunda escuadra a las Molucas. Sin embargo, no se concedió el mando a Sebastián Elcano, sino que se reservó al comendador García de Loasia, que no tenía otros títulos que su nombre famoso. A pesar de esto, Elcano fue investido con el mando supremo, a la muerte del jefe de la expedición, que ocurrió después de haber franqueado la



escuadra el estrecho de Magallanes; pero lo conservó poco, pues murió seis días después.

En cuanto a la nao *Victoria*, se conservó en el puerto de Sevilla, pero a pesar de los muchos cuidados que con ella se tuvieron, concluyó al fin destruida por la acción del tiempo.

Las expediciones Polares y las investigaciones en busca del paso del Noroeste

**— Los «hombres del Norte». — Erico el Rojo. — Los Zenos.
— Juan Cabot. — Cortereal. — Sebastián Cabot. —
Willughby. — Chancellor**

Con el descubrimiento de la Islandia, la famosa Tule y aquel océano *croniano*, en que el viento, los bajos y los hielos hacían tan peligrosa la navegación, y en el que las noches son tan claras como un crepúsculo. Piteas había abierto a los escandinavos el camino del Norte. La tradición de las navegaciones realizadas por los antiguos en las Orcadas, en las Feroe, y hasta en Islandia, se conserva aún entre los monjes islandeses, hombres instruidos



y atrevidos marinos, como lo prueban sus establecimientos en aquellos archipiélagos. Así es que fueron los pilotos de los Northmen, *hombres del Norte* (Normandos), nombre que generalmente se dio a los piratas escandinavos, noruegos y daneses y que tan terribles se hicieron en la Edad Media en toda la Europa. Pero a todas las noticias que debemos a los griegos y romanos, acerca de estas comarcas hiperbóreas son extremadamente vagas y, por decirlo así, fabulosas; no sucede lo mismo en lo que concierne a las empresas aventureras de los normandos. Las *sagas* (llámanse así los cantos islandeses y daneses) son muy preciosos, y las numerosas noticias que nos dan se ven confirmadas todos los días por los descubrimientos arqueológicos hechos en América, en Groenlandia, en Islandia, en Noruega y en Dinamarca. Existe en ellos un manantial de noticias muy preciosas largo tiempo desconocido y no explotado, del que se debe la revelación al erudito danés C. C. Rafn, que nos ha dado acerca de los descubrimientos precolombinos en el continente americano datos auténticos del mayor interés.

La Noruega era pobre y estaba muy sobrecargada de población; de aquí la necesidad de una emigración muy permanente que permitió a una parte muy considerable de sus habitantes buscar en regiones más favorecidas el alimento que un suelo helado les negaba.

Cuando encontraban algún país bastante rico para proporcionarles un importante botín, regresaban a su país y volvían a la primavera siguiente a la comarca descubierta,



acompañados de aquellos a quienes arrastraba el amor al lucro, a la vida fácil y a la sed de los combates.

Intrépidos cazadores y pescadores, acostumbrados a los peligros de la navegación entre el continente y esa masa de islas que le limitan y parecen defenderlo de los asaltos del Océano, al través de esos fiordos estrechos y profundos que parecen cortados en el suelo con alguna espada gigantesca, partían en sus buques de encina y su aparición hacía temblar a los ribereños del mar del Norte y de la Mancha.

Aquellos barcos grandes o pequeños, largos o cortos, terminaban con frecuencia en la parte de delante en un espolón de tamaño enorme, por encima del cual se levantaba la proa, a veces de una gran altura, afectando la forma de una S. Los *hallstningar*, que así se llaman las representaciones gráficas que con frecuencia se encuentran en las rocas de Suecia y Noruega, nos permiten formarnos una idea de aquellas rápidas embarcaciones que podían llevar una tripulación considerable: tales son la *Serpiente Larga* de Olaf Triggvason, que tenía treinta y dos órdenes de remos y contenía noventa hombres; el buque de Canut, que llevaba setenta, y los dos buques de Olaf el Santo, que muchas veces llevaron doscientos hombres.

Los reyes de la mar, como sé llamó casi siempre a aquellos aventureros, vivían en el Océano, no estableciéndose jamás en tierra, pasando del robo de un castillo al incendio de una abadía, devastando las costas de Francia, remontando los ríos, sobre todo el Sena hasta París, recorriendo desde el Mediterráneo hasta Constantinopla, estableciéndose después en Sicilia y dejando en



todas las regiones del mundo profundas huellas de sus incursiones o de su estancia.

Y era esto porque la piratería, lejos de ser, como hoy, un acto que cae bajo el imperio de las leyes, era en aquella sociedad bárbara o a medio civilizar no sólo un acto de valor, cantado por los escaldas, que reservaban sus alabanzas más entusiastas para celebrar las luchas caballerescas, las incursiones aventureras y todas las manifestaciones de la fuerza. Desde el siglo VIII aquellos temibles corredores de los mares frecuentaron los grupos de las Orcadas, de las Hébridas, de las Shetland y de las Feroe, donde encontraron a los monjes irlandeses que se habían establecido allí desde un siglo antes para catequizar a las poblaciones idólatras.

En 1861, un pirata noruego, llamado Naddod, fue arrastrado por la tempestad a una isla cubierta de nieve, a la que dio el nombre de Snoland, *tierra de la nieve*, nombre que después se cambió en el de Iceland, *tierra de hielo*. Aun allí los normandos encontraron a los monjes irlandeses, con el nombre de *papis*, en los cantones de Papeya y de Papili.

Algunos años después, se instaló en el país Ingolfo y fundó Reijkiavik. En 885, el triunfo de Haroldo Haarfager, que acababa de someter con sus armas a toda Noruega, llevó a Islandia una escuadra considerable de descontentos, que se establecieron bajo la forma del gobierno republicano, que acababa de ser derribado en su patria y que subsistió hasta 1261, época en que la Islandia cayó bajo la dominación de los reyes de Noruega.



Estos atrevidos compañeros, amantes de aventuras, correrías y de la caza en persecución de las focas o de las morsas, una vez instalados en Islandia, conservaron sus costumbres errantes e hicieron atrevidas expediciones hacia el Oeste, donde tres años después de la llegada de Ingólfo, descubrió Guunbjorn las cimas encinosas de las montañas de Groenlandia.

Cinco años después, un desterrado, Erico el Rojo, expulsado de Islandia por haber perpetrado un homicidio, encontró la tierra entrevista por Guunbjorn hacia el 64° de latitud septentrional. La esterilidad de aquella costa y sus hielos le impulsaron a buscar hacia el Sur una temperatura más templada, tierras más abundantes en caza; dobló, pues, el cabo de Farewell, al extremo de Groenlandia, se fijó en la costa oriental y construyó para sí y sus compañeros grandes viviendas, cuyas ruinas encontró Jordgensen. Aquel país podía entonces merecer el nombre de Tierra Verde (Groenlandia), que le dieron los normados, pero el crecimiento anual y considerable de los hielos le han convertido desde aquella época en una tierra de desolación.

Erico volvió a Islandia a buscar a sus amigos, y el año mismo de su vuelta a Brattahalida (así se llamó su establecimiento) se unieron a él catorce buques cargados de emigrantes: era equello un verdadero éxodo. Esto pasaba en el año 1000, y tan pronto como los recursos del país lo permitieron, la población groenlandesa se aumentó; y en 1121 Gardar, la capital del país, fue sede de un obispado, que subsistió hasta después que Colón descubriera las Antillas.



En 968 Bjarn Heriulfson, que había llegado de Noruega a Islandia, para pasar el invierno con su padre, supo que éste había emigrado con Erico el Rojo a Groenlandia, y, sin vacilar, el joven se hizo a la mar con rumbo a aquella isla. Buscando al acaso un país cuya situación no conocía exactamente, las corrientes le arrojaron a las costas que se cree fueran las de nueva Escocia, las de Terranova y del Maine. Sin embargo, acabó por llegar a la Groenlandia, donde Erico, el poderoso *jarl* noruego, le reconvino por no haber examinado con mayor cuidado los países cuyos descubrimientos debía a una feliz casualidad.

Erico había enviado a su hijo Leif a la corte de Noruega, pues eran muy frecuentes en aquella época las relaciones entre la metrópoli y las colonias, y el rey, que se había convertido al cristianismo, acababa de enviar a Islandia una misión encargada de abolir el culto de Odín. Aprovechando la ocasión, confió a Leif algunos sacerdotes que debían catequizar a los groenlandeses; pero el joven aventurero, apenas estuvo de regreso en su patria, dejó a los santos varones trabajar en el cumplimiento de su difícil tarea; y enterado del descubrimiento de Bjarn, equipó sus buques y se puso en busca de las tierras que aquél había entrevisto. Sucesivamente desembarcó en una llanura pedregosa y estéril, a la cual dio el nombre de Helluland, y después se supo que era Terranova; luego encontró una costa baja, arenosa, detrás de la cual se desarrollaba una inmensa cortina de oscuros bosques alegrados por los cantos de las aves. Se hizo a la mar por tercera vez, y poniendo la proa al Sur llegó a la bahía de Rhode Island, de suave clima, cuyo río está



tan poblado de salmones; se estableció allí y construyó grandes edificios de madera, a los que dio el nombre de *Leifsbudir* (casa de Leif). Después envió algunos de sus compañeros a explorar el país y volvieron con la buena noticia de que éste tenía vides silvestres, por lo cual le llamó *Vinland*.

En la primavera del año 1001, después de haber cargado su buque de pieles, uvas, maderas y otras producciones del país, Leif tomó la ruta de Groenlandia, habiendo hecho la preciosa observación de que el día más corto en Vinland duraba nueve horas, lo cual ha permitido situarla a los $41^{\circ} 24' 10''$. Esta feliz expedición y el salvamento de una embarcación noruega que llevaba quince hombres, valieron al hijo de Erico el sobrenombre de *el Afortunado*.

La expedición de Leif hizo grande ruido, y la relación de las maravillas del país en que se había establecido, impulsó a su hermano Thorvaldo a dirigirse allí con treinta hombres.

Thorvaldo, después de haber pasado el invierno en Leifsbudir, exploró las costas del Sur, volvió en otoño a Vinland, y al año siguiente, 1004, subió por la costa del norte de Leifsbudir. Durante este viaje de vuelta los normandos encontraron por la primera vez esquimales y los degollaron cruelmente sin motivo. A la noche siguiente se hallaron de repente rodeados de una numerosa escuadrilla de *kayacs*, de donde salió una nube de flechas. Sólo Thorvaldo, el jefe de la expedición, fue herido mortalmente, y sus compañeros le enterraron en un promontorio, al cual dieron el nombre de promontorio de la Cruz. Ahora bien, en el siglo XVIII, descubrióse en el golfo de



Boston una tumba de mampostería, donde se encontraron huesos humanos y un puño de espada *de hierro*. Los indios no conocían este metal y, por consiguiente, aquellos huesos no podían ser de sus esqueletos, ni tampoco eran restos de los europeos que desembarcaron después del siglo XV, porque sus espadas no tenían aquella forma característica. Se creyó, pues, que aquel sepulcro era el de un escandinavo; pero no nos atrevemos a asegurar que fuese el de Thorvaldo, hijo de Erico el Rojo. En la primavera de 1007, tres buques, llevando ciento setenta hombres y animales, salieron de Eriksfjord, con objeto de fundar un establecimiento permanente. Los emigrantes reconocieron el Helluland, el Markland y el Vinland, desembarcaron en una isla donde construyeron chozas y principiaron a cultivar la tierra. Es de creer que tomaron mal sus medidas o que les faltó previsión, porque habiéndoles sorprendido el invierno sin provisiones, sufrieron cruelmente por causa del hambre. Sin embargo, tuvieron bastante ánimo para volver al continente, donde pudieron, con una abundancia relativa, esperar el fin del invierno.

A principios de 1008, se pusieron a buscar a Leifsbudir y se establecieron en Mount- Hope-Bay, en la orilla opuesta al antiguo establecimiento de Leif. Allí trabaron por primera vez relaciones con los indígenas llamados *screllings* en las sagas, y por cuyo retrato fácil es reconocer a los esquimales. El primer encuentro fue pacífico. Hicieron con ellos un comercio de cambios, hasta el día en que el deseo que tenían los esquimales de procurarse hachas de hierro, siempre con gran prudencia rehusadas por los normandos, les impulsó a cometer agresiones



que obligaron a éstos a volver a su patria sin haber dejado rastros duraderos de su paso por el país después de tres años de estancia en él.

Compréndese fácilmente que no podemos referir en detalle todas las expediciones que, partiendo de Groenlandia, se sucedieron en las costas del Labrador y de los Estados Unidos. Aquellos de nuestros lectores que deseen enterarse minuciosamente pueden ver la interesante publicación de Gabriel Gravier, obra la más completa en esta materia, y de la cual tomamos algunos antecedentes relativos a las expediciones normandas.

En el año mismo en que Erico *el Rojo* tomaba tierra en Groenlandia (983), un tal Hari Marson, fue arrojado por la tempestad fuera del derrotero ordinario, a las costas de un país designado con el nombre de Tierra de los Hombres Blancos, y que se extiende, según Rafin, desde la bahía de Cheasapeak hasta la Florida.

¿De dónde venía aquel nombre de Tierra de los Hombres Blancos? ¿Se habían establecido ya allí algunos compatriotas de Marson? Hay motivos para suponerlo así, en vista de los términos mismos de la crónica. Compréndese, pues, qué interés habrá en poder establecer la nacionalidad de los primeros colonos. Por lo demás, las sagas no nos han revelado todos sus secretos, y probablemente son aún desconocidos, y como las nacionalidades que se han encontrado sucesivamente han confirmado hechos ya admitidos, es de esperar que nuestros conocimientos acerca de las navegaciones islandesas llegarán a ser más precisos.



Otra leyenda, de la que en muchas partes sus relatos son puros romances, pero que encierra, sin embargo, un fondo de verdad, refiere que un tal Bjorn, obligado a abandonar la Islandia a consecuencia de unos amores desgraciados, se refugió en un país que estaba del otro lado del Vinland, donde le encontraron en 1027 algunos de sus compatriotas.

En 1051, durante una nueva expedición, los *skrellings* mataron a una mujer islandesa, y en 1867 exhumóse un sepulcro que tenía una inscripción *rúnica* con huesos y objetos de adorno que aún hoy se conservan en el Museo de Washington. Este descubrimiento se ha hecho en el sitio indicado, precisamente por la saga que refiere estos sucesos, y esta misma saga no fue encontrada hasta 1863. Pero los normandos establecidos en Islandia y en la Groenlandia, no fueron los únicos que frecuentaron las costas de América hacia el año 1000, como lo prueba el nombre de Grande Irlanda, dado también a la Tierra de los Hombres Blancos. Así consta en las historias de Madoc-op-Owen, de los irlandeses y de los galos, que fundaron allí colonias y acerca de los cuales no poseemos sino muy pocos datos. A pesar de su vaguedad y de su incertidumbre, Avezac y Gaffarel están conformes, sin embargo, en reconocerlas por verosímiles.

Después de haber dicho algunas palabras acerca de las excursiones y de los establecimientos de los normandos en el Labrador, en el Vinland y en los países más meridionales, es preciso que volvamos al Norte. Las colonias fundadas al principio en las inmediaciones del cabo Farewel, no tardaron en extenderse a lo largo de la costa occidental, que en aquella época



estaba infinitamente menos desolada que hoy, y aun hasta las latitudes boreales a que no se ha llegado en nuestros días. Así es que en aquellos tiempos se pescaba la foca, la morsa y la ballena en la bahía de Disco, y se contaban ciento noventa ciudades en el Westerbygd y ochenta y seis en el Esterbygd. Hoy día está muy lejos de haber tal número de establecimientos daneses en esas costas heladas.

Aquellas ciudades no eran probablemente sino grupos poco considerables de esas casas de madera y piedras de las que se han encontrado muchas ruinas desde el cabo Farewel hasta Upernavik a los 72° 50'. Al mismo tiempo numerosas inscripciones rúnicas, hoy ya descifradas, han venido a dar un grado de certeza absoluta a hechos por tanto tiempo ignorados. Pero, ¡cuántos de estos vestigios del pasado quedan aún por descubrir!

¡Cuántos de estos preciosos testigos del valor y del genio emprendedor de la raza escandinava estarán enterrados bajo los hielos!

Se ha conseguido igualmente la prueba de que el cristianismo había sido llevado a América, y sobre todo a Groenlandia. En este país, se celebraron, según las instrucciones del papa Gregorio IV, visitas pastorales para fortalecer en su fe a los normandos recientemente convertidos, y para evangelizar las tribus indias y los esquimales. Además, Riant, en 1865, ha sentado, de una manera irrefutable, que las cruzadas fueron predicadas lo mismo en Groenlandia que en el obispado de Gardar, que en las *islas y tierras vecinas*, y que hasta en 1418 pagó



la Groenlandia a la Santa Sede el diezmo y el dinero de San Pedro, que se componía en aquel año de 2.600 libras de dientes de morsas.

Las colonias noruegas debieron su decadencia y su ruina a causas muy diversas: a la extensión muy rápida de los hielos (Hayes ha comprobado que los hielos del Hermano Juan corren con una velocidad de treinta metros por año); a la mala política de la madre patria, que impidió el cruzamiento de colonos; a la fiebre amarilla, que diezmo la población de Groenlandia de 1347 a 1351; y, por último, a las depredaciones de los piratas, que en 1418 asolaron aquellos países, ya debilitados y en los cuales se ha creído reconocer algunos habitantes de las Orcadas y de las Feroe, de que vamos a hablar.

Uno de los compañeros de Guillermo *el Conquistador*, llamado Saint-Clair o Sinclair, no habiéndole parecido bastante proporcionada a sus méritos la parte de país conquistada que había recibido, fue a correr aventuras a Escocia, donde no tardó en obtener fortuna y honores. En la segunda mitad del siglo XIV las islas Orcadas pasaron a ser del dominio de sus descendientes. Hacia 1390, un tal Nicolás Zeno, perteneciente a una de las familias más nobles y más antiguas de Venecia, que había equipado a su costa un buque con objeto de visitar por curiosidad Inglaterra y Flandes, naufragó en el archipiélago de las Orcadas, a donde fue arrojado por la tempestad. Ya iba a ser asesinado por los habitantes, cuando el conde Enrique Sinclair le tomó bajo su protección. La historia de aquel naufragio, de las aventuras y descubrimientos que le siguieron, publicada en la



recopilación de Ramusio, había sido escrita, dice el erudito geógrafo Clemente Markham, en sus *Abords de la région inconnue*, por Antonio Zeno; mas, por desgracia, uno de sus descendientes, llamado Nicolás Zeno, que nació en 1515, rompió, siendo niño, aquellos papeles, cuyo valor no conocía. «Habiendo podido salvarse algunas cartas, pudo más tarde redactar la relación tal como ahora la tenemos, y tal como fue impresa en Venecia.» Encontróse también en el palacio una antigua carta, carcomida por el tiempo, que explicaba estos viajes, y en fin, una copia desgraciadamente incompleta, según su relato y la cual creía necesaria para su inteligencia. Como esto lo hizo atropelladamente, sin estar guiado por los conocimientos geográficos que hoy nos permiten reconocer dónde se engaña, confunde de la manera más deplorable toda la geografía que hace en su relato, mientras que las partes de la carta que no han sido alteradas de esta manera, y que son originales, presentan una exactitud que adelanta en muchas generaciones a la geografía de Nicolás Zeno, el joven, y confirman de un modo notable la posición de la antigua colonia de Groenlandia. En estos hechos no solamente tenemos la solución de todas las discusiones que se han suscitado con este objeto, sino la prueba más indiscutible de la autenticidad del relato, porque evidentemente Nicolás Zeno, el joven, no podía inventar ingeniosamente una historia de la que habría, por decirlo así, desfigurado por ignorancia la verdad al aparecer la carta.

El nombre de Zichmni, en el cual los escritores contemporáneos, y en primer lugar Major, que ha sacado los hechos del dominio



de la fábula, ven el nombre de Sinclair, no parece ser aplicable más que a este conde de las Orcadas.

En aquella época los mares del norte de Europa estaban infestados de piratas escandinavos. Sinclair, que había descubierto en Zeno un hábil marino, se unió a él y juntos hicieron la conquista del país de Frisland, nido de piratas que asolaban todo el norte de Escocia. En las cartas de marear del fin del siglo XV y en los mapas de principios del siglo XVI se designa con este nombre el archipiélago de las Feroe; indicación verosímil, porque Bauche ha encontrado en las denominaciones actuales de los puertos y de las islas de este archipiélago muchos nombres de los que Zeno había dado; por último, los detalles que se deben al navegante veneciano acerca de las aguas, abundantes en pesca y peligrosas por sus bajos, que dividen este archipiélago, son aún hoy verdaderos.

Satisfecho Zeno de su posición, escribió a su hermano Antonio para que viniera a reunirse con él. Mientras Sinclair conquistaba las Feroe, los piratas noruegos desolaban las Shetland, en aquel tiempo llamadas Eastland. Nicolás se hizo a la vela para darles la batalla; pero tuvo que huir delante de su escuadra, mucho más numerosa que la que él llevaba, y refugiarse en una islita de la costa de Islandia.

Después de haber invernado Zeno en aquel lugar, desembarcó al año siguiente en la costa oriental de Groenlandia a los 69° de latitud septentrional, en un sitio «en el que había un monasterio de la orden de Predicadores, y una iglesia dedicada a Santo Tomás. Las celdas estaban caldeadas por un manantial natural



de agua caliente, que utilizaban los monjes para preparar sus alimentos y cocer el pan. Los religiosos tenían también jardines cubiertos durante la estación de invierno y caldeados de la misma manera, de suerte que se hallaban en estado de producir flores, frutos y hierbas, como si viviesen en un clima templado». Lo que parece confirmar estos datos, es que de 1828 a 1830, un capitán de la marina danesa encontró a los 69° una población de seiscientos individuos, de tipo completamente europeo. Pero aquella expedición aventurera por países cuyo clima se parecía tan poco al de Venecia, fue fatal a Zeno, que murió poco tiempo después de haber vuelto a Frisland.

Un viejo marino que acompañó al veneciano y que según él había estado durante muchos años prisionero en el país del extremo Oeste, dio a Sinclair detalles tan precisos y tan tentadores acerca de la fertilidad y extensión de aquellas regiones, que este último se resolvió a conquistarlas con Antonio Zeno, que había ido a reunirse con su hermano; pero las poblaciones se mostraron en todas partes tan hostiles, opusieron tal resistencia al desembarque de los extranjeros, que Sinclair tuvo que volver a Frisland, después de una larga y peligrosa navegación. Estos son todos los detalles que se han conservado hasta aquí, y debemos sentir vivamente la pérdida de los que Antonio debía dar en sus cartas a su padre Carlos respecto de los países que Forster y Malte Brun han creído poder identificar con Terranova.

¿Quién sabe si Cristóbal Colón, en su viaje a Inglaterra y durante sus peregrinaciones hasta Tule, oiría hablar de las antiguas expediciones de los normandos y de los Zenos, y si estas



noticias le confirmaron en las teorías que profesaba y en las ideas para cuya realización fue a reclamar el apoyo del rey de Inglaterra?

Del conjunto de los hechos que acabamos de exponer brevemente, resulta que América era conocida de los europeos y estuvo colonizada antes de Colón; pero a consecuencia de diversas circunstancias, principalmente por la falta casi completa de comunicaciones entre los pueblos del norte de Europa con los del Mediodía, los descubrimientos de los normandos no eran conocidos sino por rumores vagos en España y Portugal. Según todas las apariencias, nosotros sabemos de ellos mucho más que los compatriotas y los contemporáneos de Colón. Si el marino genovés tuvo conocimientos de estos rumores, sin duda los refirió a los indicios que había recogido en las islas de Cabo Verde y a sus recuerdos clásicos sobre la famosa isla Antilla y sobre la Atlántida de Platón. De estos datos procedentes de tan diversos manantiales nació en él la certidumbre de que se podía llegar al Oriente por la ruta del Occidente; pero sea de esto lo que quiera, su gloria es completa; es, sin duda, Colón el descubridor de América, y no aquellos a quienes la casualidad de los vientos y de las tempestades empujó a su pesar hacia aquellas tierras, sin que les animara el deseo de buscar las playas asiáticas, a donde Cristóbal Colón hubiera llegado si América no le hubiera interceptado el paso.

Las noticias que vamos a dar acerca de la familia Cortereal, aunque más completas que todas las que se encuentran en los diccionarios biográficos, son todavía bastante vagas; pero es preciso que nos contentemos con ellas, porque hasta ahora la



historia no ha registrado nada más acerca de esta familia de intrépidos navegantes.

Juan Vaz Cortereal era bastardo de un noble llamado Vasco Annes da Costa, a quien él puso el mote de Cortereal, a causa de la magnificencia de su casa y servidumbre. Dedicado como tantos otros nobles de aquella época a las aventuras marítimas, Juan Vaz robó en Galicia a una joven llamada María de Abarca, con la cual se casó. Después de haber sido paje del infante don Fernando, el rey le envió con Alvaro Martins Homem al Atlántico septentrional. Los dos navegantes vieron entonces una isla designada después con el nombre de *Terra dos Bacalhaos* (tierra de los bacalaos), y que probablemente sería Terranova. La fecha de este descubrimiento se ha fijado aproximadamente por el hecho de que a su vuelta llegaron a Terceira, y hallando la capitanía de aquella isla vacante por la muerte de Jacome de Brujas, le pidieron a la infanta doña Brites, viuda del infante don Fernando, que se la concedió con la condición de que la dividirían entre los dos, suceso confirmado por una donación fechada en Évora a 2 de abril de 1464.

Sin que se pueda garantizar la autenticidad de este descubrimiento de América, lo cierto es, sin embargo, que el viaje de Cortereal debió señalarse por algún acontecimiento extraordinario; porque no se hacían entonces donaciones de esta importancia sino a los que habían prestado algún gran servicio a la corona.

Vaz Cortereal, establecido en Terceira, se hizo construir, de 1490 a 1497, en la ciudad de Angra, un hermoso palacio donde habitó



con sus tres hijos. Gaspar, su hijo tercero, después de haber estado al servicio del rey Manuel, cuando éste no era más que duque de Béjar, se sintió desde muy temprano atraído hacia las empresas y descubrimientos que habían ilustrado el nombre de su padre. Por cédula fechada en Cintra el 12 de marzo de 1500, el rey Manuel donó a Gaspar Cortereal las islas y la tierra firme que pudiera descubrir, añadiendo un dato precioso, a saber: que «ya en otras épocas las había buscado por su cuenta y a sus expensas.

Esto significa que Gaspar Cortereal no emprendía por primera vez sus viajes. Es verosímil que sus investigaciones se dirigieran hacia los puntos donde su padre había señalado la isla de los Bacalaos. Equipó a su costa, aunque con auxilio del rey, dos buques, a principios del verano de 1500, y después de hacer escala en Terceira, tomó rumbo hacia el Noroeste. Su primer descubrimiento fue el de una tierra cuyo aspecto de vegetación y de verdor parecía haberle encantado: era el Canadá. Allí vio un gran río que llevaba témpanos de hielo, el San Lorenzo, que algunos de sus compañeros tomaron por un brazo de mar, y al cual dio el nombre de *Rio Nevado*. El caudal de agua de este río es tan grande, que no es probable que este país sea una isla, sin contar con que debía estar por todas partes cubierta de una capa de nieve muy espesa para poder dar nacimiento a tal corriente de agua.

Las casas de aquel país eran de madera cubiertas de pieles. Los habitantes no conocían el hierro y se servían de espadas de piedra aguzadas; sus flechas estaban armadas de espinas o



huesos de peces o piedras puntiagudas; los hombres eran altos y bien formados y tenían la cara y el cuerpo pintado de diversos colores, por galantería, llevando pulseras de oro y cobre y vistiéndose de pieles.

Cortereal prosiguió su viaje y llegó al cabo de los *Bacalhaos*, pescados que se encuentran en estas costas en cantidad tan grande que no permiten avanzar a las carabelas. Siguiendo después la costa por espacio de doscientas leguas del 56° al 60° o quizá más, fue dando nombre a las islas, ríos y golfos que encontraba, como lo prueban la Tierra del Labrador, la bahía de la Concepción, etc., desembarcando y poniéndose en relación con los naturales. Fríos rigurosísimos y un verdadero río de gigantescos témpanos de hielo impidieron a la expedición suba más arriba, y volvió a Portugal con cincuenta y siete indígenas.

El año mismo de su vuelta, el 15 de mayo de 1501, Gaspar Cortereal, cumpliendo una orden de 15 de abril, recibió a bordo provisiones y salió de Lisboa con la esperanza de extender el campo de sus descubrimientos; pero desde aquella época no se volvió a oír hablar de él.

Miguel Cortereal, su hermano, que era primer ujier del rey, pidió entonces y obtuvo permiso para ir en su busca y proseguir su empresa. Por real cédula de 15 de enero de 1502, se le hizo donación de la mitad de la tierra firme y de las islas que su hermano hubiera podido encontrar; y saliendo el 10 de mayo de aquel año con tres carabelas, llegó a Terranova, donde dividió su pequeña escuadra para que cada uno de los buques pudiera explorar aisladamente la costa, señalando previamente un punto



de cita. Pero en la fecha fijada, Miguel no se presentó, y las otras dos carabelas, después de haberle esperado hasta el 20 de agosto, hicieron rumbo a Portugal.

En 1503 el rey envió dos carabelas para averiguar el paradero de los dos hermanos; pero las investigaciones fueron infructuosas y los buques volvieron sin haber conseguido su objeto.

El último de los hermanos Cortereal, Vasco Annes, cuando supo estas tristes noticias, siendo capitán y gobernador de las islas de San Jorge y Terceira, y alcalde mayor de la ciudad de Tavilla, resolvió armar un buque a sus expensas y marchar en busca de sus hermanos. El rey debió oponerse a esta expedición, temiendo perder el último de aquella familia de buenos servidores.

En las cartas de aquella época, el Canadá está designado con el nombre de *Terra dos Cortereales*, denominación que se extiende a veces mucho más abajo del Canadá y abarca una gran parte de la América del Norte.

Todo lo que concierne a Juan y Sebastián Cabot ha estado envuelto, hasta estos últimos tiempos, en una obscuridad que no se ha disipado todavía completamente, a pesar de los estudios concienzudos del americano Biddle en 1831, del francés Avezac y del inglés Nicholls que, aprovechando los hallazgos hechos en los archivos de Inglaterra, de España y de Venecia, ha construido un monumento imponente, aunque discutible en algunas de sus partes. En estas dos últimas obras hemos tomado los elementos de este breve estudio, pero sobre todo en la de



Nichols, que tiene sobre la de Avezac la ventaja de contar la vida entera de Sebastián Cabot.

No hay seguridad ni en el nombre ni en la nacionalidad de Juan Cabot, ni menos en la época de su nacimiento. Juan Cabota, Saboto o Cabot debió de nacer, si no en el mismo Génova, como dice Avezac, a lo menos en las inmediaciones de esta ciudad, y quizá en el mismo Castiglione, en el primer cuarto del siglo XV. Algunos historiadores han dicho que era inglés; quizá el amor propio nacional obligaría a Nicholls a aceptar esta opinión, a lo menos así parece resultar de las expresiones que emplea. Lo que se sabe sin ningún género de duda, es que Juan Cabot fue a Londres para ocuparse en el comercio y que se estableció en Bristol, que era a la sazón la segunda ciudad del reino, en uno de los arrabales que tenía el nombre de Cathay, tal vez a causa de los muchos venecianos que en él residían y del comercio que hacían en los países del extremo Oriente.

Allí debieron de nacer los últimos hijos de Cabot, Sebastián y Sancho, si se recuerda en este punto lo que refiere el antiguo cronista Edén: «Sebastián Cabot me dijo que había nacido en Bristol, y que a la edad de cuatro años había ido con su padre a Venecia y que había vuelto con él a Inglaterra algunos años después, lo cual hizo pensar que había nacido en Venecia.» En 1476, Juan Cabot estaba en Venecia y allí recibió el 29 de marzo cartas de naturalización, lo cual prueba que no era originario de aquella ciudad y que debía haber merecido aquel honor por algún servicio hecho a la república.



Avezac se inclina a creer que se había aficionado al estudio de la cosmografía y de la navegación, quizá con el célebre florentino Pablo Toscanelli, el cual le enseñaría a conocer las teorías acerca de la distribución de las tierras y de los mares en la superficie del globo. Al mismo tiempo debió quizá oír hablar de las islas situadas en el Atlántico y designadas con los nombres de Antillas, de tierra de las Siete Ciudades o del Brasil. Lo que parece más seguro es que los negocios de su comercio le llamaron al Levante, dicen que a la Meca, y así supo cuál era el país de donde venían las especias, que en aquella época constituían el ramo más importante del comercio veneciano.

Cualesquiera que sean las teorías especulativas, es lo cierto que Juan Cabot fundó en Bristol un importante establecimiento de comercio. Su hijo Sebastián, a quien los primeros viajes habían aficionado a la mar, se instruyó en todos los ramos conocidos de la navegación e hizo algunas excursiones por el Océano a fin de familiarizarse con la práctica de este arte como lo estaba ya con la teoría.

Desde hace siete años —dice el embajador español— en un despacho del 25 de julio de 1498, a propósito de una expedición mandada por Cabot— los de Bristol arman todos los años dos, tres o cuatro carabelas para ir a buscar la isla del Brasil y la de las Siete Ciudades, según la ilusión de este genovés.

En aquella época, Europa entera se hacía eco del ruido que hacían los descubrimientos hechos por Colón.

Sentí —dice Sebastián Cabot— en un relato que nos ha conservado Ramusio— un gran deseo y como un ardor en el



corazón por hacer también yo alguna cosa notable, y sabiendo por el examen de la esfera que si navegaba hacia la mitad del viento del Oeste llegaría más rápidamente a encontrar la India, hice conocer en seguida mi proyecto a Su Majestad, que quedó muy satisfecho.

El rey a quien se dirigió Cabot es el mismo Enrique VII que algunos años antes había rehusado dar apoyo a Cristóbal Colón. Compréndese, por consiguiente, que acogiera con satisfacción el proyecto que acababan de someterle Juan y Sebastián Cabot, porque aunque Sebastián, en el fragmento que acabamos de copiar, se atribuye a sí solo todo el honor del proyecto, no es menos cierto que su padre fue el promotor de la empresa, como así lo prueba la siguiente real cédula que traducimos extractándola: «Nos, Enrique... permitimos a nuestros amados Juan Cabot, ciudadano de Venecia, y a Luis, Sebastián y Sancho, sus hijos, que bajo nuestra bandera y con cinco buques de tonelaje y tripulación que juzguen conveniente descubran a su costa y cargas... les otorgamos, así como a sus descendientes y derecho-habientes, licencia de ocupar, poseer... la carga que con los provechos, beneficios y ventajas que resulten de esta navegación, nos paguen en mercancías o en dinero el quinto del provecho obtenido en cada uno de sus viajes cuantas veces entren en el puerto de Bristol (a cuyos puertos estarán obligados a abordar).

Prometemos y garantizamos a éstos, sus herederos o derechohabientes que estarán exentos de toda clase de derecho de aduana para las mercancías que trajeren de los países así descubiertos... Mandamos y ordenamos a todos nuestros



súbditos, así en la tierra como en el mar, que den asistencia al dicho Juan y sus hijos... Dado en... el 5 de marzo de 1495.

Tal es la cédula concedida a Juan Cabot y a sus hijos a su vuelta del continente americano, y no como han pretendido algunos autores con anterioridad a este viaje. Desde que llegó la noticia a Inglaterra de los descubrimientos hechos por Colón, es decir, probablemente el 1493, Juan y Sebastián Cabot prepararon la expedición a su costa y salieron a principios del año 1494 con la idea de llegar a Catay y después a las Indias. No puede haber duda acerca de este punto, porque en la Biblioteca Nacional de París se conserva el único ejemplar de la carta grabada en 1544, es decir, viviendo aún Juan Cabot, la cual refiere el viaje y la fecha exacta y precisa del descubrimiento del cabo Bretón.

Probablemente debióse a las intrigas del embajador español el retraso que sufrió la expedición de Cabot, porque el año 1496 transcurrió todo entero sin que se realizara el viaje.

Al principio del año siguiente salió por fin, después de haber encontrado «la tierra primera vista», siguió la costa y no tardó en enterarse, con disgusto suyo, que corría hacia el Norte. «Entonces, siguiéndole para asegurarme si acaso había algún paso, no pude descubrirlo, y habiéndome adelantado hasta los 56°, viendo que en aquel sitio la tierra volvía hacia el Este, desesperé de descubrir un paso y viré de bordo para examinar la costa hacia esta dirección, hacia la línea equinoccial, siempre con el mismo objeto de encontrar un paso a las Indias, y al fin llegué al país que hoy se llama la Florida, donde habiéndome llegado a faltar las provisiones, resolví volver a Inglaterra.



Esta relación de la que más arriba hemos dado el principio, fue hecha por Cabot a Fracastor cuarenta o cincuenta años después del suceso. No es extraño, por consiguiente, que Cabot mezclase en ella dos navegaciones completamente distintas, la de 1494 y la de 1497. Añadiremos aún algunas reflexiones a este relato: la primera tierra que vio fue sin duda el cabo Norte, extremidad septentrional de la isla del cabo Bretón, y la isla que está opuesta a él es la del príncipe Eduardo, por mucho tiempo conocida por el nombre de isla de San Juan. Probablemente Cabot penetró en el río San Lorenzo, que tomó por un brazo de mar, cerca del sitio donde hoy se levanta Quebec, y costó la orilla septentrional del golfo, de tal modo que vio la costa del Labrador hundirse hacia el Este. Tomó a Terranova por un archipiélago y continuó su rumbo al Sur, no hasta la Florida como él dice (pues el tiempo que consagró a este viaje se oponía a que llegase tan abajo), sino hasta la bahía Cheasapeake. Este país es el que más tarde llamaron los españoles *Tierra de Esteban Gómez*.

El 3 de febrero de 1498, el rey Enrique VII firmó en Westminster nuevas cédulas autorizando a Juan Cabot o a su representante debidamente autorizado para tomar en los puertos de Inglaterra seis buques de doscientas toneladas de porte y para comprar al mismo precio que se compraba para la Corona todo lo que necesitara para el armamento, y permitiéndole embarcar contra maestres, marineros, pajes y otros individuos que quisieran pasar con él voluntariamente a la tierra y las islas recientemente descubiertas. Entonces Juan Cabot hizo los gastos del equipo de dos buques, y los comerciantes de Bristol armaron a su costa otros tres.



Según todas las probabilidades, la muerte (y una muerte inopinada y súbita) fue la que impidió a Juan Cabot tomar el mando de esta expedición, y su hijo Sebastián fue el que dirigió la escuadra, que llevaba trescientos hombres y víveres para un año. Después de haber visto la tierra a los 45°, Sebastián Cabot siguió la costa hasta los 58° o quizá más arriba; pero hacía tanto frío y había tal abundancia de hielos flotantes, aun cuando era el mes de julio, que fue imposible adelantarse más hacia el Norte. Los días eran muy largos y las noches excesivamente claras, detalle interesante para fijar la latitud alcanzada, porque sabemos que bajo el paralelo 60 los días más largos son de dieciocho horas. Estos diversos motivos obligaron a Sebastián Cabot a virar de bordo y tocó en las islas Bacalhaos, cuyos habitantes, cubiertos con pieles de animales, tenían por armas arcos y flechas, lanzas, dardos y espadas de madera. Los navegantes pescaron en aquel sitio abadejos; y eran tan numerosos, dice una antigua relación, que impedían andar al buque. Después de haber seguido toda la costa de América hasta los 38°, emprendió Cabot el rumbo de Inglaterra, a donde llegó a principios de otoño.

En suma, aquel viaje tenía un triple objeto de exploración, de comercio y de colonización, como lo indican el número de los buques que tomaron en él parte y la fuerza de las tripulaciones; sin embargo, no parece que Cabot desembarcase a nadie o que hiciese tentativas de fundar establecimientos, ya en el Labrador, ya en la bahía de Hudson, que en 1571, bajo el reinado de Enrique VIII, debía explorarse completamente por bajo de



aquellos parajes de los abadejos designados con el nombre genérico de Terranova.

Después de aquella expedición, casi por completo infructuosa, perdemos de vista a Sebastián Cabot, si no del todo, a lo menos lo bastante para reseñar sus acciones y sus viajes hasta 1517. El viajero Ojeda, del cual hemos hablado antes refiriendo sus diversas empresas, había salido de España en el mes de mayo de 1499, y sabemos que en aquel viaje encontró un inglés de Caquibaco, en la costa de América. ¿Sería Cabot? Nada ha podido aclararse sobre este punto, pero puede creerse que no permaneció ocioso y que debió emprender alguna nueva expedición. Lo que sabemos es que el rey de Inglaterra, despreciando los solemnes contratos que había hecho con Cabot, concedió a los portugueses y a los negociantes de Bristol ciertos privilegios de comercio de los países descubiertos por éste. Aquella manera tan poco generosa de reconocer sus servicios lastimó al navegante y decidió aceptar las ofertas que se le habían hecho en diferentes ocasiones de entrar al servicio de España.

Desde la muerte de Vespucio, acaecida en 1512, era Cabot el viajero de mayor renombre, y para atraérselo escribió Fernando de Aragón, en 13 de septiembre de 1512, a lord Willoughby, comandante en jefe de las tropas enviadas a Italia, encargándole tratase con el navegante veneciano.

En cuanto llegó a Castilla, recibió Cabot, por cédula de 20 de octubre de 1512, el grado de capitán con un sueldo de cinco mil maravedises, y se le fijó por residencia Sevilla, hasta que se le



presentarse ocasión de utilizar sus conocimientos y experiencia. Iba a encargarse del mando de una expedición muy importante, cuando murió Fernando *el Católico*, el 23 de enero de 1516, y probablemente después de haber obtenido licencia se volvió a Inglaterra. Dice Edén que Cabot fue nombrado al año siguiente, con sir Tomás Pert, para el mando de una escuadra que debía ir a China por el Noroeste. El 11 de junio se hallaba en la bahía de Hudson a los 67° y medio de latitud; el mar extendíase ante libre de hielo tan lejos como podía desear para realizar su empresa, cuando la cobardía de su compañero, el miedo y la sublevación de los tripulantes que no querían pasar de allí, le obligaron a volver a Inglaterra. En su *Theatrum orbis terrarum* traza Ortelius la forma de la bahía de Hudson tal como verdaderamente es, y hasta indica en su extremidad septentrional un estrecho que se dirige hacia el Norte. ¿Cómo —dice Nicholls— el geógrafo ha podido ser tan exacto? ¿Quién, sino Cabot, le ha podido dar las noticias que reproduce en su carta?

A su vuelta a Inglaterra encontró Cabot el país asolado por una horrible peste que había paralizado hasta las transacciones comerciales. Pero en breve, ya fuera porque hubiera transcurrido el tiempo de su licencia, ya porque quisiera substraerse al azote, o porque fuera llamado a España, el navegante veneciano se volvió a este país.

El 5 de febrero de 1518 fue nombrado Cabot piloto mayor con un sueldo que, añadido al que tenía, formaba un total de 125.000 maravedises, o sean 300 ducados; pero no ejerció verdaderamente las funciones de su cargo hasta el regreso de



Carlos V de Inglaterra. Su principal destino consistía en examinar a los pilotos, a los que no se permitía ir a las Indias sin haber sufrido este examen.

La época no era nada favorable a las grandes expediciones marítimas. La lucha entre Francia y España absorbía todos los recursos en hombres y dinero de los dos países; así es que Cabot, que parecía que tenía por patria la ciencia más bien que tal o cual país, hizo a Contarini, embajador de Venecia, algunas confidencias con la intención de pasar al servicio de las escuadras de la república, pero cuando llegó la respuesta del Consejo de los Diez, ya tenía otros proyectos en la mente y no llevó más adelante su tentativa. En el mes de abril de 1524 preside Cabot una conferencia de marinos y cosmógrafos reunidos en Badajoz para discutir si las Molucas pertenecían, según el célebre tratado de Tordesillas, a España o a Portugal, y el 31 de mayo se decidió que las Molucas estaban a los 20°, en aguas españolas. Quizá esta resolución de la Junta de que era presidente y la cual ponía en poder de España una gran parte del comercio de especias, influyó bastante en las resoluciones del Consejo de las Indias. Sea como fuere, lo cierto es que en el mes de septiembre de aquel año fue autorizado Cabot para tomar el mando, con el título de capitán general, de tres buques de cien toneladas cada uno, y de una carabela pequeña que llevaban entre todos ciento cincuenta hombres.

El objeto de este viaje era atravesar el estrecho de Magallanes, explorar con cuidado las costas occidentales de América y llegar a las Molucas, donde encontraría para volver un cargamento de especias. Se había fijado como fecha para la partida el mes de



agosto de 1525, pero las intrigas de Portugal consiguieron retardarla hasta abril de 1526.

Desde aquel momento, diferentes circunstancias pudieron hacer augurar mal del viaje. Cabot no tenía más que una autoridad nominal, y la asociación de comerciantes que había hecho los gastos del armamento, no aceptándole de buen grado como jefe, encontró medio de contrariar los planes del viajero veneciano. Así es que en lugar del segundo comandante que había designado, se le impuso otro y se entregaron a cada capitán instrucciones selladas que debían abrir en alta mar. Aquellas instrucciones encerraban la absurda disposición de que, en caso de muerte del capitán general, once individuos debían sucederle cada uno a su vez. ¿No era eso autorizar el asesinato?

Apenas estuvieron fuera de la vista de tierra cuando comenzó a manifestarse el descontento. Esparcióse el rumor de que el capitán general no estaba a la altura de su cargo; después, como se viera que aquellas calumnias no le hacían mella, se pretendió que la escuadra estaba ya falta de víveres. Estalló la sublevación en cuanto se llegó a tierra; pero Cabot no era hombre que se dejara arrollar y había sufrido demasiado con la villanía de sir Tomás Pert para soportar semejante afrenta. A fin de cortar el mal de raíz, se apoderó de los capitanes amotinados, y a pesar de su reputación y de los brillantes servicios que habían prestado anteriormente, les hizo poner en un bote y los abandonó en tierra. Cuatro meses después tuvieron la suerte de ser recogidos por una expedición portuguesa que parece tenía instrucciones de contrarrestar los proyectos de Cabot. El navegante veneciano se adelantó entonces por el río de la Plata,



el cual su predecesor Solís había principiado a explorar cómo piloto mayor. A la sazón la expedición sólo se componía de dos buques, pues uno se había perdido durante el viaje. Cabot remontó el río de la Plata y descubrió una isla que llamó Francisco Gabriel, y en la cual construyó el fuerte de San Salvador, cuyo mando confió a Antonio de Grajeda. Con una de sus carabelas, a la cual había quitado la quilla y remolcado por sus embarcaciones, entró Cabot en el Paraná, levantó en la confluencia del Caracarama y del Terceiro un nuevo fuerte, y después de haber asegurado de este modo su retirada, se adelantó hacia el interior de este río. Cuando llegó a la confluencia del Paraná con el Paraguay, siguió el segundo, cuya dirección se acomodaba más con su proyecto de llegar al Oeste, a la región de donde venía la plata. Sin embargo, el país no tardó en cambiar de aspecto y los habitantes en modificar su actitud. Hasta entonces habían acudido maravillados a la vista de los buques, pero en las orillas cultivadas de Paraguay se opusieron con valor al desembarque de los extranjeros, y habiendo tratado tres, españoles de tomar frutos de una palmera, se trabó una lucha en la cual perdieron la vida trescientos naturales. Aquella victoria puso fuera de combate a veinticinco españoles, lo cual era demasiado para Cabot, que recogió rápidamente sus heridos en el fuerte del Espíritu Santo y se batió en retirada.

Ya Cabot había enviado al emperador dos de sus compañeros para ponerle al corriente de la tentativa de sublevación de sus capitanes y darle a conocer los motivos que le habían obligado a modificar el rumbo fijado a su viaje y a pedirle socorro en hombres y provisiones. La respuesta llegó al fin; el emperador



aprobaba lo que Cabot había hecho, le mandaba colonizar el país en que acababa de establecerse, pero no le enviaba ni un hombre ni un maravedí. Cabot trató de procurarse en el país los recursos que necesitaba e hizo algunos ensayos de cultivo. Al mismo tiempo, para sostener el buen ánimo de sus tropas, redujo a la obediencia a las naciones inmediatas, hizo construir fuertes, y subiendo el Paraguay llegó a Potosí y a las corrientes de aguas de los Andes que alimentan el Atlántico. Por último, se preparaba a penetrar en el Perú, de donde venía el oro y la plata que había visto en manos de los indígenas; mas para intentar la conquista de esta vasta región necesitaba tropas que no podía reunir. Entretanto, el emperador se hallaba en la imposibilidad de enviárselas. Las guerras de Europa absorbían todos sus recursos; las Cortes rehusaban votar nuevos subsidios y las Molucas acababan de ser empeñadas a Portugal. En estas condiciones, después de haber ocupado por cinco años el país y de haber esperado todo este tiempo unos socorros que jamás llegaban, tuvo Cabot que evacuar en parte sus establecimientos y volver a España con alguna de su gente. El resto, compuesto de ciento veinte hombres que quedaron para la custodia del fuerte del Espíritu Santo, después de muchas peripecias que no podemos contar aquí, perecieron a manos de los indios o se vieron obligados a refugiarse en las costas del Brasil, en los establecimientos portugueses.

A los caballos importados por Cabot se debe la maravillosa raza salvaje que hoy vive en rebaños numerosos en las pampas del Plata, y éste fue el único resultado de aquella expedición.



Algún tiempo después de su vuelta a España, resignó Cabot su empleo y fue a establecerse en Bristol hacia el año 1548, es decir, al principio del reinado de Eduardo VI.

¿Cuáles fueron los motivos de este nuevo cambio? ¿Estaba descontento Cabot por haber sido abandonado a sus propias fuerzas durante su expedición? ¿Habíase sentido lastimado por la manera con que fueron recompensados sus servicios? No sabríamos decirlo; pero Carlos V se aprovechó de la partida de Cabot para retirarle la pensión, que Eduardo VI se apresuró a reemplazar señalándole 250 marcos anuales, o sean 116 libras esterlinas y una fracción, lo cual era para la época una suma considerable.

El destino que tuvo Cabot en Inglaterra sólo puede designarse con el nombre de intendente de la marina, puesto que sus funciones eran las de velar por los asuntos marítimos bajo la autoridad del rey y del Consejo. Daba permisos, examinaba pilotos, redactaba instrucciones, trazaba cartas, tarea muy variada y para la cual poseía lo que es raro poseer, conocimientos teóricos y prácticos.

Al mismo tiempo enseñaba la cosmografía al joven rey, le explicaba la variación de la brújula y sabía interesarle en las cosas de la navegación y en la gloria que resulta de los descubrimientos marítimos. Estaba allí en una situación magnífica, casi única, y se sirvió de ella para poner en ejecución un proyecto que hacía mucho tiempo acariciaba.

El aquel tiempo no existía el comercio propiamente dicho en Inglaterra. Todo el tráfico estaba en manos de las ciudades



anseáticas de Amberes, Hamburgo, Brema, etc. Las compañías de comerciantes habían obtenido por diferentes privilegios rebajas considerables en los derechos de entrada, y acabaron por monopolizar el comercio inglés. Cabot pensó que los ingleses tenían tantas cualidades como aquellos comerciantes para llegar a ser manufactureros, y que la marina, ya poderosa, que poseía Inglaterra, podía perfectamente servir para explotar los productos del suelo y de las fábricas. ¿A qué, pues, recurrir a los extraños cuando por sí mismos podían hacer sus negocios? ¿Si hasta entonces no se había podido llegar a Catay y a la India por el Noroeste, no podía tratarse de llegar a aquellos países siguiendo la ruta del Nordeste? ¿Y si no se conseguía, no se encontrarían hacia aquel lado pueblos más comerciantes y más civilizados que los miserables esquimales de las costas del Labrador y de Terranova?

Reunió Cabot un gran número de comerciantes notables de Londres y les expuso sus proyectos, constituyendo con ellos una asociación de la que fue nombrado presidente el 14 de diciembre de 1551. Al mismo tiempo, consiguió interesar mucho al rey, y habiéndole hecho conocer el perjuicio que a sus súbditos ocasionaba el monopolio de que gozaban los extranjeros, obtuvo su abolición el 23 de febrero de 1551, e inauguró la práctica de la libertad comercial.

La asociación de los comerciantes ingleses, que tomó el nombre de *comerciantes aventureros*, se apresuró a hacer construir buques apropiados a las dificultades de la navegación en las regiones árticas. El primer perfeccionamiento que obtuvo la marina inglesa se debió a Cabot, y consistió en forrar las quillas de los



barcos, como había visto practicar en España y aún no se hacía en Inglaterra.

Reunióse en Deptford una escuadrilla de tres buques, que fueron la *Buena Esperanza*, cuyo mando se dio a sir Hugo Willughby, valiente hidalgo que había adquirido en la guerra una gran reputación; la *Buena Confidencia*, mandada por Cornelio Durfort, y la *Buenaaventura*, cuyo capitán era Ricardo Chancellor, hábil marino, amigo particular de Cabot, que recibió el título de piloto mayor.

El piloto del *Buenaaventura* era Esteban Burrugh, marino consumado que debía hacer muchas expediciones por los mares del Norte y llegar a ser después el jefe de los pilotos de Inglaterra.

Si la edad y sus importantes funciones impidieron a Cabot ponerse a la cabeza de la expedición, a lo menos quiso presidir todos los detalles del armamento y redactó las instrucciones que se han conservado hasta nosotros y que prueban la prudencia y la habilidad de aquel notable navegante. En ellas recomienda el uso de la corredera, instrumento destinado a medir la velocidad de los buques; que se lleve con regularidad el diario de los sucesos ocurridos en la mar, consignando en él por escrito todas las noticias acerca del carácter, costumbres, trajes y recursos de todos los pueblos que se visiten, así corrió los productos del país; que no se haga ninguna violencia a los naturales, sino que se les trate con cortesía; que se castigue severamente toda blasfemia o juramento, así como la embriaguez; que se haga oración por la mañana y por la tarde, y se lean las Santas



Escrituras una vez al día. Termina recordando sobre todo la unión y la concordia; recuerda a los capitanes la magnitud de la empresa y el honor que con ella van a alcanzar, y por fin, les promete unir sus oraciones a las de ellos para el mejor éxito de su obra común.

El 20 de mayo de 1558 se hizo la escuadra a la vela en presencia de la Corte reunida en Greenwich, en medio de un inmenso concurso de gente después de fiestas y regocijos a los que el rey no pudo asistir por hallarse enfermo.

Cerca de las islas Loffoden, en las costas de Noruega, a la altura de Wardös, la escuadra se separó del *Buena Ventura*. Los dos buques de Willughby, arrastrados por el temporal, tocaron sin duda en Nueva Zelanda y se vieron obligados por los hielos a bajar hacia el Sur. El 18 de septiembre entraron en el puerto formado por la embocadura del río Arzina, en la Lapponia oriental. Algún tiempo después la *Buena Confidencia*, separada de Willughby por una nueva tempestad, entró en Inglaterra; en cuanto a este último, los pescadores rusos encontraron al año siguiente su buque en medio de los hielos; toda la tripulación había muerto de frío. Así a lo menos lo hace creer el diario llevado por el infortunado Willughby hasta el mes de enero de 1554.

Por su parte, Chancellor, después de haber esperado en vano en el sitio previamente designado a los dos buques, que con él debían navegar en conserva, creyó que le habían adelantado, y doblando el cabo Norte entró en un vasto golfo, que no es otro que el mar Blanco, y desembarcó en la embocadura del Dwina,



cerca del monasterio de San Nicolás, en el sitio mismo en que poco después debía levantarse la ciudad de Arkángel. Los habitantes de aquellos desolados parajes dijeron que el país estaba bajo la soberanía del gran Duque de Rusia, y a pesar de la enorme distancia que le separaba de Moscou, Chancellor resolvió dirigirse allí en seguida. En aquel tiempo ocupaba el trono el zar Iván IV, Wassiliewitz, llamado *el Terrible*. Desde hacía algún tiempo los rusos habían sacudido el yugo tártaro, e Iván reunió todos los pequeños principados rivales en un solo cuerpo de Estado, cuyo poder empezaba a ser considerable. La situación de Rusia, exclusivamente continental, lejos de toda mar, frecuentado, aislada del resto de Europa, de la que aún no formaba parte, y cuyas costumbres y trajes eran todavía asiáticos, prometía a Chancellor el éxito más completo. El zar, que hasta entonces sólo por Polonia había podido procurarse mercancías de origen europeo, y que quería llegar hasta los mares germánicos, vio con placer a los ingleses tratar de un comercio que debía ser ventajoso para las dos partes. No sólo acogió, por consiguiente, a Chancellor con cortesía, sino que le hizo los ofrecimientos más ventajosos concediéndole grandes privilegios y alentándole con la afabilidad de su acogida a renovar su viaje.

Chancellor vendió con beneficio sus mercancías, tomó otro cargamento de pieles, aceite de foca y de ballena, cobre y otros productos, e inmediatamente volvió a Inglaterra con una carta del zar.

Las ventajas que la compañía de comerciantes aventureros había obtenido con aquel primer viaje, le animó a intentar otro, y Chancellor hizo al año siguiente una nueva excursión a



Arkángel, llevando a Rusia dos agentes de la Compañía, que celebraron con el soberano moscovita un tratado ventajoso. Después hizo de nuevo rumbo a Inglaterra, con un embajador que Iván enviaba en su compañía a la Gran Bretaña. De los cuatro buques que componían la escuadra, uno naufragó en las costas de Noruega, otro al salir de Drontheim, y el *Buenaventura*, en el que iban Chancellor y el embajador, se fue a pique el 10 de noviembre de 1556 en la bahía de Pitsligo, en la costa oriental de Escocia. Menos afortunado que el embajador moscovita, que tuvo la suerte de salvarse, Chancellor pereció en el naufragio, y los presentes y las mercancías que llevaba a Inglaterra se perdieron.

Tales fueron los principios de la Compañía inglesa en Rusia. Muchas expediciones se han sucedido en aquellas tierras, pero como refiriéndolas nos saldríamos de nuestro asunto, volveremos a Cabot.

Sabido es que la reina María de Inglaterra se casó con el rey de España, Felipe II. Cuando éste fue a Inglaterra, se mostró muy mal dispuesto contra Cabot, que había abandonado el servicio de España y procuraba en aquellos momentos a Inglaterra un comercio que en breve iba a aumentar el poder marítimo de un país ya temible. No ha de causar extrañeza, por consiguiente, que ocho días después del desembarco del rey, se obligase a Cabot a renunciar al empleo y la pensión que Eduardo VI habíale concedido con carácter vitalicio. En su lugar fue nombrado Worthington, y cree Nicholls que aquel hombre poco honrado, que ya había tenido que ver con la justicia, tenía por



misión secreta apoderarse de los planos, cartas, instrucciones y proyectos de Cabot, los cuales podían ser útiles a España.

El hecho es que todos esos documentos están hoy perdidos, a no ser que se encuentren en el archivo de Simancas.

A partir de esta época la historia pierde por completo de vista al viejo marino. El mismo misterio que rodea su nacimiento envuelve el lugar y la fecha de su muerte. Sus inmensos descubrimientos, sus trabajos cosmográficos, su estudio de las variaciones de la aguja imantada, su circunspección, su humanidad, su honradez, aseguran a Sebastián Cabot uno de los primeros puestos entre los descubridores. Figura perdida hasta nuestros días en la sombra y en la vaguedad de la leyenda, debe Cabot a sus biógrafos Biddle, Avezac y Nicholls ser mejor conocido, más apreciado y por primera vez haber brillado con luz propia.

I. – Juan Verrazzano. – Jacobo Cartier y sus tres viajes al Canadá. – La ciudad de Hochalaga. – El tabaco. – El escorbuto. – Viaje de Roverbal. – Martín Frobisher y sus viajes. – Juan Davis. – Barentz y Heemskelke. – El Spitzberg. – Invernada en la Nueva Zembla. – Regreso a Europa. – Reliquias de la expedición.

Desde 1492 hasta 1524, Francia, a lo menos oficialmente, se había abstenido de toda empresa de descubrimientos y de colonización; pero Francisco no podía ver impasible que el poder de su rival Carlos V recibiese un considerable aumento en



la conquista de Méjico, y encargó al veneciano Juan Verrazzano, que estaba a su servicio, que hiciera un viaje de exploración. Nos detendremos un poco en la narración de este viaje, aunque los sitios visitados han sido ya reconocidos muchas veces, por ser ésta la primera vez que el pabellón de Francia ondeó sobre las playas del Nuevo Mundo. Además, esta exploración iba a preparar las de Jacobo Cartier y de Champlain al Canadá, así como los malhadados experimentos de colonización de Juan Ribaut y de Laudonnière en la Florida y el sangriento viaje de represalias de Gourgues y la tentativa de Villegagnon para fundar un establecimiento en el Brasil.

No se tienen noticias biográficas de Verrazzano. ¿En qué circunstancias entró al servicio de Francia? ¿Cuáles eran sus títulos para el mando de semejante expedición? Nada se sabe del viajero veneciano, porque no ha quedado de él más que la traducción italiana de su relación dirigida a Francisco I, publicada en la colección de Ramusio. En la obra de Lescarbot sobre la Nueva Francia y en la *Historia de los Viajes*, se publicó la traducción francesa de esta traducción italiana; mas para este resumen rápido nos serviremos del texto italiano de Ramusio, salvo en ciertos pasajes, en los cuales la traducción de Lescarbot nos ha parecido que puede dar una idea de aquella lengua tan rica, tan original y tan maravillosamente modulada del siglo XVI.

Según la carta dirigida desde Dieppe a Francisco I, Verrazzano salió el 8 de julio de 1524 con cuatro buques para hacer descubrimientos en el Océano, y se vio obligado por la



tempestad a refugiarse con dos de ellos, la *Delfina* y la *Normanda*, en Bretaña, donde pudo reparar sus averías. Desde allí se dio a la vela para las costas de España, en las cuales parece que dio caza a algunos buques españoles. El 17 de enero de 1524 le vemos salir únicamente con la *Delfina* de un pequeño islote inhabitado cerca de la Madera y lanzarse al Océano con una tripulación de cincuenta hombres bien provistos de víveres y municiones para ocho meses de viaje. Veinticinco días después, y habiendo andado quinientas leguas hacia el Oeste, le asaltó una terrible tempestad y a los veinticinco días, es decir, el 8 o el 9 de marzo, y habiendo andado otras cuatrocientas leguas, descubrió hacia los 30° de latitud Norte una tierra que creyó no haber sido explorada hasta entonces.

En el momento de descubrirla nos pareció muy baja, pero cuando nos acercamos a un cuarto de legua vimos por las grandes hogueras encendidas a lo largo de la orilla del mar que estaba habitada, y poniéndonos en disposición de tomar puerto para anclar y reconocer el país, navegamos más de cincuenta leguas en vano, hasta que viendo que la costa iba siempre dirigiéndose al Mediodía, resolvimos deshacer el camino andado. Hallando al fin los franceses un sitio propio para desembarcar, vieron muchos indígenas que iban hacia ellos, pero que huyeron al verlos saltar en tierra. Tranquilizados y atraídos por las señales y ademanes amistosos de los franceses, se manifestaron muy sorprendidos de sus trajes, de sus rostros y de la blancura de su piel. Aquellos indígenas estaban enteramente desnudos, menos en la mitad del cuerpo, que llevaban cubierto de pieles de marta suspendidas de un estrecho



cinturón de hierbas primorosamente tejido y adornado de colas de animales que les caían hasta las rodillas. Algunos llevaban coronas de plumas de aves.

Son de piel morena, dice la relación, y muy semejantes a los sarracenos. Tienen el cabello negro, no muy largo y recogido detrás de la cabeza, en forma de coleta; son bien proporcionados de miembros, de mediana estatura, aunque un poco más altos que nosotros, y su único defecto es tener la cara bastante ancha. Son poco fuertes, pero sí ágiles, y los más ligeros corredores de la tierra.

Verrazzano no pudo recoger pormenores acerca de las costumbres y género de vida de estos pueblos a causa del poco tiempo que permaneció entre ellos. La playa en aquel paraje estaba formada de arena menuda que acá y allá levantaba pequeñas colinas detrás de las cuales había «bosquecillos muy espesos y maravillosamente agradables a la vista». A juzgar por las apariencias, había en aquel país abundancia de ciervos, gamos y liebres, lagos y estanques de agua dulce y gran cantidad de aves.

Aquella tierra está situada a los 34° de latitud. Es, pues, la parte de los Estados Unidos que lleva hoy el nombre de Carolina, en la cual el aire es puro y sano, el clima templado y el mar tranquilo y sin escollos, y, a pesar de la falta de puertos, fácil de navegación.

Durante todo el mes de marzo los franceses fueron costeano aquella tierra, que les pareció habitada por poblaciones numerosas. La falta de agua les obligó muchas veces a saltar en



tierra, y pudieron observar que lo que más agradaba a los salvajes eran espejos, cascabeles, cuchillos y hojas de papel. Un día enviaron a tierra una chalupa con veinticinco hombres. Un joven marinero saltó al agua, «porque no podía tomar tierra a causa del oleaje y de las corrientes, a fin de dar algunas frioleras a aquel pueblo, y habiéndoselas arrojado desde lejos, porque desconfiaba de aquella gente, fue empujado con violencia por las olas sobre la playa. Los indios, viéndole en aquel estado, se apoderaron de él y lleváronle muy lejos de la orilla, con gran temor del pobre marinero, que creía que iban a sacrificarle. Habiéndole puesto al pie de un cerro, frente al sol, le desnudaron completamente, maravillándose de la blancura de su piel, y encendiendo una gran hoguera, le hicieron volver en sí y recobrar las fuerzas; y entonces fue cuando, lo mismo el pobre joven que los que estaban en el barco, creyeron que los indios iban a inmolarle, a asarle en la hoguera y a comérselo, como hacen los caníbales, pero no sucedió así, pues habiendo manifestado deseos de volver a la embarcación, le condujeron de nuevo a la orilla del mar, y después de besarle con mucho cariño, se retiraron a una colina para verle desde allí al entrar en su barca.

Continuando después por la orilla hacia el Norte, por más de cincuenta leguas, llegaron los franceses a una tierra que les pareció más hermosa y que estaba cubierta de espesos bosques. En ellos penetraron veinte hombres más de dos leguas tierra adentro, hasta que el temor de extraviarse les hizo volver a la playa. En esta expedición encontraron dos mujeres, una joven y otra vieja, con niños, y se apoderaron de uno de éstos, que podía



tener ocho años, con objeto de llevársele a Francia; pero no pudieron hacer otro tanto con la joven, porque se puso a gritar con todas sus fuerzas pidiendo socorro a sus compatriotas, que estaban ocultos en los bosques.

En aquella tierra los salvajes eran más blancos que los que los expedicionarios habían encontrado hasta entonces; cazaban las aves con lazo y usaban un arco de madera muy dura y flechas armadas con espinas de pescado. Sus canoas, que tenían veinte pies de longitud por cuatro de anchura, estaban formadas por el tronco de un árbol grueso ahuecado por medio del fuego. Las vides silvestres eran muchas y trepaban por los troncos de los árboles en largos festones, como sucede en Lombardía. Con un poco de cultivo habrían producido, sin duda, excelente vino, «porque su fruto era suave y dulce, semejante al nuestro, y pensamos que los indígenas le estimaban, porque dondequiera que crecían estas vides tenían cuidado de cortar las ramas de los árboles de alrededor para que pudiese madurar el fruto». Rosas silvestres, azucenas, violetas y toda especie de plantas y flores odoríferas, nuevas para los europeos, alfombraban por todas partes el suelo y embalsamaban el aire con sus perfumes.

Después de haber permanecido durante tres días en aquellos sitios deliciosos, los franceses continuaron siguiendo la costa hacia el Norte, navegando de día y anclando de noche. Como la tierra hacía un recodo hacia el Este, torcieron también en esta dirección por espacio de cincuenta leguas y descubrieron una isla de forma triangular apartada unas diez leguas del continente y semejante por su magnitud a la isla de Rodas, a la



cual dieron el nombre de la madre de Francisco I, Luisa de Saboya. Después descubrieron otra isla a distancia de otras quince leguas, que poseía un puerto magnífico y cuyos habitantes acudieron en tropel a visitar los buques extranjeros. Entre ellos había dos reyes de hermosa estatura y belleza, vestidos con una piel de ciervo, con la cabeza desnuda, el pelo echado atrás y atado en forma de ramillete y ostentando en el cuello un gran collar adornado de piedras de colores. Aquella era la nación más notable que hasta entonces habían encontrado.

Las mujeres son graciosas, dice la relación publicada por Ramusio; las unas llevan en los brazos pieles de lobo cerval, el cabello trenzado y las trenzas largas y pendientes sobre el pecho; las otras tenían peinados muy parecidos a los de las mujeres de Egipto y Siria; las de más edad y las casadas llevaban pendientes de cobre labrado. Esta tierra estaba situada bajo el paralelo de Roma a los 41° 40' pero su clima es mucho más frío.

El 5 de mayo, Verrazzano salió de aquel puerto y costó el litoral por espacio de ciento cincuenta leguas, llegando a un país cuyos habitantes no tenían ninguna semejanza con los que habían encontrado hasta entonces, porque eran tan salvajes que fue imposible establecer con ellos ningún comercio ni ninguna relación constante. Lo que parecía que estimaban especialmente eran los anzuelos de pescar, los cuchillos y los objetos de metal, no haciendo caso para nada de las chucherías que hasta entonces habían servido para los cambios. Veinticinco hombres armados saltaron en tierra y se adentraron al país por espacio de dos o tres leguas; pero los indígenas los recibieron a flechazos y se retiraron a sus inmensos bosques, que parecían cubrir toda la tierra.



Cincuenta leguas más adelante hallaron un vasto archipiélago compuesto de treinta y dos islas inmediatas a la tierra firme, de la cual estaban separadas por estrechos canales, que recordaron al navegante veneciano los archipiélagos del Adriático, inmediatos a las costas de la Esclavonia y de la Dalmacia. En fin, los franceses avanzaron todavía otras ciento cincuenta leguas, y a los 50° de latitud encontraron las tierras descubiertas en otro tiempo por los bretones. Hallándose a la sazón escasos de provisiones y habiendo reconocido la costa de América en una longitud de setecientas leguas, volvieron a Francia y desembarcaron sin novedad en Dieppe, en el mes de julio de 1524.

Algunos historiadores cuentan que los salvajes que habitaban las costas del Labrador hicieron prisionero a Verrazzano; suceso materialmente imposible, pues dirigió desde Dieppe a Francisco la relación del viaje que acabamos de resumir; y por lo demás, los indios de aquellas regiones no eran antropófagos. Ciertos autores, fundados no sabemos en qué documentos ni en qué circunstancias, dicen que Verrazzano cayó en poder de los españoles, fue llevado a España y allí ahorcado; pero creemos más acertado confesar que no sabemos nada de cierto acerca de Verrazzano y que ignoramos en absoluto la recompensa que pudo valerle su largo viaje. Quizá cuando algún erudito haya registrado nuestros archivos, cuya clasificación e inventario están todavía muy lejos de hallarse terminados, se encontrará algún nuevo documento; mas por ahora tenemos que atenernos a la relación de Ramusio. Diez años después, un capitán de marina llamado Jacobo Cartier, que había nacido el 21 de diciembre de



1484, concibió el proyecto de establecer una colonia en las regiones septentrionales de la América. Favorablemente acogido por el almirante Felipe Chabot y por Francisco I, que decía que le enseñaran la cláusula del testamento de Adán que le desheredaba del Nuevo Mundo en provecho de los reyes de España y Portugal, Cartier salió de Saint-Malo con dos buques el 20 de abril de 1534. El en que él iba, sólo desplazaba sesenta toneladas y llevaba sesenta y un hombres de tripulación. Fue tan afortunada la navegación, que a los veinte días descubrió Cartier el cabo de Buena Vista en Terranova. Subió hacia el Nordeste hasta la isla de las Aves, la cual encontró rodeada de un hielo quebrado y delicuescente, pero en la que sin embargo pudo hacer una provisión de cinco o seis toneladas de urias, cercetas y pájaros bobos, sin contar los que comieron frescos. Después exploró toda la costa de la isla, la cual en aquella época tenía gran cantidad de nombres bretones, lo que prueba la frecuencia asidua con que los franceses visitaron aquellos sitios. Luego, penetraron en el estrecho de Bella Isla, que separa el continente de la isla de Terranova, llegó al golfo de San Lorenzo. En toda esta costa los puertos son excelentes.

Si la tierra correspondiese a la bondad de los puertos, dice el navegante malvino, sería una gran felicidad; pero no se la debe llamar *tierra*, porque no es sino un montón de guijarros y rocas áridas, sitio a propósito para los animales feroces; de tal suerte, que en todo el país hacia el Norte no he visto tanta tierra, como puede caber en un *benneau* (carretón).



Después de haber costeadado el continente, fue arrojado Cartier por una tempestad, a la costa occidental de Terranova, donde exploró los cabos Real y Leche, las islas Columbarias, el cabo del San Juan, las islas de la Magdalena, y la bahía Miramichi en el continente. En este sitio tuvo algunas relaciones con los naturales, «que mostraron grande admiración y alegría al ver las armaduras y otras cosas, bailando en torno de ellos y haciendo otras muchas ceremonias, entre otras la de echarse agua del mar en la cabeza con las manos; y aun cuando nos dieron todo lo que tenían no quisieron tomar nada, A la mañana siguiente aumentó considerablemente el número de salvajes, y los marineros franceses hicieron una buena recolección de pieles de animales. Después de haber explorado Cartier la bahía de los Caroles, llegó a la entrada del río San Lorenzo, donde vio indígenas que no tenían ni las maneras ni el lenguaje de los primeros.

A estos sí que verdaderamente se los puede llamar salvajes, pues no se puede hallar gente más pobre en el mundo, y creo que entre todos ellos no podría hallar valor de cinco sueldos, exceptuando sus barcos y sus redes. Llevan la cabeza completamente afeitada, salvo un mechón de cabellos en lo más alto de la cabeza, los cuales dejan crecer hasta que son largos como la cola de un caballo y que atan encima de la cabeza con agujas de cuero. No tienen otra vivienda que sus barcos, los cuales vuelcan y se meten debajo de ellos.» Después de haber plantado una gran cruz en aquel sitio, obtuvo Jacobo Cartier del jefe que se llevaría con él dos de sus hijos y que se los traería en su próximo viaje, e inmediatamente hizo rumbo a Francia desembarcando en Saint-Malo el 5 de septiembre de 1534.



El 19 de mayo del año siguiente salió Cartier de Saint-Malo, a la cabeza de una escuadrilla compuesta de tres buques llamados la *Grande* y la *Pequeña Herminia* y el *Emerillón*, en los que habían tomado pasaje algunos de los principales nobles, entre los cuales conviene citar a Carlos de la Pommeraye y a Claudio de Pont-Briand, hijo del señor de Moncevelles y copero del Delfín.

Al principio fue dispersada la escuadra por una tempestad, y no pudo reunirse hasta Terranova. Después de haber fondeado en la isla de las Aves, en el puertecillo de las Arenas Blancas, que está en la bahía de los Castillos, penetró Cartier en la bahía de San Lorenzo, donde descubrió la isla Naticotec, que los franceses llaman Anticosti, y entró en el gran río Hochelaga, que conduce al Canadá. En las orillas de este río está el país de Saguenay, del que procede el cobre rojo que llamaban *caquetdazé* los dos indígenas que en su primer viaje se habían llevado. Pero antes de penetrar en el San Lorenzo, quiso Cartier reconocer todo el golfo buscando algún paso hacia el Norte; volvió a la bahía de las Siete Islas, subió el río y pronto llegó al Saguenay, que desemboca en el San Lorenzo por su orilla septentrional. Un poco más allá entró en las tierras del Canadá después de haber rebasado catorce islas, que no habían sido visitadas por ningún viajero antes que él.

Al día siguiente llegó con doce barcos cargados de provisiones el cacique del Canadá, llamado Donacona, acompañado de dieciseis hombres. Comenzó por hacer un discurso delante del más pequeño de nuestros buques, hablándonos a su modo y agitando el cuerpo y sus miembros de manera maravillosa, lo



cual es una ceremonia de alegría y seguridad; y cuando llegó a la nave general donde estaban los dos indios que habían ido a Francia, el cacique habló con ellos y ellos con él. Principiaron a contarle lo que habían visto en Francia y el buen trato que les habían dado, con lo cual el cacique se puso muy contento y pidió al capitán que le permitiera abrazarle y besarle, que es la manera de hacer una buena acogida en la dicha tierra. El país de Stadacone o de San Carlos es fértil y está lleno de muy buenos árboles de la naturaleza y especie de los de Francia, como encinas, olmos ciruelos, cedros, vides, oxiacantos que dan frutos tan grandes como ciruelas de dama, y otros árboles bajo los cuales crece también el lino, que es tan bueno como el de Francia.

Después llegó Cartier con sus barcos y su galeón hasta un paraje que es el Richelieu de hoy; luego, hasta un gran lago formado por el río, el lago San Pedro, y por último a Hochelaga o Montreal, es decir, a doscientas diez leguas de la desembocadura del San Lorenzo.

En este sitio «las tierras están labradas y hay grandes y hermosas campiñas llenas de trigo, que es como el del Brasil; sus granos son tan gruesos o más que un guisante, y con él viven tan bien como nosotros con el trigo. Entre estas campiñas está situada y tiene su asiento la ya dicha ciudad de Hochelaga, cerca y junto a una montaña, que está en su alrededor, muy bien labrada y desde encima de la cual se ve hasta muy lejos. Nosotros llamamos a esta montaña *Mont-Royal* (Montreal).

No pudo ser más cordial la acogida hecha a Jacobo Cartier. El jefe o *aguana*, que estaba parálítico, rogó al capitán que le tocara,



como si esperase que le pudiera curar. Luego los ciegos, los tuertos, los cojos y los tullidos, vinieron a sentarse cerca de Jacobo Cartier para que les tocara, tomándole por un dios que había bajado del cielo para curarlos.

«El dicho capitán, viendo la piedad y fe de este dicho pueblo, dijo el Evangelio de San Juan, a saber: *In principio*, haciendo la señal de la cruz sobre los pobres enfermos y pidiendo a Dios que les diese conocimiento de nuestra santa fe y gracia para recibir el cristianismo y el bautismo. Luego el dicho capitán tomó un libro de orar y en alta voz leyó la pasión de Nuestro Señor, tan bien que todos los asistentes pudieron oírle, y todo aquel pobre pueblo guardaba mucho silencio mirando al cielo y haciendo unas ceremonias tales como nosotros no hemos visto jamás hacer.

Después de haber reconocido el país que se descubría a treinta leguas a la redonda desde lo alto de Montreal y de haber recogido algunos datos acerca de las cataratas y saltos de agua del San Lorenzo, Cartier hizo rumbo al Canadá, donde no tardó en reunirse con sus buques.

Le debemos las primeras noticias acerca del tabaco para fumar, que no parece haber estado en uso en toda la extensión del Nuevo Mundo.

Tiene una hierba, dice, de la que hacen gran acopio en el verano para el invierno; la estiman mucho y sólo los hombres la usan de la manera siguiente. La secan al sol y la llevan al cuello en una pequeña piel de animal a guisa de saco, como una trompetilla de piedra o de madera; después a cada momento desmenuzan la



dicha hierba y la meten en uno de los extremos de la dicha trompetilla; luego ponen un carbón encendido encima y aspiran por el otro extremo de tal modo que se llena el cuerpo de humo, tanto que les sale por la boca y por las narices como por un tubo de chimenea. Hemos experimentado el dicho humo, y después de haberle tenido en nuestra boca parece como si hubiéramos tenido polvo de pimienta, tan caliente está.

En el mes de diciembre los habitantes de Stadacone se vieron atacados por una enfermedad contagiosa que no era otra que el escorbuto. «La dicha enfermedad invadió de tal modo nuestras naves, que a mediados de febrero de ciento diez hombres que éramos no había ni diez sanos.

Ni ruegos, ni oraciones, ni votos a Nuestra Señora de Roquemador consiguieron llevarles un consuelo. Hasta el 18 de abril murieron veinticinco franceses, y ya no quedaban más que cuatro que no estuviesen atacados de la enfermedad. Pero en aquella época un jefe salvaje enseñó a Cartier que el cocimiento de las hojas y el jugo de un árbol que se crece sea el abeto del Canadá o la acacia era muy saludable.

En cuanto dos o tres hubieron experimentado los efectos bienhechores, hubo tal prisa por tomar la dicha medicina, que poco menos que querían matarse por quien la había de tomar primero. De suerte que un árbol tan grueso y tan grande como jamás he visto ninguno, se ha empleado en menos de ocho días y ha hecho tal operación, que, si todos los médicos de Lovaina y Montpellier hubiesen estado allí con todas las drogas de



Alejandría, no hubieran conseguido en un año el resultado que el dicho árbol consiguió en ocho días.

Algún tiempo después, habiendo advertido Cartier que Donacona trataba de promover un levantamiento contra los franceses, le hizo prender con otros nueve indígenas para llevarles a Francia, donde murieron. El 6 de mayo salió de Santa Cruz, bajó el San Lorenzo, y después de una navegación en la que no ocurrió ningún incidente digno de mención, desembarcó en Saint-Malo el 16 de julio de 1536.

En vista de la relación de su viaje, que el navegante malvino hizo a Francisco I, éste resolvió tomar posesión efectiva del país, y habiendo nombrado a Francisco de la Roche, señor de Roberval, virrey del Canadá, mandó armar cinco buques que debían transportar cargados de provisiones y municiones para dos años a la colonia que se iba a establecer, a Roberval y a un cierto número de soldados, de artistas y de nobles. Hiciéronse a la vela los cinco buques el 23 de mayo de 1541, y se vieron tan molestados por los vientos, que emplearon más de tres meses en llegar a Terranova, y hasta el 23 de agosto no arribó Cartier al puertecillo de Santa Cruz. En cuanto desembarcó sus provisiones, envió a Francia dos de sus buques con cartas para el rey, dándole cuenta de lo que había hecho y de que el señor Roberval aún no había parecido y se ignoraba su paradero. Hizo comenzar inmediatamente los trabajos de desmonte, levantar un fuerte y echar los primeros cimientos de la ciudad de Quebec. Después en compañía de Martín de Paimpont y de otros nobles, se dirigió a Hochelaga y examinó las tres cataratas: de Santa



María, de la China y de San Luis. Cuando regresó a Santa Cruz halló a Roberval que acababa de llegar, y en octubre de 1542 entró de nuevo en Saint-Malo, donde probablemente murió diez años después. En cuanto a la nueva colonia, habiendo muerto Roberval en un segundo viaje, quedó reducida a una simple factoría hasta 1608, fecha de la fundación de Quebec por Champlain, cuyos servicios y descubrimientos referiremos más adelante.

Hemos visto cómo Cartier, habiendo salido al principio en busca del paso del Noroeste, se vio arrastrado a tomar posesión del país, y a echar las bases de la colonia del Canadá. Un movimiento parecido se producía en Inglaterra, mantenido por los escritos de sir Humphrey Gilbert y de Ricardo Wills, que al fin concluyeron por fijar la opinión pública, demostrando que no era más difícil encontrar aquel paso que lo había sido descubrir el estrecho de Magallanes.

Uno de los más ardientes partidarios de esta exploración, era un atrevido marino llamado Martín Frobisher, que, después de haberse dirigido inútilmente a los ricos armadores, encontró al fin en Ambrosio Dudley, conde de Warwick, favorito de la reina Isabel, un protector, cuyos auxilios pecuniarios le permitieron armar una pinaza y dos malos barcos de veinte a veinticinco toneladas. Con tan escasos medios se dispuso el intrépido navegante a afrontar los hielos en los sitios que desde la época de los normandos no habían sido visitados. Salió de Deptford el 8 de junio de 1576, y reconoció el sur de la Groenlandia, que tomó por la Frislandia de Zeno. Detenido en breve por los hielos, tuvo que retroceder a Labrador sin poder abordarla, y penetró en la



bahía de Hudson; Después de haber costeado las islas Salvaje y Resolución, entró en un estrecho al que dio su nombre, pero que también ha sido llamado por algunos geógrafos entrada de Lunley.

Desembarcó en la tierra de Cumberland, tomó posesión del país en nombre de la reina Isabel, y trabó algunas relaciones con los indígenas; pero como el frío aumentara rápidamente, se vio obligado a volver a Inglaterra. Frobisher sólo dio detalles científicos y geográficos bastante vagos acerca de las comarcas que había visitado; sin embargo, se le dispensó una acogida muy entusiasta, cuando enseñó una piedra negra y pesada, en la cual se encontró un poco de oro. Inflamáronse al punto las imaginaciones, y muchos señores, y hasta la reina misma, contribuyendo a los gastos de una nueva expedición, compuesta de un buque de doscientas toneladas y cien hombres de tripulación, y de dos barcos más pequeños que llevaban provisiones de boca y guerra para seis meses. Frobisher llevaba a sus órdenes marinos tan expertos como Fenton, York, Jorge Beste y C. Hall.

El 31 de mayo de 1577, se hizo a la vela la expedición, y pronto divisó Groenlandia, cuyas montañas estaban cubiertas de nieve y las costas defendidas por una barrera de hielo. El tiempo era malo. Nieblas excesivamente intensas, espesas como puré de guisantes, como dirían los marineros ingleses, islas de hielo de una media legua de circunferencia; montañas flotantes que ocupaban de setenta a ochenta brazas en el mar, tales fueron los obstáculos que impidieron a Frobisher llegar antes del 9 de agosto al estrecho que había descubierto en la campaña



precedente. Tomó posesión del país y persiguió por tierra y por mar a algunos pobres esquimales, que heridos «en aquel encuentro saltaron desesperados desde lo alto de las rocas al mar — dice Forster en sus *Viajes al Norte* —, lo cual no habría sucedido si se hubieran mostrado más sumisos, o si hubiéramos podido hacerles comprender que no éramos sus enemigos». En breve descubrió una gran cantidad de piedras, parecidas a las que había llevado a Inglaterra (la marcasita de oro), y se dio mucha prisa a recoger doscientas toneladas. Llenos de júbilo, los marineros ingleses levantaron una columna conmemorativa en uno de los picos, al cual dieron el nombre de *Warwick-Mount*, y elevaron solemnes acciones de gracias al Cielo.

Después subió Frobisher una treintena de leguas por el mismo estrecho, hasta una isleta que recibió el nombre de *Smith's Island*. Allí encontraron los ingleses dos mujeres y se apoderaron de una con su hijo, dejando a la otra a causa de su extrema fealdad. Era tal la superstición y la ignorancia de aquellos tiempos, que sospechando que aquella mujer tenía los pies hendidos, la hicieron quitarse el calzado para asegurarse de que tenía los pies lo mismo que ellos.

Viendo después Frobisher que el frío aumentaba y queriendo poner en seguridad los tesoros que creía haber recogido, renunció por aquella vez a continuar por más tiempo buscando el paso del Nordeste. Hízose, pues, a la vela para Inglaterra, a donde llegó a fines de septiembre, después de una tempestad que dispersó su escuadra.



El hombre, la mujer y el niño de que se habían apoderado, fueron presentados a la reina, y se cuenta a este propósito que, viendo en Bristol el salvaje al trompeta de Frobisher a caballo, quiso hacer lo mismo y se montó con la cara vuelta a la cola del animal.

Acogidos aquellos salvajes con curiosidad, obtuvieron permiso de la reina para cazar en el Támesis, toda clase de aves, incluso cisnes, lo cual estaba prohibido a todo el mundo bajo las penas más severas. Por lo demás, no vivieron mucho tiempo: murieron antes que el niño tuviera quince meses.

Pronto se reconoció que las piedras llevadas por Frobisher contenían realmente oro; y tal fiebre se apoderó en seguida de la nación, y sobre todo de los nobles, que rayó en el delirio. ¡Se había encontrado un Perú, un El Dorado!

La reina Isabel, a pesar de su gran sentido práctico, cedió a la corriente y resolvió levantar un fuerte en el país recientemente descubierto, al cual ella misma dio el nombre de *Meta incógnita* (límite desconocido), y dejar con cien hombres de guarnición, al mando de los capitanes Fenton, Beste y Filpot, tres buques que se cargarían de piedras auríferas.

Aquellos cien hombres fueron cuidadosamente escogidos, eran panaderos, carpinteros, albañiles, refinadores de oro y obreros de casi todos los oficios. Componíase la escuadra de quince buques, que aparejaron en Harwich, el 31 de mayo de 1578. Veinte días después descubrieron las costas de la Frislandia occidental. Las ballenas, en compactos grupos, rodeaban a los buques, y hasta se refiere que uno de los barcos, impulsado por



un buen viento, chocó tan violentamente contra una ballena, que quedó súbitamente detenido, y después de haber lanzado el animal un gran grito, dio un tremendo salto fuera del agua y se hundió al punto. Dos días después la escuadra encontró una ballena muerta, que se cree fuera la que había chocado con la *Salamandra*.

Cuando Frobisher llegó a la entrada del estrecho a que había dado su nombre, le encontró lleno de hielos flotantes, y dice la antigua relación de Jorge Beste que el barco *Dennis*, de 100 toneladas «recibió tal choque contra un escollo de hielo, que se fue a pique a la vista de toda la escuadra». A continuación de esta catástrofe «se levantó de pronto una horrible tempestad del Sureste, y los barcos se vieron rodeados por todos lados de hielos, y dejando detrás de sí a muchos aún delante de ellos, que les fue imposible atravesar. Algunos, ya porque hubiesen encontrado un sitio más libre de hielos y hallado un lugar por donde correr, cargaron sus velas y se dejaron ir a la deriva; otros detuvieron su marcha y echaron el ancla en una gran isla de hielo; los últimos se vieron rápidamente encerrados en medio de islotes y fragmentos de bancos de hielo, quedando a merced de los témpanos, y teniendo que proteger los costados de los buques con cables y almohadones, que se colgaron de las bordas, a fin de defenderlos de los choques furiosos y de los embates del hielo».

El mismo Frobisher se vio arrojado fuera de su rumbo, y en la imposibilidad de volver a Groenlandia por el estrecho que pronto habría de recibir el nombre de Davis, penetró hasta la



bahía de la Condesa Warwick. En cuanto hubo reparado sus buques con las maderas que debían servir para la construcción de viviendas, cargó quinientas toneladas de piedras, semejantes a las que antes había llevado, y considerando ya bastante avanzada la estación y que las provisiones se habían consumido o perdido con el *Dennis*; que las maderas de construcción se habían empleado en reparar los buques, y que había perdido cuarenta hombres, hizo rumbo a Inglaterra, el 31 de agosto. Las tempestades y los huracanes le acompañaron hasta las costas de su patria, y en cuanto a los resultados de su expedición, eran casi nulos en lo que respecta a descubrimientos, y las piedras que había ido al cargar en medio de tantos peligros no tenían ningún valor.

Es el último viaje ártico en que tomó parte Frobisher. En 1585 le encontramos de vicealmirante con Drake; en 1588 se distingue contra la *Armada Invencible*; en 1590 forma parte de la escuadra de Walter Raleigh en las costas de España; y por último en un desembarco en las costas de Francia es tan gravemente herido, que apenas si tuvo tiempo de llevar su escuadra al Portsmouth antes de morir. Si los viajes de Frobisher no tuvieron por objeto más que el interés, hay que culpar de ellos, no al navegante, sino a las pasiones de la época; pero no es menos cierto que en circunstancias difíciles y con medios irrisorios, probó su valor, su habilidad y su perseverancia. Corresponde, en una palabra, a Frobisher la gloria de haber mostrado el camino a sus compatriotas y de haber hecho los primeros descubrimientos en los parajes en que debía ilustrarse el nombre inglés.



Si había que renunciar a la esperanza de encontrar en las regiones circumpolares países en que el oro abundase tanto como en el Perú, no era esto motivo para no continuar buscando por el norte un paso hacia la China. Los marinos más hábiles sostenían esta opinión, que encontró entre los comerciantes de Londres bastantes adeptos. Con ayuda de muchos altos personajes se equiparon dos buques; el *Sunshine*, de cincuenta toneladas y veintitrés hombres de tripulación, y el *Moonshine*, de treinta y cinco toneladas; los cuales zarparon de Portsmouth, el 7 de junio de 1585, al mando de Juan Davis.

Este descubrió la entrada del estrecho que recibió su nombre, y tuvo que atravesar inmensos campos de hielo a la deriva en el mar, después de haber tranquilizado a su tripulación, asustada del choque de los bancos de hielo y del estallido de los bloques en medio de la niebla intensa que los envolvía. El 20 de julio Davis descubrió la Tierra de Desolación, aunque no pudo llegar a ella, y nueve días después entró en la bahía Gilbert, donde cambió con una población pacífica varias bagatelas por pieles de focas y otros animales. Los indígenas volvieron a los pocos días en tan gran número, que no se presentaron menos de treinta y siete canoas alrededor de los buques de Davis. En aquel paraje el navegante observó la presencia de una enorme cantidad de leños flotantes, entre los cuales cita un árbol entero, que no tenía menos de sesenta pies de longitud. En 6 de agosto ancló cerca de una montaña de color de oro, que recibió el nombre de Raleigh, en una hermosa bahía llamada Tottness, y al mismo tiempo dio a los dos cabos de esta tierra de Cumberland, los nombres de Dyer y de Walsingham.



Durante once días Davis dirigió el rumbo hacia el Norte por una mar libre de hielos, muy franca y cuyas aguas tenían el color del Océano, y ya se creía a la entrada del mar que comunica con el Pacífico, cuando el tiempo cambió de repente y se puso tan brumoso que le obligó a volver a Yarmouth, donde desembarcó el 30 de septiembre.

Davis tuvo la habilidad de comunicar a sus armadores la esperanza que había concebido, y el 7 de mayo siguiente (1586) volvió a partir con los dos buques que habían hecho la campaña precedente, añadiéndoles la *Mermaid*, de ciento veinte toneladas, y la pinaza *North-Star*. Al llegar a la punta meridional de Groenlandia, el 25 de junio, Davis envió el *Sunshine* y la *North-Star* a buscar hacia el Norte un paso en la costa oriental, mientras él, siguiendo el mismo rumbo que el año anterior, se adelantaba por el estrecho que lleva su nombre, hasta los 69°. Pero los hielos eran en aquel año en mucho mayor número, y el 17 de julio la expedición encontró un campo de hielo (*icefield*) de tales dimensiones, que tardó trece días en costearlo. El viento, al pasar por aquella planicie de hielo, se enfriaba de tal modo, que las jarcias y las velas se helaron, y los marineros se negaron a seguir adelante; por lo que fue preciso bajar de nuevo hasta el Este-Sudeste. Allí Davis exploró la tierra de Cumberland sin encontrar el estrecho que buscaba, y después de haber tenido una escaramuza con los esquimales, en la cual le hicieron tres muertos y dos heridos, el 19 de septiembre volvió a tomar el rumbo ds Inglaterra.



Aunque tampoco esta vez tuvieron buen éxito sus investigaciones, no perdió las esperanzas, como lo prueba la carta que escribió a la Compañía en la cual decía que había reducido el problema del paso a una especie de certidumbre.

Previendo, sin embargo, que le había de costar más trabajo que antes el decidir a la Compañía a enviar una nueva expedición, añadía que los gastos de la empresa serían cubiertos ampliamente con el producto de la pesca de las focas y de las ballenas, tan abundantes en aquellos parajes que parecía que habían establecido en ellos su cuartel general. El 15 de mayo de 1587 se dio a la vela con el *Sunshine*, la *Elisabeth*, de Darmouth, y la *Helene*, de Londres. Esta vez subió mucho más al Norte que las anteriores, pues llegó a los 72° 12', es decir, sobre poco más o menos a la latitud de Upenavik, y señaló el cabo Handerson's Hope. Deterido por los hielos y obligado a volver atrás navegó por el estrecho de Frobisher, y después de haber atravesado un ancho golfo, llegó, hacia el 61° 10' latitud, a la vista de un cabo, al cual dio el nombre de Chudleig. Este cabo forma parte de la costa del Labrador y la entrada meridional del estrecho de Hudson. Después de haber costado las playas de América, hasta el 52°, tomó de nuevo el camino de Inglaterra, a donde llegó el 15 de septiembre.

Aunque no se había encontrado la solución del problema, habíanse obtenido resultados preciosos; pero a estos resultados no se les daba entonces grande importancia. Estaba ya reconocida la mitad de la bahía de Baffin y se tenían nociones exactas sobre aquellas costas y los pueblos que las habitaban. Desde el punto de vista geográfico, éstas eran grandes



conquistas, pero muy poco a propósito para conmover y entusiasmar a los mercaderes de la City; por tanto, los ingleses abandonaron durante un larguísimo período toda tentativa hacia el Noroeste.

Por entonces acababa de nacer un pueblo nuevo: los holandeses, apenas libres del yugo español, inauguraron la política comercial que debía formar la grandeza y prosperidad de su patria, con varias expediciones sucesivas cuyo objeto era buscar por el Nordeste un camino para la China, proyecto ideado en otro tiempo por Sebastián Cabot y que había dado a Inglaterra el comercio de Rusia. Los holandeses, con su instinto práctico, se habían puesto al corriente de los adelantos de la navegación inglesa, y aun habían establecido factorías en Kola y en Arkángel; pero querían pasar más allá en busca de nuevos mercados. Pareciéndoles muy difícil atravesar el mar de Kara, y siguiendo los consejos del cosmógrafo Plancius, resolvieron buscar un camino nuevo por el norte de la Nueva Zembla. Los mercaderes de Amsterdam se dirigieron entonces a un experto marino llamado Guillermo Barentz, natural de la isla de Terschelling, cerca de Texel. Esta expedición salió de Texel en 1594 en el *Mercurio*, dobló el cabo Norte, vio la isla de Waigatz y se encontró en el 4 de julio enfrente de la costa de la Nueva Zembla, hacia los 73° 25'. Navegó a lo largo del litoral, dobló el cabo Nassau el 10 de julio, y tres días después se halló en contacto con los hielos. Desde aquella fecha hasta el 3 de agosto intentó abrirse paso por los bancos de hielo y haciendo ensayos en diferentes partes, subieron hasta las islas de Orange el



extremo de la Nueva Zembla, recorriendo mil setecientas millas y virando de bordo hasta ochenta y una veces.

No creemos que hasta entonces ningún navegante mostrara tanta perseverancia. Añadiremos que aprovechó aquel largo crucero para fijar astronómicamente y con rara precisión la latitud de una serie de posiciones. En fin, la tripulación, cansada de aquella lucha infructuosa, pidió misericordia y fue preciso volver a entrar en Texel.

Los resultados obtenidos fueron juzgados tan importantes que el año siguiente los Estados de Holanda confiaron a Jacobo Van Heemskerke el mando de una escuadra de siete buques, de la cual Barentz fue nombrado primer piloto. Esta escuadra, después de haber tocado en diferentes puntos de la Nueva Zembla y del Asia, se vio obligada por los hielos a retrocer sin haber hecho ningún descubrimiento importante, y entró en Holanda el 18 de septiembre.

En general, los gobiernos no tienen la perseverancia de los simples particulares. La considerable armada del año 1595 no había producido nada y en cambio había costado una gran suma, lo cual desanimó sobremanera a los Estados de Holanda. Substituyendo entonces su acción los comerciantes de Amsterdam a la del gobierno, que se contentaba con prometer una prima al que descubriese el paso del Nordeste, armaron dos buques, cuyo mando confiaron a Heemskerke y a Juan Corneliszoon-Rijp. En realidad, Barentz, aunque sólo tenía el título de piloto, era el verdadero comandante. Gerrit de Veer, cronista del viaje, embarcó como contraamaestre.



Los holandeses salieron el 10 de mayo de 1596 de Amsterdam, pasaron por Shetland y las Feroe, y el 15 de junio divisaron los primeros hielos, «de lo que nos sorprendimos mucho porque creíamos que eran cisnes blancos». Hallábanse al sur del Spitzberg en las inmediaciones de la isla de los Osos, a la que no tardaron en llegar y en la que desembarcaron el 11 de junio. Allí recogieron una gran cantidad de huevos de gaviotas y con mucho trabajo mataron a alguna distancia del mar un oso blanco que debía dar su nombre a la tierra que Barentz acababa de descubrir. El 19 de junio desembarcaron en una gran tierra que creyeron formaba parte de la Groenlandia y a la cual dieron el nombre de Spitzberg, a causa de sus montañas agudas, y exploraron una gran parte de la costa occidental. Obligados por los hielos a volver a la isla de los Osos, se separaron en aquella altura de Juan Rijp, que debía tratar de hacer otra vez rumbo al Norte. El 11 de julio habían llegado al cabo Kanin, y cinco días después ganaban la costa occidental de Nueva Zembla, que lleva el nombre de Tierra de Willughby. En aquel sitio cambiaron de dirección, y subiendo al Norte llegaron el 19 a la isla de la Cruz, en la que el hielo adherido a las orillas les impidió el paso. Detuviéronse en aquel sitio hasta el 4 de agosto, y dos días después doblaron el cabo Nassau. Tras de muchas peripecias, que serían demasiado largas de contar, llegaron a las islas de Orange en el extremo septentrional de Nueva Zembla. Comenzaron a bajar a lo largo de la costa oriental; pero se vieron en breve obligados a entrar en una ensenada, en la que se encontraron completamente bloqueados por los hielos y en la que «tuvieron que pasar todo el invierno sufriendo mucho por el



frío, la miseria y la tristeza». Esto era el 26 de agosto. «El 30, los témpanos empezaron a amontonarse uno sobre otro contra el buque en medio de una ventisca. El buque fue levantado y rodeado de manera que todo lo que había en él y a su alrededor comenzó a estallar y a romperse. Parecía que la nave iba a quebrarse en mil pedazos, lo cual era una cosa horrible de ver y oír y que hacía erizar los cabellos. Después de este gran peligro fue el buque enderezándose y levantándose como si hubiera sido impulsado por alguna máquina.» En breve el buque se rompió de tal modo que la prudencia obligó a desembarcar algunas provisiones, las velas, la pólvora, las balas, los arcabuces y demás armas y a levantar una tienda o cabaña para ponerse al abrigo de la nieve y de los ataques de los osos. Algunos días después los marineros que se habían adelantado dos o tres leguas por el interior del país, encontraron cerca de un río de agua dulce gran cantidad de maderas flotando, y descubrieron rastros de cabras silvestres y de renos. El 11 de septiembre, viendo que la bahía se había llenado de bloques enormes amontonados unos sobre otros y pegados entre sí, comprendieron los holadese que se verían obligados a invernar en aquel sitio y resolvieron, «a fin de estar mejor resguardados contra el frío y mejor armados contra las fieras», levantar una casa que fuese capaz de contenerles a todos, abandonando entretanto el buque a sí mismo, ya que cada día se hacía menos seguro y cómodo. Afortunadamente encontraron en la orilla árboles enteros, sin duda procedentes de Siberia y que habrían sido lanzados allí por la corriente, en tal número, que bastaron



no sólo para la construcción de su vivienda, sino hasta para calentarse durante el invierno.

Jamás ningún europeo había invernado en aquellas regiones, en medio de aquella mar perezosa e inmóvil, que, según las equivocadas frases de Tácito, forman el cinturón del mundo, donde se oye el rumor del sol que se levanta. Así es que aquellos diecisiete holandeses no podían imaginarse los padecimientos de que estaban amenazados, y por lo demás lo soportaron con una paciencia admirable, sin murmurar una palabra, y sin hacer la menor tentativa de indisciplina o de insubordinación. La conducta de aquellos bravos marineros, ignorantes de lo que les reservaba un porvenir tan obscuro y que habían puesto con una admirable confianza «sus asuntos en manos de Dios», podrá ser siempre mostrada como ejemplo aun a los marineros de hoy día. Puede decirse de ellos que en realidad tenían en el corazón el *aes triplex* de que habla Horacio. A la habilidad, a la ciencia y a la previsión de su jefe Barentz, así como a su espíritu de disciplina, debieron el salir de la Nueva Zembla, que pudo ser su tumba, y volver a ver las playas de su patria.

Los osos, muy numerosos en aquella época del año, hicieron frecuentes visitas a la tripulación. Los marineros mataron más de uno, pero se contentaron con desollarles para aprovechar las pieles, y no se los comieron quizá porque creían que su carne era malsana. Sin embargo, hubiese sido un considerable suplemento de provisiones que les habría permitido no tocar las carnes saladas y evitar mucho más tiempo los ataques del escorbuto.



Pero no anticipemos los sucesos y continuemos siguiendo el diario de Gerrit de Veer.

El 23 de septiembre murió el carpintero y al día siguiente fue enterrado en la hendidura de una montaña porque el frío les impidió cavar la tierra. Los siguientes días los dedicaron al transporte de las maderas flotantes y a la construcción de la casa. Para cubrirla, fue preciso demoler las cámaras de proa y popa del buque; se la techó el 2 de octubre, y se colocó encima, a guisa de mayo, un pedazo de nieve helada. El 31 hizo viento muy fuerte del Noroeste; la mar estaba completamente abierta y sin hielos en todo el espacio que la vista podía alcanzar. «Pero nosotros continuamos como sujetos y detenidos por el hielo y no podíamos pensar en otra cosa a no ser en que el agua estaba helada hasta en el fondo, aun cuando tuviera una profundidad de tres brazas y media.

El 12 de octubre empezaron a dormir en la casa, aun cuando no estaba terminada. El 21 se sacaron del buque la mayor parte de los víveres, de los muebles y todo lo que podía necesitarse, porque conocieron que el sol no tardaría en desaparecer. Púsose en el techo de la casa una chimenea y en el interior se colgó un reloj holandés; levantáronse camas a lo largo de las paredes y se transformó un tonel en bañera, porque el cirujano había oportunamente recomendado el uso frecuente de los baños para sostener la buena salud de la gente. Es verdaderamente asombrosa la nevada de aquel invierno; desapareció completamente la casa bajo aquella espesa capa que, por lo demás, elevó sensiblemente la temperatura interior. Cada vez que necesitaban salir tenían que horadar un largo corredor bajo



la nieve. Todas las noches oían primero a los osos y luego a las zorras pasearse por encima de la cubierta de la vivienda y les sentían tratar de levantar algunas tablas del techo para penetrar en el interior; así es que adquirieron la costumbre de trepar a la chimenea desde donde podían, como desde una garita, tirar y cazarlos.

Habían colocado además un gran número de trampas en las cuales cayeron muchas zorras azules, cuya preciosa piel les servía para resguardarse del frío y cuya carne les permitía economizar sus provisiones. Siempre alegres y de buen humor, soportaban bastante bien el fastidio de aquella larga noche polar y el rigor del frío. Este fue tal, que durante dos o tres días en que no habían podido hacer tanto fuego como al principio, a causa del humo que era devuelto por el viento, las paredes y el suelo de la casa se helaron hasta la profundidad de dos dedos y aun las mismas literas donde aquellos pobres se acostaban. Fue preciso deshelar el vino de Jerez para distribuir la ración que se hacía cada dos días en la medida de una media pinta.

El 7 de diciembre continuó el mal tiempo con una tempestad violenta del Nordeste que produjo un frío horrible. Como no sabíamos ningún medio para librarnos de él nos pusimos a deliberar juntos sobre lo que mejor se podía hacer en aquella extrema necesidad, y uno de nosotros propuso que se usara la hulla que del buque habíamos traído a la casa, y que hiciéramos fuego con ella porque da más calor y dura más. Al atardecer hicimos un gran fuego con la hulla, que nos proporcionó un gran calor; pero no tomamos precauciones contra lo que podía



sucedemos, porque como el calor nos reanimó completamente no tratamos sino de retenerle mucho tiempo. A este fin nos pareció que lo mejor era tapar bien todas las redijas y la chimenea para que aquel dulce calor se mantuviese encerrado, y después cada cual se fue a dormir a su litera, reanimados por aquel calor que habíamos conseguido y continuamos hablando un buen rato. Pero al fin se apoderó de nosotros un desvanecimiento, tan pronto de uno como de otro, y lo observamos primero en uno de los nuestros que estaba enfermo, y que por esta razón podía sufrirlo menos. Y también lo conocimos en nosotros mismos que sentíamos una angustia muy grande que nos sorprendió de manera que algunos que fueron los más valientes, salieron de sus literas y principiaron por destapar la chimenea y luego abrieron las puertas. Pero el que abrió éstas se desvaneció y cayó sin conocimiento en la nieve, lo cual, habiéndolo visto yo, corrí a él y le encontré tendido y privado de los sentidos. Fui corriendo a buscar vinagre y le froté la cara hasta que volvió de su desmayo. Después, cuando todos volvimos de nuestro desvanecimiento, el capitán dio a cada uno un poco de vino para que se nos confortara el corazón.

El 11 continuó el tiempo claro, pero con un frío extremado, tal como no lo he experimentado nunca, ni lo hubiera creído; hasta los zapatos, helados en nuestros pies, estaban tan duros como el cuerno, e interiormente estaban cubiertos de hielo manera que no podíamos servirnos de ellos. Los vestidos que llevábamos sobre el cuerpo estaban blancos del granizo y del hielo. El 25 de diciembre, día de Navidad, el tiempo fue tan rudo como los días



precedentes. Las zorras aullaban sobre la casa, lo cual dijo un marinero que era de mal augurio, y habiéndole preguntado por qué, respondió: «Porque no podemos echarlas al puchero, o ponerlas en el asador, lo cual sería un buen presagio.

Si el año 1596 había, concluido extremadamente mal, el principio del 1597 no era más agradable. Violentas tempestades de nieve y granizo no permitieron a los holandeses salir de la casa, y en ella celebraron alegremente la fiesta de Reyes, como refiere el ingenuo e interesante relato de Gerrit de Veer.

Por ésto, hemos pedido al capitán que, en medio de nuestra miseria, nos permita divertimos un poco, gastando una parte del vino que se nos debe distribuir cada dos días. Con dos libras de harina hicimos tortas de aceite y cada cual tomó una galleta de pan blanco que mojamos en vino y hemos comido. Nos parecía que estábamos en nuestra patria y entre nuestros parientes y amigos, y nos divertimos tanto como si hubiéramos celebrado un banquete, tan buen sabor encontramos a los manjares. Hicimos también una pantomima, y nuestro condestable hizo de rey de Nueva Zembla, país encerrado entre dos mares y lejos lo menos doscientas leguas.

A partir del 21 de enero, comenzaron a ser las zorras menos numerosas, reaparecieron los osos y los días principiaron a ser más largos, lo cual permitió a los holandeses salir un poco, después de tan largo encierro. El 24, uno de los marineros que hacía mucho tiempo estaba enfermo murió y fue enterrado en la nieve a alguna distancia de la casa. El 28, que hizo muy buen tiempo, todos salieron, se pasaron y ejercitáronse en correr y en



jugar a los bolos para desentumecer los miembros, pues estaban muy débiles y casi todos enfermos de escorbuto. Estaban tan debilitados que tuvieron que descansar muchas veces para poder llevar a su casa las maderas que necesitaban. Por fin, en los primeros días de marzo, después de muchas tempestades y deshielos pudieron asegurarse de que el mar estaba franco. A pesar de esto, el tiempo estaba aún muy duro y el frío era glacial. No se podía pensar en hacerse a la vela tanto más cuanto que el buque continuaba sujeto al hielo. El 15 de abril hicieron una visita al barco y lo encontraron en bastante buen estado.

A principios de mayo comenzaron a impacientarse los marineros y preguntaron a Barentz si no pensaba tomar pronto las disposiciones necesarias para la partida; pero éste les respondió que era preciso esperar hasta fines del mes, y que entonces, si no había medio de servirse del buque, se arreglaría para disponer la chalupa y la canoa mayor y ponerlos en estado de salir a la mar. El día 20 empezaron los preparativos, y es fácil imaginarse con qué alegría y qué ardor los llevarían a cabo. Se carenó la chalupa, se arreglaron las velas, y cuando las dos embarcaciones fueron arrastradas hasta el mar, se embarcaron las provisiones. Viendo luego que el agua estaba abierta y que el viento era fuerte, Heemskerke fue a buscar a Barentz que hacía mucho tiempo que estaba enfermo y le declaró: «que le parecía conveniente salir de allí y empezar en nombre de Dios el viaje para abandonar la Nueva Zembla.

Guillermo Barentz tenía de antemano escrita una carta explicando cómo habíamos salido de Holanda para ir a buscar el reino de China y lo que nos había sucedido, a fin de que si por



casualidad llegaba allí alguien después de nosotros, pudiese saber lo ocurrido. Puso aquella carta en la funda de un mosquete y le colgó de la chimenea. El 13 de junio de 1597 abandonaron por fin los holandeses su buque, que aún no había salido de su prisión de hielo, y encomendándose a Dios, se hicieron a la mar las dos chalupas; llegaron a las islas Orange y bajaron la Costa occidental de la Nueva Zembla, en medio de peligros que se renovaban incesantemente.

El 20 de junio, Nicolás Andrieu se puso muy débil y todos comprendimos que moriría muy pronto. El teniente gobernador vino a nuestra chalupa y nos dijo que Nicolás Andrieu se hallaba muy malo y que era evidente que acabarían pronto sus días; a lo mal dijo Guillermo Barentz: «Me parece también que mi vida no durará mucho.» No pensamos que Barentz estuviese tan malo porque hablábamos con él y Guillermo Barentz miró la pequeña carta que ya había hecho en nuestro viaje. Hablamos un poco a este propósito; al fin dejó la carta y me dijo: Gerardo, dame de beber. Cuando hubo bebido le sobrevino tal debilidad, que poniendo los ojos en blanco, murió tan súbitamente que ni aun tiempo tuvimos de llamar al capitán que estaba en la otra barca. La muerte de Guillermo Barentz nos llenó de consternación, pues era nuestro principal conductor y nuestro único piloto, en el que habíamos puesto toda nuestra confianza. Pero nosotros no podíamos oponernos a la voluntad de Dios, y este pensamiento nos tranquilizó un poco.

Así murió el ilustre Barentz, en medio de sus descubrimientos como sus sucesores Franklin y Hall. En los términos tan comedidos y tan sobrios con que está redactada la corta oración



fúnebre de Gerrit Veer, se conoce el afecto, la simpatía y la confianza que aquel atrevido marino había sabido inspirar a sus desgraciados compañeros. Barentz es una de las glorias de la Holanda, tan fecunda en valientes y hábiles navegantes. Más adelante diremos lo que se ha hecho para honrar su memoria.

Después de haberse visto muchas veces obligado a sacar las embarcaciones del agua, para no ser aplastados entre los hielos; después de haber sufrido sed y hambre, llegaron los holandeses al cabo Nassau. En una ocasión, forzados a sacar la canoa sobre un banco de hielo que amenazaba desfondarla, perdieron una parte de las provisiones y estuvieron a punto de ahogarse, porque el hielo se rompía bajo sus pies.

Pero, en medio de tantas miserias, algunas veces tuvieron buenos hallazgos: en la isla de las Cruces, adonde llegaron tres marineros a través del hielo, encontraron sesenta huevos de pato silvestre. Pero no sabían donde ponerlos para transportarlos, hasta que uno de ellos se quitó los calzones y, atándolos por debajo, pusieron en ellos los huevos y entre dos los llevaron en una pica, llevando el tercero el mosquete. Así volvieron después de doce horas, tardanza que nos hizo temer que les hubiera sucedido alguna desgracia. Los huevos fueron muy bien venidos, y nos regalamos con ellos como señores.

Desde el 19 de julio los holandeses navegaron por un mar, si no enteramente libre de hielos, a lo menos libre de los grandes bancos que tanto trabajo les había costado franquear. El 28 de julio, entrando en el golfo de San Lorenzo, encontraron dos barcas rusas a las cuales al principio no se atrevieron a



acercarse; pero cuando vieron a los marineros dirigirse hacia ellos sin armas y haciendo demostraciones de amistad, desecharon todo temor, especialmente cuando les conocieron por haberles encontrado el año anterior en las inmediaciones de Waigatz. De aquellos marineros recibieron algunos auxilios, y en seguida continuaron su viaje a lo largo de la costa de Nueva Zembla, acercándose a ella todo cuanto el hielo les permitía. Una vez que saltaron en tierra descubrieron la coclearia, planta cuyas hojas y semillas son uno de los antiescorbúticos más poderosos que se conocen. Consumieron de ella en abundancia y experimentaron un grande alivio.

Entretanto íbanse agotando sus provisiones; no les quedaba va más que un poco de pan y una mínima cantidad de carne y se decidiéronla salir a alta mar a fin de acortar la distancia que les separaba de las costas de Rusia, donde esperaban hallar algunos barcos pescadores que pudieran socorrerlos. No se engañaron en esta esperanza, aunque todavía tuvieron muchos trabajos que sufrir. Los rusos se mostraron apiadados de su infortunio y consintieron en cederles en varias ocasiones víveres que les salvaron de morir de hambre.

Una espesa niebla había separado las dos embarcaciones y no volvieron a encontrarse hasta mucho más allá del cabo Kanine, al otro lado del mar Blanco en la isla Kildyn, donde los pescadores informaron a los holandeses de que en Kola había tres buques de su nación dispuestos a darse a la vela para volver a su patria. Al saber esto, despacharon a uno de ellos acompañado de un lapón y volvieron tres días después con una carta firmada por Juan Rijp.



Los holandeses se quedaron estupefactos a la vista de aquella firma; solamente comparando aquella carta que acababan de recibir con otras que Heemskerke tenía en su poder, se persuadieron de que procedía en efecto del capitán que les había acompañado el año anterior. Pocos días después, el 30 de septiembre, Rijp en persona se presentó con una barca cargada de provisiones para buscarlos y llevarles a la ría de Kola, donde estaba anclado su buque.

Rijp se maravilló mucho de todo lo que le contaron y del terrible viaje de cuatrocientas leguas que habían hecho y que no había durado menos de ciento cuatro días, desde el 13 de junio al 25 de septiembre. Algunos días de reposo y un alimento sano y abundante bastaron para hacer desaparecer los últimos vestigios del escorbuto, y repusieron a los marinos de sus fatigas. El 17 de octubre, Juan Rijp salió de la ría de Kola, y el 1º de noviembre la tripulación holandesa llegó a Amsterdam.

Teníamos, –dice Gerrit Veer–, los mismos vestidos que llevábamos en la Nueva Zembla y en la cabeza gorros de piel de zorra blanca, y nos dirigimos a la casa de Pedro Hasselaer, que había sido uno de los procuradores de la ciudad de Amsterdam, y había estado encargado de dirigir el armamento de los buques de Juan Rijp y de nuestro capitán.

Llegamos a su casa en medio de la admiración general, porque desde largo tiempo pasábamos por muertos; la noticia de nuestra llegada corría hasta el palacio del príncipe, donde estaban a la mesa a la sazón el señor canciller y el embajador del muy ilustre rey de Dinamarca, de Noruega, de los godos y de



los vándalos. Inmediatamente nos llevaron a su presencia el señor L'Écoutets y otros dos señores de la ciudad, e hicimos ante el dicho señor embajador y ante los señores burgomaestres, el relato de nuestro viaje; después de lo cual cada uno de nosotros se retiró a su casa. Los que no eran de la ciudad se alojaron en una posada hasta que recibimos nuestras pagas, y después cada cual se fue a donde quiso.

He aquí los nombres de los que volvieron de este viaje: Jacobo Heemskerke, comisionado y capitán; Pedro Peterson Vosf Gerardo de Veer, contraemaestre; Juan Vos, cirujano; Jacobo Jansen Sterrenburg, Leonardo Henri, Lorenzo Guillaume, Juan Hillebrants, Jacobo Jansen Hoochwouth, Pedro Corneille, Jacobo de Buisen y Jacobo Everts.

De todos estos valientes marinos, no tenemos más que decir, sino que de Veer publicó al año siguiente la relación de su viaje, y que Heemskerke, después de haber hecho varias campañas en la India, recibió en 1607 el mando de una escuadra de veintiséis buques, con la cual el 25 de abril, bajo el peñón de Gibraltar entró en una reñida batalla con los españoles, en la que vencieron los holandeses, pero perdió la vida su almirante.

Hasta cerca de trescientos años después, en 1871, nadie volvió a ver el sitio donde el desgraciado Barentz y sus compañeros habían invernado. Hasta entonces Barentz era el único que había doblado la punta septentrional de la Nueva Zembla. El 7 de septiembre de 1871, el capitán noruego Ellin Carlsen, conocido por sus muchas correrías por el mar del Norte y el Océano glacial, llegó a la rada de Gracia de Barentz, y el 9 descubrió la



casa que había servido de refugio a los holandeses. Parecía haber sido construida el día antes; tal era el admirable estado de conservación en que se encontraba. Todo se hallaba en la misma posición que cuando los náufragos la abandonaron y únicamente los osos, las zorras y los demás animales que habitan esas regiones inhospitalarias, habían visitado aquellos parajes. Alrededor de la casa yacían esparcidos grandes toneles y montones de huesos de foca y de oso. En el interior todo se hallaba en su sitio, era la reproducción fiel del curioso grabado de Gerrit de Veer. Las literas estaban ordenadas a lo largo de la pared, como se ven figuradas en el dibujo, lo mismo que el reloj, los mosquetes y las alabardas. Entre los utensilios de cocina, las armas y los diferentes objetos recogidos por el capitán Carlsen, citaremos dos cacerolas marinas de cobre, copas, cañones de fusil, tijeras, limas, un par de botas, diecinueve cartucheras, algunas de las cuales estaban llenas de pólvora; el reloj de pared, una flauta, cerradura y candados, veintiséis candeleros de estaño, fragmentos de grabados y tres libros holandeses, uno de ellos la *Historia de China*, última edición de Mendoza, que indica el objeto que llevaba Barentz en esta expedición, y un *Manual de Navegación*, que prueba todo el cuidado que el piloto tenía de ponerse al corriente de las cosas de su profesión. A su vuelta al puerto de Hammerfest, el capitán Carlsen encontró a un holandés llamado Lister Kay, el cual compró las reliquias de Barentz y las envió al gobierno neerlandés.

Estos objetos fueron depositados en el museo de marina de la Haya, y se ha construido una casa abierta por delante, enteramente igual a la que reproduce el dibujo de Gerrit de Veer,



en la cual cada uno de los objetos e instrumentos recogidos ocupa el lugar, que ocupaba en la casa de Nueva Zembla. Estos preciosos testimonios de un importante acontecimiento marítimo del primer invierno pasado en los mares árticos, estos recuerdos conmovedores de Barentz, de Heemskerke y de sus valientes compañeros, rodeados de todo el respeto y todo el afecto que merecen, constituyen uno de los monumentos más interesantes del museo. Al lado del reloj, figura un cuadrante de cobre, en medio del cual se ha trazado un meridiano. Este curioso cuadrante, inventado por Plancius, y que servía sin duda para determinar las desviaciones de la brújula, es hoy el único modelo existente de un instrumento náutico que no había de ser muy común. Desde este punto de vista, es también precioso como lo son en otro concepto la flauta que usaba Barentz, y los zapatos del pobre marinero que murió durante el invierno. No puede verse sin un doloroso sentimiento esta curiosa colección.

Los viajes de aventuras y la Guerra de Corso.

–Drake. –Cavendish. –De Noort. –Walter Raleigh.

Una choza bien miserable de Tavistock, en el Devonshire, fue, en 1540, el lugar del nacimiento de Francisco Drake, que por su valor indomable debía ganar tantos millones como luego perdió con la misma facilidad con que los había ganado. Su padre, Edmundo Drake, era uno de esos clérigos que se dedican a la



educación del pueblo. Su pobreza sólo se igualaba con la estimación que se le profesaba por su carácter. Cargado de familia, se vio en la precisión de dejar a su hijo abrazar la profesión marítima, hacia la cual sentía éste una viva pasión, permitiéndole entrar de grumete a bordo de un buque de cabotaje que hacía la travesía a Holanda.

Laborioso, activo, terco y económico, pronto el joven Francisco Drake adquirió los conocimientos teóricos necesarios para poder dirigir un barco. En cuanto realizó algunas economías, aumentadas por la venta de una embarcación que su primer patrón le había legado, hizo algunos viajes más largos, visitó la bahía de Vizcaya, el golfo de Guinea y consumió todo su dinero en proporcionarse un cargamento que quería vender en las Indias occidentales. Pero tan pronto como llegó al río de la Hacha, fueron confiscados el buque y el cargamento no se sabe con qué fútil pretexto. Todas sus reclamaciones fueron inútiles, y Drake, que se veía arruinado, juró vengarse de tamaña injusticia, y cumplió su palabra.

En 1567, es decir, dos años después de esta aventura, una escuadrilla, compuesta de seis buques, de los cuales el más fuerte desplazaba setecientas toneladas, salía del puerto de Plymouth, con aprobación de la reina, con objeto de hacer una expedición por las costas de Méjico. Drake mandaba un buque de cincuenta toneladas. Al principio capturó la escuadrilla a algunos negros en Cabo Verde, especie de ensayo general de lo que había de pasar en Méjico.



Luego asedió la Mina y allí se apoderaron también de algunos negros que fueron a vender a las Antillas. Tal vez por los consejos de Drake se apoderó Haxkins de la ciudad de Río de la Hacha; luego llegó a San Juan de Ulloa, después de una terrible tempestad; pero el puerto estaba defendido por una escuadra numerosa y armado con una potente artillería; la escuadra inglesa fue derrotada y Drake tuvo que volver a Inglaterra en enero de 1568, a costa de grandes trabajos.

Después hizo Drake dos expediciones a las Indias occidentales para estudiar el país. Cuando creyó haber reunido los conocimientos necesarios, armó a su costa dos buques, el Swan, de 25 toneladas, mandado por su hermano Juan, y el Pacha of Plymouth, de 70 toneladas. Entre los dos buques llevaban por tripulación setenta veteranos de mar, con quienes podía contar. Desde julio de 1572 a agosto de 1573, unas veces solo y otras en compañía de un tal capitán Rawse, realizó Drake un crucero fructuoso en las costas de Darién; atacó las ciudades de Veracruz y de Nombre de Dios, e hizo un botín considerable. Desgraciadamente aquellas excursiones fueron acompañadas de muchas crueldades y actos de violencia que hoy avergonzarían; pero no insistiremos sobre los actos de piratería y de barbarie que tan frecuentes eran en el siglo XVI.

Después de haber cooperado a reprimir la sublevación de Irlanda, Drake, cuyo nombre comenzaba a ser conocido, se hizo presentar a la reina Isabel, a la cual expuso el proyecto de ir a asolar las costas occidentales de la América del Sur, pasando por el estrecho de Magallanes, y consiguió, el título de almirante,



que le confiara una escuadra de cinco buques, en la cual se embarcaron ciento setenta marineros escogidos.

El 15 de noviembre de 1577, Francisco Drake salió de Plymouth, trabó relaciones con los moros de Mogador, de las que no pudo lisonjearse, hizo algunas capturas de poca importancia antes de llegar a las islas de Cabo Verde, donde tomó provisiones, y tardó cincuenta y seis días en atravesar el Atlántico y ganar la costa del Brasil. Siguióla hasta el estero de la Plata, donde hizo provisiones de agua, llegó a la bahía de las Focas, en Patagonia, traficó con los salvajes y mató un gran número de pájaros bobos y lobos marinos, para el abastecimiento de los buques. Algunos patagones que se vieron el 13 de mayo un poco más abajo de la bahía de las Focas, dice la relación original, llevaban en la cabeza una especie de cuerno, y casi todos usaban, en vez de sombreros, hermosas plumas de aves. Tenían también el rostro pintado de muchos y diversos colores, y cada uno llevaba un arco en la mano, con el cual cada vez que tiraban lanzaban dos flechas. Son hombres muy ágiles, los que nosotros hemos podido ver, bastante entendidos en el arte de la guerra, porque se mantenían en buen orden marchando y avanzando, y aunque eran muy pocos hombres aparentaban estar en gran número. Charton, en sus *Viajeros antiguos y modernos*, hace notar que Drake no insiste en lo de la estatura extraordinaria que Magallanes había atribuido a los patagones. Hay, sin embargo, para esto algunas razones. En Patagonia existe más de una tribu, y la descripción que Drake hace aquí de los salvajes que encontró, no se parece en nada a la que hace Pigafetta de los patagones del puerto de San Julián. Si, como hoy parece



probado, existe una raza de hombres de elevada estatura, su residencia está en la orilla del estrecho, en el extremo meridional de la Patagonia, y no a quince días de navegación del puerto Deseado, a donde Drake llegó el 2 de junio. Al día siguiente fondeó en la ensenada de San Julián, donde encontró una horca levantada en otro tiempo por Magallanes para castigar a algunos rebeldes de su tripulación. A su vez Drake escogió este sitio para desembarazarse de uno de sus capitanes, llamado Doughty, acusado desde hacía mucho tiempo de traición y conjura, y que en varias empresas se había separado de la escuadra. Algunos marineros confesaron que habían sido solicitados por él para unírsele y deshacer el viaje, y fue convicta del crimen de rebelión y sedición, y, según las leyes de Inglaterra, condenado por un Consejo de guerra a ser decapitado. Esta sentencia fue inmediatamente ejecutada, aun cuando Doughty protestó enérgicamente de su inocencia hasta el último momento. La culpabilidad de Doughty, ¿estaba bien probada? Si Drake fue acusado al volver a Inglaterra, a pesar de la moderación de que siempre dio pruebas con los suyos, de haberse aprovechado de la ocasión para deshacerse de un rival que temía, es difícil admitir que los cuarenta jueces que pronunciaron la sentencia se concertasen para obedecer los secretos designios de su almirante y condenar a un inocente.

El 20 de agosto, la escuadra, reducida a tres buques, por consecuencia de averías ocurridas en los otros dos, que el almirante mandó destruir inmediatamente después, entró en el estrecho, que desde Magallanes no había sido franqueado. Allí encontró Drake serenos puertecillos, pero hace constar que era



muy difícil fondear en ellos, a causa de la profundidad del agua en las inmediaciones de tierra, y que los vientos violentos que soplaban por ráfagas súbitas, hacían muy peligrosa la navegación. En una tormenta que le alcanzó a la salida del estrecho en el Pacífico, perdió Drake uno de sus buques, mientras que su último compañero era separado de él algunos días después, y no le volvió a ver hasta el fin de la campaña.

Arrastrado por las corrientes hacia el Sur del estrecho hasta los 55° 1/3, no tenía más que un solo barco, pero por el mal que causó a los españoles demostró las rapiñas que habría podido llevar a cabo si hubiese tenido a sus órdenes las escuadras con que había salido de Inglaterra.

En un desembarco en la isla de la Mocha, tuvieron los ingleses dos muertos y muchos heridos, entre estos últimos el propio Drake, que fue alcanzado por dos flechas en la cabeza y se vio en absoluta imposibilidad de castigar a los indios por su perfidia. En el puerto de Valparaíso se apoderó de un buque ricamente cargado de vinos de Chile y de lingotes de oro, valuados en 37,000 ducados; después saqueó la ciudad, abandonada precipitadamente por sus habitantes. En Coquimbo, donde se tenían noticias de su próxima llegada, se encontró con fuerzas poderosas que le obligaron a reembarcarse. En Arica saqueó tres pequeños barcos, en uno de los cuales encontró cincuenta y siete barras de plata, valuadas en 50,160 libras; y en el puerto de Lima, donde estaban fondeados doce buques o barcas, el botín fue considerable. Pero lo que alegró más a Drake fue saber que un galeón llamado el *Cagafuego* navegaba hacia Paraca muy



ricamente cargado; inmediatamente se lanzó en su persecución, y en el camino capturó una barca que llevaba ochenta libras de oro, o sea 11.080 escudos, y no le costó gran trabajo, a la altura del cabo de San Francisco, apoderarse del *Cagafuego*, en el cual encontró ochenta libras de oro; esto hizo decir, riéndose, al piloto español: «Capitán, nuestro buque ya no se debe llamar *Caga-fuego*, sino *Caga-plata*; el vuestro es el que debe llamarse *Caga-fuego*.» Después de haber hecho otro gran número de presas, más o menos ricas, en las costas del Perú, supo Drake que se preparaba contra él una escuadra considerable, y pensó que ya era tiempo de volver a Inglaterra.

A este fin se le ofrecían tres caminos: o repasar el estrecho de Magallanes o atravesar el mar del Sur y doblar el cabo de Buena Esperanza para volver por el Atlántico, o remontar la costa de China y entrar por el mar Glacial y el cabo Norte. Drake se decidió por este último como más seguro. Se hizo, pues, a la vela, llegó al 38° de latitud Norte, y desembarcó en la bahía de San Francisco, que tres años antes había sido visitada por Bodega. Era entonces el mes de junio; la temperatura era muy baja, y la tierra estaba cubierta de nieve. Los detalles que da Drake acerca de la acogida que le hicieron los indígenas, son muy curiosos. «Cuando llegamos, los salvajes manifestaron una gran admiración al vernos, y pensando que éramos dioses nos recibieron con grande humanidad y reverencia.

Mientras estuvimos allí continuaron visitándonos y trayéndonos unas veces magníficos penachos hechos con plumas de diversos colores, y otras *petun* (tabaco), que es una hierba de que los



indios usan ordinariamente. Pero antes de presentárnoslo se detenían un poco lejos, en un sitio en que habíamos levantado nuestras tiendas. Luego hacían largos discursos a manera de arengas, y cuando concluían dejaban sus arcos y flechas en aquel sitio y se acercaban a nosotros para ofrecernos sus presentes.

La primera vez que vinieron sus mujeres, se detuvieron en el mismo sitio y se arañaron y arrancaron la piel de la carne de sus mejillas, lamentándose de una manera admirable, que nos sorprendió sobremanera; pero después supimos que era una especie de sacrificio que nos hacían.

Los detalles que da Drake acerca de los indios de California, son quizá los únicos que ha facilitado sobre las costumbres y los usos de las naciones que visitó. Haremos notar con este motivo la costumbre de las largas arengas que el viajero ha advertido y que encontramos entre los indios del Canadá, como Cartier hizo constar unos cuarenta años antes. Drake no subió más arriba por el Norte, y renunció a su proyecto de volver por el mar Glacial. Cuando se hizo a la vela fue para bajar hacia la línea, llegar a las Molucas y volver a Inglaterra por el cabo de Buena Esperanza. Como esta parte del viaje se verifica por países ya conocidos, y como las observaciones de Drake no son ni numerosas ni nuevas, las referiremos rápidamente. El 13 de octubre de 1579, el almirante inglés llegó a los 8° de latitud Norte, a un grupo de islas cuyos habitantes teñían las orejas muy prolongadas por el peso de los adornos que se colgaban a ellas; las uñas, que dejaban crecer, parecían servirles de armas defensivas, y sus dientes negros como la pez de los barcos,



adquirían este color por el uso del betel. Después pasó Drake por las Filipinas, y el 14 de noviembre llegó a Témate. El rey de esta isla vino a bordo de su buque con cuatro canoas cargadas con sus principales oficiales, revestidos de sus trajes de ceremonia.

Después del cambio de cortesías y presentes de costumbre, recibieron los ingleses arroz, caña de azúcar, gallinas, higos, clavo y harina de sagú. Al día siguiente algunos marineros que bajaron a tierra asistieron al Consejo. Cuando el rey llegó llevaban delante de él una rica sombrilla o quitasol todo bordado de oro. Iba vestido según la moda del país, pero con un traje extremadamente magnífico, porque estaba cubierto desde los hombros hasta el suelo con un largo manto de tela de oro. Tenía por adorno en la cabeza una especie de turbante, todo adornado de oro fino y rica pedrería con borlas de la misma tela. Del cuello le colgaba una hermosa cadena de oro, con largos eslabones doblados y redoblados. En los dedos llevaba seis sortijas de piedras extremadamente preciosas, e iba calzado con zapatos de tafilete.

Después de haber permanecido algún tiempo en el país para refrescar su tripulación, se hizo de nuevo a la mar; pero el 9 de enero de 1580, chocó contra una roca y le fue preciso, para ponerse a flote, tirar al agua ocho cañones y una gran cantidad de provisiones. Un mes después llegó a Baratena, donde reparó su buque. Esta isla produce con profusión oro y plata, cobre y azufre, especias, limones, cohombros, cocos y otros frutos deliciosos.



Hemos cargado nuestro buque abundantemente, pudiendo decir que desde nuestra salida de Inglaterra no hemos pasado por ningún sitio donde hayamos encontrado más comodidad de hacer víveres y provisiones que en esta isla y la de Ternate.

Al salir de aquella isla tan rica, Drake tomó tierra en Java la Mayor, donde fue calurosamente acogido por los cinco reyes que se dividían la isla y por las poblaciones.

Este pueblo es de hermosa corpulencia, y es también muy curioso y está provisto de armas como espadas, dagas, rodela; y todas estas armas están hechas de una manera ingeniosa.

Hacia poco tiempo que Drake estaba en Java, cuando supo que no lejos de allí estaba anclada una escuadra poderosa, que supuso era española. Para evitarla se hizo a la vela precipitadamente, y en los primeros días de junio dobló el cabo de Buena Esperanza; detúvose en Sierra Leona, para hacer agua, y volvió a entrar en Plymouth en 3 de noviembre de 1580, después de una ausencia de tres años menos algunos días.

Al principio la acogida que tuvo en Inglaterra fue extremadamente fría. Sus golpes de mano sobre las ciudades y buques españoles, entonces que las dos naciones se hallaban en plena paz, le hacían ser considerado con justo título por una parte de la sociedad como un pirata que pisotea el derecho de gentes.

Durante cinco meses, la misma reina, contenida por las necesidades diplomáticas, fingió ignorar su vuelta; pero al cabo de este tiempo, ya fuera porque las circunstancias hubiesen



cambiado, y porque no quisiera continuar siendo rigurosa con aquel hábil marino, fue a Deptford, donde estaba anclado el buque de Drake, subió a bordo, y armó caballero al navegante.

A partir de aquel día, concluyó su papel de descubridor, y su vida de hombre de guerra y de enemigo implacable de los españoles no es el objeto de este estudio. Cargado de honores, investido de importantes mandos, murió Drake en la mar, el 28 de enero de 1596, durante una expedición contra los españoles. Pertenécele el honor de haber sido el segundo que pasó el estrecho de Magallanes y de haber visitado la Tierra de Fuego hasta las alturas del cabo de Hornos. Igualmente subió por la costa de América del Norte más arriba de lo que lo habían hecho sus antecesores, y reconoció muchas islas y archipiélagos.

Muy hábil navegante, salió con demasiada precipitación del estrecho de Magallanes, y si se le atribuyen pocos descubrimientos es sin duda porque descuidó ponerlos en su diario o porque frecuentemente los designa de una manera tan inexacta, que cuesta gran trabajo encontrarlos. El fue quien inauguró aquella guerra de corso, con que los ingleses primero, y después los holandeses, tanto daño habían de hacer a los españoles. Los considerables beneficios que obtuvo animaron a sus contemporáneos e hicieron nacer en ellos la afición a las largas navegaciones aventureras. De todos los que siguieron el ejemplo de Drake, el más ilustre es, sin disputa, Tomás Cavendish o Candish. Había entrado muy joven en la marina militar inglesa, y tuvo una juventud borrascosa, durante la cual disipó rápidamente su pequeña fortuna.



Lo que el juego le había llevado resolvió recuperarlo de los españoles. Habiendo obtenido en 1585 cartas patentes, hizo el corso en las Indias orientales, y volvió a Inglaterra con un botín considerable. Animado por aquel fácil éxito de salteador de las grandes vías marítimas, pensó que conquistar un poco de honor y gloria al mismo tiempo que hacía su fortuna era lo que más valía. Compró, pues, tres buques, el *Désir*, de 20 toneladas; el *Content*, de 60, y el *Hugh-Gallant*, de 40; en los cuales embarcó ciento veintitrés soldados y marineros. Habiéndose hecho a la vela el 22 de julio de 1586, pasó por las Canarias, bajó a la Sierra Leona, atacó y saqueó la ciudad, se hizo de nuevo a la mar, atravesó el Atlántico, señaló el cabo de San Sebastián en el Brasil; siguió la costa de Patagonia y llegó el 27 de noviembre al puerto deseado. Allí encontró gran cantidad de perros marinos tan grandes y tan fuertes que cuatro hombres apenas podían matarlos, y un gran número de aves a las que la falta de alas les impedía volar y que se alimentaban de pescados.

Generalmente se les designa con el nombre de pingüinos o pájaros bobos. En aquel puerto muy seguro carenaron los buques. Durante su estada tuvo Cavendish algunas escaramuzas contra los patagones, «hombres de una estatura gigantesca y cuyos pies tenían 18 pulgadas de largo», los cuales le hirieron dos marineros, con sus flechas armadas por un guijarro cortante.

El 7 de enero de 1597, Cavendish llegó al estrecho de Magallanes, y recogió, en la parte más estrecha del canal, veintiún españoles y dos mujeres, únicos sobrevivientes de la colonia fundada tres años antes con el nombre de Ciudad Felipe por el capitán Sarmiento. Construida para impedir el paso del estrecho, no



tenía aquella ciudad menos de cuatro fuertes y muchas iglesias. Cavendish pudo ver la fortaleza, que en aquella fecha estaba desierta y ya medio arruinada. Sus habitantes, imposibilitados por los continuos ataques de los indios, de hacer sus recolecciones, habían muerto de hambre o habían perecido al tratar de llegar a los establecimientos españoles de Chile. A consecuencia de este lamentable relato, Cavendish cambió el nombre de Ciudad Felipe en el de *Puerto del Hambre*, con el cual se conoce hoy este sitio. El 21 entró en una hermosa bahía que recibió el nombre de Isabel, y en la cual fue enterrado el carpintero del *Hugh-Gallant*. No lejos de allí desembocaba un hermoso río, a cuyas orillas habitaban los antropófagos, que tan rudamente habían hecho la guerra a los españoles, y que trataron en vano de atraer a los ingleses al interior del país.

Al desembarcar la escuadra en el mar del Sur, el 24 de febrero, la asaltó una violenta tempestad que la dispersó. El *Hugh-Gallant* se quedó solo, haciendo agua por todas partes, y se necesitaron los mayores trabajos del mundo para mantenerlo a flote. El 15 pudo reunirse a sus conservas y en vano trató Cavendish de desembarcar en la isla de Mocha, donde Drake había sido tan maltratado por los araucanos. Aquel país, rico en oro y plata, aún no había podido ser dominado por los españoles, y sus habitantes, decididos a todo para conservar su libertad, rechazaron a mano armada toda tentativa de desembarco.

Fueles preciso, pues, llegar a la isla de Santa María, donde los indios, tomándoles por españoles, les facilitaron en abundancia maíz, gallinas, cerdos y otras provisiones.



El 30 del mismo mes, echó el ancla a los 32° 50' en la bahía de Quintero. Bueyes, vacas, caballos silvestres, liebres y perdices en abundancia, tales fueron los animales que encontraron unos treinta mosqueteros que penetraron en el país. Atacado Cavendish por los españoles, tuvo que reembarcarse apresuradamente, después de haber perdido doce hombres. En seguida asoló, saqueó y quemó las ciudades de Paraca Cincha, Piscea y Paitia, y devastó la isla de « Puna, donde hizo un botín de 645.000 libras de oro en moneda, Después de haber hechado a pique el *Hugh-Gallant*, en vista de la absoluta imposibilidad en que estaba de sostenerse sobre el mar, continuó su fructífero crucero, y a la altura de la Nueva España, 9 quemó un buque de 120 toneladas, saqueó e incendió a Aguatulio, y se apoderó, después de seis horas de combate, de un navío de 708 toneladas cargado de ricas telas y de 112.000 pesos en oro.

Entonces, «victorioso y contento» quiso Cavendish poner al abrigo de un revés los ópimos despojos que llevaba. Se dirigió a las islas de los Ladrones, las Filipinas y Java la Mayor, dobló el cabo de Buena Esperanza, tomó víveres en Santa Elena, y el 9 de septiembre de 1588 fondeó en Plymouth, después de dos años de viajes, de correrías y de combates.

Dice un refrán que es más difícil conservar que adquirir, y Cavendish hizo lo que pudo por confirmarlo. Dos años después de su vuelta ya no poseía de la inmensa fortuna que había llevado más que la suma necesaria para armar una tercera expedición, que debía ser la última.



El 6 de agosto de 1591 salió con cinco buques, y en la costa de Patagonia vio dispersada su escuadra por una tempestad, sin que pudiera reunirse hasta el puerto Deseado. Asaltado en el estrecho de Magallanes por terribles huracanes, se vio obligado a deshacer el camino andado, después de haberse visto abandonado por tres de sus buques. La falta de víveres frescos, el frío y las privaciones de todas clases que tuvo que sufrir y que habían diezmando su tripulación, le obligaron a remontar el litoral del Brasil, en que los portugueses se opusieron a toda tentativa de desembarco, y tuvo, por consiguiente, que hacerse a la mar sin haber podido avituallarse. Quizá de disgusto, tanto como por causa de las privaciones, murió Cavendish antes de haber podido ganar las costas de Inglaterra.

Un año después de la vuelta de los compañeros de Barentz, dos buques, el *Mauritius* y el *Hendrick-Fredrick*, así como los dos yates *Eendracht* y *Esperance*, tripulados por doscientos cuarenta y ocho hombres, salieron del puerto de Amsterdam el 2 de junio de 1598. El comandante en jefe de esta escuadra era Oliverio de Noort, entonces de treinta años aproximadamente de edad, hombre conocido por sus muchos viajes y largos corsos. Llevaba por segundo o vicealmirante, a Jacobo Claaz de Ulpenda, y por piloto a un tal Melis, experto marino de origen inglés. Aquella expedición armada por muchos comerciantes de Amsterdam o con la ayuda y el concurso de los Estados de Holanda, debía perseguir un doble objeto; era a la vez comercial y militar. Los holandeses en otros tiempos se contentaban con tomar en Portugal las mercancías que transportaban con sus buques de cabotaje por toda Europa; pero entonces se veían reducidos a ir a



buscarlas al centro mismo de producción. A este fin debía enseñar Noort a sus compatriotas el camino inaugurado por Magallanes, haciendo de paso el mayor daño posible a los españoles y a los portugueses.

En aquella época, Felipe II, del que los holandeses habían sacudido el yugo, y que acababa de reunir Portugal a sus Estados, había prohibido a sus súbditos toda relación comercial con los revoltosos de los Países Bajos. Tenía, pues, Holanda, si no quería verse arruinada y volver a caer bajo la dominación española, absoluta necesidad de abrirse un camino hacia las islas de las Especies. El rumbo menos frecuentado por los buques enemigos era el del estrecho de Magallanes, y éste fue el que recomendó a Noort. Después de haber tocado en Gorea, se detuvieron los holandeses en el golfo de Guinea, en la isla del Príncipe. Los portugueses, fingiendo acoger amistosamente a los hombres que bajaron a tierra, aprovecharon una ocasión favorable para arrojarlos sobre ellos y asesinarlos sin piedad. En el número de los muertos figuraba Cornelio Noort, hermano del almirante, Melis, Daniel Goerrits y Juan de Bremen; sólo pudo escapar el capitán Pedro Esias. Era una triste entrada en campaña y un funesto presagio que no debía ser engañoso. Furioso por aquel lazo, desembarcó Noort ciento veinte hombres, pero encontró a los portugueses tan bien fortificados, que después de una viva escaramuza en la que tuvo aún diecisiete hombres muertos o heridos, viose obligado a levar anclas sin haber podido vengarse de la indigna y cobarde traición de que su hermano y doce compañeros habían sido víctimas.



El 25 de diciembre, uno de los pilotos, llamado Juan Volkers, fue abandonado en la costa de África a causa de sus manejos desleales, de la desanimación que trataba de sembrar entre los tripulantes, y de su rebelión bien probada.

El 5 de enero reconocieron los holandeses la isla de Annobón, situada un poco más abajo de Guinea, y se cambió el rumbo para atravesar el Atlántico. Apenas Noort acababa de fondear en la bahía de Río de Janeiro, cuando envió a tierra a algunos marineros para hacer aguada y comprar a los naturales algunas provisiones; pero los portugueses se opusieron al desembarco y mataron once hombres. Entonces, rechazados de las costas del Brasil por los portugueses y los indígenas, combatidos por los vientos contrarios, habiendo tratado en vano de llegar a la isla de Santa Elena, donde creían que podrían tomar las vituallas de que tenían gran necesidad, privados de su piloto, erraron a la ventura por el Océano. Desembarcaron en las islas desiertas de Martín Vaz, volvieron a la costa del Brasil, al río Dulce, que tomaron por la isla de la Ascensión, y finalmente, tuvieron que invernar en la isla desierta de Santa Clara. Su detención en esta isla se señaló con muchos sucesos desgraciados. El buque almirante chocó contra un escollo con tal violencia, que con una mar un poco fuerte se hubiera perdido. Hubo también algunas ejecuciones sangrientas y bárbaras de marineros rebeldes, sobre todo la de un pobre hombre, que, habiendo herido a un piloto de una puñalada, fue condenado a tener la mano clavada en el palo mayor. Se desembarcó a los enfermos, que eran muchos en la escuadra, y casi todos curaron al cabo de quince días. Del 2 al 21 de junio se detuvo Noort en esta isla, que no estaba separada



del continente más que una legua; pero antes de hacerse a la mar, tuvo que incendiar el Eendracht, porque no tenía bastantes marineros para la maniobra. Hasta el 20 de diciembre, después de haber sido arrastrado por muchas tempestades, no pudo fondear en el puerto Deseado, donde la tripulación mató en algunos días gran cantidad de perros y leones marinos y más de cinco mil pájaros bobos. El general ha ido a tierra», dice la traducción francesa del relato de Noort publicada por Bry, «con una partida de gente armada, pero no vieron a nadie, sino algunas sepulturas, en las cuales ponen sus muertos colocados en alto y levantados en rocas, y cubiertos con muchas piedras todas teñidas de rojo; y tienen además adornadas sus sepulturas con dardos, penachos y otras rarezas que usan por armas.

Vieron también los holandeses, pero demasiado lejos para poderles tirar, búfalos, ciervos y avestruces, y recogieron en un solo nido diez huevos de esta ave. El capitán Jacobo Iansz Huy de Cooper murió durante la estada en el puerto Deseado, donde fue enterrado.

El 23 de noviembre entró la flota en el estrecho de Magallanes, y durante un desembarco fueron muertos tres holandeses por los patagones. Su muerte fue vengada con el asesinato de toda una tribu de enoos. Aquella larga navegación al través de los desfiladeros y lagos del estrecho de Magallanes, se señaló con el encuentro de dos buques holandeses al mando de Sebald de Weerdt, que habían invernado no lejos de la bahía de Mauricio, donde abandonaron al vicealmirante Claaz, que dicen se había hecho muchas veces culpable de insubordinación.



¿No hay en estos actos que tan frecuentemente vemos cometer en aquella época por navegantes españoles, ingleses y holandeses, un signo de los tiempos? Lo que calificamos hoy de espantosa barbarie, parecía sin duda una pena relativamente suave a aquellos hombres acostumbrados a hacer poco caso de la vida humana. Y sin embargo, ¿hay nada más cruel que abandonar un hombre sin armas y sin provisiones en un país desierto? El desembarcarlo en una región poblada por feroces caníbales que deben repartirse su carne, ¿no es condenarle a una muerte horrible?

El 29 de febrero de 1600 desembarcó Noort en el Pacífico, después de haber invertido noventa y nueve días en atravesar el estrecho. Quince días después, una tempestad le separó del *Handrick-Fredrick*, del que no se volvió a hablar más. En cuanto a Noort, se quedó solo con su yate, y llegó a la isla de la Mocha, donde fue bien acogido por los naturales, al revés de lo que había sucedido con sus antecesores.

Después siguió la costa de Chile, donde pudo procurarse víveres en abundancia a cambio de cuchillos de Nuremberg, de hachas, camisas, sombreros y otros objetos de poco valor. Luego de haber asolado, saqueado y quemado gran número de poblaciones en esta costa y en la del Perú, de haber echado a pique todos los buques que encontró y amontonado un considerable botín, sabiendo Noort que una escuadra, a las órdenes del hermano del virrey don Luis de Velasco, había sido enviada en su persecución, juzgó conveniente hacer rumbo a las islas de los Ladronesca donde llegó el 16 de septiembre: «Los



habitantes vinieron alrededor de nuestro buque con más de doscientas canoas; venían tres, cuatro o cinco hombres en cada canoa, y gritaban desaforadamente: hierro, hierro, que es muy buscado por ellos. Viven lo mismo en el agua que en tierra, y saben bucear muy diestramente, lo cual vimos echándoles cinco piezas de hierro al mar, que un solo hombre fue a recoger»

Noort pudo asegurarse, a su costa, de que aquellas islas merecían perfectamente el nombre que tenían. Los insulares trataron, en efecto, de arrancar los clavos del buque, y se apoderaron de todo lo que estaba al alcance de su mano. Uno de ellos, habiendo llegado a trepar a lo largo de una cuerda, tuvo la audacia de penetrar en un camarote, agarrar una espada y echarse con ella al mar.

El 14 de octubre siguiente atravesó Noort el archipiélago de las Filipinas, donde operó muchos desembarcos y quemó, saqueó o echó a pique gran número de barcos españoles o portugueses o juncos chinos. Cruzaba por el estrecho de Manila, cuando fue atacado por dos grandes navíos españoles. En el combate que se siguió, los holandeses tuvieron cinco muertos y veinticinco heridos y perdieron un bergantín que fue apresado con sus veinticinco hombres de tripulación. Los españoles perdieron más de doscientos hombres, porque se prendió fuego al buque almirante y se fue a pique. Lejos de recoger los holandeses los heridos y hombres válidos que trataban de escaparse a nado, «navegando con el trinquete por entre las cabezas de los nadadores, atravesaron algunas de ellas a lanzadas y hasta les dispararon cañonazos». A continuación de esta sangrienta y estéril victoria, fue Noort a reparar sus averías a Borneo, tomó



un rico cargamento de especias de Java, y habiendo doblado el cabo de Buena Esperanza, desembarcó el 26 de agosto en Rotterdam después de un viaje de tres años y no volviendo sino con un solo buque y cuarenta y ocho hombres de tripulación. Si los comerciantes que habían hecho el gasto del cargamento aprobaron la conducta de Noort, que traía un cargamento que cubría con mucho sus desembolsos y que había enseñado a sus compatriotas el camino de la India, nosotros debemos, alabando, sin embargo, sus cualidades de marino, hacer grandes reservas acerca de la manera como ejerció el mando, censurar de una manera severa la barbarie que señaló con una estela sangrienta el primer viaje alrededor del mundo ejecutado por los holandeses.

Vamos ahora a hablar de un hombre que, dotado de cualidades eminentes y de defectos por lo menos iguales, lanzó su vida en direcciones diferentes y muchas veces opuestas, y después de haber llegado al colmo de los honores a que puede aspirar un noble, murió en un cadalso acusado de traición y de felonía; este hombre era sir Walter Raleigh. Si tiene lugar en esta galería de grandes viajeros no es como fundador de la colonización inglesa ni como marino, sino como descubridor; además, lo que de él tenemos que decir no es en honra suya.

Walter Raleigh estuvo cinco años en Francia guerreando contra la Liga, en medio de aquellos gascones que formaban el núcleo de los ejércitos de Enrique de Navarra, y entre ellos perfeccionó los hábitos de fanfarronería y mentira que le eran naturales. En 1577, después de una campaña contra los españoles en los Países Bajos, volvió a Inglaterra y tomó vivo interés en las cuestiones que



apasionaban a sus tres hermanos uterinos, Juan, Unfredo y Adriano Gilbert. En aquella época, Inglaterra pasaba por una crisis económica muy grave: la agricultura se transformaba; en todas partes las tierras de labor se convertían en dehesas, y el número de jornaleros agrícolas se redujo extraordinariamente, y de aquí una miseria general y un aumento de población desocupada, que no tardó en ser alarmante. Al mismo tiempo había sucedido a una serie de guerras una paz que debía durar todo el reinado de Isabel, y habían quedado, por consecuencia, un gran número de aventureros que no sabían cómo satisfacer sus apetitos de emociones violentas. En semejantes circunstancias era necesario una emigración que, desembarazando el país de su exceso de población, permitiera a los miserables que se morían de hambre proveer a su existencia en una tierra virgen, aumentando al mismo tiempo la influencia y la prosperidad de la madre patria. Todos los hombres de talento que seguían en Inglaterra el movimiento de las ideas, como Hackluyt, Tomás Harriot, Carlyle, Peckham y los hermanos Gilbert, comprendieron esta necesidad, pero sólo a estos últimos pertenece la gloria de haber sabido designar el sitio favorable para el establecimiento de las colonias. Raleigh no hizo más que asociarse a sus hermanos e imitar su ejemplo. Por más que se le ha considerado como iniciador de proyecto tan fecundo, la verdad es que ni le concibió ni comenzó su ejecución. Tratábase de la colonización de las playas americanas del Atlántico, y sir Raleigh, omnipotente con la reina Isabel, inconstante y sin embargo celosa en sus afectos, estimuló a sus hermanos y aun gastó 40.000 libras esterlinas en tentativas de colonización. Se



guardó bien de salir de Inglaterra, porque no podía convenirle la vida de paciencia y de abnegación de colonizador. Abandonó, pues, y vendió la concesión que se le había hecho cuando vio la inutilidad de sus esfuerzos, pero reservándose la quinta parte de los beneficios eventuales de la colonia.

Al mismo tiempo armó buques contra las posesiones españolas. Él mismo tomó parte poco tiempo después en la lucha y en los combates que salvaron a Inglaterra de la *Armada Invencible*, y después se dedicó a sostener los derechos del prior Da Crato al trono de Portugal. Poco tiempo después de su vuelta a Inglaterra, cayó en desgracia de su real señora, y cuando salió de la prisión, cuando estuvo encerrado en su castillo de Sherbone, concibió el proyecto de su viaje a la Guayana; empresa en su concepto gigantesca y cuyos resultados maravillosos debían atraerle las miradas del mundo entero y hacerle recobrar el favor de su soberana. El descubrimiento y la conquista de El Dorado, de ese país donde, según Orellana, los templos estaban cubiertos de láminas de oro, donde todos los objetos, aun los más viles, son de oro, donde se anda sobre piedras preciosas, ¿cómo no le habían de proporcionar «más gloria (son las palabras mismas que Raleigh emplea en su relación) que la que adquirieron Cortés en Méjico y Pizarro en el Perú? Tendría bajo su dominio más ciudades, más pueblos y más oro que el rey de las Españas, que el sultán de los turcos y que cualquier emperador». Ya hemos hablado de las fábulas que Orellana contó en 1539 y que dieron lugar a más de una leyenda. Humboldt nos descubre el origen de estas fábulas, pintándonos la naturaleza del suelo y las rocas que rodean el lago Parima entre el río



Esequibo y el río Branco. «Son, dice ese gran viajero, rocas de pizarra maclífera de talco brillante que resplandecen en medio de una sábana de agua y refleja los rayos del sol de los trópicos.» Así se explican esas cúpulas de oro macizo, de esos obeliscos de plata y todas estas maravillas que el espíritu entusiasta y fantástico de los españoles les hizo entrever. ¿Creía Raleigh en la existencia de aquella ciudad de oro para cuya conquista iba a sacrificar tantas vidas? ¿Estaba bien persuadido de ello y cedió a las ilusiones de un alma ávida de gloria? No lo sabemos; pero el hecho es que, como dice Philarete Chasles, en el momento mismo de embarcarse nadie creía en sus promesas, todos desconfiaban de sus exageraciones y se temían los resultados de una expedición dirigida por un hombre tan temerario y de una moralidad tan equívoca.

Sin embargo, parecía que Raleigh lo había previsto todo para aquella empresa y que había hecho los estudios necesarios. No sólo hablaba de la naturaleza del suelo de la Guayana, de sus producciones y población con aplomo imperturbable, sino que había enviado a su costa un buque mandado por el capitán Whiddon a fin de preparar el camino a la escuadra que iba a conducir en persona a las orillas del Orinoco. Sin embargo, lo que se guardó bien de decir al público, es que su emisario le envió noticias completamente desfavorables a la empresa. Raleigh salió de Plymouth el 9 de febrero de 1595, con una escuadrilla de cinco buques y cien soldados, sin contar los marinos, los oficiales y los voluntarios. Después de haberse detenido cuatro días en Fuerteventura, una de las Canarias, para tomar leña y agua, pasó a Tenerife, donde debía reunirse con el



capitán Breerton; y habiéndole esperado en vano ocho días, Raleigh hizo rumbo a la Trinidad, donde encontró a Whiddon.

La isla de la Trinidad estaba entonces gobernada por don Antonio de Berreo, del cual se decía que había reunido datos precisos acerca de la Guayana. El gobernador vio con desagrado la llegada de los ingleses, y envió inmediatamente a Cumaná y a la isla Margarita emisarios encargados de reunir tropas para atacarlos, prohibiendo al mismo tiempo a los indios y a los españoles tener ninguna relación con ellos. Raleigh, advertido de lo que pasaba, resolvió adelantarse al ataque, y cuando llegó la noche bajó secretamente a tierra con cien hombres, se apoderó sin disparar un tiro de la ciudad de San José, a la cual pusieron fuego los indios, y se llevó a bordo a Berreo y a los principales personajes. Al mismo tiempo llegaron los capitanes Jorge Gifford y Knynin, de quienes se había separado en las costas de España, y todos hicieron rumbo al Orinoco, penetraron en la bahía de Capuri con una enorme galera y tres embarcaciones cargadas de cien marineros y soldados, entraron en el laberinto inextricable de islas y de canales que forman su embocadura y subieron por el río hasta unas ciento diez leguas. Las noticias que Raleigh da sobre sus campañas son tan fabulosas, amontonan tantas mentiras unas sobre otras con el desenfado de un gascón trasladado a las orillas del Támesis, que podría calificarse su relación entre los viajes imaginarios. Dice que algunos españoles que habían visto la ciudad de Manoa, llamada El Dorado, le contaron que aquella ciudad sobrepujaba en extensión y riqueza a todas las del mundo y a todo lo que los conquistadores habían visto en América, y añade: «Allí no hay invierno; el suelo es



seco y fértil, y la caza y las aves de toda especie abundan en gran manera; los pajarillos llenaban el aire de cánticos desconocidos, que para nosotros formaban un verdadero concierto. Un capitán enviado en busca de minas encontró vetas de oro y de plata; pero como no tenía más instrumento que su espada, no pudo arrancar aquellos metales para examinarlos detenidamente. Sin embargo, se llevó algunas muestras para estudiarlas después. Un español de Caracas daba a aquella mina el nombre de *Madre del oro*.» Después, sabiendo Raleigh que el público está prevenido contra sus exageraciones, añade: «Tal vez se me creará víctima de una ilusión falsa y engañosa, pero, ¿por qué habría emprendido yo un viaje tan difícil si no hubiese tenido la convicción de que no existe en el mundo un país más rico en oro que la Guayana? Whiddon y Milechappe, nuestro cirujano, me trajeron muchas piedras que tenían gran semejanza con los zafiros, y mostrándoselas a algunos habitantes de Orinoco, me dijeron que de estas piedras había una montaña entera.» Un viejo cacique de ciento diez años de edad, que, sin embargo, podía andar todavía diez millas a pie sin fatigarse, fue a visitarle y le ponderó el poder formidable del emperador de Manoa, contra el cual no tendrían fuerzas suficientes. Describióle aquellos pueblos como muy civilizados, diciéndole que llevaban vestidos y poseían grandes riquezas, principalmente en láminas de oro, y por fin habló de una montaña de oro puro. Raleigh cuenta que quiso acercarse a ella, pero, por desgracia, estaba en aquel momento medio sumergida. «Tenía, dice, la forma de una torre y me pareció más bien blanca que amarilla. Un torrente que se precipitaba todavía hinchado por las lluvias, formaba un ruido



terrible que se oía a muchas leguas de distancia y que ensordeció a nuestra gente. Recordé la descripción que Berreo me había hecho del brillo del diamante y de las demás piedras preciosas diseminadas en las diferentes partes del país. Yo dudaba acerca del valor de aquellas piedras; sin embargo, su blancura extraordinaria me sorprendió. Después de un momento de descanso en las orillas del Vinicapara, y de una visita a la población del cacique, este último me prometió llevarme al pie de la montaña por un rodeo; pero, en vista de las numerosas dificultades que se presentaban, preferí volver a la desembocadura del Cumaná, donde los caciques de los alrededores vinieron a traerme diferentes regalos consistentes en productos raros del país». Haremos gracia al lector de la descripción de hombres tres veces mayores que los ordinarios, los cíclopes, de indígenas que tenían sus ojos en los hombros, la boca en el pecho y los cabellos que les nacían en medio de la espalda; afirmaciones todas referidas formalmente, pero que dan a la relación de Raleigh una semejanza singular con un cuento de hadas. Creeríase, al leerla, que era una página arrancada de los cuentos de las *Mil y Una Noches*.

Si ponemos a un lado todos estos cuentos de una imaginación delirante, ¿qué queda para el geógrafo? Nada o casi nada. Verdaderamente no valía la pena de anunciar con gran ruido y no menor estrépito esta expedición fantástica.



Misioneros y Colonos. Comerciantes y Turistas

**–Carácter francamente resuelto del siglo XVII. –
Exploración más completa de las regiones ya
descubiertas. –A la sed de oro sucede el celo apostólico. –
Los misioneros italianos en el Congo. –Los misioneros
portugueses en Abisinia. –Brue en el Senegal y Flacourt
en Madagascar. –Los apóstoles de la India, de la
Indochina y del Japón.**

El siglo XVII, más francamente resuelto que el precedente, en el sentido de que, habiéndose hecho los grandes descubrimientos a poca costa, se trata con preferencia de completar en este período las noticias ya adquiridas, contrasta de la misma manera con el que le sigue, porque los métodos científicos no se aplicaron aún como lo fueron cien años después por los astrónomos y los marinos. En efecto, parece que los relatos de los primeros exploradores que no pudieron tomar más que una noción, digámoslo así, de las regiones recorridas mientras guerreaban, habían ejercido una gran influencia en cierta parte del espíritu público. La curiosidad, en el más estrecho significado de esta palabra, llegó hasta su último límite y se recorrió el mundo para tener una idea de los trajes y de las costumbres de cada nación, de los productos y de la industria de cada país, pero no para estudiarlos. No se trata, al remontarse hasta las fuentes, de explicarse científicamente el porqué de las cosas; se ve; la curiosidad está satisfecha y se pasa adelante. Las observaciones



son puramente superficiales y parece que hay prisa por recorrer todas las regiones que el siglo XVI había descubierto.

Después, la abundancia de riquezas esparcidas de pronto por la Europa entera tras una crisis económica. El comercio, como la industria, se transforman y cambian; se han abierto nuevas vías, surgen nuevos intermediarios, nacen nuevas necesidades, aumenta el lujo, y el deseo de hacer rápidamente fortuna por medio de especulaciones lucrativas trastorna muchas cabezas. Si Venecia ha muerto desde el punto de vista comercial, los holandeses, como dice muy oportunamente Leroy-Beaulieu, van a convertirse en «los reclutadores y factores de Europa», y los ingleses se preparan a echar las bases de su inmenso imperio colonial.

A los comerciantes suceden los misioneros. En numerosos grupos recorren los países recientemente descubiertos, evangelizando, civilizando a los pueblos salvajes, estudiando y describiendo el país. El desarrollo del celo apostólico es uno de los rasgos dominantes del siglo XVII, y debemos reconocer cuánto debe la geografía y las ciencias históricas a aquellos hombres abnegados, modestos e instruidos. El viajero no hace más que pasar, el misionero se estaciona en el país. Este último tiene evidentemente más facilidad para adquirir un conocimiento íntimo de la historia y de la civilización de los pueblos que estudia; es, pues, muy natural, que les debamos relaciones de viajes, descripciones e historias que aún hoy son consultadas con fruto y que han servido de base a trabajos posteriores.



Si hay algún país al cual con más razón y más particularmente sean aplicables estas reflexiones, es África y sobre todo Abisinia. ¿Qué conocíamos de este vasto continente triangular en el siglo XVII? Nada más que las costas, se dirá. Error. Desde los tiempos más remotos eran conocidos de los antiguos el Astapus y el Bhar-el-Abiad, los dos brazos del Nilo; y se habían adelantado hasta los grandes lagos interiores, si hemos de creer las listas de pueblos y países encontrados en Carnac por Mariette. En el siglo XII, el geógrafo árabe Edrisi escribe para Roger II de Sicilia una excelente descripción de África y confirma estos datos. Después, Cadamosto e Ibn-Batutah recorren África y este último llega hasta Tombuctu. Marco Polo declara que África no se une a Asia más que por el istmo de Suez y visita a Madagascar. Por último, cuando los portugueses, después de Vasco de Gama, determinan el perímetro de África, algunos se detienen en Abisinia y se establecen pronto entre este país y Portugal relaciones diplomáticas. Ya hemos dicho algo de Francisco Alvarez; pues bien, poco después de él se instalan en el país muchos misioneros portugueses, entre los cuales debemos citar a los padres Páez y Lobo.

El padre Páez salió de Goa en 1588 para ir a predicar el cristianismo en la costa oriental del África septentrional. Después largas y dolorosas desventuras, desembarcó en Massauah, en Abisinia, y recorrió el país en 1618, siguiendo una punta hasta las fuentes del Nilo Azul (descubrimiento del que Bruce debía hacer constar la autenticidad y cuya descripción no difiere sino en algunas particularidades sin importancia de la del viajero escocés). En 1604 llegó Páez a la residencia del rey Za



Denghel, y con tal éxito le predicó, que le convirtió con toda su corte, llegando en breve a tener sobre el monarca abisinio tal influencia que éste escribió al Papa y al rey de España para ofrecerles su amistad pidiéndoles hombres que pudieran instruir a su pueblo.

El padre Jerónimo Lobo desembarcó en Abisinia en 1625 con Alfonso Meneses, patriarca de Etiopía. Pero los tiempos habían cambiado mucho. El rey, convertido por Páez, había sido asesinado, y su sucesor, que había llamado a los misioneros portugueses, no tardó en morir. Prodújose entonces contra los cristianos una violenta reacción y los misioneros fueron expulsados, reducidos a prisión o entregados a los turcos. Entonces Lobo fue encargado de ir a buscar la suma necesaria para el rescate de sus colegas. Después de numerosas peripecias, que le llevaron al Brasil, a Cartagena, a Cádiz, a Sevilla, a Lisboa y a Roma, donde dio al rey de España y al Papa los más numerosos y preciosos detalles acerca de la Iglesia de Etiopía y de las costumbres de los habitantes, hizo un último viaje a la India y volvió a Lisboa, donde murió en 1678.

En la costa del Atlántico, en el Congo, se había introducido el cristianismo en 1489, el año mismo en que lo descubrieron los portugueses. Al principio se enviaron allí frailes dominicos; pero como sus progresos fuesen casi nulos, el Papa, con consentimiento del rey de Portugal, envió algunos capuchinos italianos. Tales fueron Carlos de Piacenza, en 1667; Juan Antonio Cavazzi, del 1654 a 1668, y luego Antonio Zucchelli y Gradisca, de 1696 a 1704. Solamente citamos estos misioneros porque son los que han publicado las relaciones de sus viajes. Cavazzi



exploró paso a paso Angola, el país de Matamba, las islas Coanza y Loana. En el ardor de su celo apostólico no encontró nada mejor para convertir a los negros, que quemar sus ídolos, reprender a los reyes por el antiguo uso de la poligamia, someter al suplicio del potro o hacerles desgarrar las carnes a latigazos a los que caían en la idolatría. A pesar de esto, conquistó entre los indígenas un ascendiente considerable, que, mejor dirigido, habría podido producir resultados muy útiles al desarrollo de la civilización y al progreso de la religión. Idénticas censuras pueden dirigirse al padre Zucchelli y a los demás misioneros del Congo.

La relación de Cavazzi, publicada en Roma en 1687, afirma que la influencia portuguesa se extendía a doscientas o trescientas millas de la costa. Existía en el interior una ciudad muy importante, conocida con el nombre de San Salvador, que poseía doce iglesias, un colegio de jesuítas y una población de 50.000 almas. Pigafetta publicó a fines del siglo XIV la relación del viaje de Duarte López, embajador del rey del Congo cerca de las cortes de Roma y Lisboa. A este relato acompaña un mapa en el cual se representa un lago, el Zambré, en el sitio ocupado por el Tangañica, y más al Oeste el lago Acque Lunda, de donde sale el Congo. Bajo el Ecuador están indicados dos lagos: uno, el del Nilo, otro más al Este, que lleva el nombre de Colué, y que parece ser el Alberto, y el Victoria Nyanza. Tan curiosas noticias fueron rechazadas por los geógrafos del siglo XIX, que dejaron en blanco todo el interior de África.

Los franceses habían fundado en la costa occidental de África, en la desembocadura del Senegal, algunos establecimientos bajo la



hábil administración de Andrés Brue, los cuales no tardaron en tomar una extensión considerable. Aun cuando este Brue sea poco conocido, porque su título oficial era *Comandante por el rey y Director General de la Compañía real de Francia en las costas del Senegal y otros parajes del África*, y aun cuando el artículo que le concierne sea más propio para ocupar un sitio en las colecciones biográficas, merece, sin embargo, un lugar entre los más distinguidos colonizadores y exploradores. No contento con extender la colonia hasta sus límites actuales, exploró comarcas que en estos últimos tiempos han sido visitadas por el teniente Mage y que no lo habían sido desde entonces. Andrés Brue establece las postas francesas por el Este hasta más allá de la unión del Senegal y del Falemé, y por el Norte hasta Arguin (que después abandonó Francia, reservándose sin embargo sus derechos), y al Mediodía hasta la isla de Bisao. En el interior exploró el Galán y el Bambú, tan fértil en oro, recogió los primeros documentos acerca de los fellatas y de los musulmanes que, habiendo venido del Norte, quisieron realizar la conquista religiosa de todas las poblaciones negras del país. Las noticias reunidas por Brue sobre la historia y emigraciones de estos pueblos son muy preciosas y aun hoy prestan una viva luz al geógrafo y al historiador. No solamente Brue nos ha dejado el relato de los hechos de que fue testigo y la descripción de los lugares que visitó, sino que también le debemos numerosas indicaciones sobre los productos del país, las plantas, los animales y todos los objetos que pueden dar lugar a una explotación comercial e industrial. Estos documentos curiosos, recopilados con poco acierto por el padre Labat, han sido objeto



hace algunos años de un trabajo muy interesante hecho por Berlioux.

Al sudeste de África, durante la primera mitad del siglo XVII, fundaron los franceses algunos establecimientos comerciales en Madagascar, isla por mucho tiempo conocida con el nombre de San Lorenzo; y bajo la administración de Flacourt se levantó el fuerte

Delfín, se reconocieron muchos distritos desconocidos de la isla, así como las islas inmediatas a la costa, y se ocuparon, en 1649, las islas Mascareñas. Si con sus compatriotas fue Flacourt firme y moderado, no observó la misma conducta con los naturales, provocando una rebelión general, por consecuencia de lo cual fue relevado. Por lo demás, las excursiones al interior del Madagascar fueron excesivamente raras y hay que esperar hasta nuestros días para encontrar alguna exploración formal.

Las únicas noticias que durante el siglo XVII llegaron a Europa respecto a la Indochina y al Tibet, se deben a los misioneros. Los nombres de los padres Alejandro Rodas, Antonio de Andrada, Abril y Benedicto Goes, no pueden ser pasados en silencio. En sus *Cartas Anuales* se encuentra gran copia de noticias acerca de estas regiones por tanto tiempo cerradas a los europeos, que aún hoy conservan su interés real. El padre Tachard se dedicó en Cochinchina y Tonquín a las observaciones astronómicas, con cuyo resultado probó hasta la última evidencia cuan erradas eran las longitudes dadas por Tolomeo. Con ellas llamó la atención del mundo científico sobre la necesidad de una reforma en la representación gráfica de los países del extremo Oriente, y



sobre la absoluta necesidad de buenas observaciones realizadas por sabios especiales o por navegantes familiarizados con los cálculos astronómicos. El país que más particularmente atraía a los misioneros era China, aquel inmenso imperio tan populoso y que desde la llegada de los europeos a la India aplicaba con el mayor rigor la absurda política de abstenerse de toda relación, cualquiera que fuese, con los extranjeros. Sólo a fines del XVI pudieron los misioneros conseguir el permiso, tantas veces pedido, de penetrar en el Imperio Central. Sus conocimientos en matemáticas y en astronomía facilitaron su establecimiento y les permitieron recoger, ya en los antiguos anales del país, ya durante sus viajes, una prodigiosa cantidad de noticias muy preciosas para la historia, la etnografía y la geografía del Celeste Imperio. Los padres Mendoza, Ricci, Trigault, Visdoleu, Lecomte, Verbiest, Navarrete, Schall y Martini merecen una mención especial por haber llevado a China las ciencias y las artes de Europa y haber esparcido en Occidente las primeras nociones precisas y verídicas acerca de la civilización inmóvil de la Tierra de las Flores.



II. –Los holandeses en las islas de las Especias. –Lemaire y Schouten. –Tasman. –Mendaña. –Quirós y Torres. –Pyrard de Laval, Pedro del Valle. –Tavernier. –Thevenot. –Bernier. –Roberto Knox. –Chardin. –De Bruyn. –Kaempfer.

No tardaron los holandeses en darse cuenta de que el poder portugués en Asia estaba en decadencia, y conociendo con cuánta facilidad una nación hábil y prudente podría apoderarse en poco tiempo de todo el comercio del extremo Oriente, después de un gran número de expediciones particulares y de viajes de reconocimiento acabaron por fundar en 1602 la célebre Compañía de las Indias, que había de elevar a tan alto grado la prosperidad y la riqueza de la metrópoli.

En sus luchas con los portugueses, así como en sus relaciones con los naturales, siguió la Compañía una sabia política de moderación. Lejos de fundar colonias y de reparar y ocupar las fortalezas que tomaban los portugueses, presentábanse como simples negociantes a quienes sólo interesaba el tráfico. Evitaban levantar toda factoría fortificada, salvo cuando tenían que interceptar las grandes vías comerciales. Así es que en poco tiempo pudieron apoderarse de todo el cabotaje entre la India, la China y el Japón y Oceanía. La única falta que la poderosa Compañía cometió, fue monopolizar el comercio de las especias. Persiguió a los extranjeros que se habían establecido o que venían a toma carga en las Molucas y en las islas de la Sonda, y



para elevar el valor de su precioso comercio prohibió el cultivo de algunos productos en un gran número de islas y castigó con la pena de muerte la exportación y venta de granos y ramas de árboles de especias. En pocos años se establecieron los holandeses en Java, Sumatra, Borneo, las Molucas y el Cabo de Buena Esperanza, que eran los mejores puntos de escala para los buques que volvían de Europa.

Fue entonces cuando un rico comerciante de Amsterdam, llamado Jacobo Lemaire, en compañía de un hábil marino de nombre Guillermo Cornelis Schouten, concibió el proyecto de llegar a las Indias por una nueva ruta. Los Estados de Holanda habían prohibido a todo súbdito de las provincias unidas que no estuviesen al servicio de las Compañías de las Indias ir a las islas de las Especias por el cabo de Buena Esperanza o por el estrecho de Magallanes. Schouten, dicen unos, y Lemaire, según otros, trataron de eludir aquella prohibición buscando un paso por el Sur del estrecho de Magallanes. Lo que sí es cierto es que Lemaire pagó una mitad de los primeros gastos de la expedición y Schouten la otra mitad con ayuda de varios negociantes, cuyos nombres se han conservado y que ocupaban los primeros cargos de la ciudad de Horn. Equiparon un buque de 360 toneladas, la *Concordia*, y un yate que llevaba una tripulación de sesenta y cinco hombres y veintinueve cañones. Indudablemente el armamento estaba poco en relación con la magnitud de la empresa; pero Schouten era un experto marino, los tripulantes habían sido escogidos con mucho cuidado, y los buques estaban abundantemente provistos de víveres y aparejos de repuesto. Lemaire era el comisario y Schouten el capitán; se guardó secreto



respecto a su destino, y los oficiales y marineros se alistaron por tiempo ilimitado y con la condición de ir a donde los llevase. El 25 de junio de 1615, once días después de haber salido de Texel, cuando no se podía temer una indiscreción, reunieron a la tripulación para darle lectura de una orden, en la que se decía: «que las naves buscarían otro paso distinto que el de Magallanes para entrar en el mar del Sur, y descubrir, ciertos países

meridionales, a fin de lograr inmensos beneficios, y que, si el Cielo no favorecía este designio, debían dirigirse a las Indias Orientales». Aquella declaración fue recibida con entusiasmo por los tripulantes, que, como todos los holandeses en aquel tiempo, estaban inclinados a los grandes descubrimientos.

Como se ha podido notar, el camino que entonces se seguía generalmente para llegar a América del Sur, era costear África hasta más abajo de la línea equinoccial. La *Concordia* no temió apartarse de él; llegó al litoral del Brasil, a la Patagonia y al puerto Deseado, a cien leguas al norte del estrecho de Magallanes. Una tempestad impidió por muchos días que los buques entrasen en el puerto, y durante una marea el yate se acostó sobre una de sus bandas y se quedó varado. La pleamar le puso a flote, pero mientras se le carenaba se prendió fuego en las jarcias, y a pesar de los sobrehumanos esfuerzos de las dos tripulaciones, quedó todo el buque consumido. El 13 de enero de 1616, Lemaire y Schouten llegaron a las islas Sebaldinas, descubiertas por Sebald de Weerdt, y siguieron la costa de la Tierra del Fuego a poca distancia de tierra. La costa se prolongaba al Este cuarto Sudeste, y estaba limitada por altas montañas cubiertas de nieve. El 24 de enero, al mediodía, se vio



el extremo que se extendía hacia el Este de otra tierra que pareció así mismo muy elevada. La distancia entre aquellas dos islas, según la opinión general, parecía ser de ocho leguas, y entraron en el estrecho que las separa. De tal modo estaba cubierto de ballenas, que fue preciso correr más de una bordada para evitarlas. La isla, situada al Este, recibió el nombre de Tierra de los Estados, y la del Oeste, el de Mauricio de Nassau.

Veinticuatro horas después de haber embocado este estrecho, que recibió el nombre de Lemaire, salió la flotilla y llegó a un archipiélago de islas pequeñas situadas a estribor, a las que dio el nombre de Barnevelt, en honor del gran pensionario de Holanda. Después Lemaire dobló a los 58° el cabo de Hornos, llamado así en recuerdo de la ciudad en que se había armado la expedición, y entró en el mar del Sur. Lemaire subió inmediatamente, atravesando las islas de Juan Fernández, donde creyó conveniente detenerse a fin de refrescar su tripulación atacada de escorbuto. Schouten y Lemaire, como lo había hecho Magallanes, pasaron sin advertirlo por entre los principales archipiélagos de la Polinesia, y el 10 de abril llegaron a la isla de los Perros, donde sólo encontraron un poco de agua dulce y algunas hierbas. Esperaban llegar a las islas de Salomón, pero pasaron al norte del archipiélago Peligroso, donde descubrieron la isla Waterland, llamada así porque encerraba un gran lago, y la isla de las Moscas, a la que dieron este nombre porque no fue posible desembarazarse en cuatro días de una nube de estos insectos que acometió al buque y de los que sólo se vio libre merced a un cambio de viento.



Lemaire atravesó después el archipiélago de los Amigos y llegó al de los Navegantes o de Samoa, cuyas cuatro pequeñas islas aún conservan los nombres que entonces les dieron: Goed-Hope, de los Cocos, de Hornos y de los Traidores. Los habitantes de aquellos sitios se mostraron muy aficionados al robo y se esforzaron por arrancar las cabillas del buque y cortar las cadenas. Como continuaba el escorbuto molestando a la tripulación, se recibió con placer como regalo del rey un jabalí negro y algunas frutas. El soberano, llamado *Latú*, no tardó en acudir en una piragua a la vela, que tenía la forma de los trineos de Holanda, escoltada por una escuadrilla de veinticinco embarcaciones. El soberano no se atrevió a subir a bordo de la *Concordia*; pero su hijo fue más audaz y con viva curiosidad oyó la explicación de todo lo que veía.

A la mañana siguiente había aumentado sensiblemente el número de las piraguas, y por ciertos indicios comprendieron los holandeses que se preparaba un ataque. En efecto, de pronto cayó una granizada de piedras sobre el buque; las piraguas se acercaban demasiado, molestando en exceso, y para deshacerse de ellas, los holandeses viéronse obligados a hacer una descarga de mosquetería. Con justa razón, pues, recibió aquella isla el nombre de isla de los Traidores.

Era el 18 de mayo; Lemaire hizo cambiar el rumbo, dirigiendo la proa al Norte, para llegar a las Molucas por el norte de Nueva Guinea. Probablemente pasó a la vista del archipiélago de Salomón, de las islas del Almirantazgo y de las Mil Islas; después siguió la costa de Nueva Guinea desde los 143° hasta la bahía de



Geelwink; desembarcó muchas veces y dio nombre a una multitud de sitios: las Veinticinco Islas, que forman parte del archipiélago del Almirantazgo; el Alto Coi, el Alto Monte (Hoog-Berg), que parece corresponder a una porción de la costa próxima de la bahía de Kornelis Kinerz; Moa y Arimoa, dos islas que más tarde las avistó Tasman; la isla que entonces recibió el nombre de Schouten, llamada hoy Misori y que no hay que confundir con otras islas Schouten, situadas un poco más al Oeste en la costa de Guinea, y por último el cabo Goed-Hope, que parece ser el cabo Saavedra, en el extremo occidental del Misori. Después de haber visitado las tierras de los papuas, llegaron a Gilolo, una de las Molucas, donde fueron cordialmente acogidos por sus compatriotas.

Cuando hubieron descansado bien de sus fatigas y se curaron del escorbuto, fueron a Batavia, adonde llegaron el 23 de octubre de 1616, trece meses después de haber salido de Texel y sin haber perdido en aquel largo viaje más que trece hombres. Pero la Compañía de las Indias entendió que se lesionaban sus derechos llegando a las colonias por una vía no prevista en las cartas, privilegio que se le había concedido cuando se estableció, y el gobernador hizo apresar la *Concordia* y prender a los oficiales y marinos, a los cuales embarcó para Holanda, donde debían ser juzgados. El pobre Lemaire, que esperaba otra recompensa a los trabajos, fatigas y descubrimientos que había hecho, no pudo soportar aquel golpe tan tremendo e imprevisto, cayó enfermo de disgusto y murió a la altura de la isla Mauricio. En cuanto a Schouten, no parece que fuese molestado al volver a su patria, e hizo otros muchos viajes a las Indias, que no se señalaron por



ningún descubrimiento nuevo. Volvía a Europa en 1625, cuando un mal tiempo le obligó a entrar en la bahía de Antón Gil, en la costa oriental de Madagascar, donde murió.

Tal fue aquella expedición importante, que por el estrecho de Lemaire abría una nueva vía menos larga y menos peligrosa que por el de Magallanes, expedición notable por sus muchos descubrimientos en Oceanía y por una exploración más atenta en los puntos ya visitados por los navegantes españoles o portugueses. Pero es con frecuencia muy difícil atribuir con certeza a uno u otro de estos pueblos el descubrimiento de algunas islas, tierras o archipiélagos inmediatos a Australia.

Puesto que hablamos de los holandeses, haremos un breve paréntesis en el orden cronológico de los descubrimientos, para referir las expediciones de Juan Abel Tasman antes de las de Mendaña y Quirós.

¿Cuáles fueron los principios de Tasman? ¿Por qué serie de circunstancias abrazó la vida de marino? ¿Cómo adquirió aquella ciencia y aquella habilidad náutica de la que dio tantas pruebas, y gracias a las cuales realizó tan importantes descubrimientos? No se sabe. Comienza su biografía en su salida de Batavia el 2 de junio de 1639. Después de haber pasado las Filipinas, visitó, con Mateo Quast, durante su primer viaje, las islas Bonin, conocidas entonces con el nombre fantástico de «islas del Oro y de la Plata». En otra expedición, compuesta de dos buques que mandaba en jefe y que salieron de Batavia el 14 de agosto de 1642, llegó a la isla Mauricio el 5 de septiembre y se adelantó hacia el Sudeste en busca del continente austral. El 24



de noviembre descubrió una tierra a los 42° 25' de latitud Sur, a la cual dio el nombre de Van Diemen, gobernador de las islas de la Sonda, y que hoy con mucha razón se llama Tasmania; fondeó en la bahía de Federico Enrique y reconoció que esta tierra estaba habitada, aun cuando, sin embargo, no pudo ver ningún indígena.

Después de haber seguido esta costa por algún tiempo, hizo rumbo hacia el Este con intención de subir en seguida hacia el Norte para ganar el archipiélago de Salomón. El 13 de diciembre, a los 42° 10' de latitud, llegó a la vista de una tierra montañosa que siguió hacia el Norte hasta el 18 de diciembre. Allí fondeó en una bahía; pero el más atrevido de los salvajes que se encontraron no se acerca al buque sino a la distancia de un tiro de piedra. Su voz era ruda, elevada su estatura, su tez de un aceitunado que tiraba a amarillo; sus cabellos, negros y casi tan largos como los de los japoneses, los llevaba levantados sobre la coronilla. Al día siguiente se atrevieron a pasar a bordo de uno de los buques para hacer algunos cambios, y cuando Tasman vio sus disposiciones pacíficas, envió a tierra una chalupa para adquirir algunos conocimientos más exactos. De los marinos que la tripulaban, tres fueron muertos, sin provocación por los indígenas, y los demás, huyendo a nado, fueron recogidos por las embarcaciones de los buques. Cuando éstos estuvieron en situación de hacer fuego sobre los agresores, ya habían desaparecido. El lugar en que ocurrió este funesto suceso recibió el nombre de bahía de los Asesinos (*Moordenaars- bay*). Persuadido Tasman de que no podía entablar ninguna relación con pueblos tan feroces, levó ancla y remontó las costas hasta su



extremidad, a la cual llamó cabo de María Van- Diemen, en honor de su *dama*, porque dice una leyenda que, habiendo tenido la audacia de pretender la mano de la hija del gobernador de las Indias orientales, éste le embarcó en dos buques averiados, el *Heemskerke* y el *Zeechen*.

Aquellas tierras descubiertas de esta manera, recibieron el nombre de Tierra de los Estados, que en breve se cambió por el de Nueva Zelanda.

El 21 de enero de 1643 descubrió Tasman las islas de Amsterdam y de Rotterdam, donde encontró una gran cantidad de cerdos, gallinas y frutas. El 6 de febrero llegaron los buques a un archipiélago de unas veinte islas, que fueron llamadas islas del Príncipe Guillermo, y después de haber avistado a Anthonng-Java, Tasman siguió la costa de Nueva Guinea, a partir del cabo de Santa María, pasó por los sitios que ya habían sido reconocidos por Schouten y Lemaire y ondeó en Batavia el 15 de junio siguiente, después de diez meses de viaje.

Según sus instrucciones, fechadas en 1664, Tasman, en una segunda expedición, debía visitar la tierra de Van-Diemen, y hacer una exploración minuciosa de la costa occidental de la Nueva Guinea, hasta que llegase a los 17° de latitud Sur, a fin de reconocer si esta isla pertenecía al continente austral. No parece que Tasman pusiera en ejecución este proyecto. Por lo demás, la pérdida de sus diarios nos deja en la inseguridad más absoluta acerca del camino que siguió y de los descubrimientos que pudo hacer. Desde aquella fecha se ignoran por completo los sucesos



que marcaron el fin de su carrera, así como el lugar y el día de su muerte.

A partir de la toma de Malaca por Albuquerque, comprendieron los portugueses que al Sur de Asia se extendía un nuevo mundo. Pronto participaron de sus ideas los españoles, y desde entonces se hicieron por el Océano Pacífico una serie de viajes en busca de un continente austral, cuya existencia parecía geográficamente necesaria para contrabalancear la inmensa extensión de tierras conocidas. Java la Mayor, designada después con los nombres de Nueva Holanda y de Australia, debió ser visitada acaso por los franceses, o lo que es más probable, por Saavedra, de 1530 a 1540, y fue buscada por una multitud de navegantes, entre los cuales citaremos a los portugueses Serrao y Meneses y a los españoles Saavedra, Hernando de Grijalva, Alvarado, Iñigo Ortiz de Retes, que exploraron la mayor parte de las islas del norte de Nueva Guinea y hasta aquella gran isla. Vienen después Mendaña, Torres y Quirós, sobre los cuales nos detendremos un poco, a causa de la importancia y de la autenticidad de los descubrimientos que se les deben.

Alvaro Mendaña de Neyra, era sobrino del gobernador de Lima, don Pedro de Castro, que apoyó vivamente, cerca del gobierno de la metrópoli, el proyecto concebido por su sobrino de buscar nuevas tierras en el Océano Pacífico. Cuando Mendaña tomó el mando de dos buques y ciento veinte soldados y marineros, tenía veintiún años. El 19 de noviembre de 1567 aparejó en el puerto del Callao, de Lima, y después de haber visitado la pequeña isla de Jesús, reconoció, el 7 de febrero, entre los 7º y 8º de latitud Sur, la isla de Santa Isabel, donde los españoles



construyeron un bergantín, con el que reconocieron el archipiélago de que forma parte.

Los habitantes, dice la relación de un compañero de Mendaña, son antropófagos, y se devoran entre sí cuando pueden hacerse prisioneros de guerra, y hasta cuando no están en hostilidad abierta, y pueden apresarse por traición.

Uno de los jefes de la isla envió a Mendaña, como un bocado exquisito, un cuarto de niño; pero el general español lo hizo enterrar en presencia de los naturales, y éstos se mostraron muy admirados de un acto que no podían comprender. Los españoles recorrieron después la isla de las Palmas, la de los Ramos, llamada así porque fue descubierta el domingo de Ramos, la de la Galera y la de Buena Vista, cuyos habitantes ocultaban sus intenciones hostiles, que no tardaron en conocerse, con amigables demostraciones. La misma acogida tuvieron en la isla de San Dimas, en la Sesarga y en la Guadalcanar, donde encontraron por primera vez el jengibre.

En el viaje de vuelta a Santa Isabel, los españoles siguieron un rumbo distinto, que les permitió descubrir la isla de San Jorge, donde comprobaron la existencia de murciélagos tan grandes como milanos. Apenas el bergantín llegó al puerto de Santa Isabel, cuando levó el ancla nuevamente porque aquel sitio era tan malsano que murieron cinco soldados y muchos otros cayeron enfermos. Detúvose Mendaña en la isla Gualdalcanar, y allí, de diez hombres que bajaron a tierra para proveerse de agua, sólo un negro pudo escapar a los golpes de los indígenas, que habían visto con gran disgusto que los españoles se habían



llevado uno de los suyos. El castigo fue terrible; los españoles mataron veinte hombres e incendiaron muchas viviendas. Luego Mendaña visitó varias islas del archipiélago Salomón, entre otras las Tres Marías y San Juan, y en esta última, mientras se carenaban y calafateaban los buques, tuvieron muchos combates con los naturales, a los cuales hicieron algunos prisioneros. Después de esta accidentada detención se hizo Mendaña de nuevo a la mar, y visitó las islas de San Cristóbal, Santa Catalina y Santa Ana; pero a la sazón el número de enfermos era considerable, los víveres y las municiones estaban casi agotados, los aparejos medio podridos, y fue preciso hacer rumbo al Perú. La separación del buque almirante, el descubrimiento de cierto número de islas que es difícil identificar, y entre las que probablemente están las Sandwich, las tempestades violentas que arrancaron las velas, y las enfermedades causadas por la insuficiencia y putrefacción del agua y de la galleta, señalaron aquél largo y penoso viaje de regreso, que concluyó en California, en el puerto de Colima, después de cinco meses de navegación.

El relato de Mendaña no excitó entusiasmo a pesar de que dio el nombre de Salomón al archipiélago descubierto por él para hacer creer que de allí procedían los tesoros del rey de los judíos. Los relatos maravillosos no producían ningún efecto en aquellos hombres, a quienes bastaban las riquezas del Perú; necesitaban pruebas; y la más pequeña pepita de oro o el menor grano de plata, habría hecho en ellos más impresión que todos los relatos del descubridor. Tuvo, pues, Mendaña que esperar veintisiete años antes de poder organizar una nueva expedición. Pero



aquella vez el armamento era considerable, porque Alvaro Mendaña se proponía fundar una colonia en la isla de San Cristóbal, que había avistado en su primer viaje. Así es que el 11 de abril de 1595 salieron del puerto de Lima cuatro buques llevando cerca de cuatrocientas personas, la mayor parte casadas, y entre ellas doña Isabel, mujer de Mendaña, tres cuñados del general y al piloto Pedro Fernández Quirós, que después debía hacerse célebre como comandante en jefe de otra expedición. Hasta el 16 de junio no acabaron de equiparse, y sólo entonces pudieron abandonar definitivamente las costas del Perú. Al cabo de un mes de navegación en que no ocurrió ningún incidente notable, descubrieron una isla que, siguiendo la costumbre, fue llamada con el nombre de la santa que se festejaba aquel día, que era el de la Magdalena. Inmediatamente fue rodeada la escuadra de una multitud de canoas que entre todas llevarían más de cuatrocientos indios casi blancos y de una hermosa presencia, y que, regalando a los marineros cocos y otros frutos, parecían invitarles a desembarcar. Pero apenas habían subido a bordo aquellos indios, cuando empezaron a robar, y fue preciso disparar un cañonazo para deshacerse de ellos; y uno que en el alboroto había sido herido cambió bien pronto sus disposiciones.

Hubo que responder con los mosquetes a la granizada de flechas y piedras que lanzaron sobre los buques. No lejos de aquella isla descubrieron otras tres, San Pedro, la Dominica y Santa Cristina, y todo el grupo se le llamó de *las Marquesas de Mendoza*, en honor del gobernador del Perú. En un principio las relaciones con los indios habían sido muy amigables, tanto, que una india, viendo



los cabellos rubios de doña Isabel de Mendoza, le pidió como recuerdo que le diese un bucle; pero por culpa de los españoles no tardaron en ser hostiles hasta el día en que los naturales, habiendo comprendido la enorme inferioridad de sus armas, pidieron la paz.

El 5 de agosto se hizo la escuadrilla a la mar y recorrió cuatrocientas leguas hacia el Oesnorueste. El 20 de agosto descubrieron las islas de San Bernardo, llamadas después las islas del Peligro, luego las islas de la reina Carlota, en las cuales no desembarcaron a pesar de la carencia de víveres, la isla Solitaria, cuyo vocablo dice bastante acerca de su situación, y por último llegaron al archipiélago de Santa Cruz. Pero en aquel momento y durante una tempestad el buque almirante se separó de la escuadra, y aun cuando se envió muchas veces a buscarle no se tuvieron más noticias de él. En seguida que llegaron se acercaron unas cincuenta canoas tripuladas por una multitud de naturales teñidos de obscuro o de un negro vivo.

«Todos tenían los cabellos rizados, blancos, rojos o de otro color, porque estaban pintados, y los dientes de la misma manera teñidos de rojo, la cabeza medio afeitada, el cuerpo desnudo a excepción de un pequeño velo de tela fina, el rostro y los brazos pintados de negro reluciente, rayados de diversos colores; el cuello y los miembros

cargados con muchas vueltas de un cordón hecho con pequeños granos de oro o de madera negra, con dientes de pescado, como medallas de nácar y perlas. Llevaban por armas arcos y flechas envenenadas y puntiagudas, endurecidas al fuego o armadas con



huesos templados en jugo de hierbas; grandes piedras, espadas de madera pesada o de una madera rayada con tres puntas de arpón de más de un palmo cada una. Llevaban en bandoleras morrales de hojas de palma bien trabajados llenos de tortas que hacen de algunas raíces con que se alimentan.»

Al principio creyó Mendaña reconocerlos por los habitantes de la isla que buscaban, pero no tardó en desengañarse; los buques fueron acogidos por una granizada de flechas. Aquellos sucesos contrariaron tanto más a Mendaña cuanto se había determinado a establecer su colonia en aquel archipiélago, viendo que no podía encontrar las islas Salomón. Con este motivo surgió la discordia que en breve dividió a los españoles, y poco después fue sofocada una sublevación fomentada contra el general, y ejecutados los culpables. Pero aquellos tristes acontecimientos y las fatigas del viaje habían afectado tan profundamente la salud del jefe de la expedición, que murió el 17 de octubre, después de haber tenido tiempo de designar a su esposa para sucederle en el mando de la expedición. Muerto Mendaña, se redoblaron las hostilidades con los naturales; pero había ya españoles tan debilitados por las enfermedades y por las privaciones, que una veintena de indios decididos habrían podido dar cuenta de ellos fácilmente. Persistir en querer fundar un establecimiento en tales condiciones, hubiera sido una locura; todos lo comprendieron así, y el 18 de noviembre se levó el ancla. El proyecto de Isabel de Mendoza era llegar a Manila, donde reclutarían colonos para volver con objeto de fundar un establecimiento, y consultó a sus oficiales que aprobaron por escrito su proyecto, encontrando en Quirós un afecto y una



habilidad que no debían tardar en verse puestos a una ruda prueba. Al principio se apartaron de la Nueva Guinea a fin de no verse detenidos en los numerosos archipiélagos que la rodean, y para llegar más pronto a Filipinas, como lo exigían las averías que habían sufrido los buques.

Después de haber pasado a la vista de muchas islas rodeadas de arrecifes de madréporas a las que las tripulaciones querían abordar, permiso que negó Quirós siempre con mucha prudencia; después de haberse separado de uno de los buques de la escuadra que no quería o no podía seguir, llegaron a las islas de los Ladrones, que muy pronto habían de tomar el nombre de islas Marianas.

Los españoles bajaron muchas veces a tierra a comprar víveres, pero los indígenas no querían ni su oro ni su plata; preferían el hierro y todas las herramientas de este metal. El relato contiene algunos detalles acerca del culto de los salvajes a sus antepasados, y son tan curiosos que vamos a reproducirlos textualmente: «Deshuesan los cadáveres de sus padres, queman las carnes y tragan la ceniza mezclada con tuba, que es un vino de coco. Lloran a los difuntos todos los años una semana entera, y hay un gran número de lloronas que se alquilan expresamente. Además, todos los vecinos van a llorar a casa del difunto y los de casa de éste hacen lo mismo cuando les toca a los vecinos. Estos aniversarios son muy frecuentes porque se regala abundantemente a los asistentes. Se llora toda la noche y se bebe todo el día. Se relata, en medio de los llantos, la vida y los hechos del muerto a partir del día de su nacimiento, todo el curso de su



vida, refiriendo su fuerza, su estatura, su nobleza, y en una palabra todo lo que pueda honrarle. Si en el relato hay alguna acción graciosa, los concurrentes se ceban a reír a carcajadas, beben un trago súbitamente y luego se ponen a llorar a lágrima viva. Algunas veces se reúnen hasta doscientas personas en estos ridículos aniversarios.

Cuando los españoles llegaron a las Filipinas, las tripulaciones no eran más que una colección de esqueletos pálidos y medio muertos de hambre. El 11 de febrero de 1596 desembarcó doña Isabel en Manila al estruendo del cañón y fue solemnemente recibida formando las tropas. Habían perdido cincuenta hombres de la tripulación desde su salida de Santa Cruz, y el resto fue alojado y alimentado a costa del público; las mujeres todas encontraron con quien casarse en Manila, excepto cuatro o cinco que se hicieron religiosas. En cuanto a doña Isabel, fue llevada al Perú algunos años después por Quirós, que no tardó en someter al virrey un nuevo proyecto de viaje. Pero Luis de Velasco, que había sucedido a Mendoza, envió al navegante al rey de España y al Consejo de Indias, pretextando que semejante decisión traspasaba los límites de su autoridad. Pasó, pues, Quirós a España y luego a Roma, donde fue muy bien acogido por el Papa, que le recomendó calurosamente a Felipe III. Por fin, después de muchos desengaños y solicitudes sin cuento, obtuvo en 1605 los poderes necesarios para armar en Lima los dos buques que creyera más conveniente para ir en busca del continente austral y continuar los descubrimientos de Mendaña. El 21 de diciembre de 1605 salió Quirós del Callao con dos navíos y un buque ligero. A mil leguas del Perú, aun no



había descubierto ninguna tierra; a los 25° latitud meridional tuvo noticias del un grupo de islitas que pertenecen al archipiélago Peligroso: eran la *Conversión de San Pablo*, la *Osnabrugh* de Wallis y la *Decena*, llamada así porque fue vista la décima. Aun cuando esta isla estaba defendida por fuertes, entabló relaciones con los naturales, cuyas viviendas estaban esparcidas por la orilla del mar en medio de palmeras. El jefe de aquellos indígenas, fuerte y bien proporcionado, llevaba a la cabeza una especie de corona hecha de plumitas negras tan finas y tan flexibles, que se las hubiera tomado por de seda. Su cabellera rubia, que le caía hasta la cintura, excitó la admiración de los españoles, pues éstos no podían comprender que un hombre con el rostro tan obscuro pudiera tener una cabellera de un rubio tan dorado, y prefirieron creer que era casado y que llevaba los cabellos de su mujer. Aquel color singular se debía al continuo uso de los polvos de cal, que quema los cabellos y los hace amarillear.

Aquella isla, a la que Quirós dio el nombre de Sagitaria, es, según Fleurieru, la isla de Taití, una de las principales del grupo de la Sociedad. Quirós reconoció en los días siguientes otras muchas islas, en las que no desembarcó y a las que impuso nombres tomados del calendario, siguiendo una costumbre que ha transformado en una verdadera letanía todos los vocablos indígenas de la Oceaía. Llegó sobre todo a una isla que se llamó de la *Gente Hermosa*, a causa de la belleza de sus habitantes y de la blancura y coquetería de las mujeres, que los españoles declararon superaba en gracias y atractivos hasta a sus mismas compatriotas de Lima, cuya belleza es, sin embargo, proverbial.



Según Quirós, esta isla está situada bajo el mismo paralelo que Santa Cruz, adonde tenía intención de dirigirse. Hizo pues, rumbo al Oeste, y llegó a una isla llamada Taumaco por los indígenas, a los 10° de latitud meridional y a las ochenta leguas al este de Santa Cruz. Debía ser una de las islas Duff. Supo allí Quirós que si dirigía su rumbo hacia el Sur descubriría una gran tierra cuyos habitantes eran más blancos que los que hasta entonces había encontrado. Esta noticia le decidió a abandonar su proyecto de llegar a la isla de Santa Cruz, e hizo rumbo al Sudoeste, y el 1.º de mayo de 1606, después de haber descubierto otras muchas islitas, llegó a una bahía ancha de más de ocho leguas. A esta isla dio nombre del Espíritu Santo, que aún conserva; era una de las Nuevas Hébridas ¿Qué ocurrió durante su estadía? La relación no dice nada sobre esto, pero sabemos por otra parte que la tripulación se sublevó e hizo prisionero a Quirós, y que, abandonando el segundo buque y el bergantín, se hizo a la mar el 11 de julio, tomando el rumbo de América, adonde llegó el 3 de octubre de 1606, después de nueve meses de viaje. Chardon no dice nada acerca de este suceso y echa la culpa de la separación al comandante del segundo buque, Luis Vaes de Torres, por haber abandonado a su general saliendo de la isla del Espíritu Santo; pero se sabe, por una carta del mismo Torres, dirigida al rey de España (publicada por lord Stanley al final de su edición inglesa de la *Historia de las Filipinas*, por Antonio de Morga), que estuvo quince días esperando a Quirós en la bahía de San Felipe y Santiago. Reunidos los oficiales en consejo, resolvieron levar anclas el 26 de junio y continuar buscando el continente austral. Detenido por los malos



tiempos que le impidieron dar la vuelta a la isla del Espíritu Santo, y acuciado por las reclamaciones de una tripulación entre la cual comienza a soplar cierto aire revoltoso, decidióse Torres a hacer rumbo al Nordeste, para llegar a las islas españolas. A los 11° 1/2 descubrió una tierra que creyó fuese el principio de Nueva Guinea. «Toda esta tierra es tierra de Nueva Guinea, dice Torres, y está poblada por indios que no son muy blancos y que van desnudos aun cuando llevan la cintura cubierta con cortezas de árboles... Combaten con jabalinas, escudos y una especie de mazas de piedra, todo adornado con muy hermosas plumas. A lo largo de esta tierra hay otras islas habitadas, y en toda la costa se encuentran numerosos y vastos puertos con ríos muy anchos y muchas planicies. Fuera de estas islas se extienden arrecifes y bajíos; las islas están entre estos escollos y la tierra firme y hay un corto canal en el centro. Tomamos posesión de estos puertos en nombre de Vuestra Majestad. Habiendo corrido trescientas leguas sobre esta costa, he visto decrecer nuestra latitud como dos grados y medio hasta encontrarnos a los nueve grados; en este punto principia un banco de tres a nueve brazas que se prolonga por la costa. Lejos, a causa de los numerosos bajos y poderosas corrientes, hemos decidido torcer nuestro rumbo al sudeste por el canal profundo de que ya he hablado hasta el undécimo grado. Hay en él de un extremo a otro un archipiélago de innumerables islas por el cual he pasado, y al concluir el grado once el fondo se hace más bajo. Allí había tres grandes islas que al principio parecían hacia el Sur; estaban habitadas por un pueblo negro muy robusto y todo desnudo



que tenía por armas largas y fuertes lanzas, flechas y mazas de piedra mal labradas.

Los geógrafos modernos han estado acordes en reconocer en los parajes designados de este modo, la parte de la costa australiana que termina en la península de York, recientemente visitada por el capitán Moresby, y la extremidad de la Nueva Guinea.

Sábese que Torres desembocó en el estrecho que lleva su nombre y que separa la Nueva Guinea del cabo York; pero la exploración más reciente de la parte Sudeste de la Nueva Guinea, en la que se ha hecho constar la presencia de un pueblo de color relativamente claro, muy diferente del papus, ha venido a dar un grado de certeza inesperado a los descubrimientos de Quirós. Es por esto por lo que hemos tenido que detenernos en ellos un poco refiriéndonos a un trabajo muy erudito de M. E. T. Hamy, que ha aparecido en el *Boletín de la Sociedad de Geografía*.

Ahora debemos decir algunas palabras de viajeros que han recorrido países poco frecuentados y que facilitaron a sus contemporáneos un conocimiento exacto de un modo casi desconocido hasta hace poca

El primero de estos viajeros es Francisco Pyrard, de Laval. Habiendo embarcado en 1601 en un buque malvino para ir a comerciar a las Indias, naufragó en el archipiélago de las Maldivas. Estos islotes o atoles, en número de doce, más o menos, situados al sur de la costa de Malabar, bajan por el Océano Indico, desde el cabo Comorín hasta el Ecuador. El buen Pyrard nos refiere su naufragio, la huida de una parte de sus compañeros de cautividad en el archipiélago y su larga



permanencia de siete años en las Maldivas, que casi se le hizo agradable por el cuidado que puso en aprender la lengua indígena. Tuvo, pues, tiempo de instruirse en las costumbres, los hábitos, la religión y la industria de los habitantes, y de estudiar los productos y clima del país. Así es que su relación es muy rica en detalles de todo género. Hasta estos últimos años ha conservado su atractivo, porque los viajeros no frecuentan por su voluntad aquel archipiélago malsano, cuyo aislamiento había apartado a los navegantes y a los conquistadores. El relato de Pyrard es aún instructivo y agradable de leer.

En 1607 el rey de Bengala envió una escuadra a las Maldivas a fin de que se apoderara de los ciento o ciento veinte cañones que el soberano de estas islas debía al naufragio de muchos buques portugueses. A pesar de la libertad en que se le dejaba y aun cuando había llegado a ser propietario, quería Pyrard volver a su querida Bretaña; por lo tanto vio con gusto aquella ocasión de dejar el archipiélago con los tres compañeros únicos que quedaban de la tripulación entera. Pero la odisea de Pyrard no estaba completa. Conducido primero a Ceilán fue llevado a Bengala y consiguió llegar a Cochín. Apisionado por los portugueses en esta última ciudad, cayó enfermo y fue cuidado en el hospital de Goa. De allí salió para servir durante dos años como soldado; al cabo de este tiempo fue preso nuevamente, y hasta 1611 no pudo volver a ver a su hermosa ciudad de Laval. Después de tantas travesías, debió sin duda sentir Pyrard deseos de descansar, y así debe creerse, por el silencio que la historia guarda sobre el fin de su vida, que sin duda fue dichosa.



Si el honrado burgués Francisco Pyrard fue lanzado a aventuras en que pudo dejar su vida, y, por decirlo así, lo hizo contra su voluntad y por haber querido hacer fortuna demasiado rápidamente, otras fueron las circunstancias novelescas que decidieron a viajar a Pietro Della Valle.

Descendiente de una noble y antigua familia, es unas veces soldado del Papa, y otras marino, dedicándose a perseguir a los corsarios berberiscos. A su vuelta a Roma se encontró con que un rival afortunado se había aprovechado de su ausencia para conquistar a una joven con la que él debía casarse. Tan gran mal necesitaba un remedio heroico. Della Valle decidió visitar como peregrino al sepulcro de Cristo. Pero si, como dice el refrán, por todas partes se va a Roma, no hay derrotero, por largo que sea, que no conduzca a Jerusalén, y así debió conocerlo Della Valle. En 1614 se embarcó en Venecia, pasó trece meses en Constantinopla, llegó por mar a Alejandría y luego al Cairo y se unió a una caravana que al fin le condujo a Jerusalén. Pero por el camino le tomó gusto a la vida de viajero, porque sucesivamente visitó a Bagdad, Damasco y Alepo y hasta llegó a las ruinas de Babilonia. Indudablemente Della Valle había sido notado por el amor como una víctima fácil, porque a su vuelta se enamoró de una joven cristiana de Mardín, de maravillosa belleza, y con ella se casó. Podría creerse que ya se había fijado el destino de aquel infatigable viajero, pero nada de eso. Della Valle encontró medio de acompañar al sha de Persia en su guerra contra los turcos y de recorrer durante cuatro años consecutivos las provincias del Irán. En 1621 salió de Ispahan, y en el mes de diciembre del mismo año perdió a su mujer, la hizo embalsamar y llevó



consigo el ataúd durante cuatro años, que empleó en explorar a Ormuz, las costas occidentales de la India, el golfo Pérsico, Alepo y la Siria, desembarcando en Nápoles en 1626.

Los países que visitó este hombre original, impulsado por un deseo verdaderamente extraordinario, describiólos con estilo vivo, alegre, natural y hasta con cierta fidelidad; pero inaugura la pléyade de viajeros aficionados, curiosos y comerciantes. Es el primero de esta fecunda raza de turistas que todos los años aumentan la literatura geográfica con numerosos volúmenes en los que el hombre estudioso no encuentra nada que utilizar sino áridas relaciones.

Tavernier es un curioso insaciable. A los veintidós años había recorrido Francia, Inglaterra, los Países Bajos, Alemania, Suiza, Polonia, Hungría e Italia. Luego, cuando Europa no le ofreció alimento suficiente a su curiosidad, partió para Constantinopla, donde se detuvo un año, y llegó a Persia, donde la ocasión *y también algún diablo que le empuja* le hacen comprar tapices, tisús, piedras preciosas y esas mil bagatelas por las que la curiosidad iba a apasionarse, y por las que se debían pagar sumas fabulosas.

El beneficio que sacó Tavernier de este cargamento, le animó a emprender de nuevo su viaje; pero como hombre listo y prudente, antes de ponerse en camino, aprendió en casa de un joyero el arte de conocer las piedras preciosas, y durante cuatro viajes sucesivos, de 1638 a 1663, recorrió la Persia, el Mongol, las Indias hasta la frontera de China y las islas de la Sonda. Cegado por la fortuna que su tráfico le había proporcionado, quiso Tavernier gozar a lo gran señor, y en breve se vio a las puertas



de la miseria. Esperaba conjurarla enviando a uno de sus sobrinos a Oriente con una pacotilla considerable; pero, por el contrario, fue consumida por este joven, que le pareció conveniente apropiarse el depósito que se le había confiado y se estableció en Ispahan.

Tavernier, que era instruido, recogió muchas observaciones interesantes acerca de la historia, los productos, las costumbres y los usos de los países que había visitado. Su relación contribuyó seguramente a dar a sus contemporáneos una idea mucho más justa de la que tenían formada de los países de Oriente.

Por lo demás, hacia este lado se dirigen todos los viajeros, cualquiera que sea el objeto que se propongan durante el reinado de Luis XIV. El África se abandona completamente, y si la América es teatro de una verdadera exploración, ésta se hace sin la ayuda del gobierno.

Mientras Tavernier realizaba sus últimas y lejanas excursiones, un arqueólogo distinguido, Juan de Thevenot, sobrino de Melquisedec Thevenot, (el erudito a quien se debe la publicación de una interesante serie de viajes), recorrió primero la Europa, luego Malta, Constantinopla, el Egipto, Túnez e Italia.

En 1661 volvió con una importante colección de medallas y de inscripciones de monumentos que hoy son poderoso auxilio para el historiador y el filólogo. En 1664 volvió a marchar de nuevo a Levante, y recorrió la Persia, Basora y la India, donde visitó a Masulipatam, Berampur, Orengabat y Golconda; pero las fatigas que había sufrido le impidieron volver a Europa, y



murió en Armenia en 1667. El éxito de sus relatos fue considerable y por cierto bien merecido por el cuidado y la exactitud de aquel viajero cuya ciencia en historia, en geografía y en matemáticas rebasaba con mucho el nivel ordinario de sus contemporáneos.

Fáltanos ahora hablar del amable Bernier, *el lindo filósofo*, como le llamaban en su galante reunión, de la que formaban parte Ninón y la Fontaine, Mad. de la Sablière, Saint-Evremond y Chappelle, sin contar a otros muchos buenos y alegres caracteres refractarios a la grave solemnidad que en aquella época pesaba sobre todo lo que rodeaba a Luis XIV.

No podía Bernier librarse de aquella moda de los viajes, y después de haber visitado de paso la Siria y el Egipto, residió doce años en la India, donde sus especiales conocimientos en medicina le conciliaron el favor del gran Aureng-Zeb y le permitieron visitar detenidamente y con gran fruto un imperio que en aquella época estaba en todo el apogeo de su prosperidad.

Al sur del Indostán reservaba Ceylán más de una sorpresa a sus exploradores. Roberto Knox, que fue hecho prisionero por los indígenas, debió a esta triste circunstancia el residir mucho tiempo en el país y recoger los primeros documentos auténticos acerca de los inmensos bosques y pueblos salvajes de Ceylán. Por un celo comercial de que no fueron los únicos en dar ejemplo, habían hasta entonces guardado secreto los holandeses sobre las noticias que habían adquirido acerca de una isla de la que trataban de hacer una colonia.



Otro comerciante, Juan Chardin, hijo de un joyero de París, envidioso del éxito de Tavernier, quiso como él hacer fortuna en el comercio de diamantes. Los países que atraen a estos negociantes son aquellos cuyo renombre de riqueza y prosperidad se ha hecho proverbial como Persia y la India con sus ricos trajes centelleantes de oro y pedrería y sus ricas minas de diamantes de un tamaño fabuloso. La ocasión para visitar aquellos países ha sido bien escogida. Merced a los emperadores mongoles, se han desarrollado la civilización y el arte; se han levantado mezquitas, palacios y templos y han surgido de pronto ciudades. Su gusto (ese gusto tan extraño, tan francamente caracterizado y tan diferente del nuestro) admira en la construcción de edificios gigantescos, así como en la joyería, como en la orfebrería y en la fabricación de esas bagatelas por las que principiaba a apasionarse el Oriente. Hombre hábil, Chardin, tomó un asociado tan conocedor como él, y al principio no hacía más que atravesar rápidamente la Persia para llegar a Ormuz y embarcarse para las Indias. Al año siguiente estaba de vuelta en Ispahan y se dedicó a aprender la lengua del país para tratar los negocios directamente y sin intermediario y de simpatizar con el sha Abbas II. Desde entonces estuvo hecha su fortuna, porque es a la vez de buen tono y de cortesano listo tener el mismo proveedor que su soberano; pero Chardin tuvo otro mérito, que el de hacer fortuna. Supo recoger en el gobierno de Persia gran copia de noticias sobre las costumbres, las creencias, los usos, las ciudades y la población de aquel país que han hecho de su relato hasta nuestros días el *vade mecum* del viajero. Esta guía es tanto más



preciosa cuanto que Chardin tuvo cuidado de contratar en Constantinopla un hábil dibujante llamado Grelot, el cual reprodujo los monumentos, las ciudades, las escenas, los trajes y las ceremonias que tan bien retratan lo que Charron llama todos los días de un poblado.

Cuando en 1670 Chardin regresó a Francia, la revolución del edicto de Nantes había arrojado de su patria, a consecuencia de bárbaras persecuciones, una multitud de artesanos que fueron a enriquecer el extranjero con nuestras artes y nuestra industria. Siendo Chardin protestante, comprendió muy bien que su religión le impediría llegar «a lo que se llama honores y fortuna». Como, según su expresión, «no era libre para creer lo que quisiera», resolvió volver a las Indias, «donde sin que se le obligase a cambiar de religión alcanzaría una posición honrosa. Así, pues, en aquellos tiempos había más libertad de conciencia en Persia que en Francia. Esta aserción de parte de un hombre que ha hecho la comparación, es poco honrosa para el nieto de Enrique IV.

Pero Chardin no siguió el mismo rumbo en este viaje. Pasó por Esmirna, por Constantinopla, y desde allí, atravesando el mar Negro, desembarcó en Crimea disfrazado de religioso. Al atravesar la región del Caúcaso tuvo ocasión de estudiar a los abkases y los circasianos. Después penetró en la Mingrelia, donde fue despojado de una parte de las alhajas que llevaba de Europa y de sus objetos y papeles, y él mismo pudo librarse gracias a la solicitud de los teatinos, entre los cuales había recibido hospitalidad. Sin embargo, escapó de aquellos peligros para caer en manos de los turcos, que a su vez le obligaron a



pagar rescate. Después de otras muchas desventuras, llegó a Tiflis el 17 de diciembre de 1672; y como en aquella época la Georgia se hallaba gobernada por un príncipe tributario del sha de Persia, le fue fácil llegar a Evirán, a Tauris, y por último a Ispahan.

Después de una permanencia de cuatro años en Persia y de haber hecho un último viaje a la India, en la cual realizó una fortuna considerable, Chardín volvió a Europa, y fijó su residencia en Inglaterra, por estarle prohibido por motivos religiosos el vivir en su patria.

El diario de su viaje forma una obra considerable, en la cual todo lo que corresponde a Persia está muy especialmente desarrollado. Su larga estancia en aquel país y su trato con los primeros personajes del Estado, le permitieron reunir documentos numerosos y auténticos; así es que puede decirse que fue más conocida Persia en el siglo XVII que lo fue cien años después.

Los países en que acababa de estar Chardin fueron visitados más tarde por un pintor holandés llamado Cornelio de Bruyn o Le Brun. Lo que ha aumentado el valor de su obra es la belleza y la exactitud de los dibujos que la acompañan; pues en cuanto al texto, no hay en él nada que no fuera conocido antes, a excepción de los samoyedos, a quienes fue el primero en visitar.

Ahora debemos hablar del westfaliano Kaempfer, casi naturalizado en Suecia, por el mucho tiempo que estuvo en los países escandinavos, donde rehusó la brillante posición que se le ofrecía para acompañar como secretario a un embajador que se



dirigía a Moscú. De este modo pudo ver las principales ciudades de Rusia, país que a la sazón apenas si había entrado en la vida de civilización occidental; luego llegó a Persia, donde abandonó al embajador Fabricius para alistarse en la compañía holandesa de las Indias y continuar sus viajes. Primero visitó Persépolis, Schiraz y Ormuz, en el golfo Pérsico, donde estuvo gravemente enfermo, y embarcó en 1688 para las Indias orientales, visitando la Arabia Feliz, la India, la costa de Malabar, Ceilán, Java, Sumatra y el Japón. El objeto de sus viajes era exclusivamente científico. Médico, pero dedicado especialmente a los estudios de historia natural, Kaempfer recogió, describió y dibujó o desecó gran número de plantas, en aquella época desconocidas en Europa, dio noticias nuevas, acerca de su empleo farmacéutico o industrial, y recogió un inmenso herbario, que hoy se conserva con la mayor parte de sus manuscritos en el *British Museum* de Londres. Pero la parte más interesante de su relación, hoy anticuada e incompleta desde que el país se abrió a nuestros sabios, fue por mucho tiempo la relativa al Japón. Había sabido procurarse libros que trataban de la historia, de la literatura y de las ciencias del país, y de aquellos hechos que no habían podido saber por medio de algunos personajes, entre los cuales supo hacerse lugar, y cuyos libros contenían noticias que no era costumbre comunicar a los extranjeros.

En suma, si todos los viajeros de que acabamos de hacer mención no son, propiamente hablando, descubridores, si no exploran ningún país desconocido antes de ellos, tienen, a lo menos, en distintos grados, y según sus aptitudes o sus estudios, el mérito de haber hecho conocer mejor los países que visitaron. Además,



han sabido relegar al dominio de la fábula muchos relatos que otros hombres menos ilustrados habían aceptado inocentemente y que desde entonces habían pasado al dominio público, y nadie pensaba en comprobarlos. Gracias a ellos, la historia del Oriente empezó a ser un poco conocida; comenzaban las emigraciones de los pueblos y se iban dando cuenta de las evoluciones de los grandes imperios, cuya existencia por mucho tiempo había sido problemática.

VI. Los Filibusteros

Guillermo Dampier o un rey del mar en el siglo XVII.

Guillermo Dampier nació en 1612 en East-Toker, y desde su infancia, a causa de la muerte de sus padres, se encontró entregado a sí mismo. Como no tenía gran afición al estudio, prefería hacer novillos y pelearse con sus compañeros, a estarse quieto en los bancos de la escuela; así fue que, aún muy joven, se embarcó como grumete en un buque mercante. Después de un viaje a Terranova y una campaña en las Indias orientales, se alistó en la marina militar, y herido en un combate, volvió a Grenwich para curarse. Libre de preocupaciones, olvidó su compromiso al salir del hospital militar, y partió para la Jamaica en calidad de capataz de una plantación; pero no tardó mucho en echar de ver que este oficio no era propio para él, y al cabo de seis meses abandonó sus negros y se embarcó para la bahía de Campeche, donde trabajó por espacio de tres años en recolectar



maderas tintóreas. Al cabo de este tiempo, se le encuentra en Londres; pero las leyes y los agentes del gobierno se encargan de hacerle respetar su contrato, y vuelve a la Jamaica, donde en breve se pone en relación con los famosos piratas y filibusteros que en aquella época hicieron tanto daño a los españoles.

Establecidos en la isla de la Tortuga y en la costa de Santo Domingo aquellos aventureros ingleses o franceses, habían jurado un odio implacable a España.

Sus expediciones no se limitaron al golfo de Méjico; atravesaron el istmo de Panamá, y devastaron las costas del Océano Pacífico, desde el estrecho de Magallanes hasta California. El terror exageró mucho más las expediciones de aquellos filibusteros, que tenían, sin embargo, bastante de maravillosas.

Entre aquellos aventureros, que a la sazón estaban mandados por Harris, Sawkins y Shays, se alistó a Dampier. En 1680 le vemos en el Darién, donde saquea a Santa María, trató en vano de sorprender a Panamá, y con sus compañeros, tripulando canoas robadas a los indios, captura ocho buques bien armados, que estaban fondeados no lejos de la ciudad. En aquellas circunstancias fueron tan considerables las pérdidas de los filibusteros en el combate y tan escaso el botín, que se separaron; unos llegaron al golfo de Méjico, y otros se establecieron en la isla de Juan Fernández, donde no tardaron en atacar a Arica.

Pero también esta vez salieron mal parados, se produjo entre ellos una escisión, y Dampier fue a Virginia, donde su capitán esperaba reclutar gente. Allí, con la intención de penetrar en el



Océano Pacífico por el estrecho de Magallanes, armó el capitán Cook un buque, y Dampier tomó parte en este viaje, comenzando por hacer el curso en la costa de África, en las islas de cabo Verde, en Sierra Leona y en el río Scherborough, porque éste era el rumbo que habitualmente seguían los buques destinados a la América del Sur. A los 36° de latitud meridional, advirtió Dampier (que anotaba en su diario todos los hechos interesantes) que el mar se volvió blanco, o mejor dicho, pálido, sin que se le alcanzara la causa. Si hubiera hecho uso del microscopio, se lo hubiera explicado fácilmente. Sin incidentes pasaron las islas Sevaldinas, atravesaron el estrecho de Lemaire, doblaron el cabo de Hornos el 6 de febrero de 1684, y en cuanto el capitán Cook pudo librarse de las tempestades que ordinariamente combaten a los buques que entran en el Pacífico, ganó la isla de Juan Fernández, donde esperaba avituallarse. Dampier se preguntaba si encontrarían a un indio de Nicaragua que había dejado allí el capitán Sharp en 1680. Este individuo vivió solo por espacio de más de tres años en la isla. Se hallaba en los bosques cazando cabras montesas, cuando el capitán inglés mandó reembarcar su gente, y se hizo a la vela sin notar su ausencia. El indio no tenía más que un fusil y su cuchillo, un pequeño cuerno de pólvora y un poco de plomo. Después de haber gastado las balas y la pólvora encontró el modo de serrar con su cuchillo el cañón del fusil, haciendo pedazos pequeños y construyendo con ellos arpones, lanzas, anzuelos y un largo cuchillo. Con aquellos instrumentos se proporcionó todas las provisiones que produce la isla: cabras y pescados. A una media milla del mar había levantado una pequeña choza cubierta de



pieles de cabras. Ya no tenía traje ninguno y solo una simple piel le servía para cubrirse los riñones». Si nos hemos detenido un tanto hablando de este solitario forzoso, es porque ha servido de tipo a Daniel de Foe para su *Robinson Crusoe*, esa novela que ha hecho la delicia de todos los niños.

No referiremos aquí en detalle las expediciones en que tomó parte Dampier. Nos basta decir que en esta campaña visitó las islas de los Galápagos. Viendo el capitán Swan, a cuyo bordo servía Dampier en 1686, que se frustraban todas las empresas, se dirigió a las Indias orientales, donde los españoles estaban más confiados y donde esperaba apoderarse del galeón de Manila. Pero nuestros aventureros llegaron a Guaham cuando no tenían más que víveres para tres días. Los marineros habían convenido que si el viaje se prolongaba se comerían sucesivamente a todos los que habían sido partidarios de hacer aquel viaje, comenzando por el capitán, que había hecho la proposición, y siguiendo por Dampier. De aquí resultó, dice jovialmente, que después de haber fondeado en Guaham le dijo Swar abrazándole: «¡Ah, Dampier! ¡que mala comida les hubiera usted dado!» «Y tenía razón, porque —añade— yo estaba delgado y descarnado como él robusto y grueso». Los puntos que visitó y saqueó Dampier en esta campaña, fueron Mindanao, Manila, algunas costas de la China, las Molucas, Nueva Holanda y las islas Nicobar. En este último archipiélago se separó de sus compañeros y fue recogido medio muerto en la costa de Sumatra. Durante esta campaña descubrió Dampier muchas islas, hasta entonces desconocidas, y principalmente el grupo de las Baschi. Restablecióse en breve, y como era un verdadero aventurero, recorrió todo el Sur del Asia,



Malaca, el Tonquín, Madras y Benculem, alistado como artillero al servicio de Inglaterra. Cinco meses después desertó y volvió a Londres. El relato de sus aventuras y sus corsos le atrajo un sinnúmero de simpatías entre la alta sociedad, y fue presentado al conde Oxford, lord del Almirantazgo. En breve recibió el mando de un buque llamado *Roebuck*, para intentar un viaje de descubrimientos por los mares que ya había explorado. El 14 de enero de 1699 salió de Inglaterra con el proyecto de pasar por el estrecho de Magallanes y dar la vuelta a la Tierra del Fuego para empezar sus descubrimientos en las costas del Pacífico, que hasta entonces eran las menos visitadas. Después de haber pasado el 10 de marzo el Ecuador, se hizo a la vela para el Brasil, donde tomó vituallas. Lejos de poder bajar la costa de la Patagonia fue rechazado por el viento a diez y seis leguas al sur del cabo de Buena Esperanza, desde donde se hizo a la vela por el Estesoeste hacia la Nueva Holanda. Aquella larga travesía no se señaló con ningún incidente, y el 1º de agosto Dampier descubrió tierra, buscó en seguida un puertecillo para desembarcar en él, y cinco días después llegó a la bahía de los Perros Marinos, en la costa occidental de Australia; pero no encontró más que una tierra estéril en que no había agua ni vegetación. Hasta el 31 de agosto siguió el litoral a lo largo sin descubrir lo que buscaba. En un desembarco que hizo, tuvo una ligera escaramuza con algunos habitantes, que parecían muy escasos en el país. Su jefe era un joven de mediana estatura, pero vivo y experto; rodeaba sus ojos un círculo de pintura blanca, y una raya del mismo color le bajaba desde lo alto de la frente hasta el extremo de la nariz; asimismo tenía rayados el pecho y



los brazos. En cuanto a sus compañeros, tenían la piel negra, la mirada feroz, los cabellos crespos y eran altos y delgados.

Hacía cinco semanas que Dampier rasaba de cerca la tierra y no había encontrado ni agua ni víveres; sin embargo, no quería soltar prendas y esperaba continuar subiendo la costa hacia el Norte; pero los bajos que encontró a cada paso y el monzón del Noroeste que empezaba a soplar, le obligaron a renunciar a su empresa, después de haber descubierto más de trescientas leguas de continente austral, y se dirigió a Timor, donde esperaba descansar, y que lo hiciera su tripulación, fatigada por aquel largo viaje. Pero conocía poco aquellos sitios y sus mapas eran deficientes. Necesitó, pues, operar un reconocimiento como si los holandeses no hubieran estado establecidos allí desde hacía mucho tiempo; así es que entre Timor y Anamabao descubrió un paso en el sitio en que su mapa indicaba una bahía. La llegada de Dampier a un puerto que sólo los holandeses conocían, les sorprendió y disgustó sobremanera; pensaron que no habían podido llegar allí los ingleses sino por medio de mapas tomados en algún buque de su nación. Sin embargo, concluyeron por volver de su estupor, y les acogieron con agrado.

Dampier se hizo a la mar aun cuando ya amenazaba el monzón, y se dirigió hacia la costa septentrional de la Nueva Guinea, a donde llegó cerca del cabo Maho de los holandeses, el 4 de febrero de 1700. Entre las cosas que llamaron su atención, cita Dampier la prodigiosa cantidad de una especie de palomas, de murciélagos de tamaño extraordinario, y las pechinas, especie



de caracoles, cuya concha vacía no pesaba menos de, doscientas cincuentas y ocho libras. El 7 de febrero se acercó a la isla del rey Guillermo, y corriéndose hacia el Este, no tardó en avistar el cabo de Buena Esperanza, de Schouten y la isla que ha recibido el nombre de este navegante. El 24 presencié la tripulación un espectáculo singular: «Dos peces que acompañaban al buque desde hacía cinco o seis días vieron una gran serpiente marina, y se pusieron a perseguirla. Era como de figura y tamaño de las caballas, pero de un color amarillo verdoso. La serpiente, que huía velozmente, sacaba la cabeza fuera del agua, y uno de los peces se esforzaba en agarrarla de la cola. Tan pronto como se revolvía, el primer pez se quedaba atrás y el otro ocupaba su lugar. Así la tuvieron mucho tiempo en este ejercicio, siempre dispuesta a defenderse, huyendo hasta que se les perdió de vista». El 25 dio Dampier el nombre de San Matías a una isla montañosa de unas diez leguas de largo, situada por encima y hacia el este de las islas del Almirantazgo. Siete u ocho leguas más allá, descubrió otra isla, la cual recibió el nombre de Borrascosa, a causa de los violentos torbellinos que le impidieron arribar a ella. Creíase Dampier entonces cerca de la costa de Nueva Guinea, mientras que seguía la de la Nueva Irlanda, y trató de desembarcar en ella; pero estaba rodeado de piraguas, en las que iban más de doscientos indígenas, y la costa estaba cubierta de una multitud inmensa. Viendo que sería imprudente enviar a tierra una chalupa, Dampier hizo virar de bordo, pero apenas dio esta orden cuando el buque fue acribillado a pedradas que lanzaban los indígenas con una máquina cuya forma no se pudo describir, pero que fue causa de



que se diera a aquel paraje el nombre de bahía de los Honderos. Un solo cañonazo llenó de estupor a los indígenas y puso fin a las hostilidades. Un poco más allá, a alguna distancia de las costas de la Nueva Irlanda, están las islas Dionisio y San Juan, que descubrieron los ingleses, y Dampier fue el primero que, al pasar por el estrecho que separa la Nueva Irlanda de la Nueva Bretaña, reconoció las islas Volcán, de la Corona, G. Rook, Long-Rich y Ardiente.

Después de este largo crucero señalado por importantes descubrimientos, hizo rumbo al Oeste, llegó a la isla Missore y después a la de Cerán, una de las Molucas, donde se detuvo mucho tiempo. Dirigióse después a Borneo, pasó por el estrecho de Macasar, y el 23 de junio llegó a Batavia en la isla de Java. Allí se detuvo hasta el 17 de octubre, que hizo rumbo a Europa. Al llegar a la isla de la Ascensión el 23 de febrero de 1701, se encontró con que su buque tenía una vía de agua tan considerable que fue imposible taparla. Por lo tanto, hubo de varar el buque y transportar a tierra la tripulación y el cargamento. Afortunadamente no les faltaron agua, tortugas, cabras y cangrejos; podían, pues, aguardar hasta que llegara un buque a la isla que devolviera los naufragos a su patria, lo cual no se hizo esperar, porque el 2 de abril llegó un barco inglés que los tomó a su lado y les condujo a Inglaterra. Con motivo de los viajes de Wood Rodgers, aún tendremos ocasión de hablar de Dampier.



VII. El Polo y la América.

–Hudson y Baffin. –Champlain y La Sale. –Los ingleses en la costa del Atlántico. –Los españoles en la América del Sur. –Resumen de los conocimientos adquiridos a fines del siglo XVII. –La medida de los grados terrestres. –Progresos de la cartografía. –Inauguración de la geografía matemática.

Si Inglaterra había abandonado desde hacía unos veinte años sus tentativas para encontrar un paso por el Noroeste, no se había renunciado sin embargo a buscar por aquella vía un paso que no debía descubrirse hasta nuestros días, y eso para hacer constar que no podía atravesarse. Un hábil marino, Enrique Hudson, del cual dice Ellis «que nunca nadie entendió mejor el oficio de la mar, que su valor estaba a prueba de todos los sucesos y que su aplicación fue infatigable», celebró un tratado con una compañía de mercaderes para buscar el paso del Noroeste. El 1.º de mayo de 1607 salió de Gravesend con un simple barco, el *Hopewell*, y doce hombres de tripulación, llegando el 13 de junio a la costa oriental de la Groenlandia al 73º y dándole un nombre que respondía a sus esperanzas, cual era el de cabo de Tente Firme (*hold with hope*). El tiempo era bueno y menos frío que a los 10º más abajo. El 27 de junio remontó Hudson cinco grados más al Norte, pero por uno de esos bruscos cambios tan frecuentes en aquellos países, el 2 de julio el frío se hizo muy riguroso. Sin embargo, el mar estaba libre, el viento en calma; y



maderas flotantes derivaban en gran cantidad. El 14 del mismo mes, a los 33° 23' el patrón y su segundo de a bordo bajaron a una tierra que formaba la parte septentrional de Spitzberg. Allí encontraron huellas de bueyes almizcleños y de zorras, gran cantidad de aves acuáticas, dos arroyos de agua dulce, y caliente uno de ellos, lo cual demostró a los navegantes que bajo aquellas latitudes era posible la vida en aquella época del año. No tardó Hudson en hacerse a la mar; pero se encontró detenido a la altura de los 82° por un espeso banco de hielo que en vano trató de romper o rodear. Tuvo que regresar a Inglaterra, adonde llegó el 15 de septiembre, después de haber descubierto una isla, que probablemente es la de Juan Mayen. No habiéndole dado resultado el camino que hacia el Norte había seguido en aquel primer viaje, intentó obtenerlo por otro nuevo, y en efecto, el 21 de abril del año siguiente, se hizo a la vela y se adelantó entre Spitzberg y la Nueva Zembla; pero tuvo que contentarse con seguir durante algún tiempo las costas de la tierra sin poder remontar tanto como hubiera querido. El fracaso de aquella segunda tentativa aún fue más completo que el de la campaña de 1607; así es que la Compañía Inglesa que había hecho los gastos de las dos tentativas se negó a hacer otros nuevos, y éste fue sin duda el motivo que determinó a Hudson a entrar al servicio de Holanda.

En 1609 la Compañía de Amsterdam le entregó el mando de un buque con el cual salió de Texel a principios de aquel año. Después de haber doblado el cabo Norte avanzó a lo largo de las costas de Nueva Zembla, pero su tripulación, compuesta de ingleses y holandeses que habían hecho las campañas de las



Indias Orientales, se amotinó en breve por el frío y los hielos. Vióse, pues, obligado Hudson a cambiar de rumbo y a proponer a sus marineros sublevados buscar un paso, ya por el estrecho de Davis, ya por las costas de Virginia, donde encontrarían seguramente una salida, según las noticias del capitán Smith, que había visitado aquellas costas. No podía ser dudosa la elección de aquella tripulación tan poco disciplinada, y Hudson, para no comprometer enteramente los gastos hechos por la Compañía de Amsterdam, tuvo que tomar rumbo a las islas Feroe, bajar hacia el Sur hasta el 44° paralelo y buscar en la costa de América el estrecho cuya existencia se le había asegurado. El 18 de julio desembarcó en el continente con objeto de cambiar su palo de mesana que una tempestad había roto, y aprovechó de este desembarco para cambiar pieles con los indígenas. Pero habiendo sus marineros indisciplinados molestado con sus exacciones a los pobres salvajes tan pacíficos, le obligaron a hacerse a la vela y continuó siguiendo la costa hasta el 3 de agosto, en que por segunda vez tomó tierra. A los 40° 30' descubrió una gran bahía que recorrió en canoa por espacio de cincuenta leguas.

Entretanto empezaban a escasear los víveres y no era posible procurarse otros en tierra. Los marineros, que parecían haber impuesto su voluntad al capitán durante aquella larga campaña, se reunieron en conciliábulo, proponiendo los unos invernar en Terranova para volver al año siguiente a buscar el paso, y queriendo los otros dirigirse a Irlanda. Este último partido fue el que se tomó; pero cuando se acercaron a las costas de la Gran Bretaña ejerció la tierra tan poderoso atractivo sobre su gente,



que Hudson se vio obligado a entrar en Darmout el 7 de noviembre.

A pesar de los disgustos que había sufrido, trató de renovar al año siguiente (1610) sus contratos con la Compañía holandesa; pero el precio que puso ésta a su concurso fue tan excesivo, que le obligaron a renunciar a su proyecto y a comprometerse a pasar por las exigencias de la Compañía inglesa. Esta impuso a Hudson la condición de embarcar más bien como acompañante que como segundo a un experto marino llamado Coleburne, en el cual tenía toda su confianza. Compréndese perfectamente cuánto lastimaría a Hudson esta exigencia, y, por consiguiente, que se aprovecharse de la primera ocasión que se le presentó para desembarazarse de aquel vigilante que le había sido impuesto. Aun no había salido del Támesis cuando envió a Coleburne a tierra con una carta para la Compañía, en la cual se esforzaba en paliar y justificar su extraño proceder.

Cuando el buque trataba de detenerse en los últimos días de mayo, en uno de los puertos de la Islandia, la tripulación tramó el primer complot a propósito de Coleburne; pero el plan fue desbaratado fácilmente, y cuando el 1.º de junio dejó la isla, ya Hudson había restablecido su autoridad.

Después de haber pasado el estrecho de Frobisher, reconoció la tierra de Desolación, de Davis, en el estrecho que recibió su nombre, y penetró en una ancha bahía de la que visitó toda la costa occidental, hasta principios de septiembre. En esta fecha fue desembarcado uno de sus oficiales inferiores, que no cesaba de excitar a la sublevación contra su jefe; pero esta medida de



justicia sólo sirvió para irritar a los marineros. En los primeros días de noviembre llegó Hudson al fondo de la bahía en la que buscó un sitio a propósito para invernar, y habiéndolo encontrado hizo poner en él su buque en seco, resolución que se concibe difícilmente. Por una parte, Hudson había salido de Inglaterra con víveres sólo para seis meses, que se consumían con bastante largueza y ríera era posible pensar en procurarse un suplemento de alimentación en vista de la esterilidad del país; por otra parte, la tripulación había dado numerosas señales de sedición, de modo que no podía contarse de ninguna manera con su disciplina y su buena voluntad. Sin embargo, aun cuando tuvieran muchas veces que contentarse con una escasa ración, el invierno no fue demasiado penoso para los ingleses, merced a numerosas bandadas de aves que se presentaron; pero en cuanto llegó la primavera y el buque se halló en estado de tomar la vuelta de Inglaterra, comprendió Hudson que su suerte estaba decidida, tomó sus disposiciones, distribuyó a cada uno su parte de galleta, pagó las soldadas y esperó los acontecimientos. No se hicieron éstos esperar; apoderándose los conjurados de su capitán, de su hijo, de un voluntario, del carpintero y de cinco marineros; los embarcaron en una chalupa sin armas, sin provisiones y sin instrumentos y les abandonaron a merced del Océano. Los culpables llegaron a Inglaterra, aunque no todos, porque dos fueron muertos por los indios; otro murió de una enfermedad y los demás tuvieron que sufrir mucho por causa del hambre. Por lo demás, no se les molestó ni persiguió; sólo en 1674 la Compañía dio un empleo a bordo de un buque al hijo de Enrique Hudson «perdido en el



descubrimiento del Noroeste» y que absolutamente carecía de fortuna.

Las expediciones de Hudson fueron seguidas por las de Button y Gibbons, a los que se debe, a falta de nuevos descubrimientos, una serie de observaciones muy atinadas acerca de las mareas, las variaciones del tiempo y la temperatura y de muchos fenómenos naturales.

En 1615, la Compañía inglesa confió a Byleth, que había tomado parte en los últimos viajes, el mando de una embarcación de cincuenta toneladas. El nombre de ésta, el *Descubrimiento*, era de buen agüero, y llevaba como piloto al famoso Guillermo Baffin, cuyo renombre eclipsó al de su capitán.

El 13 de abril salieron de Inglaterra los exploradores ingleses, y desde el 6 de mayo reconocieron el cabo Farewell, pasaron de la isla Consolación a las de los Salvajes, donde encontraron un gran número de naturales, y remontaron hacia el Noroeste hasta los 64°. El 10 de julio tenían la tierra a estribor y la marea venía del Norte, por lo cual concibieron tal esperanza de que el paso buscado existía, que dieron al cabo descubierto en aquel sitio el nombre de Consutlo. Probablemente era el cabo Walsingham, porque después de haberle doblado advirtieron que la tierra volvía hacia el Nordeste y al Este. Durante este año los descubrimientos llegaron solamente hasta la entrada del estrecho de Davis; el 9 de septiembre estaban de vuelta en Plymouth sin haber perdido un solo hombre.

Eran tan grandes las esperanzas concebidas por Byleth y Baffin, que al año siguiente consiguieron hacerse a la mar de nuevo en



el mismo buque. El 14 de mayo de 1616, después de una navegación en la que no ocurrió nada notable, penetraron los dos capitanes en el estrecho de Davis, reconocieron el cabo Esperanza de Sanderson, punto extremo a que anteriormente había llegado Davis, y subieron hasta los 72° 40' a la isla de las Mujeres, llamada así porque en ella encontraron algunas esquimales. El 12 de junio se vieron obligados por los hielos a entrar en una bahía de la costa. Los esquimales les llevaron muchos cuernos, sin duda de morsas, de bueyes almizcleños, lo cual fue causa de que se llamase aquella entrada *Horn sound* (estrecho de los cuernos). Después de una estada de varios días pudieron hacerse a la mar y partir. En los 75° 40' encontraron una inmensa extensión de agua, libre de hielos, y penetraron sin gran peligro hasta más allá de los 78° de latitud hasta la entrada del estrecho que prolongaba hacia el Norte la inmensa bahía que acababan de recorrer y que tomó el nombre de Baffin. Haciendo después rumbo al Oeste y luego al Sudoeste, Byleth y Baffin descubrieron las islas Carey, el estrecho de Jones, la isla Coburgo y el estrecho de Lancastre; por último, bajaron toda la costa occidental de la bahía Baffin hasta la Tierra de Cumberland, y desesperando entonces de poder llevar más adelante sus descubrimientos, Byleth, que tenía en su tripulación gran número de escorbúticos, tuvo que volver a las costas de Inglaterra, donde desembarcó el 30 de agosto en Douvres.

Si aun esta expedición resultó un fracaso, porque no se había encontrado el paso del Noroeste, sin embargo, fue muy importante. Byleth y Baffin habían hecho retroceder prodigiosamente los límites de los mares conocidos en las tierras



de Groenlandia, y el capitán y el piloto aseguraban, y así se lo escribieron al director de la Compañía, que la bahía visitada por ellos era un excelente sitio de pesca donde se encontraban millones de ballenas, focas y morsas. No debían tardar los sucesos en darles completamente la razón.

Bajemos ahora por la costa de América hasta el Canadá y veamos lo que allí había sucedido desde Jacobo Cartier. Se recordará que éste había hecho un ensayo de colonización que no había tenido importantes resultados; sin embargo, algunos franceses se habían quedado en el país y en él se habían casado formando una base de colonización. De vez en cuando recibían algunos refuerzos que les llevaban los buques pescadores de Dieppe o de Saint-Malo; pero era muy difícil establecer la corriente de emigración. En tales circunstancias un noble llamado Samuel de Champlain, veterano de las guerras de Enrique IV, que durante dos años y medio había recorrido las Indias orientales, se comprometió, por medio del comendador Chastes, con el señor de Pontgravé a continuar los descubrimientos de Jacobo Cartier y escoger los sitios más favorables para la fundación de ciudades y centros de población. No es este lugar para hablar del modo cómo Champlain entendió su papel de colonizador, ni tampoco para ocuparnos en sus grandes servicios, que le merecieron el sobrenombre de padre del Canadá; dejaremos, pues, a un lado todo lo que corresponde a esta parte de su papel, y por cierto no la menos brillante, y nos limitaremos a los descubrimientos que realizó en el interior del continente.

Habiendo salido de Honfleur el 15 de marzo de 1603, los dos jefes de la empresa subieron primero el San Lorenzo hasta la



ensenada de Tadusac, a ochenta leguas de su desembocadura. Allí fueron bien acogidos por las poblaciones que, sin embargo, no tenían ni fe, ni ley, viviendo sin Dios ni religión, como bestias. Dejando en aquel sitio sus buques, que no habrían podido avanzar más adelante sin correr gran riesgo, llegaron en botes a la catarata San Luis, donde Jacobo Cartier se había detenido; penetraron un poco más en el interior, y volvieron a Francia, donde Champlain hizo imprimir para el rey una relación de este viaje.

Enrique IV resolvió continuar la empresa, pero mientras esto pasaba, murió Chastes y se transmitió su privilegio a Monts, con el título de vicealmirante y gobernador de la Acadia. Champlain acompañó a Monts al Canadá y allí pasó tres años enteros, ya ayudándole con sus consejos y sus cuidados en sus tentativas de colonización, ya explorando las costas de la Acadia, que reconoció hasta más allá del cabo Cod, ya haciendo incursiones en el interior y visitando las tribus salvajes, a las que quería y le importaba atraerse. En 1607, después de un nuevo viaje a Francia para reclutar colonos, volvió Champlain a Nueva Francia y fundó en 1608 una población que debía ser Quebec. El año siguiente lo consagró a remontar el San Lorenzo y a hacer su hidrografía. Champlain penetró en una piragua con dos compañeros solamente y algunos algonquines, entre los iroqueses, y los venció en una gran batalla que dio a orillas de un lago que recibió su nombre; después bajó el río Richelieu hasta el San Lorenzo. En 1610 hizo una nueva incursión a las tribus de los iroqueses, a la cabeza de sus aliados los algonquines, que difícilmente se sometían a la disciplina



europaea. Durante esta campaña empleó máquinas de guerra que sorprendieron extraordinariamente a los salvajes y le aseguraron con facilidad la victoria. En el ataque de una aldea hizo construir un castillete de madera que doscientos hombres de los más vigorosos «llevaron delante del poblado hasta la distancia de una pica, y en él hizo subir a tres arcabuceros perfectamente a cubierto de las flechas y de las piedras que pudieran tirarles o lanzarles».

Algún tiempo después le vemos explorar el río Ottawa y adelantarse hacia el Norte del continente hasta setenta y cinco leguas de la bahía de Hudson. Después de haber fortificado a Montreal en 1615, remontó por dos veces el Ottawa, exploró el lago Hurón y llegó por tierra hasta el lago Ontario, que atravesó.

Es muy difícil dividir en dos partes la vida tan ocupada de Champlain. Todas sus excursiones, todos sus reconocimientos no tenían otro objeto que el desarrollo de la obra a que había consagrado su existencia. Así es que destacadas de lo que les da interés parecen sin importancia, y, sin embargo, si la política colonial de Luis XIV y de su sucesor hubiera sido diferente, Francia poseería en América una colonia que seguramente no cedería en prosperidad a los Estados Unidos. A pesar del abandono de los franceses, el Canadá ha conservado un ferviente amor hacia la madre patria.

Para llegar a Roberto Cavelier de la Sale, es preciso saltar unos cuarenta años. En este tiempo los establecimientos franceses en el Canadá adquirieron alguna importancia y se extendieron por una parte del Norte de América. Los cazadores y tramperos



recorrían los bosques y cada año atraían con sus cargamentos de pieles nuevas noticias acerca del interior del continente. A éstos secundaron poderosamente en su tarea los misioneros, y en primer lugar, el padre Marquette, que extendió sus excursiones por los grandes lagos y hasta el Mississipi, haciéndose digno en particular de nuestro reconocimiento. Otros dos hombres merecen también ser conocidos por las facilidades y auxilios que prestaron a los exploradores: fueron éstos Frontenac, gobernador de Nueva Francia, y el intendente de Justicia y Policía Taln.

En 1678, llegó al Canadá sin objeto determinado Cavelier de la Sale. Había nacido en Rouen –dice el padre Charlevoix–, de una familia acomodada, pero habiendo pasado algunos años con los jesuítas, no tuvo parte en la herencia de sus padres. De talento cultivado, quería distinguirse y se sentía con genio y valor suficientes para conseguirlo. En efecto, no le faltó ni resolución para emprender, ni constancia para seguir un negocio, ni firmeza para vencer los obstáculos, ni recursos para reparar sus pérdidas; pero no supo hacerse amar ni intimidar a los que mandaba, y en cuanto obtuvo autoridad la ejerció con dureza y altanería. Con tales defectos, no podía ser afortunado y realmente no lo fue.

Este retrato del padre Charlevoix, nos parece un poco sobrecargado de sombras, y no creemos que en él se aprecie en su justo valor el gran descubrimiento que debemos a Cavalier de La Sale, descubrimiento que no tiene semejante, no diremos igual, sino en el Río de las Amazonas, por Orellana, en el siglo XVI, y en el del Congo por Stanley, en el XIX. Es lo cierto que



apenas llegó al país, La Sale comenzó con una aplicación extraordinaria a estudiar los idiomas indígenas y a frecuentar el trato de los salvajes, para ponerse al corriente de sus usos y costumbres. Al mismo tiempo recogió de los tramperos una multitud de noticias acerca de la disposición de los ríos y de los lagos. Informó de sus proyectos de exploración a Frontenac, quien le animó y le dio el mando de un fuerte construido a la salida del lago en el San Lorenzo. Mientras esto sucedía llegó a Quebec un tal Jolyet, trayendo la noticia de que con el padre Marquette y otras cuatro personas, habían llegado a un gran río llamado el Mississipi, que corría hacia el Sur. Cavelier La Sale comprendió en seguida todo el partido que podría sacarse de una arteria de tal importancia, sobre todo si, como él pensaba, el Mississipi desembocaba en el golfo de Méjico. Era fácil poner en comunicación el San Lorenzo con el mar de las Antillas por los lagos y el Illinois, afluente del Mississipi. ¡Que maravillosos provechos iba a obtener Francia con este descubrimiento! Explicó La Sale al conde de Frontenac el proyecto que había concebido y obtuvo de él cartas de recomendación muy eficaces para el ministro de Marina. Al llegar a Francia supo La Sale la muerte de Colbert, pero entregó a su hijo, el marqués de Seignelay, que le había sucedido, los despachos de que era portador. Aquel proyecto, que parecía descansar sobre sólidas bases, no podía menos de agradar a un joven ministro, así fue que Seignelay presentó La Sale al rey, el cual mandó que le fueran expedidos títulos de nobleza, concediéndole el señorío de Catarocuy y el gobierno del fuerte que había levantado, con el monopolio del comercio en los países que pudiera descubrir.



Supo igualmente La Sale hacerse patrocinar por el príncipe de Conti, quien le pidió que le llevase consigo al caballero Tonti, hijo del inventor de la tontina, por el cual se interesaba. Esta fue para La Sale una preciosa adquisición, porque Tonti, que había hecho la campaña en Sicilia, donde un casco de granada le había llevado una mano, era un valiente y hábil oficial que se mostró siempre muy afectuoso con él.

El 14 de julio de 1678 La Sale y Tonti se embarcaron en la Rochela, llevando con ellos unos treinta hombres, obreros y soldados, y un recoleto, el padre Hennepin, que les acompañó en todos sus viajes.

Comprendiendo que la ejecución de su proyecto exigía recursos más considerables de los que podía disponer, hizo construir La Sale un barco en el lago Erie y dedicó un año entero a recorrer el país visitando a los indios y haciendo un activo comercio de pieles, que almacenó en su fuerte del Niágara, mientras que Tonti obraba de la misma manera en otros puntos. Por último, encontrándose su barco, el *Griffon*, en estado de hacerse a la vela, se embarcó hacia mediados de agosto del año 1679 en el lago Erie, con unos treinta hombres y tres padres recoletos, dirigiéndose a Machillimackinac. En la travesía de los lagos Saint-Clair y Hurón sobrevino una ruda tempestad que causó la desertión de una parte de su gente, que el caballero Tonti recogió e hizo seguirle. Después que llegó a Machillimackinac entró en la bahía Verde. Pero durante este tiempo sus acreedores de Quebec vendieron todo lo que poseía, y el *Griffon*, que había sido enviado cargado de pieles al fuerte de Niágara, se perdió o fue robado por los indios, pues no se ha sabido nada de él. Aun



cuando la partida del *Griffon* disgustó a sus compañeros, continuó su rumbo, y llegó al río San José, donde encontró un campamento de miamis, y a donde en breve se le unió Tonti. Su primer cuidado fue construir en aquel lugar un fuerte; después atravesaron la línea que divide las aguas entre la planicie de los grandes lagos y el Mississippi, y luego ganaron el río Illinois, afluente en la orilla izquierda de este gran río. Con una pequeña tropa con la cual no podía contar aún enteramente, la situación de La Sale era crítica en medio de una nación poderosa que al principio había sido aliada de Francia pero que después se había declarado contra ella merced a la excitación de los iroqueses y de los ingleses, envidiosos éstos de los progresos de la colonia canadiense.

Era preciso entretanto atraerse a toda costa a aquellos indios que por su situación podían impedir toda comunicación entre La Sale y el Canadá, y a fin de impresionarles se dirigió a su campamento en el que había más de tres mil hombres reunidos. No llevaba más de treinta hombres, pero atravesó orgullosamente su poblado y se detuvo a alguna distancia. Los illineses, que aún no habían declarado la guerra, quedaron sorprendidos y adelantaron a su encuentro haciéndole demostraciones pacíficas. ¡Tan versátil es el carácter de los salvajes, y tanta impresión hace en ellos cualquier muestra de valor! La Sale se aprovechó sin pérdida de tiempo de sus disposiciones amistosas, y en el mismo sitio donde está su campamento levantó un pequeño fuerte que llamó de la Angustia, aludiendo a los temores que había experimentado. En él dejó a Tonti con toda su gente, y, él, inquieto por la suerte del



Griffon, volvió con tres franceses y un indio al fuerte de Catarocuy, separado del de las Angustias quinientas leguas. Antes de partir había enviado con el padre Hennepin a uno de los compañeros llamado Dacan con la misión de subir el río Mississippi hasta más allá del río Illinois, y si era posible hasta sus fuentes. Aquellos dos viajeros –dice el padre Charlevoix– salieron del fuerte de Angustia el 28 de febrero, y habiendo entrado en el Mississippi se remontaron hasta los 46° de latitud Norte. Allí se vieron detenidos por un salto de agua bastante alto que tiene toda la anchura del río, y al cual el padre Hennepin dio nombre de *San Antonio de Padua*. Entonces cayeron no sé cómo en manos de los sioux, los cuales les tuvieron por mucho tiempo prisioneros.

Habiendo descubierto La Sale en su viaje de regreso a Catarocuy un nuevo sitio a propósito para la construcción de un fuerte, llamó a él a Tonti, el cual se puso inmediatamente a construirlo, mientras La Sale continuaba su camino; este fuerte fue el de San Luis. A su llegada a Catarocuy, tuvo noticias que habrían desanimado a un hombre de carácter menos templado. No solamente había perdido el *Griffon*, en el cual tenía más de 10.000 escudos en pieles, sino que un buque que le llevaba de Francia un cargamento valuado en 22.000 francos había naufragado y sus enemigos habían esparcido el rumor de su muerte. No teniendo nada que hacer en Catarocuy y habiendo probado con su presencia que los rumores esparcidos acerca de su desaparición eran falsos, se volvió al fuerte Angustias y quedó atónito al no encontrar a nadie.



He aquí lo que había sucedido. Mientras que el caballero Tonti se hallaba ocupado en la construcción del fuerte de San Luis, la guarnición del fuerte Angustias se había sublevado, robó los almacenes y después de hacer otro tanto con el fuerte Miani, huyó a Machillimackinac. Encontrándose Tonti casi solo enfrente de los illineses sublevados contra él, a causa de las depredaciones de su gente, y pensando que no podría resistir en el fuerte Angustias con los cinco franceses que componían su guarnición, había salido de él el 11 de septiembre de 1680 retirándose a la bahía del lago Michigan. Después de haber dejado La Sale una guarnición en el fuerte de San Luis, llegó a Machillimackinac, donde encontró a Tonti, a fines de agosto; volvieron juntos a Catarocuy, y allí se embarcaron el 28 de agosto de 1681 en el lago Erie con cincuenta y cuatro personas. Al cabo de una excursión de ochenta leguas a lo largo del río helado de los illineses, llegaron al fuerte Angustias donde las aguas libres les permitieron servirse de sus canoas. El 6 de febrero de 1682 llegó La Sale a la confluencia del Illinois y del Mississipi. Bajó el río; reconoció la desembocadura del Missouri, la del Ohio, donde levantó un fuerte; penetró en el país del Arkansas, del cual tomó posesión en nombre de Francia; atravesó el país de los natchez, donde hizo un tratado de amistad con los naturales; y, por último, el 9 de abril, después de una navegación de trescientas cincuenta leguas en una frágil barquilla, desembocó en el golfo de Méjico. Se habían realizado las previsiones tan acertadamente concebidas por Cavalier de La Sale. Inmediatamente tomó solemne posesión del país, al que dio



el nombre de Luisiana, y llamó San Luis al inmenso río que acababa de descubrir.

Nada menos que año y medio necesitó La Sale para volver al Canadá. Esto no sorprende si se piensa en los muchos obstáculos sembrados en su camino. ¡Qué energía! ¡qué fuerza de alma necesitó uno de los mayores viajeros por el que Francia puede enorgullecerse, para llevar a buen fin semejante empresa!

Por desgracia, Lefèvre de La Barre, que había sucedido en el gobierno del Canadá a Frontenac, hombre bien intencionado pero que se dejó prevenir contra La Sale por sus muchos enemigos, escribió al ministro de Marina que no se debían mirar los descubrimientos de este último como muy importantes. Este viajero —decía— está actualmente con una veintena de vagabundos franceses y salvajes en el fondo de la bahía donde la echa de soberano, saquea y tiraniza a los de su nación, expone a los pueblos a las incursiones de los iroqueses, y cubre todas estas violencias con el pretexto de que Su Majestad le ha dado permiso para hacer por sí solo el comercio en los países que pueda descubrir.

Cavalier de La Sale no podía permanecer impasible ante aquellas calumniosas imputaciones. Por un lado, el honor le mandaba volver a Francia para disculparse, y por otro creía que no debía dejar a nadie que se aprovechara de sus descubrimientos. Partió, al fin, y fue muy bien recibido por el ministro Seignelay, que no había hecho gran caso de las cartas de La Barre, comprendiendo que no se realizan grandes cosas sin herir el amor propio de alguno y sin crearse muchos enemigos. De esta buena



disposición se aprovechó La Sale para exponer su proyecto de reconocer por mar la desembocadura del Mississipi, a fin de facilitar el camino a los buques franceses y de fundar allí un establecimiento.

Agradó al ministro estos planes, y le dio una comisión por la cual se ponían a sus órdenes todos los, franceses y salvajes desde el fuerte San Luis del Illinois hasta el mar. Al mismo tiempo el comandante de la escuadra que le transportaba, a América estaría bajo su dependencia y le prestaría desde su desembarque cuantos socorros reclamase, siempre que no fuese en perjuicio del rey. Cuatro buques de los cuales el uno era una fragata de cuatro cañones mandada por Beaujeu, debían llevar doscientas ochenta personas, comprendidas las tripulaciones, a la desembocadura del Mississipi y formar el núcleo de la nueva colonia. Soldados y artistas fueron muy mal escogidos, según se vio después, porque ni uno solo sabía su oficio. El 24 de julio de 1684 salió de la Rochela, y poco después, tuvo que volver a entrar en el puerto, por haberse roto de pronto el bauprés de la fragata con un tiempo magnífico. Aquel inexplicable incidente, fue el punto de partida de la desinteligencia entre Beaujeu y La Sale, pues al primero no podía agradarle ser subordinado de un simple particular, lo cual no perdonaba a Cavelier; y, sin embargo, nada le hubiera sido más fácil que rehusar aquel mando. En cuanto a La Sale, no tenía la afabilidad y cortesía necesarias para hacer volver a razón a su compañero. A causa de las trabas que se habían puesto a Beaujeu y a la rapidez y al secreto de la expedición, las contiendas aumentaron durante el viaje. Cuando llegaron a Santo Domingo, los disgustos de La



Sale habían sido tan grandes que cayó gravemente enfermo; curó, sin embargo, y la expedición se hizo a la vela el 25 de noviembre. Un mes después estaban a la altura de la Florida, pero como habían asegurado a La Sale que en el golfo de Méjico todas las corrientes llevan al Este, no dudó que la desembocadura del Mississipi debía quedar al Oeste, error que fue causa de todas sus desgracias.

Dispuso, pues, La Sale que se dirigieran al Oeste y sin advertirlo y hasta sin querer hacer caso de algunos indicios que le rogaron advirtiese, rebasó la desembocadura del Mississipi. Cuando advirtió su error, rogó a Beaujeu que volviese atrás; pero éste no consintió en ello, y viendo La Sale que nada podría conseguir dado el espíritu de contradicción de su compañero, se decidió a desembarcar su gente y provisiones en la bahía de San Bernardo. Pero hasta en este último acto Beaujeu empleó una mala voluntad culpable, que ha hecho muy poco honor a su juicio y a su patriotismo. No sólo se negó a desembarcar todas las provisiones, so pretexto de que algunas estaban en el fondo de la bodega y que no había tiempo para cambiar toda la estiva, sino que dio asilo a su bordo al patrón y a los tripulantes de la urca que llevaba las municiones, utensilios y herramientas necesarias para el nuevo establecimiento, los cuales, según parece, habían hecho encallar en la costa su buque con propósito deliberado. Al mismo tiempo, gran cantidad de salvajes se aprovecharon del desorden del naufragio de la urca para robar todo lo que pudieron hallar a mano. Sin embargo, La Sale, que tenía el talento de disimular sus impresiones desagradables y de encontrar en su imaginación recursos apropiados a las



circunstancias, mandó que se levantara el establecimiento. Para animar a sus compañeros, muchas veces puso mano a los trabajos, pero éstos adelantaban muy lentamente a causa de la ignorancia de los obreros. En breve, habiéndole llamado la atención la semejanza que había entre el lenguaje y las costumbres de los indios de aquellos sitios con los del Mississipi, se persuadió de que no estaba muy lejos de este río, e hizo muchas excursiones para llegar a él; pero si encontró un país hermoso, fértil no era, por más que se adelantó, el que buscaba.

Cada vez volvía al fuerte más sombrío y más duro, y ciertamente no era éste el medio de restablecer la calma en aquellos caracteres avinagrados por los sufrimientos y la ineficacia de sus esfuerzos. Se había sembrado granos, pero casi nada había nacido por falta de lluvias, y lo único que brotó fue asolado por los salvajes y por las fieras. Los cazadores que se alejaban del campamento eran asesinados por los indios, y las enfermedades encontraban una presa fácil en aquellos hombres debilitados por el cansancio, la pena y la miseria. En poco tiempo el número de colonos se redujo a siete. Finalmente, resolvió intentar un último esfuerzo para llegar al Mississipi, y bajando este río encontrar recursos entre las naciones con las que había hecho alianza. El 12 de enero de 1687 partió con sus hermanos, sus sobrinos, dos misioneros y doce colonos. Hallábanse próximos al país de los cenizos, cuando, a consecuencia de un altercado entre uno de sus sobrinos y tres de sus compañeros, asesinaron éstos al joven y a su criado mientras dormían y resolvieron hacer otro tanto con el jefe de la expedición. Inquieto La Sale por no ver llegar a su sobrino, marchó en su busca, el 19 por la mañana, con el padre



Anastasio. Los asesinos, viéndole acercarse, se emboscaron en un matorral y uno de ellos le descargó un tiro de fusil en la cabeza, dejándole muerto en el acto. Así murió Roberto Cavelier de La Sale, «hombre de una capacidad –dice el padre Charlevoix– de un gran talento, de un valor y de una firmeza de alma que habrían podido llevarle a hacer grandes cosas si, con tan buenas cualidades, hubiera sabido dominar su carácter sombrío y atrabiliario y ceder en su severidad, o mejor, en la rudeza de su natural...» Contra él se habían esparcido muchas calumnias, pero es preciso oír con reserva estos rumores maliciosos, pues «es muy general exagerar los defectos de los desgraciados y hasta imputarles los que no tienen, sobre todo cuando han dado lugar a su infortunio o cuando no han sabido hacerse amar. Lo que hay de más triste para la memoria de este hombre célebre es que fue llorado por muy pocas personas, y que el mal éxito de sus empresas (de la última solamente) le ha dado un cierto aspecto de aventurero para aquellos que no juzgan más que por las apariencias. Desgraciadamente los que juzgan así son el mayor número y, en cierto modo, la voz pública.

Poca cosa tenemos que añadir a tan elocuentes frases. La Sale no supo hacerse perdonar su primer éxito. Ya hemos dicho que por una serie de circunstancias fracasó su segunda empresa, y puede decirse que murió víctima de la envidia y de la mala voluntad del caballero Beaujeu. A esta pequeña causa se debe que no hayan podido los franceses fundar en América una colonia poderosa que en breve se hubiera encontrado en estado de competir con los establecimientos ingleses.



Hemos referido los comienzos de las colonias inglesas. Los sucesos que después ocurrieron en Inglaterra les fueron muy favorables. Las persecuciones religiosas, las revoluciones de 1648 y de 1688, hicieron afluir en ellas gran número de emigrantes que, animados de un excelente espíritu, comenzaron a trabajar y transportaron al otro lado del Atlántico las artes, la industria y en poco tiempo la prosperidad de la madre patria. En breve los inmensos bosques que cubrían el suelo de la Virginia, de la Pensilvania y de la Carolina, cayeron bajo el hacha del *squatter*, y fueron roturados y sembrados, mientras que los corredores de los bosques, rechazando a los indios hacia el interior, hacían que el país fuera mejor conocido y preparaban la obra de la civilización.

De un modo distinto ocurrían las cosas en Méjico, en toda la América central, en el Perú, en Chile, y en las costas del Atlántico. Los españoles habían extendido sus conquistas; pero, lejos de trabajar como los ingleses, habían reducido a los indios a la esclavitud; en lugar de dedicarse a los cultivos propios a la variedad de los climas y a los países de que se habían apoderado, sólo buscaban en el producto de sus minas las fuentes de prosperidad que debieron haber pedido a la tierra. Si un país puede llegar de este modo rápidamente a obtener una prodigiosa riqueza, un régimen tan ficticio no tiene más que una época. Con las minas no tarda en agotarse una prosperidad que no se renueva, y los españoles debían hacer esta triste experiencia.



Así, pues, a fines del siglo XV se conocía una gran parte del Nuevo Mundo.

En la América del Norte se habían reconocido o colonizado el Canadá, las costas del Océano Atlántico y del golfo de Méjico, el valle de Mississipi, las costas de la California y el Nuevo Méjico. Todo el centro del continente, a partir desde el río del Norte hasta Tierra Firme, estaba sometido a lo menos nominalmente a los españoles. En el Sur, aun se ocultaban a las miradas de los exploradores las sabanas y bosques del Brasil, las pampas de la Argentina y el interior de la Patagonia. Tenía que pasar mucho tiempo aún antes de que se conociesen.

En el África, había sido pacientemente seguida y descrita por los navegantes la larga línea de costas que se desarrolla en el Atlántico y el mar de las Indias. Sólo en algunos puntos habían intentado los colonos o los misioneros penetrar el misterio de este vasto continente.

El Senegal, el Congo, el valle del Nilo y la Abisinia era todo lo que se conocía con algunos detalles y certeza. Aunque los países del Asia recorridos por los viajeros de la Edad Media, no habían sido visitados desde aquella época, se había explorado cuidadosamente toda la parte interior de este continente; la India nos era conocida, y aun en ella habíamos fundado algunos establecimientos; nuestros misioneros recorrían la China; y el Japón, aquel famoso Cipango, que tan poderoso atractivo ejerció sobre los viajeros del siglo precedente, nos era al fin conocido. Sólo la Siberia y todo el ángulo nordeste del Asia habían escapado a nuestras investigaciones, y se ignoraba todavía si



América no estaba unida al Asia, misterio que en breve debía ponerse en claro. En la Oceanía quedaban aún por descubrir numerosos archipiélagos, islas o islotes aislados, pero las islas de la Sonda estaban colonizadas; se habían reconocido en parte las costas de la Australia y de la Nueva Zelanda y se empezaba a dudar de la existencia de aquel gran continente austral que, según Tasman, se extendía desde la Tierra del Fuego a Nueva Zelanda, pero fueron necesarios aún los largos y minuciosos reconocimientos de Cook, para relegar definitivamente al dominio de la fábula una quimera por tanto tiempo acariciada.

Hallábase la geografía a punto de transformarse; íbanse a aplicar a ella los grandes descubrimientos hechos en astronomía, y los trabajos de Fernel, y sobre todo de Picard, acerca de la medida de un grado terrestre entre París y Amiens, permitían ya saber que el globo no es una esfera, sino un esferoide; es decir, una bola aplastada en los polos y abultada en el Ecuador. Esto equivalía a encontrar de una vez la forma y dimensión del mundo que habitamos. Por último, los trabajos de Picard, continuados por La Hire y Cassini, se terminaron a principios del siglo siguiente. Las observaciones astronómicas que por el cálculo de los satélites de Júpiter se habían hecho ya posibles, permitían la rectificación de nuestras cartas. Esta rectificación que se había ya verificado en algunos sitios, se hizo indispensable desde que aumentó considerablemente el número de los puntos cuya posición astronómica había sido observada, y esta fue la obra del siglo siguiente. Al mismo tiempo se estudió más la geografía histórica, que empezaba a tomar por base el estudio de las inscripciones, y la arqueología, que debía



llegar a ser uno de los instrumentos más útiles de la geografía comparada.

En una palabra, el siglo XVII es una época de transición y de progreso; busca y encuentra los poderosos medios que su sucesor, el siglo XVIII, debía poner en obra. La era de las ciencias acaba de abrirse, y con ella comienza el mundo moderno.

FIN